





LA CARIDAD EN BUENOS AIRES

TOMO II

LA CARIDAD

EN

BUENOS AIRES

POR

ALBERTO MEYER ARANA

TOMO II



BUENOS AIRES
1911

Imp. Sopena, Provenza, 95.—BARCELONA



De Sansovino.



J. Cornilliet.—Las H. de S. V. de P.



David Teniers: Las obras de misericordia.

Denúnciese la existencia de un ser con hambre, abandonado, aterido y en peligro moral.

La mujer argentina, siempre solícita y atenta para hacer terminar toda peregrinación de dolor, le ofrecerá un paño de sus propias ropas, porque reclamamos para nuestra sociedad, para nuestros sentimientos tradicionales, el honor de la hermosa, de la pura caridad; no sólo para la desventurada que llora lágrimas sinceras, sino acaso para quien ose mentirlas —porque al primer llanto de una criatura, miles de brazos afectuosos, abiertos á todas las ternuras, acuden á brindarle cuidados, á darle vestiduras hospitalarias, á asegurarle un techo bien abrigado, y, lo que es más, lo que llega á los límites de lo sublime y no conquistan ni las monedas, ni los desprendimientos materiales, á darle cariños de matronas tan generosas y grandes que multiplican los suyos hasta el infinito para compartirlos, sin ambages entre el lecho del recogido de la plaza pública y la cuna algodonada de sus propios hijos.

LA CARIDAD EN BUENOS AIRES

CAPITULO I

SOCORROS DE SAN ISIDRO.—DAMAS DE CARIDAD

1872

I.—Establecimiento de la Sociedad de Socorros.—María Antonia Beláustegui de Cazón.—María Varela de Beccar.—El Doctor Juan José Díaz

II.—Damas de Caridad.—La primera «Salle d'asille».—El Padre Tanoux.

III.—Constanza Ramos Mexía de Bunge.—Educación y condiciones.—Una atención de Meyerbeer.—Su prolongada presidencia.—Juicio póstumo.

IV.—La obra de las Damas de Caridad.

I.—Al año siguiente de la terrible fiebre amarilla, doña María Antonia Beláustegui de Cazón fundaba una Sociedad de Socorros en San Isidro, para refugio del doliente y del niño necesitado. La Sociedad de Beneficencia acababa de ofrecerle una cruz por su actuación durante el flagelo.

Damas distinguidas secundaron su noble iniciativa sucediéndose en su presidencia las señoras Francisca Pereyra de Gómez, Mercedes Bustamante, del Sar de Terry y Celina Bustamante de Beláustegui.

Durante ese primer tiempo muchos y muy

oportunos fueron los auxilios de la Sociedad á los pobres y enfermos.

Elegida presidenta la señora María Varela de Beccar, en 1883, lanzó la idea de construir una casa completa de caridad, de amparo al niño menesteroso y de asistencia á enfermos sin recursos. Concepción grande, fué considerada una quimera, llegando á oponerse á su realización hasta las mismas autoridades locales.

Con perseverancia y celo la entusiasta dama venció todas las resistencias, y á los dos años pudo colocar su piedra fundamental.

La historia de aquellos días presenta á la señora de Beccar desenvolviendo una actividad sin desaliento.

Sin opulencias ni regalos de vida, con salud insegura, pero decidida y de empuje, todo lo supo vencer la digna hija del mártir Florencio Varela, tan traidoramente arrebatado á la grandeza y gloria de su patria.

Y admiró formando un hogar de respeto al mismo tiempo que compartía sus estrecheces con las menesterosas.

Un día entregó á una indigente los mil pesos de sueldo de su esposo, principal entrada de su hogar y completó esta acción acudiendo á diario á atender en persona á la enferma. Ni los suyos conocieron esta obra, y el doctor Beccar, su esposo, también espíritu caritativo, tuvo para este hermoso acto, realizado con algún sacrificio del bienestar de la familia, la indulgencia de las almas misericordiosas.

Atacada de cáncer la viejecita madre de doña

Carolina Montero, la señora de Beccar llegó á su hogar cuando le tiranizaba la miseria. Y no teniendo dineros con que aliviar la situación, tijereteó sus camisas para hacerle vendas.

Obsesionada en su sueño de realizar el Asilo y establecer el hospital, el pueblo de San Isidro la vió postular ante los poderes públicos y acechar el momento de sorprender á los funcionarios y obligarlos á dar recursos, si no siempre en dineros, en efectos utilizables — sobra de ladrillos, rejas usadas, hierros viejos. — Su ojo alerta descubría los más insignificantes desperdicios de las obras públicas, y los gestionaba con empeño para utilizarlos con gratitud. En ese tesón, si alguna vez pudo mostrarse exigente en su perenne imploración, fué conquistando y atrayendo á cuantos la víspera consideraban utopía su proyecto.



María Antonia Baláustegui de Cazón

Abiertos los cimientos, lentamente surgió la construcción, sonriente en su coloración de fuego, coqueta en su forma, entre un fondo de árboles copudos.

Antes de dos lustros, en 1892, quedaba inaugurada y un prelado bendecía su hermosísima capilla. Las numerosas criaturas reunidas en su torno demostraron la necesidad de aquella casa de amparo, atendida por las Hermanas de Caridad de San Vicente de Paul.

Dolencias físicas obligaron á la señora de Beccar á una vida de retiro y en su barranca de San Isidro se la pudo contemplar, hasta hace poco, los cabellos de blancura inmaculada, el rostro enjuto, casi transparente, la mirada tranquila y serena.

Sucediéronla en la presidencia doña Magdalena B. de Bustamante, Celina B. de Beláustegui y actualmente Etelvina Costa de Sala de actuación de primera fila en la Sociedad de Beneficencia habiendo sido su presidenta durante varios períodos.

Mientras la Sociedad de Socorros crecía y se desarrollaba, el doctor Juan José Díaz, hijo predilecto de San Isidro, realizaba una misión de intensa caridad, haciendo querido su nombre.

Condolido de la suerte de los pobres, vivió prodigando bondades á manos llenas. Médico de corazón, se apenaba ante todas las angustias para ser la providencia del hogar necesitado: con sus talentos, disimulados en una modestia de buen cuño, prescribía la pócima. Y adivinando las estrecheces del asistido gratuitamente y mu-

chas veces en horas robadas á un reposo que tenía bien merecido, por su continuada actividad, á escondidas, con vergüenza y sin inferir ultraje, dejaba el dinero necesario para costearla.

Durante su vida, San Isidro no necesitó hospital—así fué su multiplicación en todos los hogares pobres y tan inalterable se mostró en su constancia, afecto y generosidades.



Etelvina Costa de Sala.

Juan José Díaz ha sido uno de esos seres excepcionales de cuyo paso por la vida no queda ni una sombra, ni un rencor, y cuya memoria puede evocarse como un modelo de padre, de ciudadano, de amigo y de médico filántropo—dijo, con justicia, la señora de Sala al consagrar públicamente su nombre en representación de la Sociedad de Socorros.

Mil quinientos cincuenta y dos niños instruídos; cincuenta y dos mil quinientos setenta y

nueve enfermos con medicamentos gratuitos; tres mil cuatrocientas criaturas en la escuela maternal durante las horas de trabajo de sus madres; ingentes sumas distribuídas en alimentos y ropas á los menesterosos, y el hospital instalado con todas las exigencias técnicas—tal es el resultado de la Sociedad de Socorros de San Isidro. En ella se recuerda con especial gratitud y respeto los nombres de María Antonia Beláustegui de Cazón, Isabel Armstrong de Elortondo, Magdalena Beláustegui de Bustamante y Francisca P. de Gómez, y dos placas perpetúan los de Juan José Díaz y María Varela de Beccar.

II.—Establecido el primitivo hospital francés de la calle de la Libertad y del Paraguay, su comisión de damas ensanchó su esfera de acción recibiendo en una de sus salas y durante el día, á los hijos de padres obligados á abandonar sus hogares por las exigencias del trabajo. Quedó así implantada, en forma embrionaria, la difundida «salle d'asille» de la capital francesa.

Un padre Tanoux, lazarista, ayudó á las señoras y quizás á sus instigaciones la comisión fué aumentada incorporando damas argentinas.

Este nuevo número de nuestra filantropía empezó á dar los mejores resultados y demostró la conveniencia de crear una institución encargada de desarrollarlo.

Tal fué la cuna de las Damas de Caridad de San Vicente de Paul, fundadoras de los asilos maternales en 1873. Sus casas no son escuelas,

sino algo más—escribió José Manuel Estrada; —son centros donde se acoge la infancia desgraciada; una substitución de la familia, en la cual durante las horas destinadas al trabajo diario, se reemplaza la madre que no puede menos de abandonar su hogar.

Su primer núcleo lo constituyeron las señoras Antonia V. de Pérez, Magdalena Dorrego de Ortiz Basualdo, Anatilde Santillán, Carmen O'Gorman, Estanislada de Gelly y Obes, Cons-



Juan José Díaz.

tanza Ramos Mexía de Bunge, Isabel Peña de Udaondo, Josefa U. de Udaeta, Felipa E. de Laprida, Elvira E. de Landívar, Indalecia F. de Ballesteros y Felisa R. de Palacios.

Congregadas para crear la nueva sociedad, trabajaron con empeño en asegurar sus fondos y el 25 de septiembre de 1873 invitaban á la colocación de la primera piedra de una Escuela Maternal ó Sala de Asilo en la calle de Paraguay entre las de Libertad y Talcahuano, el

2 de octubre, fiesta de los Santos Angeles, por la tarde.

Ernesto Bunge, arquitecto de nota y de capacidad para conciliar las necesidades de sus construcciones con pureza de líneas, preparó los planos, en una concepción de conjunto para el futuro. Bunge proyectó con mucho acierto, pues hoy, después de treinta años, se sigue reconociendo su habilidad.

Con escasos recursos, la obra se realizó lentamente, correspondiendo la primera parte á la señora de Pérez á quien sucedió en la presidencia la señora de Ortiz Basualdo.

III.—Desde los primeros días de instalado actuaba en el consejo doña Constanza Ramos Mexía de Bunge. Sus indicaciones atinadas y sensatas, su persistencia, la minuciosidad de sus inspecciones y su actividad, la señalaron para el primer cargo, y fué ungida presidenta. Bernardino Rivadavia había sido su padrino. De la intimidad de su padre don Ildefonso Ramos Mexía, el ilustre estadista le pidió una ahijada, indicándole el nombre, y sus deseos fueron cumplidos.

Con una instrucción sólida, bien dirigida, supo cultivar su talento propio. Música de predisposiciones naturales y de acentuado entusiasmo, hizo un viaje de Berlín á París para asistir al estreno de «Hugonotes». Ya en el hotel no le fué posible obtener localidad, pero como no pudiera disimular su desconsuelo, todos los huéspedes conocieron su contratiempo por su

vehemencia de repetir que no faltaría á la representación. Y lo consiguió. Una mano de lacayo le presentó los billetes para uno de los mejores palcos, mandado por el mismo Meyerbeer después de haber escuchado sus lamentaciones.

Viajera asidua, tenía el hábito de tratar gentes de valía, para las cuales mantuvo siempre



Constanza Ramos Mexía de Bunge.

abiertos sus salones formando un centro de aristocrática intelectualidad.

Todas estas condiciones la señalaban para presidir consejos caritativos, porque, además, era muy piadosa y de sentimientos de amor al prójimo. Amaba mucho á las criaturas.

En la presidencia de las Damas de Caridad puso en juego cuanto valía, mostrándose prudente, previsora y de largas miras. Todas sus

iniciativas nacían en el reposo para prosperar en la realidad.

Si sus compañeras supieron secundarla, si entre ellas hubieron algunas de grandes condiciones, durante veinticinco años nadie se resolvió á ocupar su silla. Sus reelecciones fueron por unanimidad.

La sociedad creció á su influjo. Don Francisco Piñeyro contribuyó á enriquecerla donándole un valioso terreno en la calle Brasil, Tacuarí y Caseros y Misia Constanza tuvo la suerte de asistir á la creación de sus primeros dispensarios y consultorios, y á la inauguración de los tres nuevos asilos maternales de la calle Moreno y Entre Ríos, Brasil y Tacuarí y Paseo Colón y Belgrano.

Cruel dolencia y penas morales la obligaron á pasar sus últimos años recluída en su antigua morada de la calle San Martín, pero desde allí continuó dirigiendo los destinos de su querida sociedad para alcanzar en vida su propia consagración : las Damas de Caridad bautizaron con su nombre su primera casa, como homenaje á una dedicación de un cuarto de siglo.

A sus trabajos se debió en gran parte la creación de la Lotería de Beneficencia Nacional para fondo permanente de caridad, y con su producto se edificó el Asilo Maternal del Este.

Las grandes catástrofes públicas—se ha escrito evocándola,—hallaron siempre un eco humanitario en su generoso corazón. Inundaciones, guerras, terremotos, la encontraron dispues-



Asilo «Constanza Ramos Mexía de Bunge».

ta á restañar las heridas y á socorrer las víctimas.

Durante las revoluciones de 1880 y 1890 trabajó como la más activa enfermera en un hospital de sangre improvisado en el Asilo del Norte y en 1893 recibió los heridos de la revolución de La Plata.

Se alejó de este mundo á los 73 años, el 9 de marzo de 1900.

En la sociedad se dejó constancia de que «encarnaba todas las virtudes, que nunca su Santo Patrono contó entre los adeptos de su piadosa y sublime obra, un apóstol más ferviente, más perseverante, más inteligente, más abnegado que esa amiga leal, que esa consejera prudente, cuyo espíritu flotará siempre en los templos que supo levantar á la caridad.»

IV.—Han ocupado la presidencia de esta sociedad las señoras María D. de Miguens, Florentina de las C. de Cibils, Felisa R. de Palacios, Carolina E. de Martínez y otras, cada una de las cuales han contribuído á su mejoramiento para extender su protección á dos mil setecientas niñas en cuatro Asilos Maternales, fundar una hermosa «Casa de Pobres» donde se atiende á viudas desvalidas con la carga de familia numerosa, ofreciéndoseles alojamiento amplio mediante un alquiler ínfimo, proyecto originario de la señora de Bunge; y para inaugurar en San Miguel la «Villa San Vicente», restauradora de la salud de las niñas y variante amena en su monótona vida de asilo.

Hacen más todavía las Damas de Caridad: dispensan sus beneficios á niñas pobres externas en talleres de costura y planchado donde conquistan medios de subsistencia; dan remedios y los prescriben á los pobres en sus consultorios y dispensarios gratuitos y desde 1905 distribuyen «premios á la virtud», á iniciativa creadora de doña Felisa R. de Palacios. Hoy son veintidós.



Carolina E. de Martínez.

Esta sociedad extenderá pronto sus obras, en una manzana de tierra adjudicada recientemente en el límite de Belgrano y Flores, pero siempre continuará prolongando el sueño de la infancia á los niños que van á emponzoñarse al contacto de la malicia y la arteria del mundo (1).

(1) Santiago Estrada.

Don Estanislao Frías acaba de dejarle un legado de diez mil pesos.

La señora Carolina Estrada de Martínez, presidenta reelegida, dedica á las Damas de Caridad su tiempo, su inteligencia y una labor ejemplar para asegurar su estado próspero en primer término, y trazar su desarrollo futuro, siguiendo el desenvolvimiento iniciado durante su fecunda gestión.

Los Asilos Maternales han conquistado la difícil sanción de las personas en cuyo beneficio han sido establecidos : las madres de los conventillos miran con afecto sus aulas y asisten, gustosas, á las solemnidades escolares preparadas en obsequio de los mismos niños.

Y los pequeños aceptan con cariño los afectos maternales de las Hermanas de San Vicente.

La «Casa de Pobres» de la calle Tacuarí y Caseros, es una inmensa mano de piedad tendida en favor de aquellas madres que á la desdicha de su viudez prematura, deben unir las exigencias de sus numerosos hijos. En ella se hallan á cubierto de las exigencias tiránicas de los caseros, y junto á las damas encuentran las protecciones de que tanto necesitan : con su propio trabajo pagan el alojamiento, en una pensión reducidísima, y cuando la enfermedad enerva sus fuerzas, pueden confiar en la generosidad de la institución.

Las señoras procuran colocar sus hijos en escuelas, asilos ó talleres apropiados—verdaderas madres de las madres en congoja.

CAPITULO II

DAMAS DE LA MISERICORDIA

1872

I.—Disidencia fecunda.—Convocatoria de doña Carolina Senillosa de Harilaos.—Fundación de las Damas de la Misericordia.

II.—Doña Carmen Nóbrega de Avellaneda.—Antecedentes y Carácter.—Episodios caritativos. Su piedad.

III.—Muerte de la señora de Avellaneda.—Juicio del Doctor Wilde.—Su testamento.

IV.—Sucesoras de la señora de Avellaneda.—Ana Urquiza de Victorica.—Inauguración del nuevo Asilo. —Carolina Lagos de Pellegrini.—El refugio de la calle Paraguay.—Hermanas de San José.

V.—La señorita María Baudrix.—Fundación de la «Casa de Misericordia».—Por las pobres vergonzantes.—Su inauguración.—Novelas de la realidad.

VI.—Misia Adela Saraza de Favier.—Sor María Constante.

VII.—Hospital San Roque y Asilo de Inválidos.

I.—Constituídas las Damas de Caridad de San Vicente de Paúl, para extender sus beneficios necesitaron instalaciones propias como medio de asegurar la mayor economía. La ubicación de los terrenos á adquirirse dividió algunas opiniones y como el primer asilo maternal no reclamara el concurso de todas las señoras, aquéllas en desacuerdo con la compra en la calle Paraguay, se retiraron.

Poco después, este pequeño grupo de iniciadas en prácticas de caridad y otras señoras fueron convocadas por doña Carolina Senillosa de Harilaos buscando constituir una sociedad destinada á proporcionar asilo gratuito á las familias proletarias de jefes inutilizados para el trabajo, á jóvenes obreras de buena conducta y á familias y jóvenes solas que suscribieran una cantidad mensual con el fin de asegurar estos beneficios en el futuro.

Fueron de las congregadas doña Manuela R. de Bullrich, Jenara B. de Rojas, Emilia C. de Senillosa, Josefa C. de Quintana, Enriqueta de Pesloüan, María Luisa Z. de Ocantos, Carmen N. de Avellaneda, Flora X. de Villate, Teodomira O. de Garrigós, Clotilde B. de Mouján, María E. de Llavallol, Valeria C. de Cárdenas, Rosario G. de Dikelman, Rufina A. de Cambaceres, Encarnación L. de Arning, Juana B. de Baudrix, Carolina B. de Pérez Millán, Amalia M. de Daireaux, Francisca R. de Gómez, Dionisia M. de Galup, Elena G. de Hœwel, Nicolasa D. de Terrero, Eloísa Sosa, Isaac M. de Boneo, Catalina N. de Doyel, Manuela P. de Lamas, Telesfora S. de Lamas, Agustina O. de Lamas, María de las Nieves del Ponce, Manuela S. de Nazar y Margarita B. de Miguens.

La señora de Harilaos expuso los fundamentos de su iniciativa, y el 14 de diciembre de 1872 quedaba fundada la sociedad «Damas de la Misericordia», bajo la presidencia de doña Carmen Nóbrega de Avellaneda.

Muy sabias fueron sus bases fundamentales :

siendo la caridad una virtud cristiana, es también un deber y una necesidad social — la sociedad que no cuida de la subsistencia y educación moral y religiosa de los menesterosos abriga en su seno el germen de su propia desorganización, cuya causa es siempre la miseria y la ignorancia,—y la caridad ejercida aisladamente no responde á sus altos fines.



Carolina S. de Harilaos.

En su virtud—dice el acta,—la señora de Harilaos propuso se fundase un gran asilo que respondiese á estos principios.

Aprobado por unanimidad, como la nueva institución contaba con un grupo de voluntades sin tener mayores recursos, estableció un pequeño asilo de menesterosos en Flores, pero siendo necesario dar vuelo á la sociedad se varió su programa inicial, transformándose ese refugio en

casa de niñas huérfanas ó desvalidas, aunque siempre con las asiladas fundadoras.

II.—La presidenta, Carmen Nóbrega de Avellaneda, reunía el conjunto de condiciones excepcionales de los seres superiores, en tan hermosa armonía que en las llamadas á sentimiento compasivo le permitían destacarse por una bondad sin reatos ni reservas, y demostrar la firmeza de los grandes caracteres en las situaciones necesarias. Encubría sus múltiples cualidades en una modestia ingénita muy humilde.

Las manifestaciones de su inteligencia, en cultivo perpetuo, eran brillantes y las exteriorizaba con la seductora timidez de los corazones sencillos, para atraer amablemente y conquistar con dulzura.

Hija de un mártir de la mazorca, degollado por unitario y por haber participado de la insurrección del Sur contra Rozas, y heredera de una gran fortuna, en 1860 casó con el doctor Nicolás Avellaneda, bajo el influjo atractivo de su gran talento, realizando una unión del más ponderado equilibrio. La señora Carmen Nóbrega ha sido considerada como el complemento del doctor Avellaneda en todas las épocas de su vida, habiendo tenido la virtud de rodear su cariño de esposa y de madre de sus hijos, con todas las seducciones de un espíritu elegido.

Toda su vida ha sido excepcional ; en el hogar, en la religión y en la caridad.

Una de las noches anteriores á la concilia-

ción que apagó los bríos bélicos del partido opositor, y cuando se temía estallara un movimiento revolucionario, á las dos de la mañana llegó un telegrama urgente al doctor Avellaneda.

El presidente hallábase sentado en el comedor conversando con su esposa. Tomó el despacho y lo pasó á su compañera sin abrirlo : la sabía capaz de recibir directamente todas las noti-



Carmen Nóbrega de Avellaneda.

cias. La señora lo leyó en alta voz, sin vacilaciones, mostrándose la digna esposa de un presidente argentino.

Su caridad no tenía excitaciones. Cierto día encontrábase el doctor Daireaux en la legación de Francia en momentos en que el cónsul M. Dudemaine atendía á una dama de porte distinguido, envuelta en el misterio de un pesado luto y rodeada de cinco niñitos. Acababa de en-

viudar. Sin recursos, buscaba ayudas para volver al lado de parientes en la patria lejana.

Como nada pudiera hacer el consulado, el doctor Daireaux ofreció sus oficios. Para ello se dirigió á la señora de Avellaneda. Al día siguiente recibió los pasajes y una expresión de agradecimiento por haberle proporcionado la oportunidad de remediar un infortunio. Era una síntesis de las bondades de quien estaba habituada á acudir en ayuda de los desvalidos.

Condecorada por su piedad con títulos papales, jamás hizo uso de ellos ; su simple mención la contrariaba en su humildad de cristiana ferviente.

Nuestra sociedad le reservó muchas distinciones : presidió las Damas de Caridad en ocho períodos ; dama fundadora de la Sociedad de Misericordia, fué su primera presidenta, conservando este cargo durante diez años ; tuvo la vicepresidencia de la comisión auxiliar de Damas del Patronato de la Infancia, desde su instalación ; colaboró sin descanso en el «Colegio del niño obrero» de Quilmes ; presidió la Conferencia de San Vicente de Paúl, de Nuestra Señora del Huerto y la «Archicofradía de la Guardia de Honor» en 1889 ; ejerció la presidencia de la obra del templo de Yapeyú ; dirigió la comisión edificadora del Santuario de Nuestra Señora de Lourdes, apareciendo, además, como dama cooperadora y contribuyente de casi todas las instituciones de caridad.

III.—Murió como lo deseara, rodeada de sus

hijos y escuchando las oraciones para los agonizantes, el 18 de febrero de 1899.

El doctor Wilde hizo públicas las lágrimas que le arrancara esta muerte :

¡ Pobre Carmen ! ¡ Qué profunda é inalterable resignación para sufrir, qué valor ejemplar para esperar la muerte mirándola ya próxima y qué vida tan triste en medio de los dolores de este mundo, sin aliciente para ella, cuya alma consagrada á los deberes de familia y al alivio de ajenas desgracias, no tenía sino las melancólicas compensaciones de la virtud ejercitada, diaria, permanentemente !

Carmen es buena, solía decir Avellaneda, pero muy substancial ; lee demasiado al padre Kempis y no lo bastante á lord Byron.

Lo último de la frase no era verdad. Carmen había leído bien á lord Byron, lo cual es una dicha, y su mente á los veinte años, estaba ya saturada con todas las finuras del gusto literario. Leer al padre Kempis, por otra parte, no era alejarse mucho del poeta inglés, y no sé cuál de los dos, si Kempis ó lord Byron, conocieron mejor el alma humana.

¡ Diferencias de forma !

Solía, es cierto, dejar de mano el libro, el Rafael de Lamartine, por ejemplo, para atender á mi compadre Egaña, hombre excelente, pero nada poético, y esto inducía en error á su marido.

El mismo Avellaneda, sin embargo, mientras proclamaba la incuria de su esposa respecto á la poesía enfermiza en boga en todo tiempo,

daba testimonio de la falsedad de su aserto leyéndole sus páginas literarias y pidiendo consejo á su criterio y á su gusto.

Pero la colosal acción de esta gran dama, cuya pérdida llora la población, desde el cuarto miserable del indigente hasta el palacio habitado por el opulento, no está en el libro social de los salones, sino en la eficacia de su talento y de su carácter para repartir el bien sin distinciones, en todas sus formas conocidas.

Avellaneda habría sido un gran estadista, un literato, un orador, un talento, en cualquier parte : soltero, casado ó viudo ; mas junto á su mujer, su amiga y confidente, fué y pudo ser todo eso con menor dificultad y en mayor grado.

¿Por qué? Por el reposo de su vida íntima y por el espejo que tenía delante, como el sacerdote en los templos budistas, donde mirar su conducta y mensurar sus actos.

¡Cómo se compuso esta mi amiga para reducir á la normal de una escala elevada esa naturaleza romántica, incongruente, incomprensible, inencuadernable, incoleccionable, irreducible á las formas burguesas, incomparable, por fin, de Avellaneda, es el secreto que se lleva á la tumba!

Cuando tal mujer ha podido ejercer tan formidable presión sobre tal hombre, sin hacerla sentir, sin ostentarla, sin mostrarla siquiera, y sin provocar explosiones, esa mujer es genial como talento y como carácter.

Avellaneda era religioso, Carmen lo hizo místico.

La religión de Avellaneda no era un sentimiento puro; era una emigración de sus tiempos de colegio en los claustros de los conventos; tenía más del recuerdo estético de su vida en la triste y silenciosa suavidad de las aulas semiobscuras, incitantes de la melancolía y los ensueños, que del amor abnegado, incondicional hacia el Ser Supremo, realzado por las ceremonias del culto; amor y realce que en las almas predispuestas engendra una seudo-locura pasional enfermiza, incontagiosa y sujeta á incremento por auto-intoxicación del corazón y del cerebro.

En la tumba de la señora de Avellaneda y ante un cortejo visiblemente consternado, don Jorge Damianoviche leyó una elegía cuyos versos terminaban en la letra O, cerrada como el infinito...

La señora de Avellaneda testó. Las instrucciones á sus hijos retratan su talento aristocrático, su piedad y sus virtudes.

Son un ejemplo y una lección. Después de hacer indicaciones prácticas y previsoras en la distribución de sus bienes, para derivar cuánto pudiera rozar la paz y la unión de la familia, pide á sus hijos que continúen todas sus obras de piedad y beneficencia.

Consigna con minuciosa religiosidad una larga lista de pobres—muchos de ellos vergonzantes,—que deben ser socorridos con las mismas limosnas que de ella recibían; pide también

se mantengan sus cuotas mensuales á templos en construcción, sociedades y asilos de beneficencia.

Señala las fechas y acontecimientos que desea conmemoren sus hijos para no debilitar las tradiciones de la familia, ni disipar en el viento las cenizas del viejo hogar.

Respecto á la inhumación de sus restos y ceremonias fúnebres, sus instrucciones fueron terminantes : un entierro modesto, un carruaje fúnebre de dos caballos ; sin invitación por diarios y que sólo concurrieran las personas íntimamente vinculadas.

Lógica con sus creencias y sentimientos religiosos, consideraba á esas pompas espectáculos para el indiferente y el curioso, y se limitó á pedir oraciones y limosnas para su alma.

La R. Madre Victoria Avellaneda, hija de doña Cármen Nóbrega, instituyó en mayo de 1907 premios de estímulo para las asiladas, en memoria de tan ilustre madre, con la venta de seis mil cédulas hipotecarias afectadas á ese fin y divididas por las damas en recompensas de cincuenta pesos cada una.

IV.—A la señora de Avellaneda sucedieron en 1879 la señora Clotilde Barra de Mouján, y en 1882 doña Carolina Lagos de Pellegrini, quien entregó la presidencia á la señora Ana Urquiza de Victorica, hija del vencedor de Caseros, dama inteligente, de energías, de impulso y decisión.

Doña Ana tuvo visión grande ; el asilo de Flo-

res, pequeño para las necesidades, era una casa de otra época. Llamó á la Municipalidad y obtuvo de don Torcuato de Alvear la cesión de la manzana comprendida entre las calles Azcuénaga, Larrea, Melo y Peña, y el 10 de octubre de 1884 empezaba la construcción del asilo y capilla inaugurados á los tres años durante una segunda presidencia de la señora de Pellegrini.

La señora de Victorica tenía la fuerza mila-



Ana Urquiza de Victorica.

grosa de los corazones abnegados y la más inteligente habilidad para adaptarse á las circunstancias. Por sus gestiones, la Sociedad consiguió del ministerio de la Guerra una subvención mensual de ciento cincuenta pesos por cada niña asilada huérfana de militar, y supo interesar al público en la institución. En 1885 obtenía las primeras donaciones de importancia : quince mil pesos sobrantes de la testamentaría de doña

Mamerta de las Carreras, cuatro mil de una comisión de monumento al doctor Adolfo Alsina, igual suma de la testamentaría de doña Petronila Rodríguez y otras menores en un total de cuarenta y cuatro mil pesos.

En tan favorable situación se estableció un asilo y taller provisorio en la casa alquilada de la calle Paraguay núm. 426, haciendo venir de Europa cinco Hermanas de Caridad de San José. Cuarenta y tres niñas encontraron allí trabajo y alimentos. Terminado el edificio de la calle Azcuénaga, en él se reunieron todos los establecimientos de la institución. Más de trescientas niñas aprenden hoy los quehaceres del hogar y recursos necesarios para subvenir á sí mismas: confección de vestidos, costura, bordados en blanco y oro, vainillados y otras habilidades primorosas. Al retirarse, las bien aprovechadas reciben entre cien y doscientos pesos como premio, y una máquina de coser.

Este desenvolvimiento de la Sociedad exigió aumento de fondos. Para ello el señor Mariano Benítez organizó un gran baile en la Opera en 1890; á fines de 1892 realizó con el Patronato de la Infancia una kermese de gran éxito en la plaza General San Martín, y en 1894 otra en el Pabellón Argentino con una utilidad de diez y seis mil pesos.

V.—Echando entonces la mirada hacia la idea inicial de la Sociedad, la señorita María Baudrix propuso una «Casa de Misericordia» para pobres vergonzantes. Ella quedó inaugu-

rada el 17 de mayo de 1896 como albergue de damas otrora encumbradas y con tradición de pasados de lujo y de abolengo.

El futuro autor de «La Gloria de don Ramiro», joven que despertaba á la vida de los grandes triunfos literarios, pronunció un hermoso discurso «ante el más envidiable de los auditorios, llegando su voz á la elocuente y prestigiosa de oradores sagrados, con la frescura de las ilusiones y la sencillez del corazón.»



Carolina Lagos de Pellegrini.

El doctor Enrique Rodríguez Larreta estuvo muy feliz :

Siempre que veo surgir uno de estos nuevos asilos del infortunio, siento que un mismo nombre atraviesa mi espíritu y mis labios estremecidos lo balbucean con amor ; es el nombre de quien nos enseñó con sus palabras y sus obras la compasión por los desamparados

y los débiles ; el dulce nombre de Jesús, donde se ha inspirado también la idea de esta dignísima obra, llena de cristiana ternura y que es como una mirada de su ojo, un eco de su voz.

¡ Ah ! ¡ Cómo depuran el modo de la vida y levantan la condición humana y la desprenden de los lazos mezquinos del egoísmo estos esfuerzos de la santa misericordia ! Y qué gloria tan grande para la mujer que sólo ella sea capaz de comunicarles toda la eficacia y la fuerza de las grandes instituciones.

Esto me hace pensar una vez más que la mujer es en el mundo el verdadero espíritu de Cristo, su más fiel aliado y el sacerdote más firme de su religión. Es que sólo su inspirado idealismo y su sensibilidad abnegada y clemente, han podido hacer suya y derramar en sus venas la dulzura infinita de aquellos sentimientos redentores ; así como sólo su instinto infalible comprendió desde los primeros momentos toda la grandeza de Cristo. Bastan los recuerdos de la historia para evidenciar esta verdadera inspiración de la mujer. Así sus páginas nos cuentan que mientras Jesús tenía que atraer á los hombres con las redes de su elocuencia, las mujeres iban hacia El, las madres con sus hijos, las pecadoras con su remordimiento. Una mujer fué quien humilló su frente para secarle los pies con sus cabellos ; lágrimas de mujer las que regaron la cruz ; y manos de mujer, en fin, las que le buscaron en la tumba para ungirlo de perfumes.

No debe, pues, extrañarnos que nadie com-



Asilo de la Misericordia.

prenda hoy como ella la virtud del Evangelio y que sólo sean comparables á aquel acento milagroso, que devuelven la salud á los enfermos y alivian todas las miserias, la solicitud de sus cuidados, la dulzura de sus palabras y los sacrificios de su ardiente caridad.

La literatura se hā inspirado en esas vidas protegidas, dignas de alto respeto, para tejer como novelas de dolorosas realidades. Preferimos admirarlas en su elevada resignación, tomando el sol de la mañana y escuchando los saludos de cariño de las damas que velan por sus últimos días.

Sor María Carlota las dirige, con sublime bondad y una mansedumbre inalterable para concurrir en todo momento á los extraños caprichos de la senectud, en chochera perpetua.

Sus asiladas son las más avanzadas :

Trinidad Ortiz de Zárate, descendiente del Adelantado, con más de 90 años ; Adelina Barbosa, viuda, cuenta alrededor de 80 ; Justina Moreira, de 103 años, recuerda los episodios salientes de la historia patria ; Felipa de la Cruz, con 101, lee sin anteojos, siendo la viejecita más andariega de la casa, y Donaciana S. de Sosa que alcanza alrededor de 98 años.

Ni una contrariedad material nubla la vida de estas ancianas, cada una de las cuales tiene como un ángel de la guarda en cada inspectora —las señoras Dolores Goñi de Güiraldez, Adela Atucha de Gramajo, Virginia Alzaga de Blaquier, Celina Atucha de Battilana, Isabel L. de García y María Teresa Llavallol de Atucha.

Conjuntamente con la casa de señoras ancianas, más tarde ampliada con nuevos pabellones, todos limpios, de sencillez de convento, se inauguró un hospital para el servicio de las asiladas y un consultorio externo bien difundido entre los pobres.

VI.—Desde abril de 1898 dirige los destinos de esta Sociedad la señora Adela Saraza de Fa-



Adela S. de Favier.

vier, reelegida por unanimidades de honra para su desempeño.

La señora de Favier forma parte del grupo de matronas á quienes la sociedad rodea de una aureola de veneración. De bondad inalterable, sumamente suave y persuasiva, misia Adela sabe hacerse oir para dominar con el recurso irresistible del razonamiento ilevantable.

Así se nota su suave acción en esa Sociedad,

«verdadero organismo caritativo — según sus propias palabras,—pequeña república con sus rentas, sus presupuestos y su delicada administración.»

Constituyendo una federación, cada sección está dirigida, inspeccionada y administrada por una junta especial de señoras, otras tantas beneméritas casi anónimas de la caridad. Misia Adela las congrega y dirige, y sus ideas, siempre envueltas en una presentación de delicadeza y dulzura, son voceadas hasta en la última de sus dependencias por sus amables colaboradoras.

Una sección de la casa lleva su nombre, en homenaje de excepción tributado en vida entre el aplauso general.

La atención interna de la casa se halla confiada á las Hermanas de la Misericordia, humildes y activas, entre las cuales sor María Constante ha sido especialmente señalada al reconocimiento público. Las huérfanas y ancianas, en total de más de seiscientas almas, le rinden homenajes, porque sor María Constante conquista los corazones y sin presión ejerce la dominadora influencia de una capacidad penetrante.

La sociedad «Damas de la Misericordia» mantiene en alto el prestigio caritativo de nuestro pueblo ; la filantropía privada le ha reservado muchos de sus mejores renglones.

VII.—Por decreto municipal de 1872 se dispuso la creación del Hospital San Roque, al

Oeste, y á raíz de la revolución del año 74 se creó al Sud, cerca de los terrenos de la Convalecencia, un Asilo de Inválidos, para lisiados é imposibilitados del ejército nacional. Fué costeado por subscripción pública, á iniciativa del doctor José C. Paz, quien supo ubicarlo en un sitio excepcionalmente apropiado, sobre una loma, distante del centro comercial pero sin hallarse aislado en la soledad. El doctor Paz trabajó sin descanso por los inválidos de la patria, y cuando se estableció el Hospital Militar, fueron éstos pasados á un pabellón especial, transformándose la primitiva casa en el espléndido Hospital Rawson, sostenido por la comuna.

Dícese que aquel asilo era un archivo viviente de la epopeya de la patria—ya de su cruzada libertadora, algunas de cuyas gloriosas entidades anónimas encontraron en él tranquilidad y reposo,—el uniforme de la patria rememorando sus mejores días—ya de los combatientes de las montoneras, ó de los derrocadores de la tiranía, ó de las contiendas civiles que otrora dividieron los hermanos para ensangrentarse con sacrificios estériles.

Junto á su puerta de entrada, los veteranos rememoraban sus hazañas y á ellos fueron á acercarse muchas veces los investigadores de la historia, á precisar el detalle de un combate, la hora de una avanzada ó la caída de un valiente.

Eran como ecos del cañón de la independencia y á su lado muchos aprendieron del arro-

jo de las huestes del Paraguay, y de la jornada de 1874.

A su frente se libró, en 1880, la penúltima contienda interna—como si los nuevos guerreros hubieran querido lucir su bizarría ante los viejos soldados de San Martín, de Alvear, de Lavalle y de Mitre.

CAPITULO III

ORFANATO DEL CARMEN Y CASA DE JESÚS.—LUIS DE LA TORRE Y ZÚÑIGA

1872

I.—La Hermana María Benita Arias.—Su ingreso á la Casa de Ejercicios.—Conquista de voluntades.

II.—El Orfanato del Carmen.—Don Martín de Salazar y doña Estanislada Fernández de Martín.

III.—La Casa de Jesús.—Principales protectores. —Santos Unzué y Carlota Díaz de Vivar.—Reedificación.

IV.—Apostolado de las Hermanas de Jesús Sacramentado.—Muerte de la Madre Benita.

V.—Don Luis de la Torre y Zúñiga.—Su curato de la Concepción.—Una vida de bien.

I.—Las puertas, nunca cerradas á las almas piadosas, de la Santa Casa de Ejercicios, dieron pase en 1840 á una niña humilde, con diez y ocho años, llegada de la ciudad de Córdoba á hacer vida religiosa. Desde su ingreso la novicia fué encargada de atender á las personas en retiro espiritual y ejerció sus funciones con tan edificante celo, que hizo suyas muchas feligreses, cautivando entre ellas á las señoritas María y Carlota Díaz de Vivar. Muy devota y con el sentimiento religioso bien arraigado, la nueva Hermana, sor María Benita Arias, en 1860 tuvo la inspiración de fundar una comunidad de votos

simples para la adoración perpétua del Santísimo Sacramento. Y firme en su propósito, se trasladó á Roma y á la Tierra Santa, realizando personalmente todas las gestiones necesarias hasta que en 1872 el arzobispo monseñor Aneiros aprobó interinamente su constitución.

II.—Data de entonces el Orfanato del Carmen en la calle Callao y Paraguay, contiguo á la Casa Madre de las Siervas de Jesús Sacramentado. Simpatizando con la fundación, don Martín de Zalazar, acaudalado vecino, hízole en seguida donación en un terreno en la calle Corrientes, muy retirado, camino de la Chacarita, para fundar un establecimiento, «bajo la advocación de Jesús Sacramentado, y cualquier otro objeto de caridad, pudiendo formar una capilla al servicio del mismo y del público». A los dos años doña Estanislada Fernández de Martín contribuía al engrandecimiento de la institución con quinientos mil pesos y luego se entregaba á ella por completo, haciendo vida de retiro con las Hermanas. Con estas ayudas la Madre Benita abrió la «Casa de Jesús» en 1874, en un edificio reducido y pobre, ensanchado paulatinamente y al cual llegaban á diario las religiosas de la calle del Callao, en jornadas á pie de una legua recorrida por la mañana y otra por la tarde, hasta su instalación permanente, á mediados de 1879.

III.—Durante más de treinta años han secundado con eficacia á la Madre Benita y á



Capilla y Asilo de Jesús Sacramentado.

las Siervas de Jesús Sacramentado en estos asilos : don Santos Unzué y señora Carlota Díaz de Vivar ; Mariano Acosta, gobernador de la provincia de Buenos Aires ; Parmenio y Justo Piñero ; Joaquín Cazón, su hija Catalina, después señora de Gerosa ; Dalmira Quesada de Ortiz Basualdo ; Adelina Sáenz de Borda y en particular la señorita Florencia Arana Vivar : durante muchos años ha ofrecido su dinero, constante trabajo y hasta sus propias joyas, para las necesidades, tanto del Orfanato como de la Capilla. La señorita Rosa Haedo ha contribuído á la construcción de los grandes salones.

Una comisión de damas coadyuva al sostenimiento del Asilo y del culto habiendo sido su primera presidenta la señorita María Anzola, hoy señora de Etcheverry.

Pero como el edificio no respondía á los adelantos del barrio, ni reunía las comodidades é instalaciones exigidas en los grandes establecimientos similares modernos, la señora Carlota Díaz de Vivar de Unzué, una de sus principales sostenedoras desde sus comienzos, resolvió reedificarlo por completo y ampliar la vieja Casa de Jesús, corriendo con todas las erogaciones, sin omitir un detalle, en una suma total si no expresada nunca, calculada en dos millones de pesos. El nuevo edificio quedó inaugurado en mayo de 1904 ; ocupa una manzana entera, con jardines, grandes patios, salones amplios, dormitorios bien ventilados, y todas las demás dependencias y comodidades.

La misma señora de Unzué costeó un espléndido templo anexo, reconocido entre los más lujosos de Buenos Aires.

IV.—La caridad argentina debe á la Madre Benita Arias, fundadora de institutos, los colegios de Jesús, de Salta y de Bolívar; las congregaciones de María, del Carmen y de la calle Yatai, habiendo tomado á su cargo el cuidado del Hospital Francisco Javier Muñiz—casa para contagiosos, desde cuya entrada se tiene rozamientos temerarios con la muerte;—el Hospicio de las Mercedes, para ofrecer luces del corazón en un contacto perenne con seres de facultades alteradas — ¡ oh ! cuánta misericordia debe reclamar la inconsciencia de aquellos pobres enfermos!—y el Hospital Norte—otrora reservado á las avariosas,—atendidas por las Hermanas en una dura prueba de virtud y sumisión á todas sus repugnancias.

Sus hijas en religión cerraron los ojos de la Madre Benita el 25 de septiembre de 1894, después de una enfermedad prolongada, recibiendo de sus labios la santa exhortación para el trance futuro, y de su tranquilidad, sin queja por la dolencia, un nuevo ejemplo de estoicidad cristiana.

V.—La iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Concepción tiene honrosa tradición caritativa. Sin volver á los tiempos, ya recordados, de su origen, á cargo de la Hermandad de la Santa Caridad, debe mencionarse al canónigo

don José Gabriel García Zúñiga, su cura párroco hasta el año 1875. Fundador de cofradías piadosas, las legó á su sobrino, canónigo también con el tiempo, don Luis de la Torre y Zúñiga, joven oriental educado en el Seminario de Buenos Aires, de donde salió para tomar órdenes en 1873. Sus buenos antecedentes personales, quizá, también, el haberse traslucido algo de sus condiciones, propiciaron su elección de titular del curato á los dos años de cantar su primera misa.

Alto y grueso, con una bonhomía de satisfacción personal contagiosa, disponía todos los ánimos á su favor. Siempre sonriente, así escuchaba las penas más grandes para levantar los espíritus con su palabra de consejo, bien templada, tranquila, que infundía confianzas.

Tenía la pasión de hacer el bien en todas sus formas : moralmente con una elevación propia de sentimientos, y materialmente con sus muchos bienes.

Al poco tiempo de recibir el curato se convirtió en el patriarca del barrio del Sur, para agigantar durante treinta años su personalidad de filántropo.

El primero de cada mes distribuía á cada pobre de su parroquia de cincuenta centavos á dos pesos y todas las tardes atendía á cuantos lo necesitaban, calculándose pasaban de cien sus interlocutores diarios. Unos recibían el óbolo de su caridad y otros la ayuda indirecta que solicitaban. Los pobres vergonzantes le depositaban sus intimidades.

A los institutos religiosos consagrados al alivio de la desgracia reservaba fuertes sumas, en especial las Hermanas del Buen Pastor, las Vicentinas, las Pobres Bonaerenses, Concepcionistas y Padres Salesianos.

Cuando se establecieron los Círculos de Obreros, concurrió á asegurar su desenvolvimiento y cubrió con su peculio el tesoro de su caja exhausta.



Luis de la Torre y Zúñiga.

Condolido por la suerte de los huérfanos, los recogía y educaba ; visitaba á los enfermos y menesterosos en sus mismos conventillos, donde su sotana infundía cariñoso respeto, y ponía remedio á sus necesidades. Durante la epidemia de fiebre amarilla del año 1871, hizo derroche de consuelos en la vasta comarca extendida al Sur, desde el río hasta los mismos Corrales.

Murió el 10 de julio de 1903 con la serenidad de un virtuoso.

Una romería de pobres acudió á velar su cadáver y á derramarle lágrimas, y la mañana de su sepelio centenares de obreros faltaron á sus tareas para acompañar sus restos hasta el cementerio, á pie, en una procesión silenciosa, imponente, de seis mil almas contristadas.

En su testamento prolongó sus caridades en legados cuantiosos para los mismos pobres y corporaciones que socorría.

CAPITULO IV

CRUZ ROJA ARGENTINA

1874

I.—Miss Florence Nightingale.—Una romántica de la abnegación.—Su legión de enfermeras.—Prodigalidad de dulzuras.

II.—Jean Henry Dunant.—Dunant y Miss Florence.—La batalla de Solferino.—Agua fuerte.—Sus «recuerdos».—Por una bandera uniforme.—La «Cruz Roja».—Su triunfo.—Miserias de Dunant.—El premio Nobel.—Su muerte.

III.—Miss Clara Barton.—La guerra de secesión.—Combates que presencia.—Una enfermedad.—Funda la Cruz Roja americana.—Guerra greco-turca.—Una contestación.—La guerra de Cuba.—Su campaña.—En Key West.—Reconocimiento de los españoles y cubanos.

IV.—Las discípulas.—Mrs. Stanley.—Mrs. Florence Lees.

V.—La Cruz Roja argentina.—Su participación en 1880.—Una contestación de Santiago Estrada.—Nuestras calamidades nacionales.—El Patronato de Indios.—Comisión de señoras.

I.—Tres existencias ha consagrado la humanidad al mejoramiento de los heridos en los campos de batalla: Miss Florence Nightingale, Jean Henry Dunant y miss Clara Barton.

La vida de miss Nightingale ha sido un romanticismo de abnegación. Hasta su nombre parecía una fantasía: Nightingale: dama de luz. Sus amparados de Scutari no lo conocían,

pero ante sus apariciones á toda hora, la decían «Canto de la noche», «Ruiseñor», indeterminadamente, como llaman los heridos en los hospitales. Y se expresaban bien. Para ellos se presentaba joven y hermosa, prodigando mercedes—dijérase una verdadera evocación en esa época sin misericordia en la guerra.

Saber á miss Nightingale armando una legión de enfermeras para emprender una peregrinación larga y penosa, cuyo término sería la consagración sin desaliento á la cabecera de infinidad de heridos y de agonizantes en número de diez, de quince, de treinta, hasta de sesenta mil, allá en la guerra de Crimea, es sentirla tan grande como para comprender los mayores dolores humanos. Y verla partir muy lejos, con renuncia á todo regalo de vida, sacudiendo vínculos de afecto, cuando encarnaba en sí los más puros cariños, en un olvido personal comprensible sólo imaginándosela rodeada de leprosos, de coléricos y de infeccionados, es retar al mundo por sus intemperancias y elevar la fuerza irresistible del sacrificio desinteresado para contrarrestar los estragos de tantas energías complotadas á exterminio.

Lady Nightingale velaba en los campamentos para sorprender los suspiros de los moribundos, y secar sus lágrimas ; y recibir los besos y abrazos encargados por los padres, por los esposos y por los hijos, para sus hijos, para sus esposas y para sus padres, en escenas de ternura repetidas hasta el infinito con llantos de indecible desconsuelo —Angel bueno y hermoso,

recogía el último latido y la última mirada—larga y muy intensa siempre,—dejada para la pequeñita que encarnaba todos sus anhelos y realizaba los ensueños del agonizante — ángel hermoso y bueno, radiante de alegrías en aquella eclosión de infortunios, cuyos labios tenían una afable sonrisa de bienaventuranza, y el fondo de cuyos ojos—verdes como las esperanzas y llenos de promesas y de ilusiones, — dejaban transparentar la sublimidad de su alma, tan blanca como los cabellos que aurolearon su ancianidad—alma muy grande y generosa, como de ángel bueno. Por eso el centinela respetaba su obra de amor no interrumpida—cuando en la soledad de la noche recorría el carperío de guerra, en busca del cuerpo que exhalara una queja. Entonces los soldados la decían la «dama de la luz».—Y en la aurora era el «Ruiseñor» : reconfortaba con su palabra prometiendo venturas... Y al caer el crepúsculo, dispuesto ya el herido á modular su nueva plegaria de moribundo y de creyente—fervorosa, pura y sincera, miss Nightingale se presentaba á acompañarlo. Y era la dulce inspiradora del nuevo sueño, arrullado luego con ecos que aparecerían como un tranquilo y melodioso «canto de la noche»... Su vida ha sido, así, el romanticismo de la abnegación.

Acaba de morir octogenaria. La humanidad entera sintió un estremecimiento de dolor. Y sobre su tumba derramó una lágrima. Ella no secará hasta tanto los amarantos envuelvan el

grupo simbólico de consagración á su inmortalidad—«dama de la luz», «canto de la noche», «ruiseñor».

II.—Jean Henry Dunant fué el gran inspirado de miss Florence. ¿Sobrepujó su acción? Las grandiosidades no se miden ni comparan.

Lady Nightingale realizó una acción personal que ha terminado con su propia existencia ; la obra de Dunant, perdurable, se mantiene, difunde y multiplica cada día. Su bandera de paz no flamea aún en todos los campos africanos, pero cortadas están las telas con que habrá de ser hecha. Con el triunfo de la civilización llegará á sus territorios.

Si miss Nightingale sublimizó su existencia para dejar ejemplos imperecederos, Dunant en cambio ha encendido un reverbero con llama alimentada por todos los buenos de la tierra.

Campos de Solferino. Trescientos mil combatientes arrojados á exterminio ; cadáveres sangrientos que se aplastan ; cráneos machacados ; hombres abiertos á punta de bayoneta y golpes de sable ; soldados en desborde de furia—así describió Dunant la famosa batalla.

A ratos la lucha horripila ; la caballería pasa á galope. Humanizados, los caballos buscan no pisar víctimas, pero sus herraduras destrozan á muertos y agonizantes. Al relincho jadeante se unen las imprecaciones y los gritos de rabia, de dolor y desesperación. La artillería sigue á los escuadrones, y abre camino rodando enci-

ma de cadáveres y de heridos : deshace rostros, tritura cabezas y hunde pechos (1).

Médico joven, Dunant presenció este cuadro de horror.

Siguiendo el ejemplo de miss Nightingale había acudido al encuentro, á socorrer heridos.

Habla el mismo :

Durante los combates una bandera colocada en un punto elevado indicaba el puesto de los heridos y de las ambulancias de los regimientos empeñados en la acción. Desgraciadamente las tropas no conocían el color de esa bandera, ni el estandarte de los hospitales del enemigo, distintos según las nacionalidades.

Si una bandera uniforme indicase el lugar de las ambulancias y de los hospitales—exclamaba,—se podría obtener mayor seguridad para los heridos.

Esta frase encierra su inmortal concepción.

¡ Una bandera uniforme !

La Cruz Roja bullía en su mente de inspirado. Y en su visión altruista reconstruía el campo de batalla presentando números : tres feldmariscales, nueve generales, mil quinientos oficiales y cuarenta mil soldados muertos.

¡ Cuarenta mil !

¿ Cuántos habrían sucumbido por falta de un socorro ?

Además, veinte mil heridos. Todo ello en un sólo día, el 24 de junio de 1859.

---

(1) Jean Henry Dunant.—Recuerdos de Solferino.

Obsesionado en su pensamiento, quiso ser un redentor en la guerra.

¡ Una bandera uniforme !

Escribió sus recuerdos de Solferino, cuyas revelaciones le valieron voluntades. Y pasó á París á conquistar el mundo (1).

Saint Mare de Girardin fué su pregonero en el «Journal des Debats» ; después Mme. de Gasparín, Fermín Marbeau, Mme. de Stael. En su salón la autora de «Corina» expuso los primeros brazales de la Cruz Roja y al responder á la consulta obligada de los visitantes, realizó la más eficaz de las propagandas. Ernesto Renán, Elías Bernnout, Guizot, Royer Collard, Lesseps, Dickens, Dupanloup, todos los grandes de la época prestigiaron la idea.

¡ Una bandera uniforme para amparo de los heridos durante el combate !

Postulante de una causa generosa—la palabra de amor en la guerra,—peregrinó por las Cortes, para realizar una convención internacional y el 26 de octubre de 1863 reunió en el Ateneo de Ginebra la que habría de asegurar tantos rayos de piedad y de esperanza. Un congreso diplomático celebrado al año en la misma ciudad, sancionó las decisiones de la primera convención.

Refugiado luego en París conoció horribles miserias :

Como tantos, tuve que almorzar un panecito

---

(1) M. R. Muller.--Recuerdos personales de Jean Henry Dunant.

de un sueldo, escondido en mi bolsillo; pintar con tinta mi traje, blanquear con tiza el cuello postizo y forrar con papel los sombreros agrandados por el uso.

Pasado á Heyden, en Suiza, halló refugio en un hospicio de ancianos. La baronesa Suttner, presidenta de la Liga Austriaca de la paz, lo descubrió y propuso para el premio Nobel de la Paz. Su adjudicación en 1901 sacó nuevamente su nombre del silencio presentándolo ante el mundo como gran filántropo.

Cincuenta y dos mil francos le fueron entregados. Era anciano ya, de figura patriarcal, su cara bondadosa, la mirada amable, los ojos de inteligencia reveladora; la barba entera y larga y muy blanca.

Con los francos del premio hizo también caridades, hasta terminar sus días en su asilo de viejos.

Allí acaba de morir dejando su obra difundida por el mundo civilizado. El mundo venera su tumba.

III.—Miss Clara Barton es la tercera gran figura de misericordia en la guerra.

Amparó su cuna la bandera americana, en Oxford, Massachusets, en 1830. Pero eligió teatro más vasto para sus abnegaciones. Como el cóndor, para desplegar sus alas necesitaba un escenario dilatado, libre, inconmensurable.

Su amor á la humanidad no podía amoldarse á las estrecheces de la geografía política. No

bastaba á sus sentimientos un reinado, ni un imperio.

Jamás ha llegado á intimidarse ante las oposiciones equivocadas de los gobiernos, ni ha reverenciado al despotismo vencedor. Por eso, quizá, ha visto abrir á su paso las puertas del mundo entero : luego de franqueadas, sus actos y virtudes arrastraron al homenaje.

En Bordentown fundó una escuela para pobres. Allí recogió seiscientos, en un brillante ensayo.

Para la patria fué su primera contribución, en la guerra de secesión, precipitada por otra mujer grande, Enriqueta Stowe.

Hallábase en Wáshington al estallar. Paseábase.

Circuló de pronto que las tropas del Norte avanzaban hacia la capital, dejando á Baltimore sembrado de heridos en abandono.

Una inspiración compasiva hirióla. Y fué bastante. Abandonó el paseo ; renunció á las regalías de su vida fácil y desdeñó los halagos mundanos de su juventud triunfante.

Revelábase heroína.

Congregó damas encumbradas y algunas la siguieron á Baltimore, á socorrer á los desesperados. Allí tan sólo halló heridos ; faltaban hospitales y medios de transporte, pero improvisó unos y restableció los segundos.

Acompañábanla su gran voluntad y carácter. Trabajó día y noche velando á toda hora junto á cabeceras de vencidos.

Y se encontraba en todos los hospitales por

ella fundados, sin faltar en ninguno. Su resistencia física no se explicaba y sorprendía su constancia.

Una mañana faltó. Sus acompañantes continuarían su obra. Y pasó á Virginia. Como la fama de sus hechos la había precedido, se la esperaba con ansia. Ya no permanecería en la ciudad abandonada : renunciaba á la tranquilidad de los hospitales, donde la muerte se ensaña con los heridos. La combatiría ante las mismas pólvoras del combate. El campo de batalla la contó entre las huestes. Colocóse junto al guerrero.

Parecía un símbolo de la debilidad en expresión muy delicada. Y asistió á batallas : Cedar Mountain, segunda Bull-Rum, Antéitam y Frederickburg. En todas curó heridas aun calientes.

Tal fué su iniciación ; su bautismo de fuego. En seguida asistió al sitio de Charlestown, en el fuerte Wagner, frente á Petersburgo y al de Wilderness, empleando ocho meses de labor ímproba.

Pasó luego por Morris Island y Richmond y les legó hospitales.

Terminada la guerra, en Andersonville enterró trece mil cadáveres, última tarea piadosa de su primera jornada.

Preparábase á un reposo personal, bien conquistado, pero dolencias materiales se lo impidieron. Fué como una gran injusticia. Los buenos no deberían ser castigados. Porque se les impide continuar sus obras. ¡ Pobre miss Barton ! Había forzado su organismo. Su físico

no respondía á su voluntad. La materia se mostró inferior á su espíritu, resentida por tanto ayuno y desvelo.

Urgía detener el mal porque arreciaba. La ciencia impuso un viaje á Europa.

Curábase allí con felicidad cuando resonaron estampidos de cañones. Estallaba la guerra franco-prusiana. Miss Clara, la primera en alistarse, organizó la Cruz Roja, la dirigió, repitió hazañas y arraigó nueva fama para su nombre concurriendo á Metz y al sitio de París.

De regreso á la patria, durante años se vió obligada á guardar cama seriamente enferma, mas tan pronto se levantó, en 1877, fundó la Cruz Roja Americana. Habíalo intentado ocho años antes.

La institución usufructuó el prestigio de su nombre y tuvo el empuje de su fundadora. Nació, creció y se desarrolló rápidamente. Hace quince años cimentó su edificio, enorme, en una posesión señorial. Tiene jardines, flores y frutas. El filántropo José Gardner la enriqueció.

Miss Bartón trabajó por desenvolverla hasta 1883. Llamada por el gobernador Buttler para encargarla del Reformatorio de mujeres de Sherborn, Massachusets, allí estaba cuando se inundaron los valles del Ohío y del Mississipí, en 1884. Las autoridades la encomendaron el alivio de las víctimas sobrepujando todos los anhelos. Semejantes cosas no se describen : se sienten con el corazón.

Terminada esa tarea, volvió á su Cruz Roja y

á su Reformatorio hasta que, en 1888, la inundación de Johnstown reclamó su presencia.

Queda más, todavía: la guerra greco-turca. Las autoridades de Armenia le negaron la entrada. Nada tenía que hacer. Las mujeres no combaten.—«Pero curan heridos», contestó.

No convenció en seguida. Argumentó de nuevo. E insistió. Y volvió á pedir. Y consiguió la entrada. Su constancia y generosidad triunfaron. Pudo, en esta forma, repetir sus hazañas. Era la familiarizada del campamento. ¿No tendría, acaso, nostalgia de heridos? Curó y fundó hospitales. Donde llegó hizo el bien. Y llegó á muchas partes, á todos los campamentos. La cruz de su brazo era roja, ardiendo amor á la humanidad.

Regresó de Oriente después del último soldado, con laureles de una campaña humanitaria. El mundo se le descubrió. Monarcas brindáronle condecoraciones y gobiernos la declararon benemérita.

Y como no sonara clarín de guerra, miss Clara renovó su labor pacífica en la Cruz Roja Americana. Los suyos, son descansos laboriosos.

Hasta la contienda de Cuba, guerra de su patria. Bentzon ha escrito esta página.

Declarada, se puso en su campaña de misericordia. Sin esperar el desembarco de las tropas americanas en Cuba, se dirigió al Gobierno español y pasó á la isla.—Vengo—dijo á una comisión presidida por el general Blanco,—no como una americana á buscar españoles, sino

como jefe de la Cruz Roja de mi país á saludar á los miembros de la Cruz Roja de otro país. No vengo á hablar sobre la América, sino á ocuparme de humanidad.

Organizó sus trabajos. De la Habana pasó á Jaruco, Matanzas, Artemisa, Sagua la Grande, Cienfuegos. Toda una travesía. Siempre de cura, fundando hospitales y repartiendo víveres. Doquiera encontraba heridos y hambrientos y también ayudas generosas.

Cuando los necesitó, pidió subsidios al Gobierno de su país, para ayudar á los internados de la isla. ¿Puede concebirse tanta generosidad? Sólo una mujer llega á semejante altura. Y cuando esa mujer es miss Clara Barton.

—¿Por qué, exclamaba, desde que el Congreso ha votado cincuenta millones de dólares para la defensa, no votaría uno para los necesitados?

Una orden general la obligó á dejar Cuba, regresando á su casa de Glen Echo, cerca de Wáshington y en 1898 pasó á Key West á armar cuartel general en un gran navío con la Cruz Roja al tope. Discutió con el Gobierno en situación difícil, pero tuvo que demorar su viaje hasta la caída de Santiago, impedida por la fuerza armada.

Cuéntanse prodigios de su acción en el campamento vencido. Los españoles los refieren y lo ratifican los cubanos. Fué ayer. Aun están frescas las crónicas.

Tales son los hechos de miss Clara Barton:

ella lo reúne todo : inteligencia, constancia, previsión.

Muy anciana, es una de las reliquias vivientes más queridas de la gran república del Norte.

IV.—Miss Florence Nightingale, Jean Henry Dunant, miss Clara Barton, tres figuras descollantes y hermosas de humanidad. Sus discípulas han sido muchas : Mrs. Stanley y Mrs. Florence Lees entre ellas.

La última practicó un noviciado de enfermera en numerosos hospitales. Estuvo en Coblenz, Treves y Metz, los dolorosos episodios del 70. Escribió sus propias memorias : «Good Works», en 1873. Contienen relatos conmovedores. De Metz fué llevada hasta Hamburgo en el miriñaque de una locomotora. Ella, una mujer, una joven. Da horror relatarlo.

No haremos balance de tantos merecimientos.

No compararemos. Los escenarios en que han actuado son diferentes. La grandeza de alma no se mide ; la abnegación no se cuenta ; hay hechos que no se suman.

Para la humanidad, estas figuras son un ejemplo. Paros les consagraría sus mejores mármoles ; Fidias sus más puras inspiraciones. ¿Por qué no son más conocidas?

En las batallas, vencen y son derrotados los generales. Nadie más. Ante el brillo de sus laureles, se obscurecen las entidades incógnitas de los combatientes. Los jefes son el todo para

la historia. Hay en ello un engaño, un egoísmo y una ingratitud.

V.—La revolución de 1874 provocó la fundación de la Cruz Roja Argentina. Congregados en asamblea pública en los salones del Colegio Nacional, quedó constituída bajo las mismas bases establecidas en el Congreso Internacional de Ginebra y fué reconocida oficialmente al producirse los luctuosos sucesos de 1880, por medio de una orden del día leída á todo el ejército en armas en los alrededores de Buenos Aires.

Felizmente para la patria, los últimos años no han exigido tributo de sangre á sus hijos por peligros exteriores. Su paz de progreso apenas si ha sido alterada por los sacudimientos internos de 1880, 1890 y 1893 y tentativas ahogadas de 1891 y 1895. En todos ellos se ha mostrado alerta y diligente la Cruz Roja, improvisando hospitales de sangre y atendiendo los heridos. Sus ambulancias han cruzado la ciudad portadoras de consuelo en la hora de los grandes dolores.

La revolución del ochenta fué su verdadero bautismo. Un oficial del ejército deseaba visitar una ambulancia establecida en el colegio del Salvador—recordada con respeto como centro de muchas sublimaciones en aquellos días,—pero no quiso entrar desarmado «porque jamás había dejado la espada frente al enemigo.» «La desgracia, le observó Santiago Estrada—buen servidor de ese hospital de sangre,—no es enemi-

ga del valor, y bien podemos departir con ella desarmados, en este campo en que las naciones civilizadas han convenido que la espada no tiene misión alguna.»

Durante la revolución de julio obró con actividad asombrosa y ya depuestas las armas—la patria de nuevo en su paz de progreso,—se ha asociado, para remediarlas, á todas las calamidades públicas nacionales y extranjeras:



Manuela L. de Elizalde.

inundaciones de Córdoba y Mendoza en 1891 y 1895 y del Río Negro y Chubut en 1899 y de esta capital en 1900; terremotos de San Juan y La Rioja en 1894 y de La Rioja y Catamarca en 1899; catástrofe de Santa Catalina en 1896; «coup de chaleur», inundaciones, peste bubónica, variolosis; terremotos de Chile de 1906 y posteriores de Calabria y de Sicilia; desborde en Villa Loreto, alzamiento armado

de San Juan y algunos otros sucesos que reclamaban socorros.

Hace once años instituyó el Patronato de Indios, y desde 1892 cuenta con un Comité de señoras, establecido por el doctor Roberts, habiendo tenido por primera presidenta á la señora Dolores Lavalle de Lavalle, substituída después de muchos años por la presidenta actual señora Manuela Leal de Elizalde.

«El enemigo herido es nuestro hermano», sirve de lema á la Cruz Roja Argentina, en vinculación directa y estrecha con sus similares del mundo entero, y siempre bien representada en los congresos y academias especialmente convocados.

Actualmente la preside el señor Manuel Fernández Cutiellos. Su material sanitario es valiosísimo.

CAPITULO V

EL HOSPITAL DE NIÑOS.—RICARDO GUTIÉRREZ

1875

I.—Idea inicial y fundación.—Una candidatura de la señora de Lavalle.—El primer Hospital de Niños. —Los doctores Rafael Herrera Vegas y Ricardo Gutiérrez.

II.—Primer traslado.—Indicación oportuna.—Bailes en el Club del Progreso y en la Intendencia Municipal.—La segunda Casa.

III.—Necesidad del hospital definitivo.—El corso de las flores.—Un relato del doctor Alberto Blancas. —La fiesta de la Rosiére.—Origen y evolución.—Nuestro corso inaugural.

IV.—El Doctor Ricardo Gutiérrez.—Semblanza.—El rubio del conventillo.—Un balcón de junio.

V.—Lágrima íntima.

VI.—Cómo nació «La Hermana de la Caridad».

VII.—Muerte de Ricardo Gutiérrez.

VIII.—Protectores del Hospital de Niños.

I.—Nuestro Hospital de Niños fué fundado en 1875, durante la presidencia de la señora Dolores Lavalle de Lavalle, cuya firma lleva un acuerdo de la Sociedad de Beneficencia, nombrando en comisión á las señoras Emma van Praet de Napp, Petrona Villegas de Cordero y Adela Blaye de Peña, con cargo de ejecutar la importante obra, para la cual no se disponía de dinero alguno.

La idea inicial de fundar un Hospital de Niños, había sido exteriorizada en la Sociedad de Beneficencia por doña María Josefa del Pino el 7 de enero de 1867, pero sin lograr realizarse, aun cuando fuera recibida con las más vivas simpatías.

En 1874, al aproximarse la época de las nuevas elecciones surgió el nombre de la señora de Lavalle, entonces secretaria, para ocupar la presidencia.

La distinguida agraciada no quiso aceptar esa designación, á raíz de una labor continuada, pero sus compañeras no lo entendieron así y nombraron una comisión especial compuesta de las señoras Adela Blaye de Peña, Rosario Peña de Bosch y Aureliana Sacriste de Cazón, para disuadir su negativa. Semejante insistencia servida por personas de amistad y cariño, no podía ser rehusada.

Y la señora de Lavalle aceptó su candidatura bajo compromiso de que, si llegaba á triunfar, habría de trabajarse con empeño para establecer un Hospital de Niños, de acuerdo con las ideas divulgadas en esos días por el doctor Ricardo Gutiérrez, en interesantísimas correspondencias remitidas desde el viejo mundo.

Elegida la señora de Lavalle, se dictó el acuerdo mencionado, y las damas salieron tan airosas de esta empresa como lo han salido de cuantas se han propuesto realizar : al poco tiempo, meses apenas, el Hospital abría sus puertas en dos salones de madera construídos en un edificio muy viejo, mitad casa, mitad corralón, de

la calle de la Victoria, esquina á la de Liniers, pasando el Once de Septiembre.

¿Cómo lo consiguieron?

La Sociedad de Beneficencia alquilaba, desde un año antes, la propiedad referida, ocupándola con el Asilo del Buen Pastor, y acababa de construir una casa prolongada, existente aún en los fondos de la Nueva Cuna, á la izquierda del Hospital de Alienadas, para los niños expósitos, en extremo alejada á ese objeto. Simultáneamente el Banco de la Provincia se hacía propietario del edificio donde hoy funciona la Casa de Niños Expósitos, en la Avenida Montes de Oca, construído con dinero de dicho Banco por un señor Lasance, para Instituto Sanitario. En la epidemia de la fiebre amarilla falleció su dueño sin haber pagado la casa, y su acreedor se quedó con ella.

El éxito de las señoras consistió en obtener este edificio en un provisoriato que perpetuaron luego. A ella trasladaron los niños expósitos; á su nuevo edificio fueron las asiladas del Buen Pastor y en la calle de la Victoria se inauguró el Hospital de Niños, donde funcionó cerca de dos años, en una instalación de extremada pobreza.

El doctor Rafael Herrera Vegas, designado para dirigirlo, indicó á las damas de la Sociedad el nombramiento, en su reemplazo, del doctor Ricardo Gutiérrez, médico joven, regresado de Europa con ideas nuevas y especial preparación sobre las enfermedades de los niños, cuyas principales clínicas acababa de frecuentar.

Aceptada en parte la idea, se acordó confiar su dirección á los dos facultativos nombrados, debiendo turnarse cada tres meses, pero ello no ocurrió, pues tan pronto el doctor Herrera Vegas la entregó por haber cumplido su primer trimestre, el doctor Gutiérrez hizo de su misión un apostolado y no abandonó su dirección sino al entregarse en brazos de la muerte.

II.—A los dos años de fundado, el Hospital inició un cambio radical abandonando el viejo corralón y los peligrosos galpones de madera de la calle de Liniers para instalarse en el edificio, bastante confortable entonces, donde hoy funcionan el Instituto y Hospital Oftalmológico, en la calle de Arenales y Paraná.

Este cambio inesperado tiene también su historia.

Dicha casa fué construída por un conocido ingeniero, y como una vez terminada no pudiera satisfacer todas las deudas contraídas, se dispuso su venta con apremio.

Su costo alcanzaba á un millón doscientos mil pesos moneda corriente. La Sociedad tuvo conocimiento de esta venta por la señora Adela Blaye de Peña, de la primera Comisión del Hospital, quien creyó podría ser ventajosa para instalarlo allí.

La presidenta de la Sociedad, señora Micaela Cascallares de Paz, acogió con entusiasmo la idea, pero confiando poco en su realización por la falta absoluta de fondos, pues no se tenía disponible un solo centavo.

A pesar de ello se pidió al señor Juan G. Peña procurara arreglar la compra, porque las señoras ya se habían propuesto adquirir la casa. Servirían de base para la negociación noventa mil pesos sobrantes del edificio del Buen Pastor, en certificados de un Banco Argentino en quiebra, sin valor real alguno, y un dinero depositado como perteneciente á dicho Asilo. Con todo esto se redondeó el negocio en medio millón de pesos de la antigua moneda, adquisición á todas luces brillante.

Para reintegrar ese dinero se dió un suntuosísimo baile en el Club del Progreso á mediados del año 1878, bajo la presidencia de la nombrada señora de Paz. Esa fiesta ha sido catalogada por la crónica como una nota social sobresaliente.

El resultado pecuniario obtenido, con ser importantísimo, no cubrió la deuda.

Por eso le sucedió un segundo baile de las mismas proporciones, dado en la Intendencia Municipal, bajo los auspicios de don Torcuato de Alvear; y en la plaza de la Victoria se organizaron rifas, bazares y fiestas de caridad, con cuyo producido quedó pagado el saldo antes de los dos años.

En 1876 inauguró esta segunda casa el arzobispo monseñor León Federico Aneiros, con asistencia del gobernador de la provincia, coronel Alvaro Barros, y de su ministro, doctor Aristóbulo Del Valle.

III.—La nueva instalación no podía tener,

empero, carácter definitivo : el progreso de Buenos Aires reclamaba un hospital para niños bien diferente, y correspondió á la señora de Lavalle iniciar los trabajos para su construcción.

Siguiéndose un procedimiento distinto al observado antes, primero fueron arbitrados los recursos y luego se comenzó la construcción, respondiendo á un plan integral.

Tuvo así su origen el «corso de las flores», instituído en 1888 bajo la presidencia de dicha señora. Aparece como instigador de la fiesta el doctor Alberto Blancas : oyéndosele describir tan hermosamente y con tanto colorido la que acababa de presenciar en Viena, las damas recogieron la idea para ponerla en práctica.

Francia tuvo su fiesta de la Rosiére : instituída por el obispo de Noyon Saint-Midard se celebraba anualmente en Salency desde el año 535, para coronar de rosas blancas á la más virtuosa lugareña. Perpetuada como tradición, vivió á través de los años y de los siglos, figurando en la historia de los castillos feudales. Los tiempos modernos substituyeron la virtuosa heroína de la fiesta—alguna vez llamada á escoger esposo entre los más apuestos militares,—capítulo de la romántica leyenda de la Edad Media. La caridad ocupó su trono y las primitivas rosas blancas de la virtud, substituídas luego por una expansión de vanidades, se trocaron, á veces, en flores de amor...

Hoy perdura en las grandes ciudades ; París, Niza, Roma, Buenos Aires.

Días después de la conversación referida, las avenidas de Palermo amanecían adornadas con oriflamas, gallardetes, banderas y trofeos, y ocupaban los costados de sus caminos largas filas de palcos... Por la noche, iluminación de magia ; músicas invisibles dejando oir melodías y el mundo de fausto desfilando por primera vez en la grandiosa reunión.

Luis Castells, en esos días el «rey de la Bolsa de Comercio», se sintió arrebatado cuando entrevió la fiesta desde lejos—al fondo como un encaje de luces, suspendido—multicolor y versátil,—y al llegar tuvo uno de sus arranques generosos para pagar su entrada con un cheque de diez mil pesos.

Después de ese primer torneo, feliz consorcio de alto vuelo social y caritativo, la señora de Lavalle firmaba las escrituras de adquisición del terreno de la calle Gallo, donde hoy funciona el hospital, en la suma de cuatrocientos setenta mil pesos, doscientos mil de los cuales donó el Gobierno Nacional por intermedio del ministro de Hacienda doctor Pacheco.

En 1892 inauguró las construcciones la presidenta de la Sociedad, señora Etelvina Costa de Sala.

El edificio fué presupuestado en un millón de pesos, con planos respondiendo á los últimos adelantos de la ciencia, obra del arquitecto Christophersen.

IV.—A su frente han estado siempre los médicos más reputados del país : el doctor Ricardo

Gutiérrez le aplicó gran parte de su vida, sin admitir remuneración alguna por sus servicios. Y cuando las damas proyectaron sueldos para los distintos médicos :—«No, señoras : nada de pagas... el hospital perdería toda su encantadora poesía»—contestaba.

¡ Ricardo Gutiérrez !

Exquisito, compuesto de sensibilidad y pasión—ha dicho el señor Manuel Lainez,—mezcla de energía y desfallecimiento, y altiveces y ternura, de tristeza y alegrías, adusto y familiar, grande á la distancia y extraño y confuso de cerca ; con todos los lineamientos y todas las luces y las sombras que caracterizan á los hombres de excepción, y cuyos contornos conserva la biografía, apuntando sus alternativas, como se estudia el proceso de las grandes almas humanas, casi siempre en rebelión con el medio ambiente en que desarrollaron su vida. Su aspecto físico era tan sorprendente y extraño como su espíritu... Nadie pasaba por su lado sin notarle ; atraía y confundía la amalgama de rigidéz y ternura de su fisonomía : el conjunto de sus facciones guardaba una inmutable compostura, la completa despreocupación de lo que le rodeaba ; pero sus ojos de incierta y cambiante luz, de mirada buena y afable, denunciaba que el habitante valía más que la fachada de aquella morada humana.

Pasaba todas las mañanas, camino del hospital, por un conventillo en cuya puerta jugaba cotidianamente un grupo de chicos. Un día su

ojo experto echó de menos á uno ; volvió á notar su ausencia al día siguiente y se detuvo á inquirir.—¿Y el rubio?—preguntó.—Está enfermo, señor. Y en efecto, conventillo abajo, en la última pieza, tirado sobre unos trapos, pálido,



Ricardo Gutiérrez

enfermo, estaba el rubio, al lado la madre, una obrera.

—¿Quién cuida á este niño?

—Un curandero...

—Desde hoy lo cuido yo.

—¿Y usted, quién es?

—Ricardo Gutiérrez.

Horas más tarde el generoso médico—selecto espíritu que gustaba restañar en las almas el mismo dolor que curaba en las clínicas y cantaba en aquella sollozante lira monocorde,—volvía trayendo él mismo los remedios; los remedios eran juguetes, muchos juguetes, una profusión de juguetes, y cuando se retiró, dejando á su rubio sano y bueno entre los muñecos y los pierrots que parecían sonreirle fraternalmente, como si también ellos sintieran la dicha inefable de transmitir un poco de felicidad, dió este diagnóstico que sólo podía inspirar su doble alma de sabio y de filántropo:

—Su hijo no estaba enfermo, señora; estaba triste... (1).

Genial y cariñoso, Gutiérrez se imponía en los hogares. Juan Cancio ha relatado una de sus infinitas notas personales: El enfermito se moría... Dos médicos notables estaban ahí; pero confesaban que su misión había concluído. —¡Gutiérrez!... ¡qué me lo traigan á Gutiérrez!...—eran los gritos, entre suplicantes é imperativos, de la madre. ¿Cómo negarla ese consuelo, el último, por más que debiese llegar tarde, en circunstancias tales, hasta la misma Providencia? Se buscó y se consiguió al Dios aquél de las madres afligidas y de las criaturas en peligro. Y vino. Silencio imponente en la escena. Gutiérrez hizo un gesto, á manera de

(1) Belisario Roldán.—Discursos.

saludo, y sin pedir explicaciones se aproximó á la cuna casi ataúd. Observó un instante, descorrió las ropas y tomó al niño en sus brazos.

—Desvístalo, señora—ordenó con sequedad

—El chico estaba extraordinariamente abrigado y la temperatura artificial de la pieza elevábase á un calor sofocante. Cumplida su orden, Gutiérrez, con el pequeño agonizante bajo el brazo, abrió una puerta sobre el balcón y colocó su preciosa carga desnuda sobre el mármol del barandal. Era una cruel noche de junio. El frío de la calle entró de golpe al dormitorio, helando á los circunstantes. Mirábanse éstos, médicos y padres, con ojos de terror, cuando la criatura echó á llorar afuera con fuerza de pulmones que reviven. Ese llanto fué una alegría. Estalló como un anuncio de resurrección cuando la madre se disponía á intervenir, á protestar contra la barbarie de Gutiérrez. Gutiérrez volvió á entrar á la pieza, con el mismo ceño del principio, y arrojó aquella nueva vida, como hombre acostumbrado á tales trances, sobre la cuna en que se hubiera extinguido, á falta de él, pocos momentos después, el enfermito ahora salvado.

—Otra vez, señora, no deje asfixiar á su hijo—murmuró Gutiérrez entre dientes, sin reparar en sus colegas y sin aceptar expresiones de gratitud. Y se fué á continuar por ahí su obra de salvador de niños que se morían...

V.—Quizá fuera á visitar á su gran amigo, admirador y discípulo de letras, Gervasio Méndez,

el poeta enfermo á quien nunca vimos tan conmovido como el día que nos refirió el más sentido, quizá, de todos sus recuerdos. Fué en sus últimos años, en su casa regalada de la calle de Junín, á pocas cuadras del cementerio, donde lo habían llevado «cual si hubieran querido acercarlo al único hogar, como decía «el poeta enfermo», que esperaba daría fin á sus infortunios, cuando alcanzara la dicha de morir que aun le sonreía.»

Nuevo Prometeo, Gervasio Méndez se nos presentó esta tarde como nuevo Lázaro alzándose contra sus viejas penurias, allá en el centro de una sala inhospitalaria de cuyo techo pendían espesas telarañas. Que para aumentar su desgracia, su dueño no distinguía la obra de sus compañeras de todos los momentos— las laboriosas melómanas de los rincones y agujeros. Quizá por haber llegado hasta ellas ecos de sus inspiraciones, aguardaran que el «boyero entrerriano» tañera la lira de sus mejores años.

Empotrado en una cama-jaula bajita, con maderos y mecanismos adecuados á su parálisis—lecho pobre, cubierto de frazadas obscuras, casi sucias diríamos, pues Méndez, conviene repetirlo, no veía, y procuraba lo mudaran poco, sin duda por no haber conseguido nunca cambio alguno en su estado,—siempre paralítico, el brazo derecho con un movimiento oscilatorio único, redúcida la acción de su cuello, las piernas en letargo profundo—semierguido sobre unas almohadas, en la rodilla, un

diario abierto á modo de mantel permanente,—paseó la mirada en torno, cual si mientras refrescaba los recuerdos buscase descubrir los últimos boquetes abiertos en el revoque azul desteñido de las paredes.

De poder hacerlo—fácil era adivinarlo, cuando miró hacia el fondo de la casa por entre las puertas enfiladas de las habitaciones contiguas,—hubiera peinado con sus dedos las lacias guedejas de su cabello renegrido—testa apropiada de dos ojos negros, pequeños, penetrantes, con desafíos para todos los infortunios.

Al rato habló, la voz tonante, reposada, llorosa por momentos, impregnada en lágrimas.

—Vivía entonces—nos dijo,—en la calle Paraná cerca de Santa Fe. Hace ya mucho, alrededor del ochenta, fecha más, fecha menos. Tiempos mejores eran aquéllos. La parálisis aunque iniciada, no me tenía postrado aún y ganaba mi pan armando cigarrillos y escribiendo «El album del hogar». ¡Cuántos amigos me rodeaban! Toda la muchachada literata visitábame á diario obsequiándome con sus colaboraciones, y á menudo formaba una tertulia para hacer más llevadera mi desgracia. Sentado en un sillón con ruedas, jamás llegué á sospechar semejante ignominia—y señalaba su cama-jaula bajita, con maderas y mecanismos especiales.

Ricardo Gutiérrez, el médico-poeta y poeta-médico, también me visitaba, siempre por la mañana, al regresar del Hospital de Niños, situado cerca, en la calle de Arenales. ¡Vie-

ra qué hermosos poemas bosquejaba entre relato y relato de sus curas continuadas! Porque el doctor Gutiérrez, habrá de saberlo—y al decir esto Méndez puso tal vehemencia que por momentos llegamos á dudar si iba á sacudir, por fin, sus viejas penurias,—quería á sus enfermitos, como si fueran hijos propios; entristecía con sus penas y sus risas lo alegraban. Después contaba sus historietas. Sus relatos tenían la inspiración exquisita de un alma delicada: los hacía jugar en sus camitas blancas, con cenefas descorridas—las manitas plegadas, los labios sonrientes, rebosando inocencias y candores...

Así era el doctor Gutiérrez de mi pobre cuarto de la calle de Paraná—continuó.—Todos lo veían entrar, y ocasión hubo fueran allí á buscarlo. Digo el doctor Gutiérrez de mi pobre cuarto, pues he oído no se mostraba igual con las madres atribuladas, á quienes parece imponía sus preceptos con sequedad, sin admitir excusas ni tolerar disculpas. Me lo explico: amando al niño, tenía celos hasta de la propia madre. Para curar prescribía con ciencia positiva, reñida casi siempre con las explosiones del cariño.

Como tantos, viólo llegar el almacenero de la esquina, obligado amigo á quien debía gratitudes, pues conocedor de mis pobrezas y sabiéndome impotente y sin recursos, dejaba elevar mis cuentas con los gastos de mi comida.

Pues bien; una mañana este buen hombre me rogó hiciera ver su hijito por el doctor Gu-



Entrada del Hospital de Niños con el busto del Dr. Gutiérrez.

tiérrez: «Hace mucho está enfermo, y no cura... Es el único; de dos años. Ya hablaba, y corría y jugaba, y hoy lo tengo delgado, muy delgadito y triste, y hasta la madre ha enfermado con sus desvelos... ¡Por favor, señor, pídale me lo examine!»

—Vea, amigo—observó el poeta interrumpiéndose conmovido y fijando su mirada penetrante para grabarla en lo más recóndito de nuestro ser,—vea, amigo, yo que nunca he sido padre, al oir esa súplica sentí como que se me despertaban sentimientos desconocidos. Aquel hombre, luchador probado, hablaba con acento que partía el alma.

Cosa rara, Gutiérrez no llegó esa mañana, pero, llamado, por la tarde examinaba al enfermito. Cuando vino á contar su consulta, frunció el entrecejo y habló poco. ¡Qué lindo niño! —dijo.—¡Hay que salvarlo... aunque es algo tarde... lo han descuidado mucho!

La mañana y noche siguiente y las sucesivas siguió visitándolo, y como la primera, después de verlo, pasaba á referirme su estado.— —El caso es grave—repetía.—¡Pobrecito! ¡Lo han descuidado mucho!

Una siesta, después de ocho ó diez días, Gutiérrez sonrió. Hoy empieza á jugar—exclamó, —y se fué contento, con una alegría que sostuvo en la mañana siguiente y en la tercera. El cuarto día por la tarde entró pensativo; más que pensativo, preocupado; íntimamente dolorido. El niñito del almacenero ya no jugaba y en las últimas horas había perdido de nuevo sus

recuperados colores. Y permaneció en la silla, fruncido el entrecejo, la mirada fija en el suelo. Al rato salió. Volvió luego á la silla, siempre fruncido el entrecejo. Sus únicas palabras eran ¡ pobrecito! Y en vano se le hablara, sólo murmuraba ¡ pobrecito!, ¡ y cuán lindo!, ¡ y cuán bueno!...

La noche lo sorprendió junto á la cabecera del hijo del almacenero, abandonada apenas para ir á clavar la mirada en el suelo de mi pieza. Y una aurora diáfana, con claridades ideales, lo halló en vela.

Avanzaba el crepúsculo cuando entró de nuevo. Sentóse y lloró, amargamente, como lloran los padres á sus hijos ; como lloran las madres ; como lloran los que quieren — siguió Méndez formando estrofa,—como lloran los que aman ; como lloran los que adoran ; con sollozos muy sentidos ; con sollozos desbordantes, arrancados desde el fondo de su alma, como queja, como angustia y como pena !

Y lloró tanto—continuó el pobre enfermo, inundados sus ojos, la voz quejumbrosa, impregnada en lágrimas,—que concluí por interesarme en el niñito enfermo de mi buen almacenero.

—Acaba de cerrar los ojos por toda la eternidad—exclamó Gutiérrez detenido el raudal de sus sollozos. Y se marchó—el pañuelo en las manos, con torturas en el alma.

Días pasaron hasta su vuelta. Al reanudar sus visitas, llorosos aún los ojos, consuelo de des-

consolado, le oí aquella estrofa muchas veces repetida:

¡Sí! ¡todo es vanidad, todo es mentira,
todo es dolor en la existencia humana,
porque la vida de la tierra triste
no es más que el paso á la inmortal jornada!
¡Ay del que al mundo
Su dicha amarra!...
¡El cadáver del hombre es el sudario
donde á la Eternidad la vida pasa!

Y al recitarla el tullido, patético en su relato, dolorido en su explosión de sentimientos, lloró de nuevo. Y mientras, llorando también, recogíamos las lágrimas que en su infortunio el poeta enfermo no podía secar siquiera, admirábamos las delicadezas y generosidades de dos almas: la del médico poeta evocada en aquella sala desmantelada, de cuyo techo pendían telarañas y la del «boyero entrerriano» que supo cantar dolores con la tristeza infinita de su vida de penurias.

VI.—Ricardo Gutiérrez tenía la sensibilidad del niño; todas las desgracias lo acongojaban, lloraba por todas las penas, se conmovía honda, profundamente ante cualquier dolor, pero sobre todo se extasiaba en presencia de las acciones superiores.

Una noche de invierno, cruelmente destemplada, velaba el sueño de las tranquilas soledades del viejo Hospital de Hombres, con frente

á la barranca del río cuyas aguas lo arrullaban con su cantinela, melancólicamente triste.

La vieja casa, más pobre que sus mismos amparados, yacía en tinieblas.

En aquella soledad en vano hubiera pretendido evitar somnolencias. Después de recorrer las salas á la hora establecida, se arrebujaba en un viejo sillón medio desvencijado, y allí, vencido por las intemperancias del tiempo y por las exigencias del sueño, el rostro sumido entre el cuello alzado de un sobretodo tan viejo como piadoso, las rodillas cubiertas por una pesada manta, ensayaba pasajeros amodorramientos.

En esta forma pasó las primeras horas, interminables, dormitando á ratos para buscar, luego, desde los cristales de la ventana, signos de vida, que no aparecían, entre las tenebrosidades del abismo.

Aterido por aquel frío excepcional, los miembros entumidos, no faltó, empero, una sola vez á la recorrida obligada. Al sonar la hora se sacudía sin piedad y se erguía—los cabellos desgreñados, semicerrados aquellos sus ojos negros que al abrirse penetraban muy hondo,—hasta la nuca el sombrero blando, las manos en los bolsillos. Y así, dijérase personaje en aventura, la barba en proyección zorrillesca, la figura larga y el paso lento, atravesaba bajo los aleros, marchando á tientas entre el aire glacial de los vientos colados, y llegaba á las salas, tiritando de frío.

Después de hallarlo todo en orden, de ha-

ber atendido los llamados—los pacientes en profundo sueño,—regresaba á su covacha, á continuar el mal dormir interrumpido. Pero al marcar la nueva hora, volvía á sacudirse y á repetir su visita.

Así adivinó las cornetas blancas de una religiosa surgiendo de entre las sombras, al fondo de una sala, cuando la obscuridad empezába á esfumarse con el vaho perezoso de la primera madrugada. Era en la cabecera de una cama, y la Hermana aparecía como inclinada sobre el lecho, la espalda hacia la puerta.

Gutiérrez, sin el más leve ruido, con místico respeto atravesó por entre la fila de enfermos y se aproximó.

Fuera por la sorpresa, impresionada quizá, ante la figura mefistofélica de aquel hombre tan erguido y tan alto y tan delgado, la Hermana se sintió sobrecogida, y con temor y suavidad que envolvían pedidos de indulgencia :

—Pobrecito—murmuró, la voz baja y entrecortada, la mirada ruborosa y humilde,—me pidió lo dejara morir en mis brazos...

Y el doctor Gutiérrez pudo contemplar á la religiosa abrazando el rostro muerto de un moreno, su cabeza estrechada sobre el pecho, con un pliegue de gratitud y despedida en los labios. Y aquella abnegada anónima de las temeridades ignoradas, volvió á mirarlo ; y suavemente, con dulzura materna, palpó su rostro para comprobar su muerte. Y lentamente, y siempre plácida y serena, con la congoja íntima de los grandes sacrificios, ahogando suspiros y lá-

grimas—recordando, quizá, dolores arrancados en tributos personales de cariños ya perdidos,—posó el rostro sobre la almohada. Y le cerró los ojos. Y cruzó las manos del muerto y en ellas puso una cruz.

El buen médico, poeta de las tristezas, sintió un estremecimiento ante aquel poema de abnegación y de ternura vivido una noche destemplada en el misterioso silencio de aquella sala hospitalaria. Después se hincó devotamente, santamente y se puso á orar. Y se retiró conmovido.

Ya en la puerta tornóse á mirar el cuadro, y entre la indecisión de las primeras luces, volvió á ver el rostro redondo, inmaculadamente blanco, de la Hermana, continuando su rezo.

Y volvió á sentir sobrecogimientos.

Ya en su reducido cuarto, dominado en sus escepticismos, la inspiración en vuelo de inmortalidad, trazó la primera estrofa:

¿Quién eres tú, celeste criatura,
que descansas el vuelo
sobre la cárcel del linaje humano,
para abrir una fuente de ternura
y una puerta del cielo
donde se posa tu bendita mano?

¿Quién eres tú que oras
junto al desierto lecho del que espira?
¿quién eres tú que lloras
por la desgracia ajena?
¿quién eres tú, que arrulla y que suspira
al infeliz que arrastra su cadena?

Y el sol del nuevo día lo halló terminando sus últimos versos en su viejo sillón medio desvencijado :

¡ Alumbra mi destino
sobre la cárcel del linaje humano !
¡ Ay ! Sólo pide mi ambición precaria
que en el último asiento del camino
pongas en mí tu mano
y levantes mi vida en tu plegaria.

Así nació su canto de «La Hermana de la Caridad», escrito con jirones del corazón.

VII.—Junto con una puesta de sol se extinguió la vida augusta de Ricardo Gutiérrez. Astro errante, hacía mucho tiempo, sobre el inmenso cielo de la patria, detrás del velo que ocultaba su hermoso disco, habíamos oído no pocas veces los vagos rumores de su vuelo, como el poeta filósofo de la antigüedad creía distinguir la música difusa de las esferas... Fué el suyo un silencio semejante al de los templos, cuando los altares están profanados y ausentes ó desaparecidas las vestales del culto (1).

Murió pobre á los sesenta años, en 1896, á consecuencia de una infección, sin haber tomado remedio alguno, después de tres ó cuatro días de enfermedad. El reloj marcaba las ocho de la noche. Y en todos los hogares fueron recordados los infinitos consuelos que llevara en

---

(1) Joaquín V. González.—Ideales y Caracteres.

las horas de mayor angustia, y muchas madres pidieron al Cielo especiales conmiseraciones para su alma.

La muerte fué á sorprenderlo en su casa de la calle Libertad, donde vivía un tanto retirado : los grandes cataclismos de la vida habían dejado en su alma el convencimiento de que los pesares supremos no se lloran en verso, sino que se llevan en el sagrado silencio de la resignación. Por eso cambió las bellas mentiras del ideal por las tremendas verdades de la ciencia (1).

Desde hacía mucho la pizarra de su consultorio repetía invariablemente que «el doctor Gutiérrez estaba en el campo», para sustraerle á las continuas solicitaciones. Se sentía íntimamente triste, con una congoja muy grande.

En ese ostracismo voluntario, dentro de su misma patria, alejado del centro de sus grandes triunfos como poeta y como médico, podía reconstruir palmo á palmo su fecunda existencia y recordar sus primeras jornadas de guerrero en Cepeda y en Pavón, ya llegado de Arrecifes, donde tuvo su cuna en 1836.

Iniciado en el estudio del derecho, al cursar el tercer año su inclinación triunfó sobre sus deseos. La Facultad de Medicina le franqueó sus puertas é hizo apostolado de su profesión. Alguna vez volvió del campamento picando la carreta cargada de heridos, desarropado y cu-

(1) Carta del Dr. Ricardo Gutiérrez á doña Juana Manuela Gorriti, transcripta por la Doctora Ernestina A. López.

bierto de bichos, y cuando la gran epidemia de cólera de 1867, un día regresó á San Fernando en mangas de camisa, porque en el Tigre había dado su dinero y ropa (1).

Las anécdotas sobre sus curas y generosidades, son infinitas. Para sus descansos buscaba la compañía de los niños, á quienes amaba sinceramente. Con pasión por los barriletes, casi á diario hacía uno ; pasaba luego á la azotea y lo remontaba con sus sobrinos, entreteniéndose como verdadera criatura en el juego del «tajito». Y las risas y contentos de sus pequeños compañeros, eran como explosiones de ventura para aquel organismo que parecía resurgir al contacto de la inocencia.

Por proporcionar dicha á un niño llegaba hasta romper las prescripciones más severas de sus propios tratamientos, llevándole almendras y bollitos de Tarragona, á los cuales él mismo quitaba los granos de anís que podrían dañarlo (2).

Poeta, Gutiérrez fué el cantor de la tristeza, de la angustia y de la piedad. Su poesía es una visión, empapada en lágrimas, de la vida pasajera—deleita con sus tristezas, envuelve en dulces y amplias vibraciones, despierta nobles y profundas simpatías por las penas y sufrimientos humanos. Al través de una lágrima se dibuja en sus versos la existencia ; en íntimo consorcio destácanse de sus estrofas el hastío y

---

(1) Juan de la Cruz Puig.—Antología de poetas argentinos.—Tomo VII.
(2) Id., id.

la piedad, y nadie, como él, con recursos tan sencillos de expresión, ha sabido encontrar notas limpias, convertidas en seguro asilo de almas perturbadas, y remontar el vuelo, en ocasiones, hasta la sublimidad misma (1).

Cantó los expósitos con toda el alma de su alma, sintiendo el peso enorme de su desventura, hasta recoger sus lágrimas y ofrecerles un sentimiento de compasión :

¡ Oh ! ¡ Cuándo el beso de tu madre tierna
te dé la bendición de la mañana
y te acaricie el alma soñolienta
con el inmenso amor de su mirada,
acuérdate de aquéllos
que madre sólo á su nodriza llaman !

¡ Y cuando el llanto de tus ojos tristes,
ya para siempre obscurecida el alma,
riegue la sombra de la cruz bendita
que al pie de su sepulcro se levanta,
acuérdate de aquéllos
que ni la tumba de sus padres hallan !

¡ Ah ! ¡ Piensa que el Señor no puso en vano
un rayo de piedad dentro del alma,
y sobre el humo de la tierra triste
el sempiterno hogar de la esperanza !

VIII.—Recién después de la muerte de Ricardo Gutiérrez, el Hospital de Niños, obra ex-

(1) Juan A. Argerich.

clusiva de la mujer argentina, que la concibió, la realizó y ha sabido sostenerla, hizo figurar á sus médicos con sueldos en el presupuesto de la Sociedad de Beneficencia.

Casa de mucha bondad se ha mostrado grata con sus grandes benefactores : el doctor Gutiérrez tiene un busto de bronce en la entrada y una de sus salas lleva su nombre — y placas del mismo metal recuerdan las memorias de sus médicos más consagrados : el doctor Ignacio Pirovano, perpetuado en otra sala ; el doctor Tamini, dándole el recurso de su saber y de sus cuidados personales, y que al morir le dejó un importante legado ; y el malogrado Alejandro Castro, cuya muerte aun se llora.

Dos de sus pabellones están consagrados á las dos primeras presidentas de la institución, señoras Mercedes de Lasala de Riglos y Estanislada de Cossio y Gutiérrez, y otras salas ó departamentos tienen manifestaciones de gratitud para los grandes donantes : Angel Roverano y Pastor Castillo, por cincuenta mil pesos cada uno ; Alejandro J. y Ricardo Cernadas, ochenta mil ; Hipólito Irigoyen, veinticinco mil y quince mil doña Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez de Estrada, la achacosa nieta de nuestro gran capitán.

Este hospital es de los más grandes y mejor dotados de Buenos Aires, pudiendo figurar ventajosamente al lado de los principales del viejo mundo. Hoy, como ayer, conserva la misma suave, pura y encantadora poesía de que supo rodearlo el doctor Gutiérrez y que no ha per-



Asilo marítimo de Mar del Plata.

dido un solo instante, porque la cabecita ensortijada del enfermito ha encontrado siempre á su lado una alma benefactora que la vigila, una Hermana de la Caridad que lo cuida y un médico bien inspirado que lo ausculta para disponer sus remedios... y ese desprendimiento personal, esa dulce bondad jamás cansada, se desarrolla como en un cartucho de trepadoras y de flores bien cuidadas, lozanas y puras como la inocencia de los tiernos convalecientes.

Y para sus niños enfermos son los fondos reunidos por el Corso de las flores—alrededor de cincuenta mil pesos por año.

Y cuando el pequeño, ya sano, pero aún débil, necesita de un aire muy puro, la Sociedad de Beneficencia lo envía á su asilo marítimo de Mar del Plata, donde van á tonificarse todos los niños de sus distintas casas, en una excursión redentora de salud.

CAPITULO VI

CONSULTORIO OFTALMOLÓGICO.—OBRA FRANCESA.—TERCIARIAS FRANCISCANAS

1876

I.—Asilo provisorio.
II.—Una epidemia de oftalmía purulenta.
III.—Caisse française de repatriement.
IV.—Consultorio oftalmológico.
V.—Hospital alemán.
VI.—Terciarias franciscanas.—La Madre Guerra.
VII.—Asilo del Pino.
VIII.—Casa de la Buena Guarda.
IX.—Damas del Socorro.
X.—Hospitales de sangre.

I.—Las familias antiguas del Sud recuerdan el establecimiento, en 1876, de un asilo provisorio para menores, en la calle de Bolívar entre las de San Juan y Cochabamba, en una casa alquilada, y sin duda como prólogo de algo que luego no llegó á ser duradero.

Una vieja quinta, espaciosa y rodeada de árboles, sirvió de albergue á no pocos muchachos.

II.—Expiraba el año 77 cuando se desarrolló por segunda vez una pertinaz epidemia de oftalmía purulenta en el Asilo de Huérfanos de la

Sociedad de Beneficencia, siendo inspectoras las señoras Dolores Lavalle de Lavalle, Dolores Pacheco y Nicolasa Pita de Serantes. En realidad el Asilo estaba convertido en un hospital de oftálmicos, pues sobre 315 niños 280 hallábanse enfermos, y como su número aumentaba por día, las damas adoptaron medidas especiales para extirpar el mal.

Era en el comienzo de un verano abrasador. Las señoras impartieron órdenes de acuerdo con las instrucciones del facultativo doctor Leonardo González Garraño: separación absoluta de los niños sanos y enfermos; lavaje individual, en recipiente preparado para cada atacado, no pudiendo utilizarse en dos niños la misma palangana, ni el mismo colirio, ni el mismo algodón. Las Hermanas recibieron la orden, recomendada con la minuciosidad requerida, y las señoras, por una curiosísima coincidencia, hubieron de despedirse por un corto tiempo, excepcionalmente extraordinario en su puntualidad inalterable de concurrir por lo menos todas las semanas al establecimiento: con la madre enferma, á la señora de Pacheco no le era fácil volver; la señora de Serantes hallábase en el campo, y Dolores Lavalle debía trasladarse á Entre Ríos á reunirse con los suyos.

Su esposo, don Joaquín Lavalle, nos ha referido cómo, antes del mes, regresó su señora con la preocupación del estado de los niños. Por informes conocía el incremento de la enfermedad, y aterrada ante el carácter tomado, que llegaba á presentar critauritas con la vista

casi perdida, teniendo á todos los enfermos en un clamoreo quejumbroso, consultó al doctor Ricardo Gutiérrez y provocó una junta de especialistas en que tomaron parte los doctores González Garraño, Roberts y Cleto Aguirre.

Este verdadero cónclave científico no alcanzó á develar el secreto de la espantosa epidemia, ante la insistencia de las Hermanas en asegurar que observaban todas las precauciones ordenadas.

Como primer nuevo paso para combatir la oftalmía, se dispuso el traslado de los niños sanos al Colegio de San José de Calasanz, dirigido por el Padre Ramón Cabeza, en San Martín, donde hoy se halla la Escuela Militar, y las mujercitas á otro de Hermanas situado en la calle Victoria entre Lima y Salta.

Y una mañana, á la hora en que debía efectuarse el lavaje individual de los pequeños, las señoras sorprendieron á las Hermanas utilizando una sola palangana para la cura general, y vieron desfilar ante ella misma á muchos niños, y que un algodón único lavaba infinidad de órbitas. En su rutinario hábito de economía, las religiosas no alcanzaban á sospecharse verdaderas sostenedoras y propagandistas de la oftalmía, pues, en su limitada preparación, desconocían toda noción profiláctica. Por eso llegaban hasta engañar á las damas asegurando la realización de los procedimientos adoptados, mientras en uno de sus cuartos aparecían las pilas de palanganas en su embalaje de remisión.

Las señoras no vacilaron en proceder con la energía reclamada por las circunstancias, y dispusieron la suspensión inmediata del personal, incapaz por una parte, y por la otra con inocencias que durante algunos meses, habían costado lágrimas á trescientos niños desgraciados.

Y las señoras pasaron á ocupar sus puestos, instalándose en el Asilo. Y curando personalmente, de acuerdo con la indicación médica, la reacción general no tardó en operarse.

Invitadas las Hermanas á dejar la casa, opusieron alguna resistencia, y la acentuaron luego al recibir orden imperativa de retiro. La Sociedad mantuvo con firmeza su resolución, produciéndose entonces un movimiento para sostenerlas. El doctor Félix Frías intervino en su favor, intercedió también el señor Arzobispo, pero la presidenta, señora Petrona Villegas de Cordero, cumplió con estrictéz el mandato de la institución.

La fecha señalada para dejar el Asilo se acercaba, y en el establecimiento no se notaba signo alguno de próxima mudanza. Se reiteró la consiguiente notificación á la Madre Superiora—tarea ingrata en medio de la obra de bondad de las damas,—y como la inactividad de las Hermanas continuara la misma la víspera de la partida, se dió la intervención obligada á la policía. Don Cayetano María Cazón, su jefe, tomó sobre sí la difícil situación. Y en vano fueron todas las protestas y súplicas y lágrimas, y en vano quiso intentarse una maliciosa alusión religiosa ; las Hermanas salieron del Asi-

lo el día indicado. El llanto de las asiladas conmovió los corazones, y las señoras ahogaron el suyo, que era llanto consciente, provocado no por un simple cambio de albergue de Hermanas, sino por la pena material y los sufrimientos de los asilados llamados á pasar dolores por empecinamientos de ignorancia. Al proceder en esta forma, la Sociedad de Beneficencia, después de vencer la controversia consiguiente á una medida de esta naturaleza, no abrió juicio sobre la bondad de las Hermanas, sino sobre su preparación, y cuidó como nunca de la salud de los niños á su cargo.

El Gobierno aprobó todos estos actos, y la desaparición radical de la oftalmía purulenta en el Asilo de Huérfanos apagó hasta el último recelo levantado momentáneamente por un mal entendido sentimiento de adhesión religiosa.

III.—Jacques Rosenvald ha realizado la primera obra de protección á los franceses, fundando el 28 de junio de 1878 la «Caisse française de repatriement», para restituir á la patria á los connacionales enfermos y desheredados. Ella proporciona pasajes á los necesitados, con el sentimiento moral de acercar afectos dejados en las horas de infortunio. La institución tuvo en M. Rosenvald un consagrado, habiendo sido su principal factor. En su persona identificó á la sociedad, y la impulsó.

Constituída por un puñado de hombres generosos—hay ciento veinticinco socios,—ha si-

do una tabla de salvación para muchas angustias, confiadas á aquel patriarca de la colectividad francesa hasta en los últimos días de su prolongada existencia de cerca de noventa años.

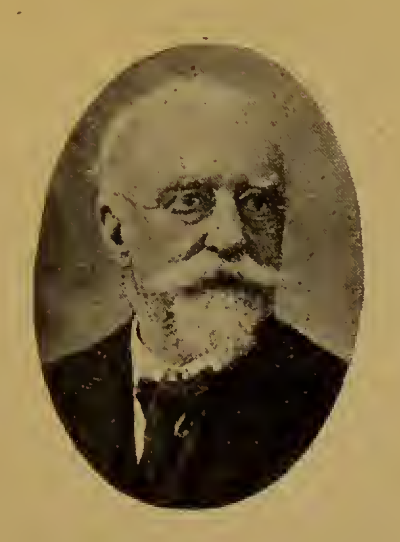
Esta caja de repatriación ha restituído á Francia tres mil seiscientas cincuenta personas entre hombres, mujeres y niños, cuya indigencia los hubiera obligado á gravitar sobre casas de caridad.

El comité de las sociedades francesas y el consulado prestan su concurso á esta institución, presidida hoy con mucho acierto por don Eugenio C. Moetzel, uno de los miembros más caracterizados, desprendidos y generosos de su sociedad en Buenos Aires, obrero de todos los centros caritativos y de los fundadores de la sociedad de socorros y beneficencia «Minerva», el 6 de octubre de 1879, con los elementos de un centro dramático-musical fracasado. Con más de mil contribuyentes mensuales, un capital de cien mil pesos, una casa en la calle Venezuela, un panteón, biblioteca, servicio médico atendido por cincuenta profesionales y caja de beneficencia para los indigentes, su importancia actual lo coloca en primera línea entre las corporaciones francesas.

Su local sirve de centro de reunión de las otras instituciones, la Société Française de Bienfaisanse, la Alliance Française, Caisse de Repatriement y Le drapeau—siendo como el motor de todas las buenas iniciativas de sus connacionales.

El doctor Juan A. Boeri, vicepresidente del

Consejo Deliberante, ha señalado su paso por la presidencia de esta sociedad, figurando como



Jacques Rosenvald.

uno de sus buenos servidores con los doctores Faustino Trongé, padre é hijo, Jenaro Sisto, J. B. Troncoso y Lamarque y los señores Mi-



Eugenio C. Moetzel.

guel Golco, actual presidente, E. Menière, M. Dané, Nazario Megy, A. Mirasson, Luis

Roqués, J. Luis Glize, L. Lourtet y A. Boston.

IV.—Las Hermanas «Hijas de María» tenían establecido en la calle de Moreno, núm. 932 un consultorio oftalmológico bajo la dirección del doctor Pedro P. Roberts y en el Hospital de Hombres el doctor Cleto Aguirre atendía un servicio especial para enfermedades de los ojos, pero como el primero debía clausurarse, la señora de Lavalle propuso á la Beneficencia lo tomara á su cargo. Sin hacer discusión á su respecto, tal era de oportuna la iniciativa, la Sociedad nombró á las señoras Celina Bustamante de Beláustegui y Adela Blaye de Peña para que, en su compañía establecieran una clínica especial en el Hospital de Mujeres, y el 21 de octubre de 1878 abría éste sus puertas en una pieza modesta destinada á consultas y curaciones, y una sala para los operados, bajo la advocación de la Santa Lucía de celestiales purezas—la Santa Lucía con sus hermosos ojos negros en la patena, cuyo misterio guarda la historia y dijérase arrancados para evitar lascividades,—la pura, modesta, generosa y desprendida Santa Lucía, protectora de la vista—la Santa Lucía de Sicilia, hija de Eutiquia, que dió sus riquezas á los pobres y sufrió persecución y martirio de fuego y de cuchillo.

La clínica creció en servicios y en 1883 hubo de trasladarse á la calle Maipú esquina Lavalle y al año siguiente al núm. 1334 de esta última, donde recibió las munificencias de su especial protectora doña Felisa Dorrego de Miró.



Consultorio oftalmológico de la Sociedad de Beneficencia.

Durante dos años sufrió las estrecheces consiguientes al retiro de una subvención nacional para su sostenimiento y en la revolución del noventa fué convertido en hospital de sangre atendiendo á más de cincuenta heridos.

Tres nuevos traslados tuvo luego antes de quedar en su instalación actual y definitiva puede decirse, del primitivo Hospital de Niños en la calle Arenales y Paraná : en 1891 se estableció en la calle Suipacha núm. 1336 ; en 1895 en la «quinta de Casares», en la esquina de Méjico y Jujuy, y en octubre de 1898 en la calle Chile núm. 1652.

El Hospital y Consultorio Oftalmológico Santa Lucía dispone de cuarenta y cinco camas para operados y tiene una asistencia considerable de externos—alrededor de veinte mil consultas anuales.

Su iniciadora, la señora de Lavalle, desempeñó sola su inspección desde su fundación hasta marzo de 1882.

V.—Numerosa y rica, la colectividad alemana constituyó una sociedad protectora de enfermos pobres en 1867 y habiéndose reunido luego los señores von Eiken, Nordenholz, Runtisch, Zollmam y W. Jussther con objeto de fundar un hospital, aquélla resolvió cederle un terreno muy amplio, cerca del boulevard Las Heras, donde dejan ver sus copos eucaliptus añosos y los pinos y cedros con que la prolijidad directiva ha sabido rodear sus salas.

Con esta base, la nueva sociedad trabajó ac-



Hospital alemán.

tivamente para hacerse de fondos por medio de cotizaciones, pero la distinta opinión sobre la apariencia del terreno cedido para establecer un hospital—entonces muy retirado del centro,— demoró el comienzo de la obra hasta 1876, con planos del arquitecto señor Bunge, continuados más tarde por el señor Moog. Esta fué inaugurada el 14 de abril de 1878 y recibió el primer enfermo en el mes de mayo siguiente.

Los dos primeros pabellones y la casa de administración se ampliaron con otros dos en 1881, para lo cual una sola fiesta produjo treinta y ocho mil pesos. La munificencia de la colectividad alemana ha sido grande; en 1881 arrojaba alrededor de ciento veinte mil pesos por donaciones, cuotas y festejos caritativos.

En 1900 se terminó el primitivo plano del hospital, con capacidad para cincuenta enfermos, elevados á sesenta en 1903 y á ochenta, dos años más tarde.

Este desarrollo exigió un cambio radical de construcciones y á iniciativa del doctor Wenzel se echaron las bases de un gran edificio espacioso y con el confort moderno, para ciento treinta pacientes. Con este fin, en 1906 fueron demolidos dos de los pabellones primitivos buscando cabe al hospital nuevo, con subterráneo, maquinarias perfeccionadas, salas de operaciones y de aislamiento, en un gasto de trescientos mil pesos.

El Ministro alemán en nuestro país señor von Waldthausen, el Cónsul general señor von Sanden y los señores H. L. Krüger, Hardt y

Staudt hicieron un llamado extendido hasta la capital alemana y recolectaron cerca de veinticinco mil pesos y de veinte mil marcos, coronándose con esta suma la obra iniciada cuarenta años antes por un grupo de alemanes dadivosos.

VI.—La madre Guerra, afortunada heredera de sentimientos cristianos, desde su infancia supo dirigir sus pasos por un derrotero de humildad y mansedumbre trazado por su linajuda familia cordobesa. Angel de amor por sus bondades en las intimidades de un hogar de opulencias y por su dedicación al prójimo y desprendimiento en favor de los necesitados, la pequeñita Guerra atraía la atención de los pobres, muchos de los cuales no alcanzaron á derramar lágrimas sobre su tumba.

Investigándose pormenores de su vida háblase de una promesa hecha años más tarde, cuando terrible dolencia ponía en peligro su vista. Formuló un voto solemne de tomar hábito de Tercera Orden de San Francisco, en acción de gracias por su mejoría, y lo cumplió sin vacilaciones. Prodigio fué la curación, alcanzada contra todos los dictados de la ciencia, y desde ese día arranca la serie interminable de sus iniciativas, una sola de las cuales bastaría para hacer duradera su memoria.

Entre ellas figura la fundación de las «Hermanas Terciarias Franciscanas de la Caridad», á la cual habrían de vincularse los nombres de la dadivosa Juana Miró y del recordado doc-

tor Teodoro Alvarez, en 1878, en una modesta casita de la calle Europa entre las de Defensa y Balcarce, donada por la primera.

Con el nombre original de Conservatorio Franciscano de la Caridad, «destinado á la asistencia caritativa y gratuita de los enfermos á domicilio», lo bendijo el Arzobispo doctor Aneiros dirigiéndolo en su nacimiento fray Abraham Algañaraz, franciscano meritorio.

Secundaron á la madre Guerra las señoras Dolores Acha, Paula Tello, Fermina Ramos, Eulalia Arias, Restituta Muro, Mercedes Flores y Dolores Torrente.

En 1890, próspero ya, el instituto pasó á la calle General Lavalle entre Reconquista y 25 de Mayo, y más tarde, á la de Guise, cerca de Palermo, hoy el centro de la comunidad.

Las fundaciones se sucedieron y multiplicaron en Buenos Aires, Santa Fe, Paraná, Córdoba, Mendoza, San Juan y Tucumán.

Coronada la primera tentativa dedicóse á la fundación de un Asilo de Huérfanos en Chascomús. A su frente la sorprendió la muerte el 30 de septiembre de 1901 en el ocaso de una existencia de sacrificios, compartida entre grandes sufrimientos morales, y dolencias físicas sobrellevadas con resignación.

El Asilo de Chascomús le debe su último esfuerzo para hacerse grata á Dios. No llegó á contemplarlo en su apogeo, pero es una promesa de algo que será grande como su fundadora y caritativo como el alma que le diera vida.

Casi achacosa, la madre Guerra formó entre unos peregrinos á Roma : quería la bendición papal para sus obras y protegidos, y la alcanzó.

Luego después enfermó, y justo es recordar el interés demostrado en sus últimos días por los niños de Chascomús ; sus postreras palabras fueron de gratitud para el Altísimo y de recomendación para los huerfanitos.

Sellados, sus labios conservaron una sonrisa de placidez, detrás de la cual parecía entreverse el secreto de todas sus generosidades. La muerte tiene también sus respetos.

Las Terciarias Franciscanas de la Caridad son las Hermanas más pobres de todas las comunidades. Enfermeras sin retribución, pueden ser llamadas de todos los hogares á cualquier hora y no abandonan la cabecera del enfermo sino cuando sus cuidados han logrado levantar el organismo descompuesto ó cuando el Eterno reclama su alma. Entonces las Terciarias ofrecen una oración y se retiran á cuidar á otros enfermos y á atender á un enjambre de pequeños, en una casa contigua á su templo de la calle Guise, levantado con la constancia de las ideas grandes, acumulando ladrillo por ladrillo en una especie de paciente alcancía de miserias, continuada durante años. Es su asilo de San Ildefonso, fruto de amor de mujeres santas. La señorita Josefa Escurra vela por esta casa como presidenta de una comisión protectora y acompaña á las Hermanas en sus muchas tareas con eficacia reconocida.

La acción de las Hermanas Terciarias Fran-

ciscanas, quizá la más silenciosa de todas nuestras caridades corporativas, es muy proficua. Recolecta sus fondos por medio de limosnas, nunca pregonadas. Y curan muchos enfermos, á cuyas cabeceras pasan vigilias y noches de inquietud, y educan huerfanitos.

VII.—Muerta doña María Josefa del Pino con el pensamiento fijo en sus socorridas huerfanitas de la fiebre amarilla de 1871, su hermana Mercedes Necochea cumplió su voluntad testamentaria de erigirles un asilo, pero como no fuera posible establecerlo en su antigua casa frente á la Plaza de Mayo, porque hasta ella llegaban las notas de los cantantes del viejo Colón y los aplausos de la concurrencia, en 1879 improvisó un orfanato en una casa de la señora Adelia Senillosa de Harilaos, en la calle Belgrano entre las de Tacuarí y Buen Orden. La madre Josefina, de las Hijas de San Vicente de Paul, tomó sobre sí la dirección y cuidado de las veinte primeras huérfanas. Doña Mercedes Necochea veló también por las pequeñas con solicitud cariñosa, hasta el 20 de noviembre de 1883 en que fué á reunirse con doña María Josefa, á los ochenta y tres años.

Sus albaceas testamentarios realizaron la valiosa propiedad de la Plaza de Mayo y adquirieron un gran terreno en la calle Cochabamba y Lorea. En 1887 la Hermana Vicenta, la respetada y querida Hermana Vicenta, de afectuosa jovialidad, inteligente y buena, inauguraba el Asilo del Pino, en unas construcciones ini-

ciales de una sola planta. Doña Amalia Anchorena de Blaquier fué su continuadora en 1894, al cumplir su mayor edad, con una donación espontánea de veinte mil pesos. La lotería nacional contribuyó después con treinta mil pesos para proseguirlas, y habiendo vuelto á visitar el instituto la señora de Blaquier, dispuso por cuenta propia la construcción del ala



María Josefa del Pino.

derecha, en diez y siete mil pesos. La estética reclamaba la elevación del ala izquierda para completar la simetría; una tercera dádiva de otros diez y siete mil pesos de la misma señora de Blaquier permitió colmar las aspiraciones del ingeniero director y exhibir un edificio de armonía arquitectónica, de líneas correctas en un conjunto hermoso.

Allí persevera siempre la Hermana Vicenta,

inspirándose en el gran santo cuyo nombre lleva.

VIII.—La señora Mercedes Castellanos de Anchorena ha completado al Asilo del Pino dotándolo de la «Casa de la Buena Guarda»—hogar para las huérfanas llegadas á mayores que deben buscar en el trabajo los medios de atender á sus necesidades.

Si la donación material para establecerla ha alcanzado á doscientos mil pesos, es incalculable la repercusión moral de la «Casa de la Buena Guarda», acudiendo á proteger á las asiladas en la edad más difícil de la vida, sin arrancarlas del mundo de la realidad. La Hermana Vicenta, superiora de la casa, continúa siendo verdadera madre de cada una de sus amparadas. Todas escuchan sus consejos y aceptan sus indicaciones. Y cuando, ya formados los nuevos hogares, el Cielo concede frutos á los matrimonios de sus antiguas asiladas, ella, abuela de bondades infinitas, es la madrina de cada uno de sus nietecitos espirituales. Por eso las ciento setenta asiladas la quieren y veneran tanto, ya próxima á los setenta años, pero siempre empeñosa en su ministerio : acaba de conseguir treinta y cinco mil pesos del Honorable Congreso Nacional para terminar el techo de parte del edificio y recibir más huerfanitas.

Y continuará en la brecha.

IX.—Los días luctuosos del año 1880 provocaron un movimiento general de misericor-



Asilo del Pino.

dia. Había heridos que socorrer y muchos hogares quedaban sin ventura.

Don Carlos Wehely tuvo la iniciativa del momento, reuniendo el 16 de junio, en su domicilio particular, un grupo numeroso de damas expectables para organizar una sociedad de auxilios á los heridos de la defensa de Buenos Aires y á las familias indigentes de los Guardias Nacionales en servicio activo.

Así nació una institución presidida por doña Julia Nóbrega de Huergo. Sus damas señalaron con verdaderas temeridades muchos de los días de duelo, internándose en los mismos campamentos á recoger heridos, ó ya recorriendo toda la ciudad en los momentos más difíciles para dejar un reguero de ayudas, en los talleres improvisados para fabricar hilas, ó bien en los hospitales de sangre, donde fueron enfermeras y cuidadoras incansables.

Fuertes contribuciones particulares facilitaron la acción de las damas mientras el comercio les ofreció donativos en especie, muy aparentes para las circunstancias.

La señora de Huergo, hermana de doña Carmen Nóbrega de Avellaneda, trabajadora constante de la caridad argentina, distinguíase por su cultura artística sobresaliente, como complemento de una inteligencia radiante. Ricardo Gutiérrez consideró que su nombre honraba su «Libro de las lágrimas» y se lo dedicó.

Al frente de esta comisión, supo dirigirla con acierto é impulsarla con entusiasmo, marcando acciones que aun esperan la consagración pú-

blica: muchas de estas damas cruzaron los campamentos á derramar consuelos entre los combatientes y curaron heridos y mantuvieron vivo el espíritu de conmiseración y de arrojo general.

La señora de Huergo se distinguió en la sociedad de Beneficencia de cuyo Consejo formó parte, y en otras corporaciones.



Julia Nóbrega de Huergo.

X.—La institución de Rivadavia se hizo notar también en estos días luctuosos, dividiéndose en varias secciones para actuar en los distintos hospitales de sangre: en el establecido por el cuerpo de sanidad en la calle Pozos número 20, y luego á cargo exclusivo de la Sociedad, trabajaron las señoras Micaela Cascallares de Paz, María Antonia Beláustegui de Cazón, Petrona Villegas de Cordero, Luisa Muñoz de Cantilo y Dolores Lavalle de Lavalle.

La misma Sociedad estableció un hospital de sangre frente á la Casa de Huérfanas, en una cedida gratuitamente por la señora Clorinda C. de Fernández y la dejó al cuidado de las señoras Domitila González de Cazón, Rosario Peña de Bosch, Mercedes del Sar de Terry, Jacinta Castro y Máxima Rubio de Urioste.

Otra comisión proveía los útiles de curación por medio de las señoras Justina Quesada de Pinedo, Angela Villegas de Lahitte, Agustina Casares de Somoza, Manuela Leal de Elizalde, Isabel Armstrong de Elortondo y Petrona Gutiérrez de Nouguier.

Como centro impulsor de este movimiento, obraba la señora Angela Villegas de Lahitte, presidenta de la Sociedad, quien dispuso todo lo necesario en los hospitales de sangre establecidos á su iniciativa en el Hospital de Insanas, Casa de Expósitos, Hospital de Mujeres y Asilo de Huérfanos.

CAPITULO VII

HERMANAS DE SAN JOSÉ.—DAMAS DE SAN VICENTE DE PAUL

1880-1889

I.—Hermanas Josefinas.

II.—Fray Benito Duró.

III.—El Padre Sató.

IV.—San Vicente de Paul.

V.—Conferencias de Señoras de San Vicente de Paul.—El P. Jordán.—Isabel Armstrong de Elortondo.—Las «Casas de pobres».

VI.—La obra de las Damas Vicentinas.—Una donación de doña Estanislada Anchorena de Paz.—Leonor Tezanos Pintos de Uriburu.

VII.—Señoritas aspirantes.

I.—Acababa de terminarse la revolución del año 1880 cuando una humilde religiosa, con hábito de beata, cruzaba nuestras calles principales en busca de limosnas para sostener niñitas. En su súplica hablaba de un asilo embrionario en Mercedes, donde se recibían pequeñas gratuitamente. Era la Hermana Rosa de San José. En su peregrinación de mendicante fué solicitada para amparar cinco criaturas quedadas huérfanas en Muñiz.

—Para las cuatro mujercitas, la casa tiene camas—repuso la beata.

—¿Paga?—interrogó el extraño, y la respuesta negativa arrancó una sorpresa.

—¿Y para el varoncito?

La contestación de la religiosa fué contraria; el reglamento de la hermandad lo impedía.

Días después, el interlocutor visitaba la casa de Mercedes. De lo más pobre, en su directora había encontrado exterioridades de un gran corazón. Era sor Camila Rolón de San José, antigua novicia carmelita salida del claustro por falta de salud. Edad, treinta y siete años. Espíritu decidido. Inteligencia despejada, con mucha fe en la Divina Providencia. De postulante á monja, pasaba á fundadora de comunidad con tres viejas y once muchachas. Tenía treinta internas, sostenidas por la mano de Dios. Todos los días un carro recogía las limosnas. A poco de establecidas, el coronel Arias, en el tránsito de guerra, retiró el muchacho que lo conducía y se lo llevó al campamento. El reclamo de la Hermana Camila fué contestado por el bizarro guerrero con el envío de dos viejos asistentes y dos carros repletos de víveres de todas clases, en ración doble para cada una de las asiladas, como si fueran números activos de su ejército.

En su visita el señor de la calle Florida puso empeño para asilar al varoncito huérfano, Florentino Fagnani, sin conseguirlo por tratarse de una institución destinada á niñas solamente.

Ya en el tren de regreso, el visitante, don León Gallardo, interesó á su señora madre doña Dorotea Esnaola de Gallardo para hacer al-

go en favor de esas Hermanas. La idea germinó, se realizaron conferencias, se consiguió la modificación eclesiástica del estatuto y muy pronto quedaba terminado el Asilo San José, en Muñiz, con un costo de quinientos mil pesos, sufragado exclusivamente por las dos personas nombradas. Tiene doscientos cincuenta niñas gratis.

Las Hermanas Josefinas han multiplicado



León Gallardo.

sus institutos estableciéndose en Baradero, Tucumán, Paraná, Santiago del Estero y otras ciudades del interior, y fundando la casa madre en Roma, costeada por don León Gallardo, nieto de la señora Dorotea. En ella acostumbra residir la madre Camila, como superiora general.

La familia de Gallardo y don Avelino Rolón son benefactores constantes del Asilo San José y de sus buenas Hermanas.

II.—Hasta no hace mucho, todos los días, á las doce, la tranquila calle Alsina de Balcarce á Defensa presentaba un cuadro complejo de gentes congregadas — unos cubiertos de harapos, otros con vergüenzas mal disimuladas, jóvenes y viejos, mudos y resignados, con exteriorización de dolor ó inclinados al peso de propios infortunios. Eran los comensales, muchas veces renovados, de la tradicional sopa conventual, distribuída con la humildad y el espíritu caritativo de la orden franciscana.

A ella acudían muchas personas—ya vencidas en la lucha por la vida ó en los primeros sacudimientos del vendaval de los infortunios; —madres con sus pequeños, huérfanos, abandonados. A las doce en punto la añosa puerta situada detrás de la capilla de San Roque giraba sobre sus goznes y asomaba un religioso á recibir á los comensales. Era fray Benito Duró, oriundo de San Miguel de Barcala, en España, ingresado al convento con hábito de novicio lego en mayo de 1881, á los cuarenta y cinco años.

A él estaba reservada la distribución de los dos platos suculentos con su ración de pan á cada pobre. Ubicados, rezaba el Padre Nuestro con unción evangélica, la vista en perdón, hacia el suelo. Y mientras comían, aconsejaba, distribuía consuelos y sembraba esperanzas. Todos los días sin faltar uno solo repetía su tarea con la misma dulzura caritativa, hasta que halló la calle desierta. Un buen vigilante le habló de una ordenanza barriendo con aquellos po-

bres desarrapados y sin higiene, y fray Benito entristeció.

La comunidad lo trasladó á La Plata donde podría continuar con otros postulantes su antigua sopa de convento.

Recomienda al Hermano fray Benito y lo hace acreedor á este recuerdo, su puntualidad inalterable de servidor de los pobres, destacándose en medio de grandes virtudes.



Fray Benito Duró.

Relegado, como lego, á los servicios más duros del convento, deslizó su vida sin llamar la atención de extraños, con un carácter modelado en los broqueles del Evangelio y acrisolado en los rigores de la disciplina franciscana.

Teniendo medios de fortuna cambió su porvenir risueño, con halagos, por el sayal de San Francisco. Y en veinte años de convento en Buenos Aires y nueve en La Plata, jamás se acogió á una excepción, ni á un privilegio, á

pesar de sus derechos por su antigüedad y achaques.

Infatigable para el trabajo, heroico en la obediencia, su sumisión le señalaba el último puesto en la cofradía, mientras sus virtudes le adjudicaban el primero entre sus hermanos.

Crueles dolores mortificaron su organismo debilitado, en sus últimos años. Con todo no se borró de sus labios el gesto plácido que iluminaba su rostro, ni perdió las energías de su espíritu.

Y el 15 de septiembre de 1905 cerró los ojos en la eternidad. Cuatro palmos de tierra han sobrado para cubrir el cuerpo de quien vivió con la mirada puesta en lo Alto, despreciando las pequeñeces de este mundo (1).

III.—La memoria del padre José Sató tiene la suavidad de un conjunto aromático. El anciano Rector del Seminario, Superior de todos los Jesuítas del Río de la Plata, autor del templo del Salvador, el hombre de consejo y prudencia, cuyas palabras penetraban como las de un santo y llevaban la persuasión á la mente y el consuelo al corazón; el apóstol de los irlandeses y de los ingleses, no puede ser olvidado; su memoria no se eclipsará mientras haya corazones agradecidos.

Nunca se sabrá el número de sus obras buenas, porque su carácter era precisamente hacer el bien, recatándose de que nadie lo ad-

(1) Sobre anotaciones del P. Lagos.

virtiese. Y extendió su dedicación doquiera encontrara una desventura : aprendió el inglés en edad adelantada, con el único fin de asistir á extranjeros de los hospitales.

Un testigo presencial, el señor Apolinario de las Casas, Canónigo honorario y Cura del Socorro, habla de su admirable comportamiento con los enfermos. En su aposento tenía una ventanilla por la cual, en seguida de llamarse en la portería, le avisaba el Hermano :—¿Qué hay?—Padre, llaman para un enfermo.—Voy. —Y no decía más. Inmediatamente se ponía su sombrero y manteo y salía. Ni ocupación, ni rezo, ni asunto alguno hubieran podido detenerlo, tratándose de este ministerio : todo lo dejaba al punto ; su partida era instantánea (1).

El padre Sató nació en Manresa en 1815 y murió en Buenos Aires el 16 de junio de 1882.

IV.—Margarita de Valois fué la iniciadora al comenzar los tiempos modernos de una serie de mejoras en la suerte de los niños, para reemplazar un asilo abierto en 1632, tan ineficaz como de poca duración.

En sus lujosos paseos pudo observar gran número de niños huérfanos y abandonados, refugiados á la entrada de los templos, y el cuadro de los pequeños harapientos, de cabezas desnudas y pies descalzos, en las crueles mañanas del invierno, y sin fuego para avivar sus

---

(1) Sobre manuscrito del P. Hernández.

músculos ateridos, movió sus sentimientos y la impulsó á fundar casas para protegerlos.

París constituía en 1536 una sociedad despreocupada, de habitantes poco compasivos al dolor ajeno. Margarita vió cadáveres de niños en las calles y las lágrimas que derramara bastaron para que grandes y pequeños, pobres y ricos, movidos á compasión, se unieran para abrir un asilo al infortunio.

Nacida bajo bases sólidas, en apariencia, esta casa no existía ya en 1545 cuando la erección del Hospital de la Trinidad, donde los «enfants bleus»—por el color de su uniforme,—servían de cortejo fúnebre en los entierros de magnates.

Alzados contra esta práctica, los protegidos se entregaron al robo y á la mendicidad en las calles, y el antiguo espectáculo de los cadáveres quedó substituído por el de los mendigos de cuerpos falsamente ulcerados. A fin de hacer más fuerte el cuadro, hasta se inventó una pomada para simular llagas de penosa impresión.

No obstante, el primer paso de amparo á los niños, estaba dado. La iniciativa de Margarita de Valois se recordaba siempre y en 1552 pudo presenciarse la fundación de «La Couche» á la que siguió un asilo de Elisabeth Lhuillier en 1638.

La época no era propicia para estas empresas. Continuas guerras y reyertas asolaban la Europa, apartando los espíritus de las iniciativas más generosas. Por eso la obra de los menores no recibió nuevos impulsos.

Luis XIII y Ana de Austria han sido, en realidad, los fundadores de la institución ó mejor dicho de la sociedad piadosa más extendida de todos los tiempos, modelo universal y la única que ha sobrevivido en medio de los trastornos de la Revolución Francesa.

Un clérigo humilde la levantó y engrandeció cuando estaba á punto de sucumbir. San Vicente de Paul sólo necesitó una oración sagrada para reunir cuarenta mil libras en pocas horas. Fué en 1648.

Francia gemía acosada por el hambre y la peste, su hermana de cuna. «Había nueve niños en una casa y un chirrión los llevó al aire. Su pobre madre los siguió tirando. El padre los miró, silbando... Estaba loco. Y ella gritaba, daba alaridos, llamaba á Dios, trastornada de cuerpo y alma. Enterrad mis nueve hijos y os prometo un cordón de cera que dará tres vueltas al contorno de vuestras murallas...»

San Vicente de Paúl llega. Viene de Dax, en las vastas soledades lisas, húmedas y tristes de las Landas. Humilde y pobre, había vivido con los pobres y los humildes, conociendo todas sus desventuras. Sus condiciones lo elevan. Ordenado sacerdote, se distingue por su sabiduría y sobresale por su afección y mansedumbre. Se le manda á Roma y el Papa lo recibe. Un cardenal le confía una misión secreta ante el Rey de Francia. Vuelto á su patria, su virtud tiene irradiaciones. La Reina es su primera contagiada. Rústico, sin maneras elegantes, de figura torpe y mal encuadrada, tiene una cara

vulgar de líneas duras, con nariz prolongada y de bulto, la boca muy grande, los labios espesos (1).

Conjunto tan secundario alimentaba el corazón y cerebro del creador de la liga de bondad universal. Ante la Corte dijo de amor general, de la predicación de Cristo y de la práctica de su doctrina, con fuerza de persuasión y tacto para hacerse escuchar.

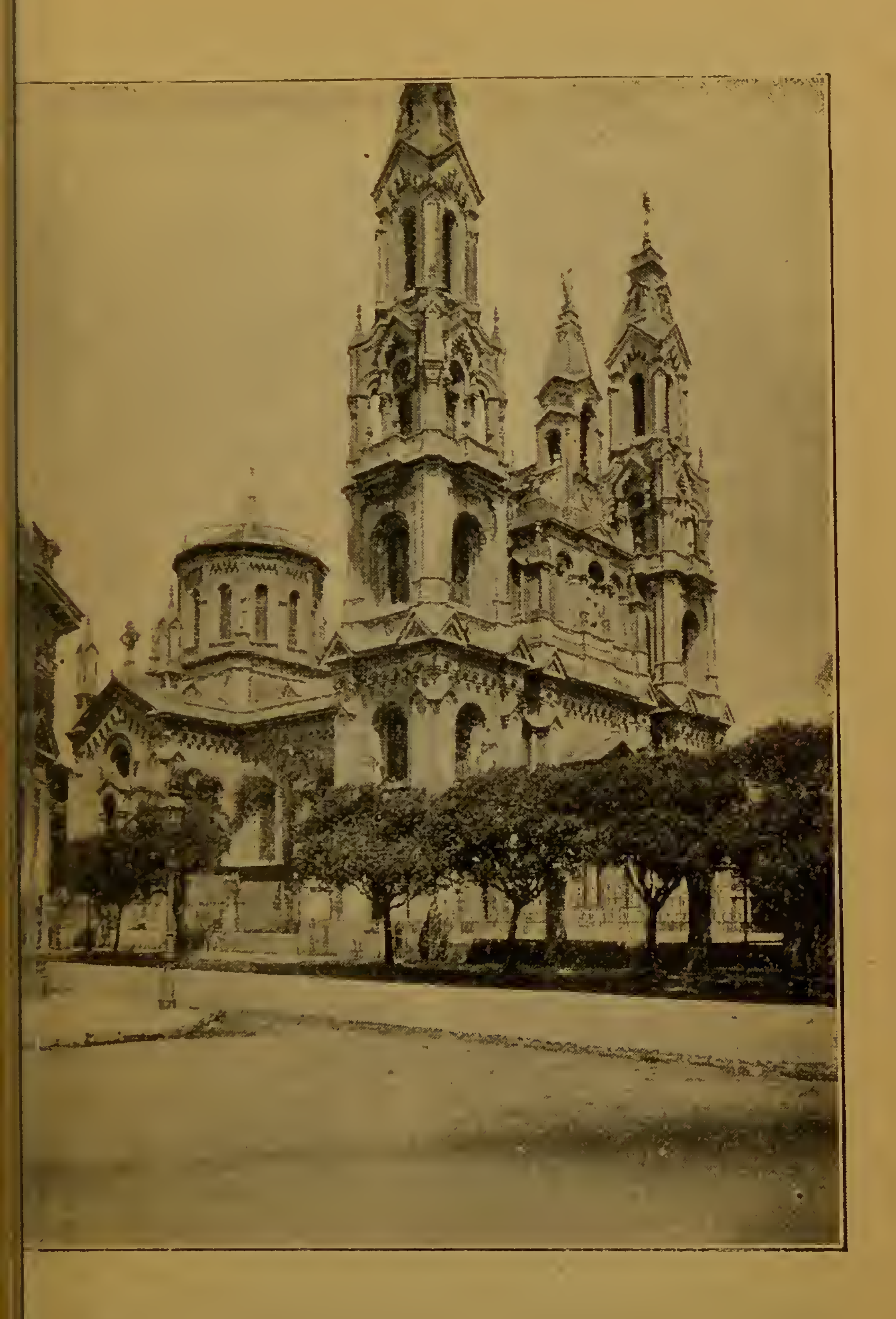
Limosnero de Margarita de Valois, reina, miembro más tarde del consejo de dirección eclesiástica cerca de la regente Ana de Austria, en una Corte de placeres se convierte en el portavoz del dolor. Párroco de campaña, en Clichy-la-Garenne ó en Chatillón-les-Dombes, convierte ricos á la piedad y reanima la fe de los pobres; su presbiterio es casa de todos, menos suya: asilo público, hospital, escuela. En todos los caminos pide con una mano para dar con la otra. Socorre la miseria que se ostenta y busca la oculta. En el púlpito, señala los hogares sin fe, las cabañas sin pan, los enfermos faltos de remedios, los infelices sin abrigo. Sus sermones y pláticas son constantes llamados á la caridad.

En 1617 funda las Esclavas y guardianas de los pobres de su parroquia de Chatillón y en 1634 instituye con Mme. Legras, su gran colaboradora, la congregación de las Hermanas de la Caridad—los ángeles salvadores de la tierra.

Pasan años. A principios del siglo pasado,

---

(1) Sobre una publicación sin firma.



Capilla de Santa Felicitas de la S. de S. V. de Paul.

Ozanam, inspirado en aquel padre de la caridad, plantea y organiza las conferencias de San Vicente de Paul para extenderlas por el mundo entero, penetrando hasta en los sitios más apartados—la congregación de los buenos y de los humildes, en círculos pequeños, casi siempre en torno de sus parroquias, á fin de ocuparse de los pobres con toda sinceridad, depositando secretamente óbolos en bolsas cerradas, cuyos fondos se distribuyen, después, personalmente, en el hogar de los mismos protegidos, á modo de las caridades de los primeros años del cristianismo.

Para hombres y de señoras, independientes entre sí, cada una tiene su autonomía propia.

V.—El 29 de julio de 1889 fué establecida la de damas argentinas, á iniciativa del R. Padre Camilo M. Jordán.

Pinta un conocedor á este notable Jesuíta, «dotado de imaginación oriental, de corazón impresionable hasta el extremo, de gran facilidad en la expresión y de contundente lógica. Sostuvo largos años el cetro de la oratoria en Buenos Aires, sin que nadie osara disputárselo. Y si es verdad que el lujo en la expresión, y un colorido á veces exagerado predominaba con frecuencia en sus discursos, no lo es menos que ello constituía su principal mérito, pues en medio de una sociedad frívola y alejada por completo de las prácticas piadosas, supo propinar en pequeñas dosis el alimento espiritual á muchas almas ya víctimas de un hastío indolente.

Veintitantos años predicó sin interrupción los sermones de Cuaresma en la Catedral ante un público, si no piadoso, ni siquiera en su mayoría, selecto por sus ingenios y posición social. Este público oyéndolo complacido, es el principal elogio de su arrebatadora elocuencia. Tras una vida deslizada al compás embriagador de plácemes y triunfos y coronada de los laureles



Isabel A. de Elortondo.

conquistados en sus lides oratorias, después de haber sido por muchos años el ídolo de la sociedad ilustrada, para la cual sus palabras eran un oráculo, hoy, olvidado hasta de sus íntimos, sufre, postrado, con resignación santa, una larga enfermedad.»

Doña Francisca L. de Ponce de León cooperó en los trabajos iniciales para fundar las Conferencias de Señoras de San Vicente de Paul,

y su primera presidencia correspondió á la señora Isabel Armstrong de Elortondo—dama dignísima, de linaje caritativo y dedicada á las prácticas cristianas en sus más exquisitas manifestaciones.

Por su viejo arraigo, venido desde muy lejos, y por la respetabilidad de su tronco, representaba una tradición en nuestra sociabilidad. Era hija de don Tomás Armstrong, de abolengo piadoso y con acción propia en el asilo de Huérfanas de Irlandeses. La señora de Elortondo sentía la caridad como una inspiración y se dejaba arrullar en su raudo vuelo, para preocuparse de las desgracias y miserias, vinculándose por la acción y la dádiva á la mayor parte de las instituciones misericordiosas. De tranquila dulzura de pensamiento y suavidad muy sutil de ejecución, consumaba el bien con serenidad. Su nombre aparecía como presidenta ó consejera del Colegio de Nueva Pompeya; de la Sociedad de San José; socia de la Beneficencia é inspectora de varios establecimientos después de haber trabajado en la fundación de la casa del Buen Pastor en 1870; como presidenta de la sociedad protectora de los pobres de la parroquia de Nuestra Señora de la Merced; directora de las Hermanas Religiosas de San José y activa socia de congregaciones pías.

Tenía la envidiable humildad del creyente.

En la sociedad de San Vicente de Paul mereció unánimes respetos dentro de un marco de sólido cariño. A su esfuerzo se debió la crea-



«Home» de «Santa Felicitas».

ción del primer Asilo en Villa Devoto—para doscientas niñitas huérfanas en una mansión alegre, casi lujosa, levantada entre árboles y flores.

El acierto en su desempeño perpetuó su presidencia hasta su muerte el 1.° de julio de 1899, esperada con la serena tranquilidad de los justos.

Sucediéronle en el cargo las señoras Enriqueta Lezica de Dorrego y Celina Bustamante de Beláustegui.

Propagada en cada una de nuestras parroquias y en todas las del interior de la República, la Sociedad de San Vicente de Paul, tiene numerosas «Casas de pobres», modestas y muy benefactoras, con infinidad de protegidas por medios de «bonos de alimentación»—vales girados por las Vicentinas contra determinados comercios para la entrega de comestibles.

Cada «Casa de pobres» constituye una institución con su reglamento especial; directa y continuamente vigilada por las señoras. Muchas de ellas son propiedad de las respectivas conferencias, como en la Concepción, presidida por doña María Obarrio de Zapiola, ó en la Piedad dirigida por la señora Manuela Suárez de Figueroa. Siendo su presidenta, en 1898 adquirió esta última la señora Dolores Pizarro de Olivera, cuyo esposo había donado mil pesos y facilitado sin interés, diez mil, necesarios para la compra. La conferencia empezó á amortizar esta suma y á la muerte del señor Olivera su señora viuda dispensó el pago de cuatro mil dos-



Entrada al «home» con el Cristo del Triunfo.

cientos no cubiertos aún. Por eso lleva el nombre de «Asilo Luis Olivera».

La conferencia de la Merced cuenta con una casa para pobres muy grande, en la calle Bustamante, cerca del Hospital Rivadavia, donada por la señora Mauricia Iraola, que aplicó muchos de sus mejores días á los pobres.

VI.—Como institutos permanentes, las con-



Leonor T. P. de Uriburu.

ferencias de señoras de San Vicente de Paul, sostienen, además, el «home» de Santa Felicitas, en Barracas, con una capilla preciosa como una joya, refugio moral y material de viudas en desamparo, con grandes talleres anexos, un lavadero mecánico para trece mil quinientas piezas de ropa diarias, y costureros; un instituto de economía doméstica, de creación reciente, en la calle Ayacucho; y proyecta un asilo ma-



Gran patio cerrado del «home» Santa Felicitas.

rítimo en Mar del Plata, y casas para pobres vergonzantes en Belgrano y San Fernando idénticas á una que posee al Oeste, cerca del Once donada por la señora Carolina D. de Novoa, con veintidós habitaciones amplias.

Por otra parte, termina noventa y dos casas para obreros en las calles Trapul, Solé y Cachí con cuatrocientos mil pesos adjudicados por el Jockey Club, y muy pronto, antes de la llegada del invierno, abrirá una cocina para mil obreros diarios en la calle de Pinzón—si otro tiempo salpicada con la sangre de una tragedia que arrancó lágrimas á la sociedad de Buenos Aires, mil veces santificada hoy con todas estas obras de misericordia y profilaxis social hecha en la mansión erigida por el Padre Dutoy para una difusión educativa malograda por falta de recursos. La familia Guerrero costeó la hermosa capilla de Santa Felicitas y donó al Padre Dutoy el terreno donde intentó establecer su colegio y para el cual construyó el espléndido edificio ocupado por el «home».

La señora Leonor Tezanos Pintos de Uriburu preside hoy la institución, con cuatro mil socias, y otras tantas «aspirantes»—niñas congregadas semanalmente á coser en favor de los pobres en talleres privados, realizando esas sesiones piadosas tan brillantemente descriptas en los relatos del Padre Coloma.

Quien trata de cerca á la señora de Uriburu, la ha caracterizado: muy inteligente, ordenada, económica y caritativa. Inalterable, tranquila y reposada, su organismo no conoce las

explosiones nerviosas. Maestra de diplomacia y dama de carácter.

De grande influencia en los círculos, tiene acentuado ascendiente general. Interesó á su esposo el doctor José Evaristo Uriburu en el programa de las Vicentinas y su palabra en el Senado valió á la institución la casa de Santa Felicitas.

Nada detiene á la señora de Uriburu en su



Estanislada A. de Paz.

senda de bien. Sabiendo á mujeres de perversión moral en un depósito de contraventoras de la calle Azcuénaga y Las Heras, envía delegaciones de señoras á iniciar su relevamiento. ¿Puede darse mayor sacrificio para las damas? Acuden los domingos y días de fiesta, renovándose á fin de permanecer siempre alertas, sin dar tregua á las pobres caídas.

Contrariamente á la creencia general, la Sociedad de San Vicente de Paul es una institu-

ción laica, según declaración pontificia; bendecida y auxiliada por la religión, se desarrolla y mantiene fiel al precepto evangélico sobre la caridad: en el fondo de su obra no puede escudriñarse nada que importe una exteriorización ó vanidad mal disimulada. Por eso sus memorias no determinan cantidades sobre una donación muy elevada, hecha á la conferencia



Donación Anchorena de Paz en Mar del Plata.

de Mar del Plata por don Arturo Z. Paz y su esposa, señora Estanislada Anchorena.

Es un colegio, taller y escuela de hogar doméstico, dirigido por las religiosas alemanas del Espíritu Santo, que proporcionan instrucción profesional y práctica á las jóvenes. Se alza sobre un terreno de cuatro mil varas, situado en la parte sur del Mar del Plata, camino á Chapadmalal. El costo de su edificio puede

calcularse en cincuenta y cinco mil pesos. Todo el establecimiento representa más de cien mil, y ha sido costeado exclusivamente por la señora de Paz en memoria de su hermano Nicolás Pedro Anchorena.



Uno de los corredores de la casa.

Admite pupilas, medio pupilas y externas.

La divulgación de todas estas donaciones de las damas de San Vicente de Paul, podría servir de estímulo, si se hiciera con una discreción conciliable con el dogma bíblico.

Con treinta y dos conferencias particulares, distribuídas en las capitales de provincia y ciudades de primera categoría, la Sociedad de San Vicente de Paul invierte más de un millón de pesos por año, contando con especial protección oficial y del Jockey Club.

Segismundo Masferrer, de la Compañía de Jesús, ha sucedido al Padre Jordán en su dirección espiritual y Alfredo de Zuviria, poeta argentino, ha escrito un himno para las huérfanas :

San Vicente de Paul el pacífico
impregnado en la gracia de Dios,
irradiando virtudes prolífico
del ideal eucarístico en pos.

Del palacio desciende á la choza
con el pobre partiendo su pan ;
rico en dones divinos, se goza
en dar más que los ricos le dan.

¡ Dulce Santo, tu patria no es Francia,
que es el mundo rodando á tus pies ;
pues celeste tu santa constancia
á nos vuelva del cielo otra vez !

Padrecito del alma que has sido
caridad en reguero de luz :
pasas, «eres», ¡ te beso el vestido,
y me muero abrazado á tu cruz !

Cuando todo por siempre se acabe



Asilo San Vicente de Paul en Villa Devoto.

con la gloria que adora el mortal,
tú jamás : la victoria es el ave
que te hiciera al morir inmortal.

VII.—Complemento de las conferencias de señoras de San Vicente de Paul, los talleres vicentinos de señoritas aspirantes reunen á las costureras de la piedad, cuyas manos confeccionan ropas mientras la lectura en voz alta de un trozo de la vida de San Vicente remonta sus espíritus hacia regiones muy elevadas—los dominios de la caridad y de la abnegación.

Sus reuniones son semanales, en la sacristía de un templo ó en alguna casa particular, bajo la dirección espiritual de un sacerdote y con celadoras encargadas de la distribución de los trabajos y de reclamar el silencio no siempre asegurado por el cuchicheo inevitable de las aspirantes. Muchas camisitas y delantales son confeccionados entre el tijereteo de los últimos acontecimientos ó sucesos mundanos, á media voz, como colegialas rebeldes... Verdad también, que las niñas acuden á hacer un sacrificio pero no penitencia y que saben conciliar el precepto reglamentario con las tiranías de la edad : si conversan mucho mientras cosen, cosen mucho mientras conversan. Sus costureros terminan miles y miles de piezas de ropas «rematadas» con prolijidad de profesionales.

CAPITULO VIII

SOCIEDAD DE SAN JOSÉ.—REFUGIO PARA FRANCESES.—FILOMENAS

1883

I.—Inundación de 1883.

II.—Sociedad de San José.

III.—Sociedad francesa de Beneficencia.

IV.—El P. del Val.

V.—Filomenas.

VI.—Huérfanos de militares.

I.—Las aguas de una temporada de lluvias extraordinarias inundaron parte de la campaña de nuestra provincia en 1883, llegando en su desborde hasta los suburbios para anegar las inmediaciones de los antiguos Corrales de Abasto. Tan pronto como se hizo pública esta calamidad, se produjo el grito de conmiseración de nuestras damas, y se iniciaron los trabajos de socorro á los damnificados, correspondiendo el primer lugar en la ayuda á la Sociedad de Beneficencia, por intermedio de su presidenta señora Isabel Hale de Pearson y de las señoras Luisa Muñoz de Cantilo, Jacinta Castro, María Luisa Castro de Torres, Vicenta Escalada de Escalada y Dolores Lavalle de Haymes.

El 13 de julio á las 4 de la tarde la inun-

dación alcanzó su máximum, hasta la misma meseta de los Corrales, formando una laguna inmensa, extendida por Barracas, Lomas y Flores, en más de veinte leguas cuadradas.

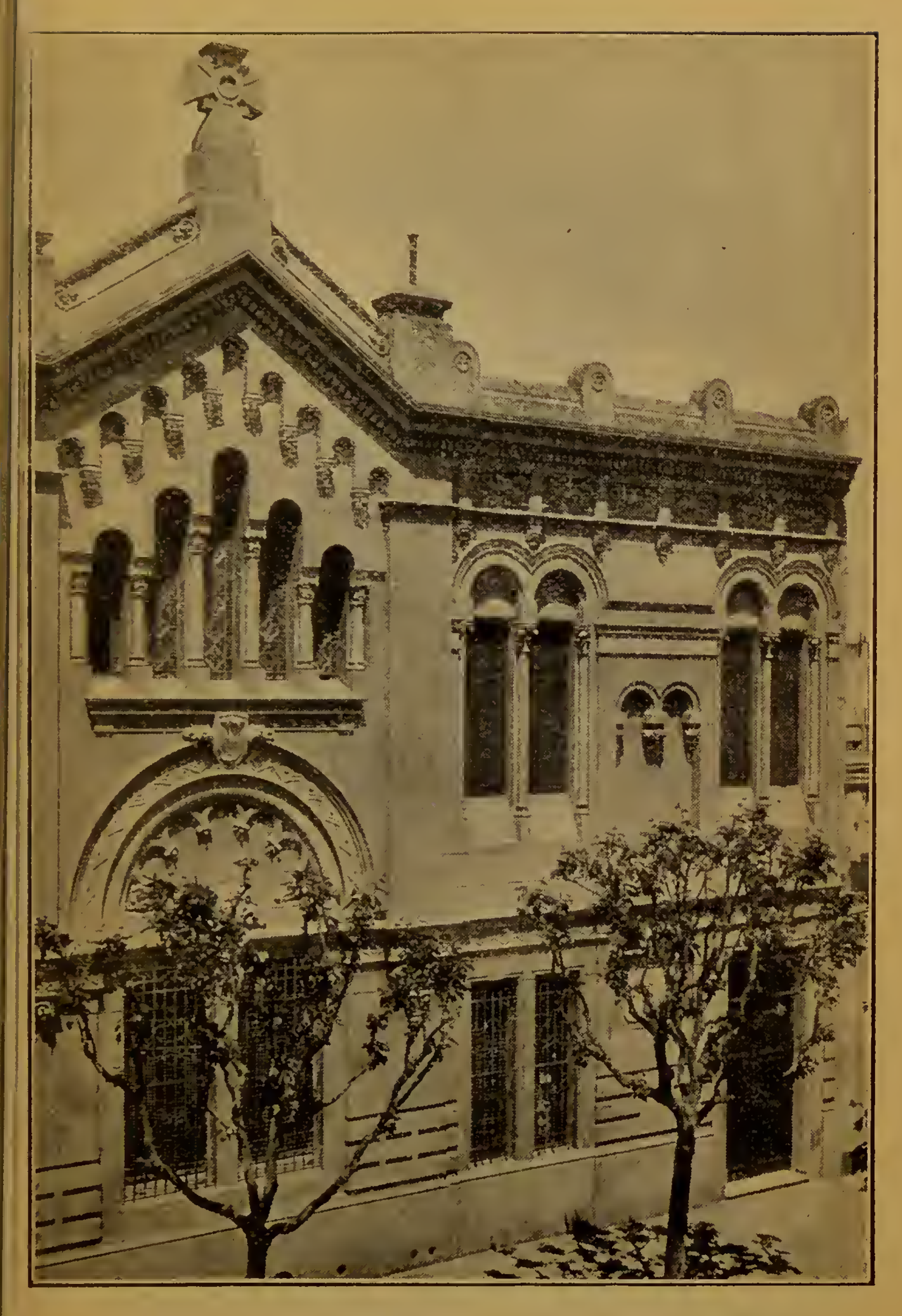
En la impotencia de intentar salvaciones en aquel desencadenamiento de torrentes de agua en velocidad vertiginosa, los modestos moradores de la comarca buscaron su salvación en balsas y botes improvisados. La ayuda material les fué entregada en la Casa de Huérfanas de la calle Reconquista con el concurso de las autoridades nacionales.

II.—Muchos peligros ofrece el mundo á la mujer obrera, en la difícil edad de sus inexperiencias. Ponerla á salvo de ellos fué el programa bosquejado por la señora Petrona Coronell de Lamarca cuando reunió á un grupo de amistades generosas para fundar la sociedad de San José.

Con un simple taller aseguró el fin deseado y éste fué abierto el 14 de septiembre de 1884, bajo la dirección de la comunidad vicentina con sor Josefina Guillard á la cabeza, meritoria Hermana llegada de Francia en 1859.

Ciento treinta niñas pobres se dan cita allí todas las mañanas á las 8 á aprender los trabajos conocidos con el nombre de «labores blancas». En el taller permanecen hasta las 6 de la tarde, regresando á sus hogares cuando sus padres vuelven de sus quehaceres.

Los servicios de las niñas son al principio gratuitos, pero cuando sus propias obras tie-



Taller «Angela Dorrego de Ortiz Basualdo».

nen valor, el taller les fija una asignación diaria variable entre treinta centavos y un peso y medio.

Puede sospecharse los inmensos beneficios prestados por sus tres talleres : el «Petrona Coronell de Lamarca» en la calle Moreno y Tacuarí ; el «Angela Dorrego de Ortiz Basualdo» en la calle Cuyo, pasando Callao, y el «Josefa Coronell de Fernández» recién instalado en la calle 24 de Noviembre, cerca de Rivadavia.

Estos tres nombres propios son tres reconocimientos públicos á las tres grandes servidoras de la Sociedad. El taller de la calle Cuyo ha sido mejorado por una munificencia privada, hecha en un silencio imposible de ser develado. La dádiva comprende la adquisición de una casa cuyo valor excede de setenta mil pesos, la construcción de una capilla y la mejora de las instalaciones. Puede atribuirse su procedencia á un hijo de la señora Angela Dorrego de Ortiz Basualdo, que realiza importantísimas caridades sin dejarlas traslucir jamás y sin que su nombre pueda ser conocido.

El taller «Josefa Coronell de Fernández» cuenta con una protectora decidida en la señora Josefa Fernández de Fonseca Vaz, condesa de Sena, hija de la bondadosa y caritativa dama cuyo nombre lleva. También lo ayudan la señora Adela Atucha de Gramajo, el doctor Luis Ortiz Basualdo y las señoritas María y Juana Anchorena.

Han presidido esta institución después de las

tres nombradas, las señoras Isabel Armstrong de Elortondo, Elvira Lamarca de Navarro, Teodelina Fernández de Alvear y actualmente doña Ernestina Ortiz Basualdo de Llavallol.

Sostenida por donaciones, un buen número de socias, divididas en treinta y una secciones, contribuyen con cuotas fijas.



Ernestina O. B. de Llavallol.

III.—Con el nombre de Sociedad de protección y de socorros á los franceses, cambiado al poco tiempo por el definitivo de Société Française de Bienfaisance, el 15 de abril de 1884 quedó constituída bajo la presidencia de don Paul Deschamps, una institución caritativa con un asilo en la calle General Viamonte cerca de la Avenida General Pueyrredón, donde se proporciona comida y cama al connacional necesitado

y se ha establecido una oficina de trabajo que facilita ocupaciones.

Ya en buen funcionamiento la institución,



Paul Deschamps.

el mismo señor Deschamps sintió la conveniencia de extender sus servicios y darle mayor vuelo. Una asamblea aprobó y el doctor F. Simón pasó á ocupar su presidencia, iniciando un



Dr. F. Simón.

período de excepcional progreso y brillo: el número de socios, de doscientos, se elevó á quinientos; se adquirió un predio de veinte mil

metros en Bella Vista y por moción, bien fundada, de don E. Stein se estableció un asilo para valetudinarios, hoy con cuarenta ancianos atendidos con solicitud y cariño, en una casa veraniega.

Don Enrique Py, banquero y centro de fuertes operaciones financieras, corazón sano, con sitio preferente en toda reunión donde se persiga un ideal bondadoso ó se trate de una tentativa de progreso ó de realizar una caridad, ha contribuído al éxito de la Sociedad Francesa de Beneficencia con donaciones generosas, habiendo influído para que los pudientes participen de esta hermosa manifestación de altruismo, verdadero orgullo de la colectividad francesa.



Enrique Py.

Señálase la fecundidad de la presidencia del señor Py, hoy reelegido, asegurando la cooperación del gobierno francés, y la del ministro

Conde Sala que se interesó con empeño por el progreso moral y material de los dos asilos.

El señor Benjamín Maunuco, decano de la colectividad, la ha presidido durante tres años con una buena voluntad proverbial.

Con seiscientos contribuyentes, la Sociedad Francesa de Beneficencia se dispone á cons-



Asilo refugio para franceses.

truir nuevos pabellones en su propiedad de Bella Vista, donde atenderá un número mucho mayor de ancianos.

IV.—El padre Félix María del Val fué reconocido como un sabio por legión de discípulos. Enseñó ciencias sagradas y alguna vez matemá-

ticas. Como obras exteriores de caridad, tuvo prontitud en asistir á los enfermos y acudir á las cárceles y hospitales, pero dióle fama en el Río de la Plata una enseñanza y doctrina propia. Predicaba con elocuencia, profundidad y entusiasmo, y en un sermón pronunciado en Montevideo en 1859, asentó y probó que «la filantropía es la moneda falsa de la caridad». Esta verdad sencilla y reconocida, explicada por un orador del talento y autoridad del Padre del Val, promovió violenta tempestad. Se quiso obligarlo á retractar y como no lo consiguieran se dictó un decreto de expulsión contra todos los jesuítas. La República Argentina recibió con aplauso á los injustamente desterrados por tan noble causa, y el ilustre padre continuó enseñando, durante muchos años, las ciencias sagradas á nuestra juventud (1).

Poco antes de la revolución de julio, el 26 de marzo de 1890 falleció. Era oriundo de Herrera, en la provincia de Palencia y contaba setenta y tres años.

V.—Desempeñaba el curato de San Miguel el presbítero Juan Delheye cuando se estableció la Congregación de Santa Filomena, con un puñado de niñas representativas, en 1891, siendo su fundadora la señora María Ayerza de Buxareo. La práctica religiosa necesitó bien pronto ser ampliada á fin de aprovechar la inteligencia y acción de los devotos, y en 1893 abrió

(1) Ms. del P. Hernández y P. Pérez, op. cit.

un colegio gratuito para niños pobres, poco después dotado de taller de carpintería. Con un impulso inicial fuerte, el colegio se desarrolló fácilmente, pero no respondía á las ansias de sus sostenedoras. Aquello debía crecer mucho, y siendo presidenta la señorita Lola Cueto, la Municipalidad se asoció á este grũpo, primera congregación de señoritas iniciada en tareas educacionales. Era en 1896. Las animosas parroquianas de la iglesia San Miguel improvisaron el edificio y lo abrieron á la acción, con tanto entusiasmo como falta de fondos. Pero, ¡oh desoladas feligreses!, en 1902 tuvieron que cerrar sus puertas, corridas por el metal en lucha con sus visiones caritativas.

Una resignación cristiana acompañó la obligada clausura. Las congregantes, vencidas ante la realidad de los hechos, no se rindieron para siempre; á sus pláticas del once de cada mes, adicionaron una reunión especial destinada al resurgimiento del asilo. Hubo empeño, constancia y decisión—los tres factores del triunfo. De la misma caída nacen fuerzas para la reacción. Buenos deseos acompañaron á las Filomenas. Su asilo frente á los portones de Palermo, recobró nueva vida en 1905, para educar doscientos varones y con talleres apropiados.

Un infortunio puso de nuevo á prueba la tenacidad de las devotas: un incendio, hermoso en su proyección de fuego resplandeciendo sobre el fondo azul cargado de una noche toldada de principios de 1909, destruyó gran parte



Asilo de Huérfanos de Militares.

del edificio, pero su restauración fué inmediata.

La señorita Esther Amadeo Lastra ocupa hoy, por segunda vez, la presidencia de las Filomenas, como digna sucesora de las señoritas María Gramajo, Angélica Stegman, Hermenegilda Pombo, Etelvina González Chávez, Rosa del Campo, María Lorenza Zenavilla, Sofía Cañás, Matilde Idiarte Borda, María Magdalena González y Lucía Duhalde.

El día de Santa Filomena, 11 de agosto, las congregantes y sus asilados tocan á gratitud con solemnidades en honor de su patrona.

VI.—Allá por 1891—12 de julio,—la señora Carmen Eguiluz de Ayala pudo transformar en realidad una idea del doctor Dámaso Centeno, de fundar una institución para proteger los hijos y descendientes de los defensores de la patria. Meses después, el 3 de enero de 1892, abría sus puertas el asilo especial en las calles de Callao esquina Charcas, con tres huérfanos. Hoy ocupa una casa propia en Almagro, calle Rivadavia, con ciento cincuenta asilados y talleres bien atendidos.

CAPITULO IX

PATRONATO DE LA INFANCIA

1892

I.—Esbozo general de conjunto.
II.—La primera Sala-Cuna: descripción.
III.—Origen y objeto de las Salas-Cunas.
IV.—Fundación del Patronato de la Infancia.
V.—Primeras fiestas: kermesse brillante.
VI.—Los «Miércoles del Patronato».

I.—Al sur de nuestra capital, en un barrio poco hermoseado por moradas de familias pudientes; recostadas las paredes en los pesados muros de la iglesia de San Pedro Telmo—la parte nueva con aspecto de colegio por sus numerosas ventanas;—recordando modesta instalación industrial la antigua, con su exterior económico, sin revoques ni adornos arquitectónicos—se alzan airosos los establecimientos urbanos centrales del «Patronato de la Infancia»: la Sala-Cuna, el Internado Manuel A. Aguirre y la Escuela de Artes y Oficios, y calle por medio los consultorios médico-quirúrgicos, el sanatorio de primera infancia, el lavadero mecánico y los talleres de enseñanza industrial.

En el sostenimiento de estos asilos se invierten cuantiosas sumas, reunidas por medio de

cuotas periódicas, de donaciones, de la lotería y de fiestas que evidencian nuestro grado de cultura, y tienen ecos de suave alivio para gran número de pequeños—pobrecitos que antes sentían el peso de las grandes maldades y de los infortunios que aureolan á la miseria,—punto de arranque ésta de las perturbaciones sociales, cuna del crimen y antesala obligada de las celdas carcelarias, donde purgan culpas muchos desdichados que no gozaron de sonrisas en la infancia, pero sintieron rigores en la adolescencia, sin tener corazones amigos con quienes compartirlos, ni manos piadosas para enjugar sus lágrimas.

Esos edificios, extendidos por toda una cuadra, y cuyos techos se alcanzan á distinguir desde la entrada al puerto, cual si hubieran sido colocados para mostrar al recién llegado un renglón del libro de la caridad argentina, antes que nuestros pocos monumentos y templos, albergan cerca de trescientos menores, algunos moral ó materialmente abandonados, otros huérfanos de padres y de afectos, y el resto arrebatados á los más horribles infortunios. Allí reciben instrucción teórica y práctica en algún oficio, las sabias enseñanzas del cristianismo y el pan y abrigo de que carecerían si la hospitalidad de tan generosa casa no hubiera acudido en su ayuda. En otra sección doscientas madres dejan sus hijos durante el día, mientras se dedican al trabajo, seguras de que tendrán brazos cariñosos que los atiendan, y otros doscientos cincuenta pequeñitos pasan en el «in-

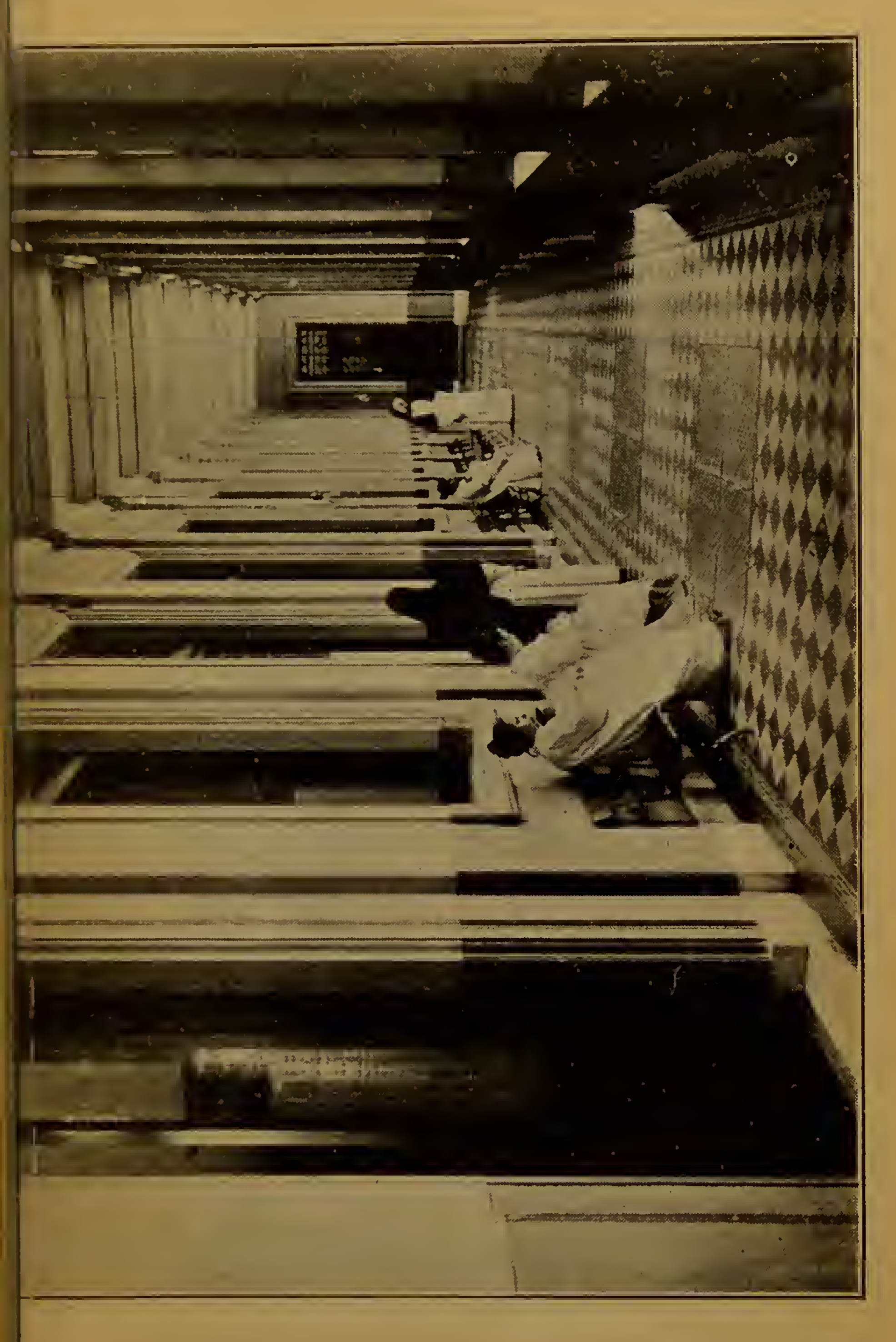


Primera Sala-Cuna argentina.

ternado» sus primeros tiempos de alegrías. Frente, en los consultorios, muchas menesterosas, cuatro mil al año, presentan sus enfermitos para que los asistan facultativos y los provean de medicinas.

Toda esa es la obra urbana central del «Patronato de la Infancia», el fundador de la primera Sala-Cuna argentina, como también de la primera Colonia Agrícola nacional de beneficencia, en unos campos situados en la estación Claypole, y que, además, tiene una segunda Sala-Cuna en la calle Paraguay y Pueyrredón y cuatro Escuelas Patrias en el Parque de los Patricios, al Sudoeste, para los pequeños de los barrios de las basuras y de las ranas, suburbio donde el niño se hallaba en desamparo pernicioso, en un centro de extremada miseria.

El origen de esta institución se debe al pueblo y su sostenimiento se halla á su cargo: iniciada por la Intendencia Municipal, los recursos para atenderla proceden de todas las categorías sociales: de las más encumbradas, de aristocracia convencional, cuyos son los grandes torneos del lujo puesto á contribución de los caídos; de las pudientes y humildes de las «fiestas primaverales»; y de las adquirentes de billetes de lotería, pues una parte de sus beneficios corresponden á sus protegidos. Empero, la principal entrada la proporciona la colecta anual del «día de los niños pobres», á cuya formación contribuyen todos, grandes y chicos, nacionales y extranjeros.



Corredor en la Sala-Cuna.

¡ Y qué hermosas resultan siempre las obras hechas en beneficio de los pobres!

La calle que ocupan los asilos del «Patronato de la Infancia» tiene tranquilidades de convento; hasta ella no llegan los ecos de las fiestas mundanas. En las primeras y últimas horas del día se nota el paso rápido de las madres que van á dejar ó á recoger sus hijos en la Sala-Cuna, pero después reina el silencio, interrumpido en las tardes por el melancólico «Angelus» del campanario vecino ó el rodar del carruaje de las damas inspectoras que acuden á la visita diaria.

Toda la vida y movimiento de aquellos edificios radica en su interior, en sus extendidos corredores con galerías de cristales; en sus amplios patios, en sus espaciosas salas y en los comedores y dormitorios, donde el sol, como bendición del Cielo, quiebra sus rayos.

II.—Pasemos la entrada de la Sala-Cuna.

Un murmullo de infinidad de voces, de alegres vocecitas que se acercan y se alejan al cambiar de tono; vocecitas que descubren alegrías satisfechas, sin nubes que las alteren, y evocan los años de inocencia, ya pasados; algunas poco perceptibles, varoniles las otras; voces sin reticencias, libres, espontáneas; voces que tienen la rara animación de los niños en fiesta, llaman á los oídos con sones gratos, sin disimulos mezquinos, en notas francas, expansivas, íntegras, como de pajarillos saludando auroras con trinos de paraíso, sin adver-



Poupouniere en la Sala-Cuna.

tir en el viento que roba sus modulaciones. Esas voces tienen el encanto de las más puras inocencias y todas las inocencias de los más puros encantos.

Los delantales á pequeños cuadritos azules y blancos, los niños han formado en un ángulo del patio, grupos caprichosos, indescriptibles, con la inquietud y vivacidad de las llamas. Hijos comunes de aquella piadosa casa y hermanos de afectos prontos para ayudarse, juntos pasan las horas de recreo ; confundidos los más grandes con los más pequeños ; los rubios con los morenos y castaños ; los chacotones con los retraídos ; los apacibles con los traviesos ; los débiles con los fuertes ; el precioso piccininno de ojos claros con el chicuelo coloradote de ascendencia siberiana...

Allí se ven tipos de los más variados países, riendo al unísono, con expansiones de alegría ; el alemán de cabellos claros ; el francesito vivaracho é inquieto ; el púdico veneciano de hermosos cachetes en el rostro ; un hidalgo con sangre andaluza en sus venas y gracia inimitable en sus labios ; quién con rastros indígenas en su cutis pampeano ; de ojos azules que prometen dichas y cielos, ó renegridos diciendo de misterios ; delgados, gruesos, altos, bajos ; juiciosos y revolucionarios ; pero todos con un fondo de bondad y de mansedumbre en lo íntimo de sus corazoncitos, cuya beatitud suprema revelan en una sonrisa prolongada que repiten en todo momento, hasta cuando el An-



Patio central en la Sala-Cuna.

gel de la Guarda vela junto á sus cunas de inocencias.

Suenan dos palmadas. Los pequeños suspenden la tentativa de «gallina ciega» y de «sapito», y alegres, solícitos al llamado de la Hermana, forman una cadena interminable, las manitas del último sobre los hombros del primero, é inician endiabladas curvas por el patio, con gran contento de todos, como si aquellas vueltas confusas y caprichosas y esos serpenteos no previstos en la risueña fantasía de las criaturitas, tuvieran algo de la flexibilidad clownesca que tan espontáneas risotadas arranca en las arenas de los picaderos.

Un morenito—trozo de cielo obscuro enmarcando albos jazmines,—modelo de resignación y de humildad, traduce su encanto por la travesura de la Hermana, mostrando unos dientes como hechos con restos de margaritas, y á su risa expansiva sucede la de todos los chicos, con proporciones de algarabía. De pronto el más pequeñito, en la imposibilidad de seguir á su compañero, abandona la fila para incorporarse á la cabeza de la cadena, seguro de admirar los cubileteos de la colosal serpentina. Su risita de mimoso tiene algo de encantamiento que provoca besos y abrazos y alegrías y caricias. ¡Es un brindis de la inocencia arrancado á los cristales del sentimiento!

Minutos después, en el comedor, somnolientos algunos, fatigados muchos, con apetito de tortolitos, dobladas las rodillas, las tazas en la

mano, se escucha el murmullo del «Padre Nuestro».

Y en cualquier momento el triunfo de su alegría asoma en todos los rostros y labios, con la misma expansión. ¡Oh encanto de la inocencia, que ignoras tus penas y sinsabores!

Todo tiene su atractivo propio en esa casa de ventura contra el infortunio: el departamento de baños con sus tinajillas como para lavar muñecas; el de cunas, donde habrá de permanecerse mudo, sonriendo á medias, á fin de no interrumpir sueños que son bendiciones; el ropero, las cocinas y las salas con sus «andadores» fijos — pequeños hipódromos donde los chiquillos aprenden á caminar agarrados á una y otra baranda, cual beodos que regresan de la orgía de sus desvelos, dando á veces contra el piso, pero avanzando siempre en sus progresos. Una caída provoca un llanto, quizá una risa...

A las siete de la noche la Sala-Cuna queda en absoluto sosiego: á ratos se adivinan los pasos amortiguados de las Hermanas cruzando los corredores ó llega el sisco de sus rezos en el coro de la capilla. La casa reposa con la majestuosa imponencia de las sombras y del silencio. En ella no hay niños; ya en la Sala-Cuna faltan las alegrías; se acabaron sus encantos...

La estrofa acude á los labios:

Seigneur! préservez moi, préservez ceux que j'aime,
Frères, parents, amis, et mes ennemis même,
Dans le mal triomphants,

De jamais voir, Seigneur! l'été sans fleurs vermeilles,
La cage sans oiseaux, la rouche sans abeilles,
La maison sans enfants!

Cada una de las madres, al regresar de su trabajo, ha pasado á recoger sus pequeñuelos. Los pobrecitos deben compartir las miserias paternas. ¡Que duerman, pues, en sus hogares!

III.—Las salas-cunas son establecimientos destinados á cuidar, durante los días y horas de trabajo, niños muy pequeños ó demasiado débiles para seguir los ejercicios de las salas de asilo. Se contentan con una retribución inferior á sus gastos para guardar y cuidar las criaturitas todos los días no feriados, desde la hora en que el trabajo empieza hasta el momento en que termina, á fin de dejar libre á la madre durante el día (1).

La institución de las salas-cunas, que la acción privada ó la asistencia administrativa han introducido en cerca de doscientas ciudades de Francia y en gran número de otras del viejo mundo, se debe á la iniciativa personal de M. Fermín Marbeau, filántropo francés. En los comienzos del siglo pasado, la marquesa de Pastoret había ensayado fundar en París, calle Miromesnil, una sala de hospitalidad conteniendo doce cunas, destinada á recibir niños de menos de quince meses cuyas madres acudirían á amamantarlos, pero las condiciones en que

(1) «Manual de la Crêche», por F. Marbeau.—París, 1867.

se realizó esta primera tentativa no permitieron producir grandes resultados. Desapareció después de vegetar durante algunos años, y había sido olvidada cuando el doctor Marbeau fundó la suya, en 1844.

En una casa miserable de Chaillot, á la cual lo llevaron sus funciones de miembro de la Oficina de Beneficencia, encontró una pobre mujer con un niño de diez y ocho meses sobre sus rodillas y otro de algunas semanas en el brazo. Deseando conocer la suerte de esas criaturas cuando la madre partía al taller, el doctor Marbeau supo los remitía á una «guardadora», indigente, á quien pagaba catorce sous.

Continuando su investigación, se constituyó en casa de la «guardadora» y en su chiribitil vió muchos chiquititos acostados en la tierra y mediocremente vestidos. Preguntóla cómo podía alimentarlos.—«A ésos—le respondió,—las madres vienen á darles el pecho durante las horas de la comida.» En semejante respuesta encontró Marbeau la solución buscada hasta entonces: era necesario crear pequeños establecimientos para dispensar caritativamente y en mejores condiciones el servicio de la pobre guardadora, y á fin de señalar bien su objeto y carácter llamarlos salas-cunas. Trazó el plan de una fundación, y lo sometió á la Oficina de Beneficencia de que formaba parte, la cual lo aprobó, pero creyendo no podía participar en forma oficial, sus miembros se limitaron á inscribirse particularmente en la lista de suscripción.

Con este concurso y con el de Mme. Curmer, M. Framboisier y doctor Canuet, el 14 de noviembre de 1844 quedaba abierta en París la primera sala-cuna.

Cinco meses después se inauguraba la segunda ; antes del año 1845 otras cuatro y así sucesivamente. Actualmente Francia, incluída Argelia, cuenta con cuatrocientas treinta, repartidas en más de doscientas ciudades. En París sólo, funcionan cerca de ciento cincuenta.

Tales progresos han reconocido por causa la poderosa influencia de la Sociedad de las Salas-Cunas, organizada por el mismo doctor Marbeau en 1847 y presidida después de su fallecimiento por su hijo Fermín.

Laureada con medalla de oro en la Exposición Universal de 1889, tiene por objeto ayudar su creación ó sostenimiento y perfeccionar y propagar la institución. Publica un boletín trimestral. Los filántropos M. y Mme. Fourcade le dejaron, en 1895, un millón de francos, destinados á fundar y sostener una sala-cuna en la calle de Beuret.

IV.—La del «Patronato de la Infancia» es el resultado de un cúmulo de esfuerzos é iniciativas generosas, con sacrificios ignorados, dignos de alabanza.

Examinando su origen y desarrollo, se halla el secreto de muchas acciones de divulgación obligada. Smiles ha dicho : «algunas veces un libro con un ejemplo noble de la vida, tomado al acaso, sin más objeto que leerlo como pasa-

tiempo, despierta resoluciones cuya existencia no se había siquiera sospechado antes.»

Y no sería difícil que algunos espíritus despertaran á la vida de la filantropía, al conocer esas nobles acciones.

La primera de todas las iniciativas, origen y punto de arranque de esta respetable institución, corresponde á nuestras autoridades edilicias, representadas por el intendente señor Francisco P. Bollini. Pocos meses después de la revolución de julio de 1890, nombró en comisión á los doctores Manuel T. Podestá, Emilio R. Coni, José Penna, Antonio F. Piñero y Eugenio F. Ramírez, «para investigar la proporción del abandono en el municipio de la capital, con relación á la mortalidad infantil, y estudiar la influencia del torno libre en el desamparo de los recién nacidos y los medios de prevenirlo puestos en práctica por los países más adelantados en la materia.»

Este decreto fué una consecuencia de la cifra elevada en la mortalidad infantil de nuestra capital, y tuvo por fundamento el crecido número de niños arrojados por sus padres, expuestos á las seducciones engañosas del vicio y á caer fatalmente en la pendiente del crimen. Sirvióle asimismo de base el gran abandono de recién nacidos y la urgencia de una ley determinando las autoridades para la tutela de la infancia desamparada, la cual aun no ha sido dictada, á pesar de haberse hecho muy repetidas tentativas. El señor Jorge N. Wi-

lliams, como secretario de la intendencia, autoriza la firma del señor Bollini.

Dicha comisión, completada con los señores Alberto B. Martínez y doctor Francisco P. Súnico, inició sus trabajos en enero de 1891, y un año después, en marzo de 1892, presentaba á la intendencia el resultado de sus investigaciones, en un hermosísimo libro, consagrado como el trabajo más completo y científico hecho entre nosotros sobre protección á la infancia. Cada uno de los miembros redactores puso á contribución de la interesante obra todo el caudal de sus conocimientos, y ninguno vaciló en hacer estudios especiales para dar la mayor autoridad á sus secciones.

En dicho libro se estudian los medios de amparar al niño desde el instante de ser concebido, protegiendo á la madre que lo lleva en sus entrañas, hasta su nacimiento, desarrollo y educación ulterior, cuando esta última ha de quedar librada á la caridad pública por falta de recursos á sus padres.

Al final de la obra—valiosa contribución para investigar el origen de muchos males sociales,—sus autores aconsejaron á las autoridades edilicias la fundación de un servicio especial denominado «Patronato y Asistencia de la Infancia», para proteger los niños pobres, enfermos, defectuosos, maltratados y moralmente abandonados, de la capital.

La Intendencia Municipal hizo suyas estas conclusiones y el 12 de mayo de 1892 organizó definitivamente el «Patronato de la In-

ancia», institución caritativa que no tardaría en ser coeficiente de orden, igualdad y bienestar general, porque reposaba en bases sacadas del proceso psíquico, intelectual, moral, jurídico, económico y político de la sociedad, elementos esenciales para el desarrollo rápido y provechoso de la beneficencia.

El «Patronato de la Infancia» es, pues, una nstitución caritativa formada con un fin bien leterminado—la protección del niño sin resricción alguna—y con un programa fijo, en uya realización debía hacerse uso de todos los ecursos aconsejados por la experiencia, aprovechándose las sabias enseñanzas de las viejas apitales europeas, donde el problema de la iñez desvalida ha preocupado especialmente a atención de estadistas y filántropos.

La sociedad de Buenos Aires recibió con plauso su aparición y se prometió ayudarla y rotegerla con particular empeño: palpaba la onveniencia de educar los niños abandonados, in instrucción ni cultura, sin hábitos de trabajo ni medios de vida conocidos, extraños á os preceptos de moral, ajenos á las manifesaciones de sentimientos y sin aspiraciones; niños llamados á ser un azote en los lugares que abiten, primero, y luego, huéspedes obligados le las celdas penitenciarias.

La naciente institución empezó á cumplir su programa, encomendando al doctor Juan José Díaz la instalación del consultorio médico grauito de primera infancia en unas viejas consrucciones del Parque Lezama, y fundando la

«Revista de Higiene Infantil», pero no pudo desarrollarse con la eficacia merecida por los esfuerzos de sus organizadores, pues debía vencer dos obstáculos serios : la carencia de fondos para construir los edificios donde instalar la primera sala-cuna y refugiar los niños recogidos, porque la Intendencia no la dotó de recursos, y la falta de una ley para ejercer directamente una influencia protectora en favor de los pequeños desamparados.

V.—Venciόse lo primero con un gran festival realizado en la plaza del Retiro á fines del año 1892, bajo los auspicios de la municipalidad. Esa kermesse se halla registrada en los anales mundanos como una alta nota de cultura social ; fué un interesantísimo torneo. Las familias de abolengo dieron variaciones de fantasía oriental á un grandioso escenario resplandeciente de luces y de flores, poblado de kioscos y ventas originales en armonioso conjunto, bajo un cielo de terciopelo, tachonado de estrellas.

Ricos y pobres, grandes y pequeños, tuvieron un sitio reservado en esta memorable fiesta, contribuyendo con su óbolo á cimentar y hacer perdurable la gran empresa protectora de los niños. Verdad es que el «Patronato» se fundaba para auxiliar los hijos de todos—que algunas veces los poderosos de hoy suelen ser los mendigos de mañana.

Corrióse entonces y se ha atribuído luego su iniciación al señor Félix Armesto.

Con el deseo de asegurar el desarrollo del Pa-

tronato, el Intendente Bollini aceptó su idea de realizar una serie de fiestas en una plaza pública, para allegar recursos, y lo encargó de formar la comisión.

Un impreso conserva los nombres de quienes la constituyeron :

Señores Jaime Llavallol, Félix Armesto, Guillermo Arning, Justo M. Piñero, Pedro Alegre, doctor José A. Terry, Carlos Alberto Mayol, doctor Alberto Blancas, Carlos Thays, Francisco Uriburu, Enrique Linch Arribálzaga, Miguel A. Martínez de Hoz, César Favier, Carlos Agote, doctor Carlos María Morales, doctor Tomás E. de Anchorena, doctor Marcelo T. de Alvear, Manuel Cobo, Juan Manuel Terrero (h.), Eduardo Duportal, Alberto del Solar, Juan M. Larrazabal, doctor José A. Ayerza, Adrián Penard, Tomás Santa Coloma, Gabriel Cantilo, José M. Nevares, doctor Cándido S. Bollini, Luis E. de Chapeaurouge, Héctor Massera, Alfredo Demarchi, Nicolás Avellaneda, Antonio F. Piñero, Ernesto Piñero Pacheco, Rufino Varela (hijo), Francisco J. Meeks, Alberto Williams.

Desde el primer momento aquéllas fueron bautizadas «fiestas primaverales».

Esta comisión constituída bajo la presidencia del señor Uriburu, actuando de secretario el señor Armesto, invitó á tomar parte en la fiesta á las principales sociedades de caridad, aceptando el ofrecimiento las de Beneficencia y de Misericordia, presididas por las señoras Etelvina C. de Sala y Ana U. de Victorica.

Para realizarlas se designaron los meses de octubre y noviembre contratándose las obras de carpintería y ornato de la plaza. Sólo los pabellones cubrirían un espacio de casi tres mil metros cuadrados y costaban cerca de cincuenta mil pesos, y veinte mil el cerco.

En realidad se trataba de una verdadera aventura, para hacer frente á la cual se idearon otras fiestas precursoras.

Entre ellas figura en primera línea una gran «promenade concert», en el teatro de la Opera, la más suntuosa de las realizadas hasta el presente en Buenos Aires.

La concibió el señor Mayol.

Platea y escenario fueron puestos á nivel y en el centro, sobre un tablado de refinado gusto artístico, una excepcional orquesta hizo oir sus acordes.

La platea quedó reservada para las señoras, y los palcos, adornados, fueron destinados á los caballeros, quienes tuvieron acceso á la primera recién cuando se inició la música de baile.

VI.—Sucediéronse en seguida unos «Miércoles del Patronato», serie de beneficios en los teatros San Martín, Odeón, Apolo, Politeama y Skating Rink, cuyas localidades eran disputadas con interés.

Entretanto los trabajos para la gran kermesse en la Plaza San Martín habían adelantado, y las construcciones surgían elegantes y muy apropiadas. Y poco tiempo faltaba para su inauguración, cuando el iniciador propuso

asociar esos festejos á los del cuarto centenario del descubrimiento de América.

Aceptado, se encargó al señor Alberto del Solar confeccionara una pantomima alegórica de ejecución á cargo de niñitos conocidos.

El señor del Solar redactó el libreto y dirigió á los difíciles actores. Su éxito fué único: la representación se llevó á efecto con gran aparato escénico luciéndose riquísimos trajes, de carácter histórico, costeados por las familias.

Dos veces representada la histórica pieza, en ambas la Opera estuvo extraordinariamente concurrida, siendo aclamados los pequeños.

Llegó, por fin, la inauguración de la kermesse. La comisión de caballeros nombró una especial de numerosas señoras, presidida por doña Carolina Lagos de Pellegrini y su epílogo llenó una plana brillante en las primeras páginas del libro de tesorería de la institución, perpetuándose en los muros de la Escuela de Artes y Oficios, empezada á construir con los recursos obtenidos en 1894, en un terreno concedido en usufructo por la municipalidad.

Estas primeras fiestas no podían ser repetidas, pero don Eduardo Estrada supo hacerlas seguir de otras igualmente provechosas, en el Parque Lezama, descrito por una señora del Patronato como un castillo de ensueño, rodeado de escalinatas, perdiéndose en sucesión interminable y caprichosa en un lago de mágicas transparencias, donde velaban somnolientas lucecillas coloreadas, hoy entrevistas en el mun-

do de los recuerdos con el indecible encantamiento de las felicidades ya pasadas.

La Exposición Nacional en la plaza del Retiro fué la tercera fuente de recursos. Dispuesta por el Gobierno Nacional, de ella se hizo cargo el Patronato de la Infancia cuando se dudaba de su éxito. Fué una decisión arrojada. Gastos muy elevados hacían arriesgada la empresa y hubo un día de vacilación. Pagaremos las diferencias—dijeron varios de los miembros ofreciendo cotizaciones extraordinarias elevadas para cubrir cualquier pérdida posible.—Ante todo, debe salvarse el patrimonio de los niños—y esa voz de aliento hizo redoblar los esfuerzos. La Exposición Nacional se realizó. Dios veló por su éxito.

Poco después, á fines de 1894, se instalaba la primera sala-cuna argentina y se imprimían veinte mil ejemplares conteniendo instrucciones á las madres y nodrizas sobre la manera de alimentar y cuidar al niño desde la primera edad. En esta forma y con los «Anales»—primitiva Revista de Higiene Infantil,—que vulgarizaban los preceptos para criar vigorosos y bien desarrollados á los pequeños, el «Patronato» empezó á difundir su acción en el seno de los hogares pobres, realizando uno de los propósitos de sus fundadores.

CAPITULO X

PATRONATO DE LA INFANCIA

Segunda parte.

I.—El primer asilado: Vicente Stractico.

II.—Desarrollo del Patronato.—Su Comisión auxiliar de Damas.—La señora Teodelina Alvear de Lezica.—Inauguración de la primera Sala-Cuna.

III.—Lágrimas de Hermana: Rodolfito Acosta.

IV.—Los Consultorios médico-gratuitos.—Tres casos.

V.—Un incurable. — Instalación definitiva. — Los Doctores Díaz y Posadas.

I.—¡ Pobre Vicente ! Su historia se halla colmada de las alegrías infantiles en recreo de inocencias y deja la melancólica tristeza de un angelito remontando sus alas en busca de la felicidad eterna.

Poseía la belleza de los niños hermosos y la blancura de las almas buenas. Sus cabellos eran rubios y sus miradas traslucían afectos del corazón.

El 1.° de septiembre de 1896 su padre, llorando la muerte de su esposa, pedía al Patronato caridades para el pobre Vicente, el más pequeñuelo de cinco hijos ya sin madre.

Hombre humilde, modesto y melancólico, habló de miserias, de la enfermedad de su compañera y de su falta de recursos, con sinceridad

convincente. Sus palabras fueron escudo para el pobre chico. Y en sus ojos brillaron explosiones de gratitud y conformidad. Y prometió regresar por la noche en su busca, como lo exige la reglamentación interna.

Pero no volvió, ni apareció al día siguiente, ni al tercero.

¿Se habría olvidado del hijito?

¡No! Los padres no pueden olvidar á sus pequeños. Si alguna vez los embates de la vida los separan de ellos, sus corazones se torturan.

Por eso el pobre Vicente vió una vez más á su papaíto, á los quince días. Se presentó de nuevo á darle besos, á prodigarle caricias y á decir de su situación afligente y de sus angustias.

—No tendría quien me lo cuidara, buenas señoras—balbuceó ;—por eso lo entrego al Patronato, donde encontrará cariños como los de la madre perdida y cuidados que no puedo yo ofrecerle.

Lloró y se ausentó á los Corrales de Abasto. Cuatro pequeños más lo aguardaban.

Sus propios infortunios hicieron más simpático al pobrecito Vicente. Las Hermanas supieron improvisarle una cuna y encontrarle un rincón donde velarlo. Fué el primer internado del Patronato. Contaba año y medio ; no caminaba por su estado débil y tampoco hablaba, pero sus labios sonreían con la gratitud de los inocentes.

Vicentito creció y fortaleció en un ambiente saturado de cariños ; en una orfandad sin

infortunios, teniendo por madre á todas las damas y Hermanas del Patronato, y por padre...

Fué por la mañana y presenciaron la escena la presidenta señora Teodelina Alvear de Lezica y las inspectoras Carmen Ugarte de Merlo y Margarita Crisol.

Sentado en un banco un hombre mostrando júbilos íntimos en el rostro y alegrías en los ojos, en una plenitud de dicha, con la emoción de un padre cuando vuelve á encontrar al hijo cuyos besos sólo recibe en sueños, porque no lo ve, ni siente sus voces, ni escucha sus quejas—un hombre de modestias mundanas, pero pródigo en caricias y en besos y en abrazos tenía en sus manos á Vicente, que á su vez lo besaba, palmoteándole la cara...

Vicente había reconocido al padre, y nadie pensó en turbar aquella irrupción de cariños. Habló luego, para narrar los últimos eslabones de su vida de torturas.

—Trabajaba en el campo, muy lejos de aquí, acordándome siempre de mis hijitos... pobre y muy desgraciado... ni siquiera podía venir á verlos... El otro día me escribieron la muerte de mi Vicente. Ya no pude más, señoras; pedí prestado, y aquí me tienen lavando con estos besos los vestigios de mis desgracias. No necesito más ahora; volveré contento á mi trabajo, y desde fuera rogaré por ustedes. Cuando vuelva encontraré siempre lindo, bueno y contento á mi Vicente...

Y se fué.

Nuevo tiempo transcurre. En 1899 el Obispo

de Ancud, monseñor Jara, accidentalmente en Buenos Aires, al agradecer en la Iglesia Metropolitana las limosnas para su diócesis, en época de desgracia, manifestó al Hermano Mayor de la Archicofradía del Santísimo, señor Angel Estrada, su deseo de adoptar un niño huérfano ó abandonado, pero argentino. El anhelo del prelado quedó cumplido esa misma tarde, en casa de la señora Teodelina Fernández de Alvear, donde se alojaba. El señor Ricardo Lezica le refirió la historia de Vicente. Su Señoría la escuchó emocionado, y al terminar pidió al pequeño en adopción. Al día siguiente monseñor lo conocía.

—Todo en este chico me es simpático—exclamó.—Hasta su nombre recuerda el del gran apóstol de la caridad.

—Tomo—agregó el mitrado,—por hijo adoptivo á Vicente Stractico comprometiéndome á llenar sus necesidades en la vida, hasta su mayor edad, cuando pueda bastarse por sí solo.

Lo obsequió con su retrato, con dedicatoria y firma autógrafa, le puso al cuello una medalla de Nuestra Señora de Luján, pagó ocho meses de su pensión y se despidió con ternura pidiendo al niño rezara por él. Y el inocente, cual si comprendiera la magnitud de su dicha, se acercaba al señor Obispo y le sonreía y lo buscaba como á viejo amigo.

Desde ese día Vicente rezó por monseñor Jara una oración por la mañana y otra por la noche, enseñada por las Hermanas de la Sala-Cuna.

Un año más tarde el mimado pequeñuelo quejábase por primera vez. La dolencia era grave, á los riñones. Solícitos cuidados aseguraron una primera mejoría.

¡Pobre Vicente! Esta enfermedad había alarmado tanto á todas las señoras y á las Hermanas y á los médicos.

No obstante, la victoria no fué definitiva. En el mes de marzo se repitió el ataque, y el 11, á las dos de la tarde, en un lecho cubierto con los cariños de muchas madres afortunadas que cuidan de los pobres huerfanitos, cerró los ojos para siempre, llevándose consigo muchas ilusiones y muchas esperanzas y muchas alegrías, y arrancando las primeras lágrimas derramadas por las señoras del Patronato sobre una tumba de protegido.

El cajoncito de Vicente tuvo infinidad de flores. Las damas lo acompañaron hasta el sepulcro de la familia Llavallol, y las siempre resignadas Hermanas de la Caridad, después de velar su último lecho, rezaron por las almas de sus padres (1).

II.—La Escuela de Artes y Oficios y la Sala-Cuna han sido, desde su fundación, los dos grandes anhelos del Patronato de la Infancia, y acaso la causa primordial de su existencia.

Declarados indispensables, á ellas fueron destinados los primeros fondos reunidos, pero desgraciadamente su monto no era tan eleva-

---

(1) Sobre un manuscrito de la señora de Merlo.

do como para emprender la edificación de las dos casas á un mismo tiempo.

Se hizo necesario precisar la mayor urgencia entre establecer la primera ó la segunda.

La elección se presentó más que dudosa, en extremo difícil, porque tanto una como la otra debían empezar cuanto antes á cumplir con su tarea benéfica, atendiendo pequeños la primera y relevando adolescentes la escuela.

De un lado se presentaba el espectáculo de miles de criaturitas desamparadas en los conventillos, durante las horas de trabajo de sus madres, y del otro, el antiguo bochornoso pabellón penitenciario, donde menores impúberes continuaban su educación enviciada, recibiendo lecciones de los criminales con quienes se hospedaban.

Se optó por atender á la regeneración de estos últimos, de una manera directa é inmediata, por medio del trabajo bien dirigido, mientras la Sala-Cuna era instalada provisoriamente en un edificio antiguo, en el cual no se necesitaba distraer grandes sumas.

En ese entonces la comisión directiva notó que á sus nobles esfuerzos faltaba la ayuda de la mujer, para que con su abnegación y ternura velase por esos mártires arrojados á la vía pública, expuestos al hambre, al vicio y aun á la muerte.

La cuna en que duerme un niño—ha dicho el obispo Jara,—es el arca santa en que la Iglesia y la Patria guardan la flor de la esperanza. Por eso, á su lado, como á la puerta del

Paraíso, debe siempre velar un ángel : ó el ángel de la tierra, que es la madre, ó el ángel de los Cielos, que es la caridad.

Así lo comprendieron los miembros del Patronato, para quienes la Sala-Cuna no podía existir sin el eficaz concurso de las damas. A la matrona argentina, tan acreedora al nombre de abnegada y caritativa, correspondía la



Teodelina A de Lezica.

tarea de organizarla, dirigirla, y de velar porque los niños encontraran en ellas segundas madres que los atendiesen con cariño y espíritus bondadosos para prodigarles cuidados, haciéndoles más llevaderas las horas pasadas lejos del regazo materno.

El presidente del Patronato, señor Francisco Uriburu, convocó un grupo numeroso de damas representativas en casa del señor Rafael

Peró. Su exposición fué breve. Designadas para hacer el escrutinio las señoritas Rosa y Hortensia Peró, la elección arrojó unanimidad de votos en favor de la señora Teodelina Alvear de Lezica para la presidencia.

Esta designación incorporó al Patronato un elemento representativo de la verdadera aristocracia porteña y una inteligencia de brillo propio. Dama de palacio por su abolengo y cultura, la señora de Lezica tiene la majestuosa presencia de las matronas y una amable sencillez envuelta en distinciones exquisitas. Con prestigio personal indisputable, aúna opiniones.

Ha heredado el carácter resolutivo de su ilustre abuelo : no conoce las vacilaciones, ni retrocede ante las dificultades. Sus empujes aseguran triunfos.

Religiosa y caritativa, las asociaciones piadosas la cuentan entre las congregantes de mayor fervor, y más asiduas y puntuales. Desde su fundación preside el «Pan de los Pobres» en el Convento de San Francisco.

Hija de doña Teodelina Fernández de Alvear, en su hogar encontró las primeras inspiraciones para su labor caritativa.

Espíritu cultivado y observador, ha estudiado en Europa la obra universal en favor de los niños, para recoger sus mejores enseñanzas.

Del acierto de su desempeño en la comisión auxiliar, hablan con elocuencia sus repetidas reelecciones sucedidas hasta el presente, habiendo desempeñado el cargo con algunas interrupciones obligadas por sus viajes á Europa, du-



Segunda Sala-Cuna.

rante las cuales ha sido reemplazada con toda dedicación por las vices señoras Celina Huergo de Estrada y Elvira de la Riestra de Lainez.

De este modo el 17 de septiembre de 1895 se constituyó la Comisión Auxiliar de Señoras á la cual estaba reservada inaugurar, el 4 de diciembre siguiente, la Sala-Cuna de la calle Balcarce y Humberto I.

Esta ceremonia, primer acto público caritativo del «Patronato», merece ser recordada por su solemnidad.

El entonces canónigo Jara, accidentalmente en Buenos Aires, pronunció un discurso, digno de su fama. Fué la nota saliente. Su último párrafo sintetiza con frases de inspiración bíblica, la acción de la Sala-Cuna en los hogares desgraciados :

Termino, señores, trayendo á vuestra memoria el recuerdo de aquella pobre esclava que conducía á su tierno niño por los desiertos ardientes de Betsabé. Esa desgraciada egipcia llevaba el rostro cubierto por la vergüenza y destrozado el corazón por el dolor. Acababa de ser despedida de su hogar, y los mendrugos de pan y el agua de su cántaro se habían concluído en la jornada, y el hijo de sus entrañas empezaba á agonizar por desesperante sed.

En vano intentó apagársela con el llanto de sus ojos. Y, moribundo el niño, lo colocó sobre la calcinada arena, y ella, loca en su aflicción, huyó á la distancia de un tiro de piedra para no oir el gemido de su hijo en la agonía, ni tampoco esconderlo á sus miradas anhelan-



Hall de la segunda Sala-Cuna.

tes. La infeliz Agar alzó sus brazos y dió un grito al Cielo llamando á Dios en su favor. Y el Cielo la escuchó y del trono de Dios se desprendió un ángel que cruzó el espacio, tocó en la arena y saltó una fuente de agua cristalina que devolvió á Ismael la vida y le permitió llegar á ser padre de una gran generación. Basta este recuerdo, señores, para preguntaros:

¿Cuántas veces el tierno Ismael habrá vuelto á agonizar en el desierto de los egoísmos humanos?

¿Cuántas veces, en la callada noche se habrán oído en los hogares del pobre los gemidos apagados de un niño y los sollozos convulsivos de una mujer que se despedía de su hijo hasta la eternidad?... Pero el clamor de esas madres subió al Cielo y el Angel de la Caridad llegó hasta aquí y con sus doradas alas tocó este sitio, y de los corazones generosos brotarán raudales de agua purísima que devolverán á Ismael la vida y se levantarán soberbios edificios con salas, templo, escuela y talleres, y en la magnífica portada la mano de Dios inscribirá esta sentencia: oídla bien, señoras y caballeros, grandes y pequeños: «¡Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia!»

La comisión de damas ha sido en todo tiempo el ángel tutelar de la Sala-Cuna. Puede asegurarse que sin sus esfuerzos y asidua dedicación, hubiera sucumbido más de una vez, especialmente cuando el personal directivo no respondía á las aspiraciones. Momentos hubo

en que la señora de Lezica se constituyó á diario en ese establecimiento, con la señora de Merlo y señorita de Crisol y cubriendo con delantales hospitalarios las sedas de sus vestidos, las tres damas llegaron á no escuchar las reclamaciones de sus hogares para dar el biberón á los pequeños, y lavarlos y prodigarles los cuidados necesarios desde la mañana hasta la noche.

Esta acción realizada al cambiarse su personal, tonificó á las nuevas Hermanas, de San José de Mongout, y sirvió de estímulo para proseguir en la obra tan bien incubada.

Las damas de esta comisión auxiliar se han mostrado siempre solícitas en las dos Salas-Cunas, habiendo dejado recuerdo perdurable la señora Ana Zumarán de Cárcano—peregrina de un ideal de mansedumbre infinito que hubiera querido ver dominando el mundo. Fué su secretaria. Velaba su talento con una delicada modestia, á la que unía una perseverante laboriosidad—escribió, entre lágrimas, una de sus mejores amigas, con motivo de su muerte.

Los niños constituyeron su principal anhelo y la Sala-Cuna la primera casa de su acción caritativa, extendida más tarde á las huérfanas de la Sociedad de Beneficencia y á los ciegos.

Pasó su vida haciendo bien.

III.—Hace algún tiempo, á fines de 1903, un hombre atribulado, el rostro revelando angustias, se presentaba ante las señoras del Patronato. Lágrimas abundantes brotaban de sus

ojos. Y habló con entrecortamientos de congoja. Venía á suplicar,

Su esposa, Maximina del Valle, como la Raquel de la tradición sagrada, acababa de morir dejando sin regazo tres trillizos abiertos á la vida descorriendo velos funerarios: la madre había pagado con la suya la existencia de los tres inocentes. Y los pobrecitos necesitaban almas caritativas junto á la cabecera de sus cunas.

Privado de recursos, sin parientes en condición de recogerlos, obrero obligado á concurrir á múltiples atenciones en su vida de acción material, bajo el rigor de horarios inalterables é inconmovibles—siempre iguales y con idénticas exigencias siempre,—acudía á implorar protección para los pequeñuelos.

Sus palabras revelaban sinceridad.

Las damas dispusieron la investigación inmediata.

De regreso, la comprobación hecha, mientras dejaban al padre á solas con los despojos de su muerta, los trillizos ingresaban á la Sala-Cuna. Recibidos por las Hermanas como don del Cielo, ellas los cuidaron, y velaron sus primeros sueños, y más tarde les enseñaron sus balbuceos iniciales. Todas recuerdan sus nombres, porque nunca los dejaron perder en aquel colosal enjambre de criaturas: Francisco Gerardo, Maximina Justa y Rodolfo Roque Acosta.

Siempre unidos, con cariños é idolatrías recíprocas, ejemplares por la intensidad de sus manifestaciones, juntos crecieron, idéntica-

mente, gozando las mismas alegrías y haciendo uno todos sus dolores. Sus labios modularon sonrisas iguales y sus lágrimas parecían como surgidas de una sola órbita.

Encanto de las Hermanas, los trillizos constituyeron una regalía de la Sala-Cuna. Con atenciones asiduas, jamás descuidadas, procurábase defender sus naturalezas embrionarias.

Una mañana, 7 de agosto de 1904, después



de una velada de sinsabores, pasada de pie por las Hermanas para extremar los recursos, el médico certificó la muerte de Maximina. Su cajoncito fué blanco y llegó al cementerio cubierto de lirios también blancos...

Panchito quedaba enfermo.

Con los azules ojos brilladores
Cerrados á la luz de la mañana.
Era la misma fiebre abrasadora,
La misma postración desesperante,

La misma queja en el sopor del sueño;
Y en la tarde también, en esa hora
En que baja del cielo á la llanura
La sombra suspirante,
Tranquilo, sin dolor, casi risueño,
Se durmió para siempre... (1).

13 de agosto, á los seis días de su hermanita.

Con dolor intenso se vió partir su cuerpo incontaminado, los cabellos rubios impregnados con sudores de agonía.

Acallando su pena—que para ello las religiosas conservan el secreto de las grandes resignaciones y tienen la fortaleza de la conformidad cristiana,—se redoblaron los cuidados á Rodolfo Roque.

La Hermana Felisa llegó á cobrarle cariño entrañable, para hacerlo un algo suyo, egoístamente suyo: en sus ojos se miraba y en sus besos ponía hasta la última palpitación de su sentimiento.

El pequeñito supo corresponder á tan intenso afecto: allí donde estaba la Hermana Felisa, se encontraba Rodolfito.

Pero hace poco sus abuelos maternos presentáronse á reclamar á aquel verdadero hijo del Patronato. Tras larga jornada de labor, venían á buscar en sus ojos el calor perdido en los de su hija muerta.

Con sus bienes, los viejecitos asegurarían su bienestar material y con sus cariños de abue-

(1) Martín Coronado.—El voto.

litos consagrados á recordar la memoria de hijos perdidos, rodearían de dulzura su vida.

Y como el pedido era justo, legítimo y de indiscutible derecho, por no saberse nada del padre, fué necesario entregar á Rodolfito.

La resolución desconcertó á la Hermana Felisa. No era posible separárselo... y lloró mucho, lloró mares, como madre desolada...

Con el pequeño se le arrancaba parte de su corazón : se le exigía algo superior á sus fuerzas : Rodolfo le quitaba lo mejor de su vida...

Comprendía su propio desvarío, pero no alcanzaba á conformarse y buscaba en las lágrimas un último desahogo.

El niño fué entregado. La escena resultó fuerte, sacudió todos los sentimientos. Desde entonces, mientras Rodolfo alegra con sus caricias la placentera vejez de sus abuelos, la Hermana Felisa, el cariño avivado por la misma separación, continúa llorando. Pero los viejecitos le llevan á diario al nieto, para que vuelva á mirarlo y á prodigarle sus besos. Y hay quien sospecha que á sus muchas plegarias de religiosa ha aumentado una nueva, muy intensa, pidiendo al Altísimo inculque en Rodolfo un recuerdo de ternura para la Hermana que arrulló sus primeros sueños, y que al dejar el asilo le entregó los últimos jirones de su alma acongojada.

¡ Oiga Dios su plegaria ! Labios piadosos lleven al padre de Rodolfo un vaho de los cariños que rodean á su hijo. Y si su vida es de ventu-

ra, díganle acuda á compartirla con el último de aquellos trillizos que abrieron á la vida descorriendo velos funerarios.

Y si su existencia tiene angustias prolongadas, repítanle el eco de sus ternuras, tan grandes y tan intensas como para hacer olvidar los sinsabores más grandes.

IV.—Entremos al Consultorio médico gratuito. La hora de consulta se aproxima. En la sala de espera, una italiana joven, destruída por el trabajo y la fatiga, aguarda la llegada del facultativo. Tiene en sus brazos una mujercita de meses, hermosa y pálida como una muñequita de cera; rubia, de ojos azules... ¡Pobre madre! En su rostro se retrata el espanto. Cada movimiento la inquieta, destrozándole más el corazón, porque la siente llorar y no sabe la causa de sus dolores; porque la nota lívida; porque en dos días ha perdido sus colores y se ha puesto delgada, y en vano la ofrece el pecho, y en vano la besa y la arrulla; el angelito no cesa en sus lamentos, que á ratos tiene vaticinios de muerte no lejana.

¡Pobre madre!

¡Cuántas bendiciones para el Patronato no pedirá, si logra restituirle sana y buena la rubiecita envuelta en pañuelos de lana roja, en espera del médico!

Acuden pacientes: un varón con vendas de cliente de hospital; una chica transida de frío—tiene accesos de tos convulsa,—una cojita, otra con los ojos hinchados y rojos, y con

surcos amarillentos — se diría oftalmía purulenta... La fila de enfermitos se forma. Todos llegan acompañados, los más de madres ansiosas.

El médico entra, examina y se esfuerza por devolver tranquilidades perdidas. En el dispensario se despacharán sus recetas gratuitamente. Al regresar, hora más tarde, una viejecita abandona el consultorio seguida de su nieto. Ya en la puerta, ¡ que Dios lo bendiga y lo proteja !—dijo, en tanto el pequeño esputaba con desgarramiento de entraña.

Cuando se hubieron alejado—dos almas que se ausentan para siempre,—observó el médico : imposible salvarlo ; ya no tiene pulmones. Esta noche cerrará los ojos en brazos de la muerte, y junto con él la desgraciada abuelita...

Y así fué. La anciana no pudo resistir á su desventura. Su dolor tuvo la intensidad de los presentimientos desastrosos.

Después de un sacudimiento prolongado el nieto se durmió, y como la abuela no lograra despertarlo, cayó rendida al peso de tanta amargura.

¡ Murió, y al borde de su tumba, abierta
En la hora de tristes pensamientos
En que volvemos nuestra vida incierta,
Cargada de reproches y tormentos,
Al rápido camino recorrido—
Nadie estrechó su mano demacrada,
Nadie escuchó su lánguido gemido,

Y se perdió en la sombra y el olvido
Sin hallar otros ojos su mirada!
El lienzo de su cuarto descubría
Un pedazo de cielo con estrellas;
Creyó que la miraban. ¡Quizás ellas
Lloraron presenciando su agonía! (1).

V.—Alta, gruesa, sus ojos transparentando degeneración ó crimen; la cabeza grande; nerviosa, el paso resuelto y seguro, adelantóse una madre. Marcaba dolores hasta en su vestimenta fúnebre. Traía de la mano una criatura impasible, deforme, de dientes hacia fuera y separados como miriñaque, con escaso pelo lacio, la mirada vaga, su andar endémico cual si le faltaran fuerzas para sostenerse.

—¡Es imposible, doctor, seguir de este modo! el chico va cada vez peor, se me vuelve idiota; voy á enloquecerme; un remedio, ¡por Dios!...—y siguió hablando sobre su hijo como demente en divagación con recuerdos de un pasado lisonjero.

Nuevo examen facultativo; un remedio anodino para complacer á la angustiada madre, y la repetida seguridad de que el caso no era grave, que sanaría pronto...

Esa pobre mujer con formas de espectro, también desapareció, ocultando su hijo en un pesado mantón negro, para sustraerlo á todas las miradas. Las miserias no se exhiben.

Interrogado el médico, agregó:

---

(1) Martín García Merou.



Consultorios y Sanatorio del Patronato de la Infancia.

—Otro incurable. Es un cretino por falta de desarrollo de su inteligencia. Su cabeza aumentará considerablemente de volumen, pero el cuerpo siempre permanecerá pequeño.

Un prestigio de buena ley, adquirido en diez y ocho años de servicios continuados, rodea á los consultorios: de todos los extremos de la ciudad acuden las madres á frecuentar sus clínicas: la abnegación y competencia de su cuerpo médico no ha podido quedar circunscrita á la obra silenciosa consumada con tenacidad paciente. Todos honorarios, los médicos del Patronato de la Infancia, pródigos en generosidades envueltas en el anónimo con que se presentan ante sus protegidos, forman como la vanguardia de la lucha contra la mortalidad infantil, con cuyo fin fueron abiertos estos servicios en 1902.

Unas viejas construcciones del Parque de Lezama sirvieron de cuna á los consultorios, fundados con escasísimos recursos materiales. Un grupo de almas buenas tomó sobre sí esa tarea, entonces más pesada, pues obligaba á trasladarse hasta una verdadera lejanía. Era molesto el acceso á dicho parque. Felizmente la institución consiguió desarrollarse y los consultorios ocuparon una parte del edificio construído para el asilo «Manuel A. Aguirre», de donde acaban de pasar al suyo propio, ya dotado de instalaciones definitivas.

A su entrada aparecen los retratos de los doctores Juan José Díaz y Alejandro Posadas.

El doctor Díaz se dió á ellos por entero des-

de su fundación. Paciente y afable, de conmiseración ingénita para el dolor ajeno, hizo el sacrificio de atender solo á todos los niños congregados en su clínica. Sin hora para dar por terminada su tarea, muchas veces se retiraba á la una de la tarde, desfallecido, después de haber examinado enfermos desde las ocho ó nueve.

Posadas operaba. Siempre se recordará su figura extraña, con algo así como un resplandor de muerte estereotipada en sus ojos—sanción de su propio diagnóstico. Su labor era de amor y de ciencia, de mucho amor y de mucha ciencia. No alcanzaba á atender todas las solicitaciones académicas dirigidas al maestro y los infinitos pedidos hechos al cirujano, pero atendía á los niños pobres del Patronato. Y con ellos se mostraba infatigable en la tarea.

Últimamente fué colocado el retrato del doctor Federico R. Zavaleta—corazón generoso arrebatado á la vida de bien al iniciar su jornada.

Los doctores Nicanor Magnanini y Agustín Rebuffo han dirigido los consultorios del Patronato de la Infancia abiertos diariamente por la mañana y con farmacia y dispensario gratuito.

Hoy se halla á su frente el doctor Ramón C. Aranguren, médico joven de especial preparación en enfermedades de niños y ya rodeado de merecido renombre.

La señorita Ana Palandt desempeña el dispensario con celo maternal. Alegre y expansiva

con los niños, los atiende y cuida con amor y simpatía. Con su sonrisa neutraliza muchas veces los amargores de sus pócimas, preparadas con la habilidad de una Agameda moderna dominadora de todos los remedios, pero en especial los propios para niños. Rodeada de necesidades, hace frente á una familia en la cual el dolor y la desgracia han venido renovándose en sucesión no interrumpida. Sin embargo de ello, se la ha visto desprenderse de sus pocos centavos para ayudar á cualquier pobre en el mostrador de su despacho : Ana Palandt es de pasta caritativa.

Ya su tarea cumplida, una tarde, de regreso á su hogar, salvó con arrojo y olvido de sí misma una criatura que caía desde un balcón y á la cual recibió en sus propias faldas. El temor de su divulgación, la decidió á no querer hablar, luego, de esta hermosísima abnegación.

CAPITULO XI

POR LOS MORAL Ó MATERIALMENTE ABANDONADOS

1892

I.—La enseñanza de oficios.—Un decreto de Rivadavia.—La escuela del Patronato de la Infancia.

II.—Colonias para menores.—Su organización en Europa.

III.—El primer asilo rural argentino: Escuela Agrícola Industrial «Patronato de la Infancia».

IV.—«Escuelas Patrias».—Barrio de desconsuelo.

V.—El «día de los niños pobres».—Las alcancías.—Fiesta anual en el palacio Miró.

VI.—Grandes donaciones al Patronato.

VII.—Administración del Patronato de la Infancia.—Sus dos comisiones.

VIII.—Francisco Uriburu.

IX.—Faustino Jorge.

X.—Luis Ortiz Basualdo.

I.—La educación práctica del niño ha sido considerada como un ideal en todos los tiempos. En 1812 se sintieron entre nosotros sus primeras manifestaciones.

Animados por el interés público que tan vivo influjo tenía sobre las ideas de la comunidad—escribe López,—oíase lamentar por todas partes que los niños hijos del país no estuviesen favorecidos como los españoles, con el conoci-

miento y la práctica de aquellas artes y oficios necesarios para dar asiento á la vida, orden á sus costumbres y medios de constituir una familia honorable y decentemente sostenida. Poca cosa era entonces el campo de la industria; una gran parte de los objetos del consumo inmediato de las familias se fabricaba en el interior de las casas, como el pan, la costura, el calzado, etc., ó por esclavos cuando la tarea era exterior. Pero algunos otros ramos, sobre todo el de lomilleros, plateros, carpinteros y otros de esta especie, indispensables para las necesidades elementales aún en la vida embrionaria de las aldeas, tenían bastante trabajo y buen producto; lo cual era causa de que los maestros que lo desempeñaban, españoles de nacimiento ó por naturalización, constituyesen una clase monopolizadora de esos trabajos, que el patriotismo exclusivo de la época hubiera querido ver en manos de los hijos del país (1).

Haciéndose eco de este sentimiento, estrecho si se quiere pero natural y elevado en su propia aspiración, el Gobierno se dirigió al Cabildo ordenándole obligase á todos los maestros españoles ó extranjeros, con taller ó tienda abierta, á recibir hijos del país y enseñarles el desempeño de sus respectivos quehaceres. El resultado de una medida como ésta, sólo justificada en la época y situación en que se dió, fué sin embargo felicísimo en el gremio de los lomilleros y plateros, pues en poco tiempo quedaron

(1) Gaceta del 18 de septiembre de 1812.

·asi por entero en manos de los criollos, de cu-·os miembros salieron algunos vecinos honora-)ilísimos que lograron hacer un caudal relativo)astante considerable.

En toda esta labor administrativa predomi-ıaba la idea capital del civismo liberal y re-'olucionario; por eso á medida que se hacía o posible por abrir á los niños carreras indus-ıriales, se ordenaba también que los maestros le todas clases enseñasen á sus discípulos los antares patrios y revolucionarios más en boga ntonces, y que en la madrugada del 25 de nayo los agrupasen alrededor de la pirámide 1) á saludar con sus tiernas voces la aparición de aquel sol que con su luz esplendorosa ha-·ía inaugurado el día de nuestra libertad, de-ındo á su espalda la tenebrosa noche de nues-ra servidumbre», frase de uno de los poetas el tiempo, que dió color y forma gráfica á los ecuerdos de aquel día célebre.

Este es el primer antecedente de nuestra en-eñanza de oficios, recogida por instituciones ıcesivas, la más permanente de todas, los Pa-res Salesianos en 1874.

El Patronato de la Infancia fundó la suya n 1894, gracias al esfuerzo de los señores Fran-sco Uriburu, Juan Girondo, Faustino Jorge, duardo Castex, Jorge N. Williams y otros ara inaugurarla el 27 de octubre de 1897. Su)jeto fué sacar de la penitenciaría nacional s menores en ella recogidos por falta de es-

(1) Gac. del 24 de julio de 1812.

tablecimiento aparente. Alcanzaron á ochenta. Las autoridades nacionales construyeron después edificios especiales quedando la Escuela de Artes y Oficios para menores moral ó materialmente abandonados, de ocho á doce años á su ingreso.

Ocupa la esquina de Balcarce y San Juan. Un patio tan grande como regular cruzado en su centro por un puente como de paquete ultramarino ; un espacioso patio, sobre el cual dan las galerías y puertas y ventanas del segundo piso, sorprende al recién llegado. Su aspecto tiene algo de capricho arquitectónico, pero pronto el visitante se familiariza con su conjunto, simpático por la simetría uniforme de todas las aberturas, en su mayor parte cubiertas de redes para defender los cristales.

Como el frente exterior, los muros de este patio no tienen frisos ni esculturas ; son sencillos y sin revoque, armonizando debidamente la economía y su higiene.

En esta escuela todo es amplio y abundante, menos el lujo ; los comedores, dormitorios, sala de estudio y clases.

El olor característico de las colas y engrudos hirviendo anuncia la proximidad del taller de encuadernación. Los niños trabajan. Sobre una mesa grande los más pequeños doblan con rapidez pliegos de papel ; otros cosen ; un tercero los «aprensa» ; más allá, se los pega ; en frente se cortan los cartones, y á un lado se colocan las telas. El mayor de todos, maneja la «guillotina» de filo de instrumento anatómico, corta



Patronato de la Infancia.—Escuela de Artes y Oficios.

las páginas ya cosidas y las pasa á colocarles las tapas definitivas, para imprimir luego en el lomo, en letras de oro, el nombre del autor y el título de la obra.

El trabajo del día aparece en pilas formadas por volúmenes á medio encuadernar, en gran número de cartones y telas cortadas, en pliegos doblados y en la estantería donde lucen sus cueros con adornos incrustados á fuego, los volúmenes listos para hacer su entrega. Sólo permanece inactiva la máquina de rayar.

Tabique de por medio con este taller, se halla el de zapatería, con sus mesitas bajas y agujereadas, cubiertas de clavos dorados, ceras, trinchetas cortantes y de puntas agudas, hilos, hormas y demás instrumentos, y alrededor, la maquinaria de transmisiones ocultas.

Los niños trabajan con prolijo entusiasmo.

Un ruido chillón de sierras en movimiento y de cepillos haciendo virutas, invita á pasar á la carpintería, situada enfrente del edificio principal, calle de por medio.

También allí se elabora con tesón. Los pequeños, sus lápices cuadrados sobre la oreja —remedo de los maestros del oficio,—las tenazas ó formones en la mano, y en la boca algunos clavos que hienden á golpe entre los maderos de los escritorios ó armarios en obra, olvidan los sinsabores de sus primeros años, y aprenden que con el sudor de la frente se debe ganar el sustento diario.

Recostado contra un muro, un pesado marco de ventana dice de la tarea de los niños, los

más pequeños de los cuales se entretienen en pulirlo.

Fuera del grupo de carpinteros, retirado en un extremo desde el cual domina toda la sala por hallarse sentado en un banco alto que podría suponerse de jerarquía, un asilado tornea balaustres. Son para la guardarropía de la Sala-Cuna. Al verlo trabajar, tan serio, con tan buena voluntad y contracción, se le augura un porvenir lisonjero y se piensa en ayudas directas, en formarle un hogar al cabo de los años, porque será buen obrero, buen padre de familia y buen hijo del Patronato de la Infancia.

La hora de cambio de clases ha sonado, y en los talleres cesan los ruidos.

Pequeña fragua : en ella tres hierros enrojecidos al blanco, formando satánico tridente ; rejas en construcción ; barandas terminadas.

Después están los talleres de escobas y plumeros y de cestería.

A la puesta del sol, los menores regresan al asilo uniformados militarmente, fatigados sin duda de sus tareas, pero satisfechos de haber cumplido con sus deberes. Sólo ambicionan jugar y correr un rato antes de la comida, y para ello pueden hacer rebotar libremente la pelota.

Cada uno de esos niños, alegres al abandonar sus tareas, será un ciudadano útil y provechoso para su país.

II.—«Mettray suffit á l'orgueil de la France», exclamó lord Brougham en el parlamento inglés, en 1849, de regreso de Francia, donde aca-

baba de contemplar la colonia fundada por Demetz, magistrado joven, rico, lleno de porvenir que renunciaba á su carrera y honores para abnegarse en la mejora de los pequeños detenidos, consagrando á esa obra su fortuna, su tiempo y su existencia entera.

La Escuela Agrícola-Industrial bastaría para hacer perdurable el nombre del Patronato de la Infancia—se dijo al ver incorporado definitivamente en nuestras prácticas caritativas este sistema adelantado, que rompe con el asilo urbano de paredes gigantescas y aire limitado, para sustituirlo por las construcciones de aspecto alegre, rodeadas de plantas trepadoras, con patios circunscriptos por cercos verdegueantes, con horizontes vastísimos, la perspectiva del campo por ende y por ende también anchas avenidas bordeadas de árboles y en todas partes profusión de luz, de verdura y de flores.

El ideal de estos establecimientos se asegura por el sistema familiar organizado en grupos de cincuenta menores cada uno. En 1822 lo estableció el Düsselthaler en Duseldorf y fué imitado once años más tarde por la Rauhe-Haus de Hamburgo, de donde pasó luego á Red-hill, Mettray, Bachtelen y toda la falange de institutos posteriormente fundados.

En Red-hill, cada «Master» ó «Preceptor», tiene sesenta niños, pero en Aszod, en Hungría, que en materia de educación correccional de menores, ha dado pruebas de un eclecticismo muy razonado, muy bien entendido y muy poco alejado de la perfección, según juicios auto-

rizados, cada familia se compone apenas de veinte ó treinta niños. Los trescientos asilados de la reputada Red-hill ocupan cinco «cottages».

En Bachtelen, ponderada colonia suiza, orgullosa de decirse fué la primera que estableció el verdadero sistema familiar, las agrupaciones nunca cuentan con más de veinte menores; cuando llegan á ese número, las subdividen en grupos de doce á quince. La población total no excede de sesenta colonos y sus resultados son admirables.

Cada grupo tiene su departamento separado, con su dormitorio, toilette, ropero y sala de trabajo; y está dirigido por un jefe que cuida el primero, vigila el estudio, sirve á los menores en el comedor y come con ellos en la misma mesa. Para aproximarse á la realidad de la familia se ponen conjuntamente niños de distintas edades, como si fueran los hermanos mayores y menores del hogar común. Durante el día van á sus clases y ocupaciones respectivas; los grandes con los grandes; los chicos á las de los pequeños, á modo de niños de una misma casa que concurren á la escuela ordinaria, pero toda la familia vuelve á reunirse con su jefe para las comidas, en las horas de estudio y en los recreos que el tiempo obliga á pasar en lugares cerrados.

Ya no se discute cual es la orientación más apropiada para el huérfano y para el niño moral ó materialmente abandonado. La ciencia y el corazón le señalan la granja, la chacra y

la colonia agrícola-ganadera, donde aprenderán lo necesario para llevar luces de civilización y progreso á nuestros desiertos territorios nacionales. Para él se reserva el campo con sus hermosísimos cielos y grandiosidades, y el horizonte de las pampas incultas, que saben mostrarse pródigamente generosas con quienes escarban sus entrañas. Y las riquezas de los bosques inexplorados, y los colosales panoramas de los ríos y de los arroyos desconocidos, compensadores de las tareas emprendidas en el silencio de las soledades del desierto, que cruje á cada golpe de hacha, para repetir hasta el infinito los ecos del primer anuncio de la nueva época que se inicia. Al huérfano, ha sido dicho, hay que inculcarle la conquista del inmenso desconocido, allá lejos, donde la Patria necesita avanzadas de hijos ondulando su bandera para amarla y hacer que entre sus pliegues flote el sentimiento del corazón argentino.

La naturaleza invita á su festín suntuoso—cantó el bardo,—brindémosela, pues, á los que abren á la vida con las profundas tristezas de sus grandes dolores, sin el cariño de padres.

Tal es el programa trazado para los hijos de la caridad por aquellos que en sus protecciones realizan obra de corazón y pensamiento — la primera por medio de la acción filantrópica regular y continuada y la otra por el estudio de los factores en que los protegidos de hoy han de desenvolver sus energías.

Roosevelt en su reciente discurso de inauguración del Instituto Nacional de Springfield,



Escuela Agrícola Industrial «Patronato de la Infancia».—Dirección.

en Massachusetts, acaba de decir: La enseñanza industrial, la enseñanza que se encamina á preparar á toda joven para el servicio del hogar y á todo hombre para trabajar en un taller, si vive en la ciudad, ó en una hacienda rural si vive en el campo, es la más importante de todas las enseñanzas y la que mejor desarrolla el carácter de individuo; y es grave defecto que puede imputársenos como á nación, el que hayamos permitido descuidar este lado de enseñanza, alejando al niño del trabajo agrícola y del taller, en vez de hacerlo marchar hacia ellos.

El gran estadista, preconizando la enseñanza rural, dejó campo á los que viven en la ciudad para los talleres de preparación industrial, cuyo radio de acción será siempre necesariamente urbano.

III.—Llamado el Patronato de la Infancia á cumplir este gran apostolado de protección y relevamiento de niños, fundó su Escuela Agrícola-Industrial en la estación Claypole, sobre moldes nuevos, no practicados aún entre nosotros.

En ella se realiza una acción lenta, de todos los momentos, traducida en la resolución de una serie interminable de detalles cuya ejecución debe responder á un plan de conjunto.

Y ahí está la tarea comenzada, en un período de verdadera gestación material, ya sacudida cierta resistencia opuesta por las madres al envío de sus hijos al campo, sin duda por su igno-



Escuela Agrícola-Industrial.—Pabellón principal.

rancia para apreciar las ventajas de aquella vida y de aquella enseñanza, que ha concluído por imponerse en presencia del aspecto robustamente sano, pletórico de vida, de los jóvenes colonos, siempre animosos y sonrientes y gratos.

Hoy las madres presienten el porvenir asegurado á sus hijos en la Escuela Agrícola-Industrial : mañana serán los capataces y mayordomos de las más grandes estancias de uno de los países más ganaderos del mundo, donde la adquisición de la tierra es fruto de la persistencia y sus beneficios forman su mayor riqueza.

El establecimiento de una Escuela Agrícola para menores moral ó materialmente abandonados, figuraba en el programa fundamental del Patronato de la Infancia, pero recién á los ocho años la institución se encontró en condiciones de adquirir por ochenta y cinco mil pesos su actual fundo, operación brillantísima que aseguró más de doscientas hectáreas á sólo treinta minutos de la capital.

La posesión contaba con una cómoda casa de campo, rodeada de jardines en descuido, pronto renacidos en nueva lozanía. Ella está ocupada por la dirección del establecimiento.

Sin mayores recursos para iniciar construcciones, el Patronato empezó un ensayo ; necesitaba palpar sus primeros resultados.

El Gobierno Nacional estableció una escuela experimental de agricultura y envió los primeros implementos y el doctor Mariano Ortiz Basualdo solicitó y obtuvo autorización para



«Escuelas Patrias».— Asilo-Cuna del Parque de los Patricios.

transformar unas antiguas dependencias en alojamiento aparente de asilados.

Realizadas esas obras, nunca llegaron á la Comisión Directiva las cuentas correspondientes, donde tampoco se recibieron, durante mucho tiempo, las de carne y de animales enviados, donación muy importante, realizada en el más absoluto de los anónimos.

Así habilitada, la Escuela Agrícola-Industrial empezó á funcionar con setenta y cinco menores, pero el 20 de noviembre último, en una tarde serena, y con el aplauso unánime y entusiasta de toda la prensa de nuestra capital, quedó inaugurado su primer pabellón definitivo para doscientos cincuenta menores en condiciones idénticas á los asilados de la Escuela de Artes y Oficios habiendo sido grandes obreros de esta evolución los señores doctor Ramón J. Cárcano, Angel Leanes y Nicasio García.

IV.—Por iniciativa del doctor Francisco P. Moreno — perito argentino en nuestra demarcación de límites con Chile; hombre de triunfos científicos universales, fundador del Museo de La Plata y divulgador entusiasta de la obra de protección á los niños realizada en Londres por el gran filántropo inglés doctor Tomás Barnardo,—á principios de 1907, el Patronato de la Infancia extendió su acción por el barrio sudoeste de la capital, entre las calles Entre Ríos y Vélez Sársfield, San Juan y Avenida La Plata hasta el Riachuelo, alrededores de la «quema de basuras», donde miles de ni-



Escuelas Patrias del Patronato de la Infancia.

ños no dormían en colchón y carecían del alimento necesario.

Hay que abrir la puerta del conventillo, donde el padre ó la madre pobre, que necesitan trabajar, pero también por avaricia, encierran á sus pequeñas familias durante todo el día, desde que salen en las primeras horas de la mañana, hasta que vuelven á la tarde, con sólo un pedazo de pan, queso ó embutido malsano—dijo en un memorándum.—Esas desgraciadas criaturas reciben una sola pobrísima comida caliente, al caer la noche ; en el invierno sufren el frío y en verano se sofocan en la estrecha habitación, en que á veces duermen diez personas. De la vida del niño en la «quema de las basuras» no hay que hablar : se ha visto comer á chicos y grandes, desperdicios desdeñados por los animales. Allí, en la sección «verdura» de esa atroz aglomeración de podredumbres, el adulto y el niño recogen, ávidos, lo que desdeñan los animales del Jardín Zoológico. De la vida del pequeño en «las ranas» bastará decir que dejarla continuar sería cometer un crimen contra la Humanidad y la Patria. Y si penetramos en el alojamiento de mucha parte de los trabajadores de este barrio, conventillos ó pequeñas casas con inquilinos, la promiscuidad de sexos y edades en la vida diaria, dirá que dentro de poco tiempo llegará á ser tal aquella degradación social, que la reacción será imposible y tendremos un cáncer permanente royendo nuestro proletariado y comprometiendo la raza nacional.

Como consecuencia, el Patronato de la Infancia tomó á su cargo unas Escuelas Patrias, las mejoró y amplió, abrió un asilo-cuna en el Parque de los Patricios, y estableció unos talleres, amparando á más de mil niños en esa sección.

V.—Así extendido, para señalar en sus estadísticas alrededor de tres mil protegidos permanentes, el Patronato de la Infancia ha debido ingeniarse para reunir los recursos con que cubrir su presupuesto de cerca de mil pesos por día.

Para ello, con el prestigio de las grandes causas y el apoyo unánime de todas las voluntades, ha consagrado al 2 de octubre como «día de los niños pobres», realizando el acto más grande de la filantropía argentina, en un llamado general en favor de los menores en desgracia.

Para los niños pobres. Un cronista rectificó : fuera más propio decir para los niños de los pobres. Los niños no son nunca pobres, ni ricos tampoco. Si algunos hay, tan desgraciados, tan horriblemente desgraciados como para haber adquirido ya la conciencia de la propia situación social, á ésos no alcanza esa caridad, si es de miseria su estado, y ésos no se mueven á implorar por los demás, si su creencia les sonríe : los unos y los otros están lejos del movimiento, en un limbo de miedo ó en un infierno de rebeldías. El alma de los niños no es compatible con los razonamientos de los hombres ; por eso ellos son siempre generosos con lo que tienen y alegres con lo que les falta.

El señor Jorge N. Williams tuvo su iniciativa, por indicación de don Christian Sommer, quien le hizo conocer su éxito en la capital danesa, donde hasta el rey solicita fondos para los hijos de la caridad.

Comisiones de damas y caballeros recorren las principales calles, á reunir los dineros adjudicados por las casas de negocio, de antemano asociadas al movimiento, y el 2 de octubre, en todos los ámbitos de la ciudad, sopla como un vaho de conmiseración general, en una expresión de piedad que repercute hasta en el más modesto y apartado de todos los hogares.

En 1904 se estableció esta colecta, propiciada por las autoridades públicas y cada nuevo año parece como que se extendiera más el sentimiento general de adhesión contra el infortunio.

Las bondadosas peregrinas de esta limosna llegan á reunir casi trescientos mil pesos. Es un consuelo y un aliento para la nueva ronda de petición anual.

En el «día de los niños pobres» se ha señalado la hábil labor de don Carlos Fauvety, incansable, atento á todos los pedidos, capaz de multiplicarse para todas las atenciones.

En este llamado general á la caridad, necesitábase atraer el óbolo del niño afortunado, y pertenece á la señora Teodelina Alvear de Lezica la felicísima idea de asegurarlo por medio de pequeñas alcancías, verdaderos cofres de piedad en manos de inocencias. El «día de los niños pobres», todas las madres pudientes recuer-

dan á sus pequeños la vida de niños en desgracia y los estimulan á dar para ellos sus moneditas, y á pedir dineros á todas las personas de buenos sentimientos. Y aquéllas de generosidades probadas las enriquecen con fuertes sumas, y todo Buenos Aires ve con simpatía y afecto esta delicada manifestación de la filantropía en una forma amable y discreta que permite colaborar conjuntamente en la obra de redención de nuestra infancia á grandes y chicos, y á ricos, y á hombres y mujeres, sin distingo alguno, en ese pozo sugerente de la alcancía presentada para recibir dádivas imposibles de individualizar. Con ellas se reunen alrededor de cincuenta mil pesos por año. Y se enseña á todos á tener recuerdos para los niños pobres.

El Teatro Colón se ha establecido para recibir las alcancías y donaciones, pero todos los años frente á él, en el palacio Miró—mansión de fausto y albergue de almas de acción caritativa, realizada con la modestia y secreto tradicionales en esa casa de las grandes virtudes cristianas,—la señora Ernestina Llavallol de Acosta reune á los protegidos por el Patronato de la Infancia, y les ofrece dulces y cariños, en una congregación de fiesta en los jardines del parque.

La dueña de casa, señora Ernestina Ortiz Basualdo de Llavallol, acompañada de sus hijas Ernestina, María Elena é Inés, atienden personalmente á los asilados, con prodigalidad

de afectos multiplicados hasta el infinito, en variantes que impresionan tiernamente.

Ese espectáculo deja un recuerdo de emoción íntima y en vano se intentaría confiarlo á los recursos de la retórica... La escena ofrece un grandioso conjunto de numerosos niños reunidos en un ambiente de árboles y flores—doquiera las almas buenas brindando solicitaciones en acercamientos maternales, mientras, fuera, junto á la verja, un público numeroso y compacto sigue las incidencias.

Los niñitos reciben las alegrías de los más dulces días y las damas sienten la indecible emoción de los grandes momentos de la vida.

Por su parte, la entrega de las alcancías en el teatro forma como una estrofa de ese grandioso poema escrito con las ansiedades de todas las criaturas sonrientes, reuniendo fondos para algo que se les ha enseñado es obra buena...

El «día de los niños pobres» resulta una fuente inagotable de sentimientos, de ternuras y de poesía en una revelación muy delicada. Hasta el mismo día elegido, es como un augurio de redención—el 2 de octubre, con los asomos de la nueva Primavera,—en los primeros días de sol tibio,—con las primeras flores y las primeras hojas,—cuando madre Naturaleza empieza á despertar de su letargo del invierno,—en una tarde de triunfo y de gloria.

VI.—El Patronato de la Infancia constituye hoy como una institución pública. El pueblo ha

facilitado su desarrollo colocándolo en condiciones de proteger á tres mil menores de tres á diez y ocho años de edad.

Su libro de oro registra importantísimas dádivas : tres de veinte mil pesos de Angela Alzaga de Lezama, Nicolás Mihanovich y Celina Piñeyro de Alzaga ; cerca de cien mil pesos de los herederos de don Juan Anchorena, doña Estanislada Anchorena de Paz, Rosa Anchorena de Fernández, Josefa Anchorena de Madariaga y Juan Esteban Anchorena, para el «Asilo Manuel A. Aguirre» ;—ocho mil pesos de doña Josefa Llavallol de Iturriaga en memoria de su esposo ;—veintitrés mil en varias oportunidades, de doña Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez de Estrada, residente en París, nieta de nuestro libertador : — doce mil del doctor Eduardo U. Zimmermann, á nombre de sus hijitas ;—cinco de la señora Ana I. de Santamarina ;—cerca de cien mil del «Jockey Club» ;—un terreno para la segunda Sala-Cuna, de doña Matilde G. de Naveira ;—setenta mil pesos recolectados por «La Nación» para consultorios y dispensarios de niños ;—legados de cien mil pesos de las señoritas Nieves y Azucena Buttler ;—cincuenta mil de don Pastor Castillo, Parmenio T. Piñero y José Federico Moreno ; —de tres mil pesos oro de doña Isabel Millán ; —y repetidas donaciones de la señorita Victoria Aguirre, hechas con la exigencia expresa de no divulgarlas y sobre todo de no exteriorizar su nombre, y muchas otras realizadas sin pregón, en una forma tan velada y discreta que apenas

si llegan á sospecharla las personas directamente vinculadas á la obra. Y ciérrese así el párrafo sin revelar más nombres, para no lesionar la modestia de todos aquéllos que continuamente le destinan sumas.

VII.—Administrado y dirigido por una junta de caballeros, la comisión auxiliar de damas del Patronato tiene á su cargo los establecimientos de primera infancia, las dos Salas-Cunas, los dos internados de criaturas chicas y el sanatorio de niños menores con todos sus accesorios consiguientes.

Forman su Comisión Directiva treinta y seis caballeros elegidos por tercera parte cada tres años y que se reunen todos los miércoles del año, por la mañana.

Su sala de sesiones ostenta los retratos de don Francisco Uriburu y doctor Faustino Jorge, como de dos grandes servidores y los de Ricardo Lezica, su vicepresidente durante muchos años ; Adolfo Bullrich, Alberto Casares, Juan M. de Vedia, director de los Anales en varios períodos ; Parmenio T. Piñero, miembro de la Comisión y autor de un legado de cincuenta mil pesos ; doctor Enrique Mosquera, Jaime Llavallol y Leonardo Pereyra.

VIII.—Hombre público don Francisco Uriburu, su actuación en la administración y gobierno, en la alta banca y como vicepresidente del Senado y presidente provisorio de la Nación

para casos de acefalía, no le impidió acordarse de los niños en desgracia.

Llamado á ocupar la presidencia del Patronato en los momentos difíciles de sus primeros años—allá por 1894,—cuando la institución todavía era un ideal porque todo estaba por hacerse, y de la lisonjera fantasía de los proyectos era necesario pasar á la realidad de las obras, el señor Uriburu se mostró diligente y activo.



Francisco Uriburu.

Inauguró la primera Sala-Cuna el 4 de diciembre de 1895, en seguida de formada la comisión de damas, puso la piedra fundamental de la Escuela de Artes y Oficios y gestionó la Ley de Protección de la Infancia que aun espera el Patronato. Presidió la reorganización definitiva de los consultorios ; dedicó mucha actividad á las primeras fiestas del Parque Lezama y á varios actos sociales destinados á recolectar fondos y dirigió la Exposición Nacional

de la Plaza General San Martín á beneficio del Patronato.

Interesado en el éxito de cualquiera de esas fiestas caritativas, entregábase á ella de lleno: era el primero en acudir por la mañana, y el último en abandonar la tarea. Así se le vió instalado en el Parque de Lezama y en la Exposición.

Desde la fundación del Patronato costeaba diez camas en la Sala-Cuna, con una cuota de cien pesos mensuales.

El hospital general de Salta — ciudad de su nacimiento,—tiene numerosos lechos con su nombre inscripto como sostenedor, pero también dotó á aquella capital de provincia de un hospital para niños.

IX.—Junto á las trincheras paraguayas se hizo hombre el doctor Faustino Jorge, á los 17 años, combatiendo á un enemigo fuerte, de sabia defensa. En los campamentos aprendió á luchar con valor y altivez. Su bautismo fué indeleble. De frente formaba en las filas, y asistía á los asaltos, y actuaba en los combates— el rostro descubierto, dándose por entero á la contienda para rechazar con energía los ataques enemigos. Esa altivez y franqueza fueron, luego, modalidad de su vida.

Teniendo conciencia de su valimiento, era un modesto con sinceridad. No lo mareaba el triunfo ni el éxito.

Con cierto desaliño dentro de un porte gentilicio, la cabellera larga y por momentos desgre-

ñada, la mirada viva, penetrante, fija con frecuencia como para estereotipar pensamientos, era un bondadoso de exterior adusto.

Protector decidido de los niños, cumplió su obra de filántropo en el Patronato de la Infancia. Concurrió á su fundación para asistir luego á su desenvolvimiento á través de todas las dificultades—de los pocos que se encariñaron con la realización de aquel vasto programa con-



Faustino Jorge.

signado por el mismo doctor Jorge en sus Estatutos como encarnación de su idea madre.

Aparece así desempeñando casi todos los cargos, de laboriosidad intelectual ó de simple actividad. Ni sus propias dolencias lo alejaron de la brecha.

Obsesionado por la consecución de la ley protectora de la infancia, formó parte de casi todas las comisiones nombradas para gestionar

su sanción, y los pocos éxitos obtenidos le proporcionaron alegrías intensas. Una ley cualquiera hubiera sido el mayor de los premios para el doctor Jorge.

A fin de facilitar su estudio emprendió con el autor de estas líneas, la tarea pesada de compilar la legislación universal sobre la infancia, verificando personalmente las traducciones y corrección de imprenta, trabajo de benedictino, capaz de poner á prueba todas las voluntades. Confesamos haber desfallecido muchas veces, pero su aliento nos obligaba acompañarlo. Hubiera sido inicuo dejarlo solo. Aunque impresa su última página, no alcanzó á ver terminado el primer volumen.

El doctor Jorge ha sido declarado «Benefactor» del Patronato de la Infancia, llevando su nombre uno de los pabellones de la Escuela de Artes y Oficios.

X.—Al doctor José A. Ayerza, primer presidente del Patronato de la Infancia elegido el 23 de mayo de 1892, sucedió el señor Francisco Bollini el 5 de enero de 1894 y el señor Francisco Uriburu el 27 de junio de 1894. El 4 de noviembre de 1900 renunció el señor Uriburu por ausentarse á Europa, pero como la C. D. le concedió licencia, entró á desempeñar su cargo el vicepresidente primero doctor Luis Ortiz Basualdo, para continuar en ese carácter hasta el 22 de julio de 1902 en que fué designado presidente titular, habiendo sido reelegido, anual-

mente, desde entonces, por unanimidad de votos.

La prominente representación social del doctor Ortiz Basualdo si puede reconocer como una de sus causas su ascendencia de lustre, tiene por fundamento su propia característica individual. De modestia sana, ni siquiera sospecha la posibilidad de su propio valimiento: nació sencillo en cuna de oro, y sólo ha aceptado del mundo el cariño entrañable de los suyos,



Luis Ortíz Basualdo.

constituyéndose en el patriarca de su extendida familia. Estudió con éxito hasta adquirir una ilustración sólida y bien cultivada.

Poseedor de cuantiosa fortuna, las exigencias materiales de la vida no han llegado á inquietarlo jamás, pero haciendo honor á su situación ha aceptado todas las comisiones honorarias ofrecidas en servicio de la causa pública, especialmente aquéllas que no aportan fulguraciones de exteriorización, sin rehuir los que expo-

nen á la enajenación de voluntades, entre ellas la Comisión de apertura de la Avenida de Mayo, la de tasaciones municipales, la de construcción y alquileres del Ministerio de Justicia é Instrucción Pública, los directorios del Banco Hipotecario Nacional y Caja de Conversión, tareas todas pesadas, donde no es fácil conciliar los pretendidos avances privados, con el interés público. Ejemplo de integridad, el doctor Basualdo acepta estas situaciones difíciles, con la conciencia de su responsabilidad y el convencimiento de sus dificultades.

De criterio sano y elevado, su opinión hace juicio y su consejo es enseñanza. Con un natural en apariencia retraído, sella sus amistades mostrando un carácter íntimo, afectuoso y comunicativo.

Ha heredado, inalterable, las creencias de sus mayores ; es un religioso de devoción y un sostenedor ejemplar del culto. La Hermandad del Santísimo lo cuenta periódicamente como su Hermano Mayor.

Enemigo del brillo mundano, desliza su vida de bondad con hábitos de modestia ; se ocupa sólo del prójimo, y en ello pone mucho amor. Tiene el rubor de sus propias acciones, á las cuales jamás se refiere. Si alguna vez llegan á revelarse, las atribuye á terceros indefinidos, sinceramente, sin aceptar un aplauso ó un premio que nunca conciliarían con su sencillez ingénita.

Sus generosidades son grandes, pero hechas siempre de acuerdo con la enseñanza evangéli-

ca. Por eso el pregón no las repite nunca; por eso nada se ha referido de su valiosa donación raíz á la Sociedad San José, sospechada por el autor de estas líneas, quien, en su investigación, ha llegado á descubrir como rastros muy vagos de sus munificencias con los tres mil niños del Patronato de la Infancia organizándoles fiestas periódicas, vistiendo á los mil doscientos de las Escuelas Patrias, en el «día de los niños pobres», cubriendo durante mucho tiempo la alimentación de los primeros setenta asilados de la Escuela Agrícola-Industrial y efectuando construcciones complementarias; y costeando el Capellán de la Escuela de Artes y Oficios y casi todas las fiestas y ceremonias oficiales de esa institución.

La Sociedad Escuelas y Talleres de Flores también lo cuenta entre sus constantes protectores, habiéndose consagrado su nombre en memorias oficiales, imposibles de obtener por su intermedio: buscando evitar la lectura del último informe, con tantas expresiones á su respecto, en alguna intimidad llegó á referirse á esa escuela como á una promesa para el futuro.

Su presencia al frente del Patronato, caracteriza la institución: organismo vigoroso, le tiene reservadas sus mejores horas, como visitador inalterable de los miércoles y domingos, justamente cuando la fiesta invita al reposo, por nadie más merecido como compensación á sus laboriosas jornadas extendidas desde las siete de la mañana hasta llegada la noche.

Con su ecuanimidad encausa y dirige las aspi-

raciones ; los protegidos lo quieren y sus compañeros lo aprecian con respeto. Es un ejemplo vivo digno de ser imitado. ¡ Cuánto y cuánto ganaría el mundo con hombres de su talla, accesibles por todos los honestos, dispuesto á todos los sacrificios, sin oropeles ni vanidades, estudioso, inalterable, lleno de afectos y que no ha buscado un sólo triunfo personal en su fecunda vida !

Partidario decidido de los externados de oficios como casas de preservación moral y material para los hijos del conventillo, respetando sus vínculos naturales de familia, el doctor Basualdo propicia el establecimiento de uno que reciba al menor en las primeras horas de la mañana y lo mantenga hasta la terminación de la jornada obrera, en casas cuyos patios le permitan realizar los juegos propios de su edad y para los cuales necesitan hoy buscar la calle, donde no son admitidos, en aras del orden general.

Y confía en ver sancionada la ley de protección á la infancia reclamada por la institución desde 1892 y cuyos benéficos efectos aguarda con ansiedad todo el pueblo de Buenos Aires.

CAPITULO XII

MANOJO DE INSTITUCIONES

1893 á 1900

I.—Huérfanos de marinos.—Su asilo de Flores.—Premios al arrojo.—Palabras de Manuel Carles.

II.—Sociedad Santa Marta.—Origen y desarrollo.

III.—La Señora Dolores Lavalle de Lavalle.

IV.—La donne italiane.

V.—Woman's exchange.

VI.—Pan de los pobres.

VII.—Madres argentinas.

VIII.—Damas italianas.

IX.—Una obra protestante.

X.—La Conservación de la fe.

I.—En 1893, la señora Angélica García de García, que formaba parte de la Sociedad de huérfanos de militares, creyó podría fundarse un refugio especial para los de la armada. Y en un almuerzo, en el Centro Naval, dejó resuelta su instalación, siendo inaugurado el 29 de octubre en la calle Victoria esquina Venezuela, dirección de Flores, bajo la atención de las Hermanas del Niño Jesús, substituídas en 1898 por las de San José.

Como primer acto, la Sociedad reunió en pocos días veintitrés mil pesos para las familias de los náufragos de «La Rosales».

El Asilo Naval ha realizado un paciente trabajo de hormiga, gracias al cual ha podido adquirir un hermoso predio entre Flores y Liniers. Ampara alrededor de cien criaturas, varones y mujeres, muchas de las cuales repiten con gratitud los nombres de José Federico Moreno, Juan Cobo, Inés Salas de Cobo, y Jockey Club, sus principales protectores, sobre todo el primero con un legado de treinta mil pesos.

Presidido por la señora Lucía M. de Loqui, el Asilo Naval cumple debidamente su postulado caritativo: los marinos de la escuadra le prestan sus atenciones y el pobre grumete llamado á las tareas más pesadas en los buques de la Patria, en sus travesías lo recuerda como madre amorosa de los huérfanos dejados por el compañero caído en la borrasca, y al regresar á puerto acude á visitarlo y encuentra á los pequeños sonrientes, aguardando la llegada del amigo que habrá de relatarle episodios de la vida del padre llorado.

Y cuando el valor ó la intrepidez en la acción «ilustran la alegoría de la historia», el Asilo Naval lo sanciona y perpetúa con el doble premio del reconocimiento público. Así cuando la corbeta «Uruguay» salvó los tripulantes del «Antartic», náufragos en su temeridad de arrancar una nueva hoja para el libro de la ciencia.

Manuel Carles ocupó la tribuna: «miles de huérfanos de beneméritos camaradas juntan hoy sus manecitas para aplaudir la misión sagrada que habéis realizado, y algo como el es-

píritu de una estirpe de marinos flota en este ambiente para acariciar esa bandera que apurpurará con su sangre en las horas melancólicas de otros triunfos, de otras glorias.

Yo he visto á esos niños, el día de vuestra apoteosis, miraros con sus grandes ojos, atónitos y maravillados; y allá, en el fondo luminoso de sus almas forjadas por estirpes de héroes, parecía que nuestro ejemplo palpitaba como un anhelo, la infancia de la victoria tomaba estímulos, sus corazones pujantes de sangre brava dialogaban con el pájaro azul que canta todas las perspectivas de la ilusión.

Si la sociedad ha seleccionado sus mejores saludos para vitorear á la nave venturosa, entregando el nombre de sus tripulantes á todos los honores de la fama, aquí, en el corazón del Asilo Naval—puerto compasivo del dolor huérfano, donde al amparo de matronas cristianas un mundo de bondad prodiga cariños maternales,—aquí os condecoran con el laurel del sentimiento, bajo la égida de la filantropía, y para eterna memoria de vuestro heroísmo, aquí os rinden el título de caballeros de los mares antárticos.»

II.—Allá por el año 1894 existía en Buenos Aires una «Sociedad Benéfico Musical», de cultura artística con fines caritativos, cuyos conciertos llegaron á ocupar la atención pública por sus audiciones.

Propicio el momento para su evolución definitiva, el 6 de junio de 1894 se reunieron las

señoras bajo la presidencia de doña Dolores Lavalle de Lavalle, con la idea de aplicarla á favor de la mujer pobre, fundando Escuelas Profesionales á imitación de las existentes en Francia, destinadas á dar á la mujer de condición modesta, una educación práctica que le sirviera para ganar honradamente la vida.

La señora de Lavalle propuso darle el nombre de «Santa Marta», inspirada en el pasaje del Santo Evangelio: «habiendo ido Nuestro Señor Jesucristo á casa de Marta y María, aquélla era muy hacendosa y se ocupaba con mucho afán de los quehaceres domésticos»—que podría servir de ejemplo á las niñas.

De ahí surgió nuestra primera escuela profesional de mujeres, en una reducida casa de la calle Venezuela, donde las mismas señoras enseñaban, en una tarea pesada porque había que crearlo todo—métodos, reglamentos y hasta las propias maestras.

Fiestas de caridad y beneficios teatrales concurrieron á sostenerla, en especial unos bailes infantiles muy celebrados, que valieron verdaderos triunfos á su organizador, un joven Picchetti, de la nobleza italiana, caído en desgracia.

Estos bailes tuvieron su época y cuando ella pasó, la Sociedad cruzó días muy difíciles. La falta de recursos para sostenerla llegó á ser una triste realidad. Su cierre se imponía. En momentos de ansiedad para la patria, reclamadas todas las atenciones por grandes problemas in-

ternacionales, no podía pensarse en el auxilio de las autoridades.

La señora de Lavalle analizó para convencerse. Era en pleno verano, cuando la reunión de las señoras se hace imposible por hallarse diseminadas en sus residencias campestres. Con todo, la incansable anciana antes de convocar á asamblea disolutiva intentó un esfuerzo supremo. Escribió, formuló pedidos y empeñó voluntades en un plan vasto y de labor.

Días después aun vivía la sociedad de «Santa Marta» y al mes, su resurgimiento era un hecho, como nunca vigoroso y potente. Cuenta hoy diez y seis años. Su instalación de la calle Bolívar entre San Juan y Humberto I, se halla bien dotada y la frecuentan trescientas niñas externas en dos turnos, y veinte pupilas.

Sus talleres comprenden costura, corte, confección, ropa blanca, bordados, lencería, lavado, planchado, cocina, dactilografía.

III.—Madre de la sociedad «Santa Marta», su fundadora la señora de Lavalle, fué honrada públicamente el 18 de octubre de 1908, llándosele su nombre á la escuela entre el aplauso general de cuanto Buenos Aires tiene de representativo.

La gloria—ha escrito un maestro,—más que un privilegio es un derecho del espíritu superior; es el impuesto cobrado á los inferiores en moneda sonante bajo forma de homenaje ó de admiración.

Muchos títulos tiene la señora de Lavalle

para un reconocimiento de esta naturaleza, después de una jornada de acción caritativa muy prolongada, fecunda y activa.

Hija del glorioso prócer don Juan de Lavalle y de doña Dolores Correas, de antigua familia, nació en la Colonia del Uruguay el 27 de mayo de 1831, durante la emigración por la dictadura. En 1867 casó con su primo don Joaquín Lavalle, y no habiendo tenido descendencia, hizo de la caridad su principal preocupación.

De inteligencia natural y cultivada, se ha ejercitado en las letras, con traducciones brillantes, no habiendo hecho trabajos de literatura propia, por excesiva modestia.

En 1870 entró á formar parte de la Sociedad de Beneficencia, para presidirla durante cuatro períodos, siendo otros tantos secretaria é inspectora de todos sus establecimientos. Forma parte de su Consejo en reelección permanente, desde 1892, con excepción del año 1894.

Su palabra es de alto respeto en la benemérita institución, donde goza de influencia prestigiosa.

La señora de Lavalle ha heredado escudo infanzonado : armas : campo de oro y dos leones de azur afrontados, acompañados de cinco estrellas de gules, puestas tres encima de los leones y una en cada cantón inferior del escudo ; el jefe cosido del mismo metal y media águila de sable explayada.

Pertenece á muchas sociedades de beneficencia, y su acción en el Consultorio Oftalmológico, en el Hospital de Niños, en el Asilo

de la Pobreza y del Trabajo, y en el Asilo de Huérfanos queda ya señalada, como en otros institutos historiados.

Fundó el subcomité de señoras de la Cruz Roja y lo presidió durante trece años. Hoy es vicepresidenta del Consejo Nacional de Mujeres, y presidenta honoraria de la Sociedad Protectora de Huérfanos de Militares, habiendo renunciado otros cargos obligada por la edad.



Dolores L. de Lavalle.

Al darse el nombre de «Dolores Lavalle de Lavalle» á la escuela de la Santa Marta, se ha tributado una consagración social. Es injusto esperar la muerte de una persona para glorificarla—se ha escrito ;—si algo merece, debe pagársele al contado. ¿Para qué sirven las regulaciones de honorarios á difuntos?

La señora de Lavalle vive rodeada de veneración general, considerándosela dama patricia.

IV.—El 15 de agosto de 1896, palpándose la necesidad de constituir una asociación de señoras que uniera sus esfuerzos á la Sociedad de Beneficencia del Hospital Italiano para dar mayor vigor é impulso á la iniciativa de proseguir las obras del nuevo edificio empezado, se constituyeron «Le donne italiane», con asistencia del conde Antonelli, ministro de Italia, siendo fundadoras las señoras Clara Podestá de Cittadini, Filomena Devoto de Devoto, Isabel G. de Seitún, Juana D. de Repetto, señoras de Bancalari, Mondelli, Tarnassi, Rabufetti y Cermesoni. Forman esta Sociedad quinientas señoras nacidas en territorio geográficamente italiano ó hijas ó esposas de italianos. Su objeto único es reunir fondos para su Hospital.

Quince damas de su consejo forman parte de la «Palla di neve», asociación recolectora de ropas y especies necesarias para el mismo establecimiento.

V.—Por su naturaleza y educación, la mujer sufre mucho cuando se ve obligada á recurrir á sus propios esfuerzos por falta de su protector natural. La lucha de la niña de pobreza vergonzante es difícil, de humillación y menoscabo personal muchas veces. El «Woman's exchange», ó «bolsa para las señoras», tiende á ponerla á cubierto en situación tan delicada. La señora de Bovet la implantó con ayuda de la «Unión Internacional de las Amigas de las Jóvenes» y del ministro norteamericano Williams Y. Buchanan, el 13 de diciembre de 1896.

La dama, reducida al esfuerzo propio, trabaja en su hogar y envía sus obras al «exchange», en forma anónima, para su venta al precio que ella misma fija. Si se halla apurada, la institución le anticipa una suma prudencial. Es el recato del trabajo, la vergüenza de la situación amarga, tan difícil de confesar á la amiga en opulencia.

¡Cuántos secretos de resignación, cuántos misterios no encubren los almohadones con fleco de oro y bordados en seda, piadosamente expuestos en la gran cristalera de la calle Cangallo al llegar á Florida!

A fin de año, para Navidad, manos femeninas, de la aristocracia sajona, rematan los efectos acumulados. La sonrisa amable de la martillera hace elevar los precios como tributo de la galantería, en una feria que es reunión de gran mundo y emporio de caridad.

Más de doscientas socias contribuyen á sostener este «Woman's exchange», origen de un segundo, en Belgrano, dirigido por la señora Constanza Bravo de Villamor.

VI.—San Antonio de Padua, el seráfico padre y taumaturgo, tiene la devoción de los necesitados, en una plática constante de trece martes que terminan el 13 de junio, con solemnidades litúrgicas.

Los fieles piden á San Antonio, padre dadivoso, intercesor eficáz, y le ofrecen limosnas para sus pobres, como patrón de misericordia. Regulando estas dádivas y para su más cons-

ciente distribución, fray Julián Lagos estableció en 1897, en su convento de San Francisco, la institución del Pan de los Pobres, bajo la presidencia de doña Angela Cullen de Castellanos, de grata memoria por haber velado en favor del prójimo.

A la entrada del templo y al pie de una tradicional imagen de San Francisco, aparecen



Angela Cullen de Castellanos.

dos alcancías fijas: la de «peticiones» recoge las dirigidas por los fieles, y la de «acción de gracias» por los favores recibidos, recibe las limosnas ofrecidas al solicitar la intercesión del Santo.

Mensualmente se reune la comisión, extrae el dinero acumulado y lo entrega á Hermanas Visitadoras para distribuirlo entre pobres, cuya indigencia comprueban previamente.

Parte de los ingresos queda reservada para una obra permanente en beneficio de los mismos necesitados.

De mecanismo muy sencillo, el Pan de los Pobres realiza un bien sin formular pedidos—á base de una caridad anónima otorgada como tributo de fe. Y algunos meses, el de junio especialmente, cuando los devotos de San Antonio se congregan á venerar al Santo Padre en su día, la colecta resulta proficua.

La señora Teodelina Alvear de Lezica preside esta obra, ya difundida en muchos conventos franciscanos de la República, como hojas de una flor muy grande — una margarita de amor cristiano, llena de promesas y venturas.

Trabajan con la señora de Lezica, doña Enriqueta Lezica de Dorrego, Elena Boneo, Rosario Cullen, María Luisa de las Carreras, María Gramajo, Celina Bustamante de Beláustegui y Carlota Beláustegui.

Por su intermedio los verdaderos pobres reciben las gracias de San Antonio.

VII.—El hogar del doctor Julio Fonrouge pasaba por momentos de prueba, con tres hijitos atacados de difteria.

—Suero Roux—había recetado el médico, pero el remedio milagroso no podía encontrarse. Después de llamar en las farmacias y acudir á los institutos, parecía hallarse agotada la toxina. La desesperación empezaba á apoderarse de la madre atribulada, cuando se obtuvo el frasco anhelado. Los niñitos sanaron en pocos días,

y en doña María Larroque de Fonrouge quedó grabado un sentimiento de compasión para las muchas madres que podrían encontrarse en su caso, viendo ahogar sus niños por falta de suero, las madres pobres que sólo tienen el tesoro de sus hijos.

Y se apasionó con la idea de fundar una institución destinada á distribuirlo y, en la divulgación de su pensamiento, contaba sus ansias y tribulaciones con la patética expresión



María Larroque de Fonrouge.

de sus pasadas angustias. Iniciadora del Hospital de Belgrano, actual Pirovano, la señora de Fonrouge dominaba la acción caritativa. Por eso, muy pronto le fué posible constituir las «Madres Argentinas» con las señoras Josefa C. de Damianovich, Elina S. de Dieckmann, Carlota C. de Wilmart, Diodora C. de Ruiz, Celestina V. de Ortega, Romana F. de Areco, Julia G. de Mantels, Felisa F. de Solanas, Alejandrina Ll. de Daract, Florentina C. de Que-

sada, Rosa C. de Gouchón y Dolores F. de Elizagaray. Fué el 13 de julio de 1897.

En su origen la sociedad limitóse á distribuir gratis sueros antidiftéricos, y cuando la Asistencia Pública tuvo provisión suficiente para atender todos los pedidos, efectuó repartos anuales de ropas á niños desvalidos, instalando en mayo de 1905 unos talleres de oficios con



Carmen Ugarte de Merlo.

resultados favorables, á iniciativa de su actual presidenta, la señora Carmen Ugarte de Merlo, varias veces reelegida.

A la señora de Fonrouge sucedió en la presidencia la señora Petrona Biedma de Guerrero.

Fiel á una tradición propia, los días de la Patria las Madres Argentinas visten más de dos mil niños pobres, hermoso espectáculo de ayuda envuelto en un hálito de civismo.

La señora de Merlo se ha propuesto dotar á esta Sociedad de casa propia y se halla en vías de conseguirlo, pues la Municipalidad le ha facilitado el terreno y cuenta ya alrededor de treinta mil pesos.

VIII.—Cincuenta y tres damas representativas de la colectividad italiana reuniéronse el 8 de mayo de 1898 y constituyeron «Le italiane al Plata», Sociedad propagadora del socorro mutuo y de protección á las enfermas.

Ha establecido una escuela profesional y sostiene una Sala-Cuna. La condesa de Malaspina y don Tomás Devoto figuran entre sus munificentes.

«Margherita di Savoia» es el nombre de otra sociedad italiana de señoras, fundada el 1.° de enero de 1879, y con un asilo de primera infancia desde 1885.

IX.—Por el año 1898 el pastor protestante Williams C. Morris inició una predicación evangélica en el barrio de Maldonado, estableciendo escuelas para niños, á los cuales distribuía ropas y atendía con solicitud. Con reconocidas condiciones de propagandista y educador, el señor Morris ha ido extendiéndose paulatinamente para contar hoy con tres escuelas de varones, dos de niñas, una infantil y kindergarten de uno y otro sexo, dos mixtas, un instituto de telegrafía, una escuela de música instrumental y banda, salón de conferencias para niños, biblioteca escolar y sala de lectura, mu-

seo para lecciones objetivas, instituto industrial de artes y oficios, tres escuelas nocturnas para enseñanza elemental, superior y comercial, en total diez y siete institutos con los cuales mantienen relación cinco mil seiscientos niños pobres, que reciben instrucción, libros, útiles, ropa y calzado, asistencia médica y auxilios pecuniarios.

Debe reconocerse en el señor Morris una aplicación absoluta á la causa de los niños. Elocuente con sobriedad, y de palabra persuasiva, ha conseguido el concurso de las autoridades por medio de subvenciones elevadas, y ha transformado su iniciativa personal en persona jurídica. A sus llamados, efectuados según la práctica inglesa del simple anuncio de los diarios, en cartas breves con exhibición de números, responden siempre fuertes donaciones.

X.—Su propaganda evangélica no tardó en ser contestada con una iniciativa católica, también educativa y de doctrina. El padre Juan Delheye fundó la obra de la Conservación de la Fe y los alrededores de Palermo vieron surgir otras escuelas y multiplicarse la adhesión á la causa de sus niños pobres.

Sus colegios son trece, situados en Palermo, Maldonado, Nueva Pompeya, San Cristóbal, Caballito, Villa Urquiza y Liniers, con tres mil niños protegidos, algunos tienen talleres de zapatería, telegrafía, costura, bordado, confección, labores, tejido, lavado y planchado y escritura á máquina, como medio de inspirar á

los hijos del pueblo el culto del trabajo, que moraliza y ennoblece.

El arzobispo monseñor Espinoza figura como su primer propulsor y personalmente dirige una comisión de damas prestigiosas, guardianas de su mejor organización y desarrollo, presididas hasta hace poco por la señora Florencia G. de Peña. y hoy por doña Emilia Moutier de Piran.

Durante las fiestas del centenario uno de sus protegidos, Máximo Cejas, hizo converger muchas miradas hacia estos institutos.

Asociadas las escuelas á los actos públicos, no teniendo este alumno de los Nuevos Mataderos dinero para contribuir á la adquisición de una bandera argentina y no pudiéndolo conseguir de sus padres, por su gran pobreza, invocó el recuerdo de los próceres de puerta en puerta, para pedir botellas vacías. Su venta le produjo cincuenta centavos y los ofreció sin ambages á la suscripción respectiva. La «Conservación de la Fe» divulgó el hecho como estímulo y lo premió con un diploma de patriotismo y un argentino de oro, reconociendo la importancia de ese acto, realizado con sentimiento de patriota por un pequeño de diez años sin mayor conciencia para todos los demás de la vida.

CAPITULO XIII

EL ENFERMO DE LAS ISLAS.—ALEGRÍAS DE ASILO

1901

I.—En favor del isleño: el hospital de «Las Conchas».

II.—Alegrías del asilo.—El Carnaval en el Patronato de la Infancia.

III.—Frank Brown.—Una función para los niños.—Tony.

IV.—En el Parque de los Patricios: Victoria Aguirre y la Navidad.

V.—En la Escuela Agrícola-Industrial del Patronato.

I.—En la región del delta, donde el Paraná se bifurca en riachos y arroyos tranquilos, de romántico espejismo, seductores en su calma imperturbable, rodeados de sauces llorones y de ceibos y madreselvales—las márgenes festoneadas de gramillas y arrayanes, y con perfumes de rosas y jazmines,—con paisajes infinitos, nunca repetidos,—si hermosos en el despertar de las auroras, bellos bajo los rayos tropicales, y de amable melancolía en los declinamientos del crepúsculo,—madre de poesía eterna,—para ofrecer encantadores mirajes en el plenilunio, siempre nuevo y grandioso,—el Plata en la lejanía, imponente en su rumor no interrumpido...

Sus aguas, surcadas por la caravana triunfante de las grandes alegrías de la vida, palmotean caricias al pie de los rancheríos, las pobres, las humildes viviendas del isleño retirado—decidido y animoso,—obrero de las soledades.

Lejos de la turba mundana, el afecto de la familia colma sus ideales compendiando en sus cariños toda su dicha, sin ambiciones mezquinas, en una existencia que tendría encantos de paraíso si no la amargaran horas de desventura. ¡Que cuando la enfermedad se presenta, demasiado inhospitalarias se muestras las tranquilas, las seductoras, las plácidas islas del delta del Paraná!

Sin mayores recursos, ni vecinos próximos, el mal hace camino y el dolor abate sin tregua.

Entonces aquel marco de exuberante belleza ofrece cuadros indescriptibles: madres desesperadas en la impotencia de calmar los dolores de sus pequeños; hijas en la angustia de no poder dulcificar la agonía de la madre vieja...

Un padre, Pedro Ramos, rector de la capilla parroquial advocada por Nuestra Señora de la Purísima Concepción, en sus peregrinaciones como pastor de almas, presenció dolorosas escenas. Y llevó un eco de conmiseración á su feligresía en Las Conchas. La comarca reclamaba un hospital—fué su grito. Escuchado por los señores general Manuel J. Campos, Samuel Wilson y Adolfo de la Torre, interesó vivamente su atención y los convirtió en propagandistas entusiastas de la idea.

Ya difundida en las mansiones, una mañana feliz, la primera del año 1901, el buen cura subió al púlpito al terminar la misa de diez, y habló con la inspiración de los convencidos. Sus palabras entonaron una súplica para reunir fondos. Y todos los concurrentes, al abandonar el templo, dejaron un óbolo en la portería.

Así quedó fundado moralmente el Hospital del Tigre. Declarada necesaria una comisión



Magdalena V. de Martínez.

para su ejecución material, se repitió el nombre de la señora Magdalena Villegas de Martínez como su presidenta, en una unanimidad espontánea que anticipaba el concurso de todas las familias; pero la señora de Martínez no aceptó el cargo ofrecido, en la desconfianza de condiciones para desempeñarlo.

Una reunión en la casa parroquial insistió sobre esta designación y la agraciada no fué

oída en una nueva declinatoria: los señores Campos y Wilson, sin transmitir su segunda renuncia, insistieron en el pedido de todas las familias del Tigre, y la alentaron y convencieron á ponerse al frente del hospital.

Como antecedente para el cargo la señora de Martínez tenía en su haber una larga y fecunda jornada de protección, desempeñada con brillante inteligencia, delicadeza exquisita de sentimientos, bondad probada, acción infatigable y espíritu de acentuada economía. Y vencida en su modestia por tantas voces de aliento, inició su nueva gestión contando sólo con los recursos de la colecta en la iglesia.

Cerca del Luján, en una calle secundaria, existían entonces las antiguas construcciones de los talleres nacionales de marina á los cuales acudían los buques de la Patria para reparaciones en sus maquinarias de guerra. La señora de Martínez se propuso convertir una de ellas en centro de paz y misericordia. Su gestión fué oída. El ministro Betveder dispuso su entrega y al poco tiempo algunas camas daban amparo á los primeros enfermos.

El Hospital de Las Conchas empezó á despachar tres mil quinientas recetas por año en consultas externas y á atender alrededor de cincuenta enfermos en sus dos salas, velados por Hermanas de Caridad de Nuestra Señora del Santísimo Rosario.

Un dispensario de gota de leche, establecido por iniciativa de la señora Carmen García de Benítez, su presidenta durante un año, com-

pleta la institución, sostenida con cuotas y con el producto de las ferias organizadas por una comisión especial presidida por la señora Clemencia Frías de Williams. Sus gastos mensuales oscilan alrededor de dos mil pesos.

Los isleños del Tigre bendicen este hospital á cuyo frente continúa la señora de Martínez, sucesivamente reelegida y ya sacudido por el éxito el temor sincero para aceptar su primera presidencia.

II.—Cosette, la pequeña inmortalizada por el colosal Hugo, detenida frente á la vidriera de Navidad, rebosante de juguetes y muñecas—eterno encanto de los inocentes,—Cosette la sumisa, resignada, sufrida y harapienta, ofrece una de las páginas más reales arrancadas al mundo de los vivos.

Todos los días nacen nuevas Cosettes. Por eso el número de los desgraciados resulta grande, inconmensurable ; pero en torno á ellos, para hacer más llevadera sus desventuras, espíritus generosos se ocupan de acudir en ayuda de sus necesidades. Y cuando el grupo de los afortunados se dispone á soltar una carcajada de satisfacción y de contento, se acuerdan de ellos y les tienden sus manos generosas. ¡ Que siempre hay quienes velan por la alegría de los pobres !

Juan Valjean compró para su desventurada protegida la más rica de las muñecas, y la pequeñita, momentos antes extasiada contemplando encerrada en la vitrina aquella reali-

dad con que su imaginación no había osado soñar siquiera, tuvo lágrimas abundantes, sorpresas inesperadas, cuando, tomándola en protección, el miserable sublime se la entregó para que jugara con ella, y la besara y le arreglase sus cabellos y vestiduras y la lastimase en busca de la sangre que maliciaría encontrar en sus entrañas de cartón relleno.

Cosette fué feliz, mas no todas sus hermanas de infortunio hallan igual suerte; muchas sólo tienen la tortura por compañera y hasta deben renunciar al consuelo de su propio llanto.

Y como la Navidad se repite, y como el mundo tiene sus frecuentes explosiones de regocijo universal, la escena de aquella página inolvidable se sucede y renueva con los mismos detalles, las mismas miserias y quizá con idénticas alegrías pasajeras.

Así lo piensan los generosos de espíritu acordándose de los asilados con motivo del carnaval ó de Noel: sabiendo que el eco de las comparsas y los gritos de las mascaradas han de llegar hasta el interior de los establecimientos caritativos, y que los menores soñarán con caretas y payasos pintarrajeados y con muñecas y con globos...

La figura de la Cosette sonriente, se presenta, conmueve y arranca fondos para que los asilados tengan un carnaval con músicas, pierrots, serpentinas y comparsas. Y los asilados ríen y juegan y hasta el público, feliz por contemplar su alegría, va á formarles coro y á acompañarlos en sus festejos.

En el Patronato de la Infancia el doctor Luis Ortíz Basualdo mantiene latentes estas alegrías, alma buena que goza con la risa de sus protegidos. La fiesta tiene ya contornos de tradición : los asilados adornan los patios con oriflamas, gallardetes y banderas, y se arrojan serpentinas, formando el más abigarrado techo de colores columbrado en las fecundas fantasías de sus pocos años.

Y juegan durante horas y días, sin reparos, sin que la autoridad disciplinaria intervenga para moderar sus entretenimientos. Ellos mismos señalan el final de la jornada, los cuerpos rendidos á la fatiga, agotadas las fuerzas para acompañar la voluntad de sus incansables ánimos, y se tienden en el suelo, sonrientes hasta en sus mismos sueños, los rostros pintarrajeados, los labios sellando la mueca de nuevas travesuras—á un costado, sola, sin dueño, la caja de las grandes dianas escolares.

Cuando la luna envía sus rayos sobre la muchachada vencida, depuestos los instrumentos de sus músicas, de cuyas marchas queda como un eco vago, sin armonías perceptibles, el cuadro evoca una batalla de muñequitos de plomo : un pierrot recuesta el albayalde de su rostro triste, próximo á un negro falsificado, de cabellos rubios ; y no distante, formando grupo, aparecen las churriguerescas vestiduras del primer clown, la galera abollada del doctor Zapatos y el estandarte de trapos, lleno de colgajos...

Y caretas de todos tipos y cataduras, man-

tas y disfraces sin vida, bonetes coloreados, botas y dominós, se destacan sobre los mosaicos.

Después del último día, cuando el toque de campana anuncia que los talleres y clases funcionan de nuevo, los asilados olvidan por completo las payasadas de la víspera, para tomar la regla de la disciplina nunca olvidada.

¡Que para los pequeños vale más una morisqueta de Frank Brown que el remache de una barra de grillos!

III.—¡Frank Brown!

Cada año realiza una fiesta para todos los asilados. Su espíritu, candorosamente tierno con los niños, en especial los de los pobres, revive ante el clamoreo impaciente de los hijos de la desgracia, en el fondo de cuyos corazoncitos penetra con su mímica inimitable de clown afortunado, provocando expansiones que son caricias, y regocijos que son venturas.

Antes que payaso, y con ser tan original payaso, Frank Brown es hombre de alma delicada, de sentimientos exquisitos y puros. Verdadero amigo de los niños, él los quiere por temperamento; y cuando los hace reir y los siente felices, es el más satisfecho de los mortales.

Por eso en el invierno reune á sus amiguitos huérfanos, en jubileo de gracias, en una función —si fiesta de los niños, fiesta también para su espíritu. Nadie falta á la cita. Los uniformes flamantes, de rigurosa gala, solícitamente ordenados, los pequeños llegan, contentos, roza-

gantes, empeñosos por mostrarse dignos del regalo. Son los pequeños de todos los asilos. Frank Bronw los espera con regocijos íntimos; como nunca animoso, pródigo en expresiones do bondad.

Terminada la ubicación que la nerviosidad de los mismos pequeños dificulta, empieza la fiesta, entre exclamaciones de sorpresa y clamoreos de asombro: una niña, pequeñita como ellos, vestida de mariposa blanca, revolotea en el lomo de un hermoso peticito, también blanco, y arrancados los primeros aplausos, los invitados quedan dueños de la jornada.

Luego el Payaso, amable, decidor, entusiasta, de amplia boca coloreada y colosal ojo caído.

Hay un delirio de risa infantil, sostenida, interminable, cual si estuviera por salir de madre. Nadie pierde una arruga, ni un gesto, ni un movimiento, ni se fatiga en su incesante reir de horas enteras.

¿Y el excéntrico?

Frank Brown distribuye golosinas y chocolates.

¡Cuánto corazón pone en ello! Va, viene, se acerca anheloso por atender los mil pedidos formulados en el mismo instante y sostenidos con vehemencia. Adivina entre el confuso vocerío el llanto de alguna pequeña olvidada y pronto, entusiasta, confiado en su poder y prestigio, lo enjuga con primoroso obsequio. Por palcos, tertulias y plateas; á izquierda y derecha, rendido casi, pero no desfalleciente, luchando contra el cansancio de aquel esfuerzo

prolongado, arroja sin tregua ni desaliento sus paquetitos encantados, en tanto que el circo retumba y se oyen músicas, gritos, voces de entusiasmo y manos que aplauden en la apoteosis más grande ambicionada por un payaso: la frenética explosión de los niños pobres en la más espontánea alegría de su más hermosa fiesta.

En esta distribución Frank Brown se da por entero. Es cuanto puede hacer por los niños sin ventura: «Asílenlo ustedes — decía interesándose por un pequeño,—asegurada su comida procuraremos hacerlo reir, lo único propio de un payaso, pero no lo que menos necesita un niño.»

En el carnaval de la vida—tarantela interminable,—Tony, el siempre nuevo Tony muestra todos los aspaventeos de su mímica de simplicio embobado, y hace reir muchísimas veces, particularmente en sus funciones de gracia, pero nunca se presenta tan inspirado, en actitud tan noble y tan alegremente alegre, como cuando se revuelca en las arenas del picadero en obsequio de los niños de la caridad.

Este curiosísimo prototipo realiza la caricatura más cruel de cierta realidad humana; en su rostro semi-enharinado, ni cielo ni azul, como cantó el poeta; ni natural, ni mascarada, perpetúa, identifica, retrata, con espejo de aumento sin duda, pero al fin espejo, al personaje más culminante de la imbecilidad humana. Lo proyecta todo, quizá suministra la idea;

pero en realidad nada hace, jamás llega, nunca es útil.

Su actitud, con su corbata exagerada, mueve á risa. No obstante, permanece impertérrito, aferrado á sus falsas bufonadas. Cuando toma uno de los arcos que la bella ecuyére debe pasar, rompiendo el débil papel, ya Tony no sirve : ó no pone el arco á tiempo ó hace caer á la bella amazona.

En 1893 se estableció esta reunión anual en un circo, de los asilados de todos los establecimientos de protección, á iniciativa del señor Jorge N. Williams y constituye un bonito regalo para los hijos de la miseria. Entre las fábricas de confituras se recolectan las golosinas, otras veces mandadas por la señorita Victoria Aguirre y los artistas no sólo prestan su concurso desinteresadamente, sino que hacen prodigios en la función : allí lo dicen todo ; lucen sus mejores pruebas y lanzan sus más peregrinas ocurrencias.

Sí ; estos artistas viven muy cerca de la pobreza y tienen hijos parecidos á los del asilo. Por eso entre todos los aplausos, ansían tanto el de los huérfanos.

La fiesta resulta única en concurrencia y en importancia artística.

IV.—A ella no van todos los asilados del infortunio. ¡ Son tantos ! Algunos viven muy retirados... Victoria Aguirre conoce muchos.

Al regresar una mañana del Parque de los Patricios donde acudiera con Josefa Ezcurra á

llevar unos cisnes para el incipiente zoológico del Sur, presenció una salida de niños. Eran las doce; un sol de fuego quemaba la tierra.

Aquella colmena humana interesó sus sentimientos. E interrogó. «Escuelas Patrias» del Patronato de la Infancia—se le dijo.

—¿Han comido estos niños?

Trajéronse galletitas de la vecindad y á los pocos días, en la Navidad siguiente, los chicos de la «quema de las basuras» tuvieron un árbol proficuo en juguetes, y payasos y tonys, en una improvisación maravillosa, frente á la escuela, al aire libre, para que las habilidades de los artistas pudieran difundirse sin reatos. Una enorme masa humana gozó esta compensación de alegría. Al año siguiente la señorita de Aguirre repitió su espontaneidad con mayor número de juguetes y nuevas pruebas y payasos, aumentando el programa de la fiesta con un número de altísima delicadeza: un canto por la señorita María Magdalena de Ezcurra, así asociada á esta iniciativa, si generosa por el desprendimiento material exigido, del más elevado significado moral. La señorita de Ezcurra siempre dispuesta á las obras de bien, no acudía á buscar triunfos vulgares; pero las armonías de su voz suave con modulaciones exquisitas despertaron emociones cautivando á los proscriptos protegidos por la señorita de Aguirre.

Y en tanto se realizan estos festejos, el buen niñito Dios visita las cunas de los enfermitos del Hospital de Niños... Las damas de la Be-

neficencia les llevan muchos chiches y muñecas, y en todas las casas hospitalarias y asilos se repiten estas manifestaciones de ternura para asociar á cuantos sufren, al festejo universal—el más grande y hermoso de la tradición y del culto.

Algo análogo se consuma en los grandes días de la Patria, generalmente aprovechados para distribuciones de ropas.

V.—Cuando la Escuela Agrícola Industrial del Patronato de la infancia se engalana con sus mejores flores, y sus árboles lucen todo el esplendor de su follaje, los asilados urbanos de la institución acuden á visitar á los compañeros allí asilados. Van en busca de un día de campo, á dar nuevos aires á sus pulmones, en caravana alegre y entusiasta.

Los jóvenes colonos los aguardan con preparativos de fiesta, tendiendo mesas á la sombra de los sauces y plátanos que ellos mismos cuidan, y les ofrecen una comida de campo, sencilla, servida con afecto, que renuevan viejas tradiciones del terruño.

El saludo de su banda es contestado por los dueños de casa con clarinadas llenas de vida, y una nota de júbilo general une á los cuatrocientos corazones, congregados al amparo de la misma bandera de redención.

Juegos diversos diseminan la muchachada viril y animosa. La turba recorre y escudriña todos sus secretos : el arroyo con sus orillas casi románticas — la huerta con sus plantaciones

geométricas formando mosaico, — los frutales tan codiciados.

A lo lejos, en el extremo del campo, la «ferme» con su vaquería dócil y sus maquinarias; el palomar, muchos de cuyos pichones hasta encuentran más benigno su sacrificio para ser gustados por niños pobres; la colmena...

Para los sobresalientes el caballo, como rey de nuestras pampas.

La despedida de esta fiesta, varias veces repetida por año, se prolonga mientras se escucha ecos de las dos bandas saludándose con afectos—desde el tren en marcha, los unos, los otros en los portales de su escuela engalanada, donde pondrán mayor empeño para mejorar los frutos que habían de ofrecer á sus queridos compañeros en su próximo encuentro.

CAPITULO XIV

HUÉRFANOS, DÉBILES Y CIEGOS

1902

I.—Asilo Dulce Nombre de Jesús.—Elmira Paz de Gallo.—Hermanas Dominicas de Tucumán.

II.—El bueno y perpetuo socorro: su escuela-asilo.

III.—Las Hijas de María y la definición dogmática de su patrona: colegio especial.

IV.—En Santa Catalina.—Yemas de la caridad.

V.—Escuelas y Patronatos: el aire para todos.

VI.—Por el niño ciego.—Un suplemento de «La Nación».—Ernestina Llavallol de Acosta.

VII.—María Josefa Alquizalete.—El Patronato de Ciegos.—Una velada. El Instituto Nacional.

VIII.—Tomás Drysdale y los ciegos.—Clases para ciegos.—Vicenta Castro.

I.—El 20 de agosto de 1902 llegaba á Buenos Aires un grupo de religiosas del Norte de la república—el hábito blanco de la Tercera Orden de N. P. Santo Domingo, el Rosario al cinto,—y se hacía cargo del asilo Dulce Nombre de Jesús de fundación reciente.

Venían de Tucumán, brazo desprendido de una congregación fundada por doña Elmira Paz de Gallo, dama de linaje, hermana del presidente de la Suprema Corte de Justicia doctor Benjamín Paz.

Refirióse, entonces, la historia de la comunidad y de su esclarecida fundadora.

Reinaba el cólera en Tucumán. Año de 1886. Decir lo que hizo ese flagelo sería trazar un cuadro de horror increíble. Sus proporciones pueden medirse con sólo saber que la pequeña capital tuvo una mortalidad diaria de cuatrocientas víctimas y que la desolación y el espanto cundieron en la campaña, dejando huellas bien marcadas por centenares de moribundos y de cadáveres abandonados en los caminos públicos.

Viven muchos actores valerosos de aquellos días sombríos y ellos repiten lo que significó esa devastación y ruina para Tucumán, no solamente por el número de vidas aniquiladas, sino también por el más considerable de vidas quedadas en desamparo, sin ayuda, como despojos de la triste jornada.

Para atender estas desgracias, tan difíciles de ser reparadas con eficacia, surgió un esfuerzo y una decisión, registrados luego como una de las más hermosas notas de la caridad argentina. No fué con un óbolo más ó menos grande, en proporción á sus recursos, que la señora Elmira Paz de Gallo acudió á socorrer esos dolores; fué con toda su fortuna, y algo más: fué con toda su acción, con toda su persona, porque abandonó las comodidades de una vida opulenta, en la que se sentía rodeada de los más altos prestigios sociales y de los más merecidos afectos, para consagrarse por entero á los huérfanos, haciendo del cuidado de esos pequeños

desamparados el apostolado de sus días restantes.

Tucumán entero miró el acto singular, de ejemplar desprendimiento de esta dama, honra y prez de su culta sociedad, y es aún testigo leal de cómo fué atendida esa honda necesidad en circunstancias tan premiosas, y cómo en aquella ocasión y hoy los huérfanos son recogidos y educados en el amplio asilo costeado en-



Elmira Paz de Gallo.

teramente con el peculio de la benefactora.

Pero las previsiones de esta digna señora se vieron frustradas por una circunstancia especialísima : quebrantos comerciales de la firma donde había depositado los fondos con cuya renta atendía el asilo, la privaron casi por completo de sus recursos introduciendo desasosiego y trastorno en la economía de esa casa. Este hecho no llevó á doña Elmira Paz de Gallo

la sensación de una pérdida personal que afectara su bienestar, pues lo había renunciado completamente, pero le hizo sentir la intensa amargura de la privación del patrimonio de esos pobrecitos, que ella había dotado de fortuna y de afecto, y que de golpe volvían á verse amenazados con la crueldad de un porvenir duro é incierto (1).

Viuda de don Napoleón Gallo, la señora Elmira Paz, antes Presidenta de la Sociedad de Beneficencia de Tucumán, abrió su primera casa para huérfanos el día de los Santos Inocentes del año 1886, en la antigua calle Belgrano, para edificar más tarde una capilla y asilo con cien camas en el boulevard Norte, donde hoy vive con el hábito tomado el 15 de enero de 1888, superiora de la comunidad, con setenta y seis años, si viejecita, siempre amable y contraída y conservando su gran energía y firmeza de carácter. El 10 de septiembre, aniversario de su nacimiento, por el locutorio de Sor María Dominga del S. S. Sacramento desfilan las personas representativas de Tucumán.

Sor Inés de los Angeles Olmos, su compañera de fundación de la comunidad, venía al frente de las Hermanas llegadas á Buenos Aires en 1902. Entregada por completo á su llamado, en el Asilo Dulce Nombre de Jesús atendió con sus compañeras á más de trescientas criaturas, permanentemente, durante seis años. Pero

---

(1) Discurso del doctor Ernesto E. Padilla en la Cámara de Diputados de la Nación.

como en esa casa no desenvolvían acción independiente, las Hermanas Dominicas, con ayuda de las familias tucumanas de Buenos Aires, abrieron el 25 de octubre de 1908 su Asilo-Escuela del Sagrado Corazón de Jesús, en la calle Defensa esquina á Independencia, en casa alquilada, sin lujos, con espacio para cerca de cien niñas chicas, de internado y externas, de reducidísima pensión ó gratuitas.



Sor Inés de los Angeles.

El P. Angel María Boisdron figura como principal colaborador de esta fundación.

La Hermana Sor Inés de los Angeles ha podido contemplar el crecimiento de la institución en que actuara como fundadora : en Tucumán, su cuna, la Casa Madre, con su Noviciado, y orfanatorio anexo, una escuela gratuita muy concurrida, y un colegio para señoritas de la pri-

mera sociedad, y en Monteros, otro Colegio de niñas, y asilos en Santiago del Estero, Santa Fe y Rosario.

II.—Sor María Amada de la Cruz, Madre Superiora de las Hermanas del Bueno y Perpetuo Socorro, formó en diciembre de 1902 una comisión de damas y señoritas cooperadoras de su instituto, convertida dos años después en sociedad caritativa de vuelo bajo la presidencia honoraria de doña Sofía Castellanos de Martínez y la efectiva de Celsa Varela de Rodríguez de la Torre.

Una aspiración amplia de protección guiaba á las señoras. Se arbitraron fondos: doña Josefa Bouquet Roldán de Figueroa Alcorta donó ocho mil pesos; Primitiva Figueroa cinco mil quinientos; ocho mil produjeron las fiestas; Mons. Florencio Villanova Sanz, escrituró cinco mil varas de tierra en Villa Real, cercanías de la Floresta y después de una labor constante acaba de inaugurar la primera sección de un edificio presupuesto en más de cien mil pesos. Señálase en esta Sociedad la acción descollante de su actual presidenta señora Lola Acosta de Santamarina.

III.—Las bodas de oro de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción — acontecimiento religioso de excepcional transcendencia,—sugirió á Mons. Mariano Antonio Espinoza, arzobispo de Buenos Aires, la idea de erigir un monumento conmemorativo, asociando en

una obra común el sentimiento místico de los creyentes con el espíritu piadoso y las tendencias educativas tan bien difundidas en Buenos Aires. Un colegio para niños pobres compendiaba las distintas modalidades de este pensamiento.

La Curia Eclesiástica puso al servicio de la idea un terreno vasto en las calles Caseros y Labardén y Mons. Espinoza convocó á las consecuentes devotas de la Santísima Virgen, las triunfadoras de los salones—si actuando en un escenario de indefinida aristocracia, religiosas y humildes al pie de su imagen en las congregaciones de Hijas de María,—de plegarias fervientes,—fieles en sus prácticas del Rosario de cinco Misterios,—el ave María asomando siempre en los labios para repetirlo cuenta por cuenta, hasta llegar á la intensa letanía cuyos versículos condensan su rogativa y súplica, los ojos al suelo, el alma hacia Dios.

Todas las Hijas de María asistieron á la cita, el 4 de agosto de 1904.

Su reunión fué como un enjambre de virtudes... Las Hijas de María hicieron peticiones á nombre propio, y poco á poco empezó á surgir el edificio proyectado, con un costo de ciento cuarenta mil pesos—triunfo hermoso de las devotas de la Inmaculada, venerada por Virgen y adorada desde entonces como madre de bondad infinita y misericordiosa, por los cuatrocientos niños de la escuela calle Caseros, á cuyo amparo hallan enseñanzas y protecciones.

Los P. Maristas, Hijos de María como las

aristócratas devotas, consuman la parte educacional con especial unción, en tanto las triunfadoras de los salones, siempre piadosas, continúan su tarea de reunir fondos para sostener la casa. El Gobierno Nacional ha contribuído con cincuenta mil pesos á la construcción de este colegio. En sus aulas se cursan todos los programas de las escuelas públicas, se enseña á amar á Dios y á la Patria y las Hijas de María mantienen latente el sagrado fuego de protección al desvalido.

La señora Elena Bunge de Frías Nin, preside la institución con reconocido acierto.

IV.—Dicen las gentes para quienes son necesidad los dulces, que entre todas las yemas, las más delicadas resultan unas muy caritativas hechas por la señora Paulina Coelho de Carvallo, á base de un secreto heredado de padres á hijos, y conservado como reliquia para utilizarlo en beneficio de niños pobres. La misma señora de Carvallo las prepara y cocina y si no llega hasta avivar personalmente el fuego, el batido necesario de los huevos no reconocen otras manos que las suyas. Algo grandes, estas yemas resultan como para glotones y son tan especiales y amables que mientras regalan paladares contribuyen á comprar las ropas para un colegio pobre instalado en un salón restaurado del antiguo Convento de Santa Catalina, bajo la dirección de monseñor Miguel D'Andrea, prestigioso orador sagrado.

Son trescientos los niños y niñas protegidos.

Desde 1905 se los va á buscar en los conventillos de aquel barrio céntrico y de miseria hacinada. Para seducirlos, una máquina cinematográfica proyecta escenas divertidas los domingos y días de fiesta por la tarde, y al espectáculo concurren niños pudientes, á reducida paga en favor de la escuela. Hay mucho ingenio en esta institución naciente, olivo, quizá, del futuro.

Mas como las yemas y el cinematógrafo aportan beneficios limitados, una comisión especial de veinticinco damas y señoritas, teniendo como principales obreras á la señora de Coelho y á Carmen Palacios Sastre, se reune los lunes á coser ropa. Y como los niñitos saben la confección de sus camisitas, por manos de piedad, en agradecimiento á las señoras, se muestran buenos. Y así se realiza otro capítulo del gran libro de redención de nuestra primera infancia.

V.—¡ El aire para todos !—exclamó el franciscano fray Julián B. Lagos en 1906 y fundó la Sociedad Escuelas y Patronatos, para niños pobres, débiles, enfermizos y candidatos á la tuberculosis, que reviven en el ambiente puro del campo, bien oxigenado, lejos de las aglomeraciones antihigiénicas de los conventillos.

Escuelas y Patronatos en su ideal de protección al niño, sostiene tres escuelas, tres colonias y una escuela práctica en Villa Industriales, Lanús, Villa Ortuzar, Bella Vista y Villa Lacroze—Santos Lugares,—en las cuales ha atendido á seiscientos treinta niños, entregados débiles y macilentos para regresar robus-

tos y alegres á sus hogares. Realiza, pues, bien inmenso.

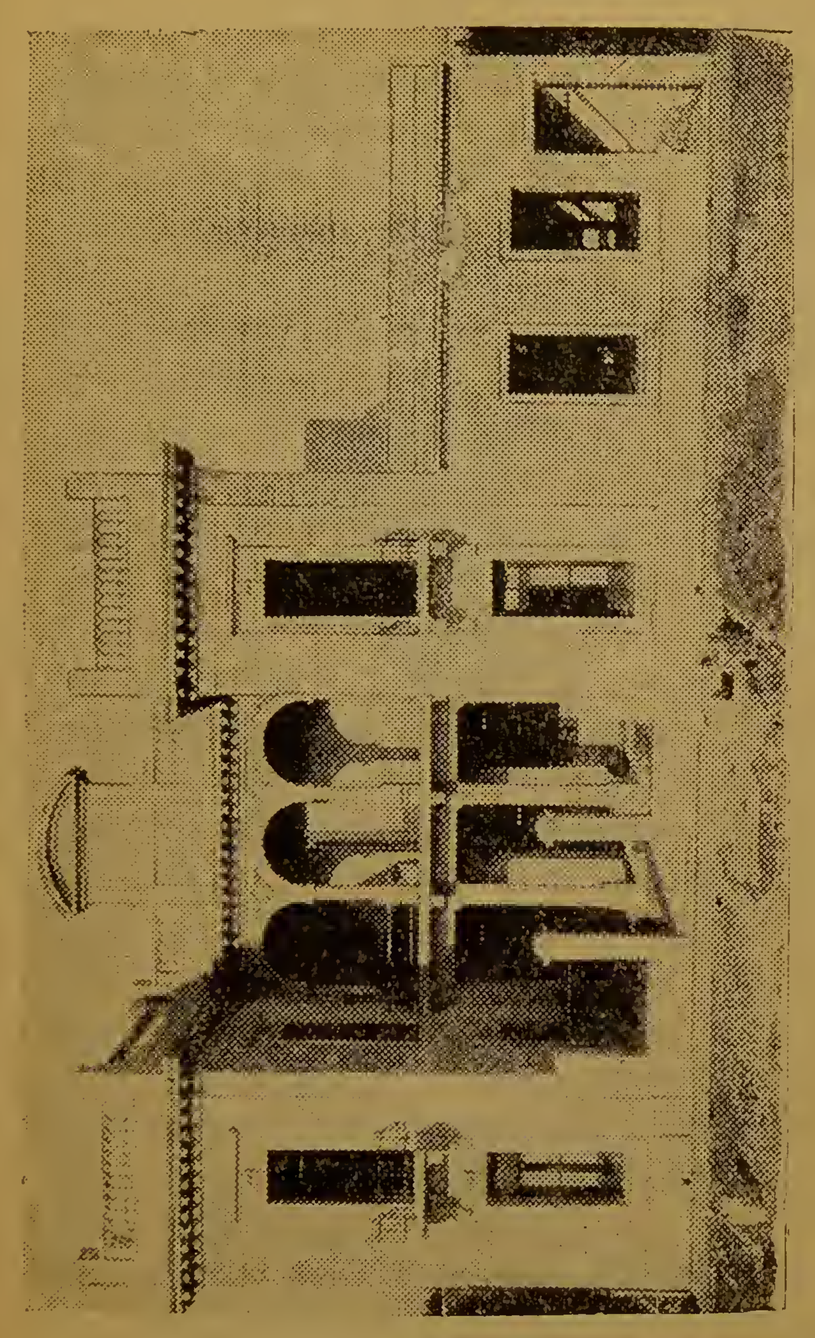
Preside esta institución doña Eloísa Ponce de León de Ezpeleta, fundadora de la Sociedad Nuestra Señora de Lourdes, cuyas Hermanas hizo venir para un colegio instalado en la quinta de Chavarría, calles Oro y Santa Fe, y que trabajó mucho en un asilo del Niño Obrero establecido en Quilmes. Dama diligente y emprendedora, fué candidata á la presidencia de las Conferencias de señoras de San Vicente de Paúl, atribuyéndose el adelanto de las Escuelas y Patronatos á su indiscutible y eficaz acción.

Como casi todas nuestras sociedades caritativas, Escuelas y Patronatos vive del producido de fiestas y suscripciones y de la ayuda oficial, habiendo instituído un «día del kilo» el 10 de diciembre, para acolector efectos destinados al sostenimiento de sus casas.

Ultimamente inauguró en Villa Lacroze un edificio definitivo para colonia de vacaciones, sobre terreno donado por el doctor Juan Lacroze, señora Adelina Salvadores de García y adquirido en compra. Costó ciento diez mil pesos.

En esa oportunidad la señora de Ezpeleta compendió los ideales de su instituto:

«Aire, mucho aire, sol y alimentación sana, abundante y nutritiva, es el lujo de nuestras colonias y lo que constituye la alegría de sus pequeñas asiladas. No se observa en ellas la disciplina del asilo y menos aún del colegio; se vive en familia, no se omite esfuerzo para



Un Establecimiento de Escuelas y Patronatos.

simular el hogar del cual se ven alejadas, y las beneméritas Hermanas Franciscanas, á quienes está confiada la administración de la casa y custodia de las asiladas, les dispensan cuidados verdaderamente maternales, por lo que las niñas con toda justicia y espontáneamente les dan el título cariñoso de madrecitas.»

VI.—El suplemento de *La Nación* de 17 de octubre de 1907 fué punto de partida de un movimiento caritativo intenso. Sus planas con los grabados de un embrionario instituto de ciegos, y la descripción de su existencia precaria, en lucha contra la falta de recursos, interesaron vivamente á la señora Ernestina Llavallol de Acosta, y la impresión dejada en su ánimo de dama en preocupación latente de redimir desgracias debió ser muy grande, cuando acudió sin demora á una vetusta casa de Flores indicada en la crónica. La realidad acentuó las notas gráficas del gran diario. Más de cincuenta cieguitcs se hallaban en la miseria, pero desde ese momento contaron con una protectora llena de alma. Instalada de hecho junto á los pequeños, la señora de Acosta estudió sus necesidades y á ellas concurrió, con sus recursos primero y en seguida asociando á su acto de piedad á todos los suyos, en una cotización anónima, hasta asegurar su completo bienestar.

Era nuestro único instituto de ciegos. Muy retirado, ocupaba dos modestas casas alegradas con rosales y pajarillos cuyos trinos hacían

amable el despertar á obscuras de los obligados peregrinos de las tinieblas.

Habíanlo fundado, en 1901, Francisco Gatti, ciego, y Eva San Román, llamada á la tentativa á raíz de un amparo de familia prestado al primero al llegar de Italia. En las intimidades del hogar, el ciego, profesor de institutos en su patria, interesó á la señorita San Román en la causa de sus hermanos de infortunio: juntos



Ernestina Ll. de Acosta.

cavaron pronto sus cimientos y juntos sobrellevaron sus primeras necesidades, abierto con limitadísimos recursos, en una verdadera aventura de filantropía.

Tres fueron sus primeros alumnos. Hoy llegan á setenta. Al verlos contra el muro, buscando amparo en la sombra—ellos, proscriptos de la luz,—silenciosos, reposados, las órbitas cerradas, recuerdan la visión de los purgadores de la Envidia en el círculo dantesco, los con-

denados á capa de cilicio, los párpados ceñidos por hilos de hierro...

Lucen uniformes sencillos, quizá vistosos; las niñas recatadas, con la gracia innata en la mujer—que en su infortunio, ¡ pobrecitas ! conservan la natural coquetería femenina, cual si buscaran animar con sus sonrisas sus rostros de órbitas proscritas. ¡ Desventuradas las cieguitas !

Tan pronto la señora de Acosta se puso en la obra, la casa reunió nuevos elementos para establecer ó mejorar las primitivas clases de costura y bordado, y sus talleres de escobería, cestería y esterillado, y para ampliar la enseñanza del piano, violín y mandolín como complemento de la instrucción obligatoria de las escuelas comunes, en un plantel de institución moderna.

Algunos de sus alumnos interesan por sus mismas desgracias. Hace años llegó una criaturita recogida junto al río, al cerrar la noche en el misterio doliente de las islas, cuando la propia madre, en convulsivo arranque de desventura, buscando término ¡ ay ! en una muerte provocada en la inconsciencia de los primeros días de vida, al interminable abismo de unas tinieblas futuras — más que asesina, redentora ; demente ella misma en su horrible dolor con el corazón destrozado,—entregaba su fruto al arrullo de las aguas, recordando, quizá, escenas aprendidas en sus primeros años. Evitado el crimen—que crimen horrendo hubiera cerrado esa noche el misterio doliente de las



La señora de Acosta rodeada de sus protegidos ciegos.

islas,—la niñita fué salvada. Hija adoptiva luego, más tarde hubo de llorar la muerte de su protector, asesinado al poco tiempo. La señora de Acosta la tiene hoy bajo su protección y le ofrece sus ternuras.

VII.—A fines del siglo XVIII, doña María Josefa Alquizalete, la vista casi perdida, ofreció dos objetos de plata á una Santa Lucía de tradición milagrosa, venerada en un cuartujo muy pobre de las calles Montevideo y Cuyo. Alcanzado el prodigio, la señora de Alquizalete la erigió un altar en la iglesia de la Piedad, con imagen encargada al viejo mundo, y adquirió catorce manzanas para formar su «Quinta de Santa Lucía», donde alzó un oratorio privado,—la vista recuperada por completo,—que el obispo Malvar y Pinto elevó á capilla pública, llegando, después, á iglesia parroquial de Barracas. En ella continúa venerándose la imagen de la Siracusana, con un archivo milagroso enriquecido día á día con nuevos prodigios.

Bajo su protección debió ponerse la señora de Acosta para su obra en favor de los ciegos, y á su amparo, quizá, formó su comisión de patronato especial con las señoras María Alzaga de Riglos, Ana Elia de Ortiz Basualdo, Matilde Anchorena de Ortiz Basualdo, Ernestina Ortiz Basualdo de Llavallol, Mercedes de Elizalde, hoy de Blaquier, Carmen Haedo de Rivero y Ana Zumarán de Cárcano—primera manifestación de la obra que venía realizando con recursos privados, en una contribución especial

de todas las familias de Llavallol, Acosta, Ortiz Basualdo, Anchorena, Riglos, Uribelarrea y otras.

Bajo sus auspicios, en septiembre de 1908, se realizó una fiesta artística : Furlotti, Tita Ruffo, Belisario Roldán. Memorable resultó la velada. Roldán subyugó con su palabra armoniosa como una melodía, sonora, flúida, fácil, brillante en giros atrevidos, y nuevos, y candenciosos, de construcción propia, desbordante á ratos, á manera de cascada rumorosa, y á ratos difundida en una amable confidencia que era manifestación íntima de sentimientos y deseos...

«...Son los vencidos. Hacia ellos vamos á mirar un momento, y no con el gesto trivial del poeta en el anfiteatro, sino con la mirada intensamente humana con que saben mirar las madres. La caravana es larga y lúgubre ; tiene la extensión de muchas vidas y el ensombrecimiento de muchas noches ; á su paso se nubla el sol, se agostan las flores, sécanse las fuentes, callan los pájaros... Allá el anciano endeble, más doblado por las penas que por los años, avanza clavando la mirada en el suelo, en cuyo seno, su solo amigo, dormirá por fin la primera noche tranquila... las grietas del peñasco no son más hondas que sus arrugas y las barbas están nítidamente blancas, como si las impurezas del aire hubieran temido profanar aquella eucaristía de la senectud y del dolor... Allá una madre, amarilla y angulosa, apretando al hijo sobre la desolación de los senos sagra-

dos,—madre cuyos ojos virtieron tantas lágrimas que con sólo ellas fuera posible lavar muchas conciencias...—ahí la doncella infeliz para quien la vida no tuvo primavera, porque cuando los primeros carmines debieron brillar en el rostro, ya estaban en él las primeras livideces como nieve enseñoreada del rosal; allá, en fin, el niño macilento cuyas carnecitas tiemblan de frío bajo el improperio del harapo, como la «colombella spaorita» del poeta, y cuyos grandes ojos absortos se abren ante el mundo en una mirada que tiene más de pregunta que de protesta, cual si pensara cómo pueden ser sus hambres, y sus penas, y sus fríos...»

Y continuó el doctor Roldán con riqueza exuberante de imágenes en erupción de pensamientos grandes y hermosos para dominar el panorama de la amargura humana.

Esta ceremonia—terminó,—tiene por objeto beneficiar á los ciegos menesterosos, á los que, sobre ser hijos del infortunio, llevan la noche en los ojos... ¡ Vaya hasta ellos en ondas misericordiosas, un eco de esa fiesta; la gratitud ponga una lágrima en sus pupilas muertas, y ya que no en ellas, porque ¡ ay ! no es posible, que al menos en el fondo de sus almas brille un poco de claridad al pensar que si hay en este mundo grandes amarguras, hay también en este mundo grandes conmiseraciones!...

Y no he de abandonar la tribuna sin añadir que la idea de ampararlos, asilarlos, cuidarlos, educarlos, apoderarse, en fin, de su dolor para hacerlo menos cruel, pertenece á una señora, á

una magnánima señora que supo poner al servicio de este propósito todas las energías de su voluntad y su virtud—una joven y nobilísima dama, cuyo nombre tengo la honra de pronunciar aquí, pidiendo para él el aplauso unánime y justiciero de la sala : Ernestina Llavallol de Acosta.

La concurrencia, numerosa y selecta — reunión aristocrática de tono,—deseaba un homenaje excepcional á la denodada protectora argentina de los ciegos, muy vinculada, como obrera, al Patronato de la Infancia y á la Sociedad de Beneficencia y presidenta de la Despensa del Sagrado Corazón, y que acecha el momento de tender una mano al caído. Y aclamó al prestigioso orador.

En su grandeza, el discurso del doctor Roldán corrió paralelo con los dolores que evocaba.

La entrada de boletería hizo revelaciones : la señora Matilde Anchorena de Ortiz Basualdo pagó con mil pesos su tarjeta ; la Compañía «La Estrella», dió quinientos ; los esposos Acosta, doscientos y casi todas las damas de la Comisión, cien. Total, diez mil seiscientos pesos.

Esta base aseguró la vida definitiva del Instituto. Los ciegos recibieron nuevas venturas.

Don Eduardo Acosta, esposo de la iniciadora de esta obra, y Diputado Nacional, gestionó la nacionalización del establecimiento de Flores y el doctor Pastor Lacasa, á cuyo empeño la primitiva escuela debió una subvención nacional paulatinamente elevada hasta ochocientos pesos mensuales, se adelantó en días para

la presentación en el Congreso del proyecto de ley especial. Sancionada ésta, el Gobierno Nacional sostiene hoy el Instituto, pero la señora de Acosta continúa siguiéndolo de cerca, á manera de celosa guardiana de los ciegos recogidos.

Como establecimiento especial, es el único en Buenos Aires, donde el número de ciegos gira alrededor de quinientos, pero en algunos asilos generales se concurre á mejorar la suerte de estos infortunados.

VIII.—En febrero de 1884, don Tomás Drysdale puso á disposición de la Sociedad de Beneficencia, diez mil pesos fuertes para la fundación de una escuela de ciegos con la doble condición de mantenerla siempre bajo la dependencia de esa sociedad y que dichos fondos jamás recibirían inversión distinta.

El señor Drysdale se dirigió á la «Institution Perkins and mass School for the Blind» pidiendo un profesor, un subprofesor y los maestros necesarios. En una segunda donación encargó los muebles y útiles, y un piano, pero el viaje á Europa del abogado consultor de la Sociedad de Beneficencia, doctor Lucio V. López, la subida de la cotización del oro y la muerte del señor Drysdale postergaron la instalación de la escuela hasta el año 1888, en que don Raúl Videla Dorna aparece como su gran protector.

Hoy existen clases de ciegos en el Asilo de Huérfanos de la calle de Méjico y en la Casa

de ésta última hay una, Vicenta Castro, que, como la celebrada Bertha Colonna, tiene estro poético. Hace pocos años fueron recopiladas algunas de sus inspiraciones :

Alegre siempre mi vida
Deslizábase dichosa,
Todo era color de rosa,
Soñaba el mundo un pensil ;
Mas ¡ ay ! cuán pronto pasaron
Aquellos días risueños...

En su infancia, Vicenta admiró las auroras ; ya ciega, tiene cantos y adoraciones religiosas :

Cual se eleva el aroma que esparce
Al abrir la corola su flor,
Sube así de las almas piadosas
Hasta el trono de Dios la oración.

Como brindan las gotas del alba
A las plantas frescura y vigor,
Baja así cual celeste rocío
A las almas la gracia de Dios.

Se trata de una criatura y puede confiarse en su porvenir — resignada y muy buena, para quien el recuerdo de la luz y de los colores debe parecerle como una fantasía de sus primeros años,—cuando, en su torno, todo era azul y rosa, como en su canto y todas las cosas

tenían la transparencia ideal de la mañana de la vida...

Conoce la historia referida por San Marcos: Habiendo llegado Jesús á Betsaida, presentáronle un ciego y le suplicaron lo tocase. Y tomándolo, Jesús lo sacó de la aldea, humedeció sus ojos con sus manos y le preguntó si algo veía. Abriéndolos, entonces, el ciego dijo veía hombres como árboles. Púsole Jesús segunda vez las manos y empezó á ver mejor hasta que recobró la vista.

Y quizá acaricie la dicha de lavar sus órbitas con el agua de una nueva piscina de Siloé.

¡ Pobrecita ! ¡ Vivan siempre en ella las más dulces esperanzas !

CAPITULO XV

PROTECCIÓN Á LAS JÓVENES.—TERREMOTOS DE CHILE

1903

I.—El P. Barth.—Fundación de la liga.—Velada memorable.—El episodio de Emilia.—Relato de Alberto del Solar.—Un «home».

II.—Terremotos de Chile.—Acción de nuestras damas.—Una fiesta en la Opera.—Brillante agradecimiento.

III.—Liga de damas católicas.—Federación importante.

IV.—Por Luis Dorrego Indart y Luis Dorrego Lezica.—Un asilo en San Fernando.—La señora Enriqueta Lezica de Dorrego.

V.—En defensa de las jóvenes.

I.—Santiago Barth, Redentorista de misión é investigador de los males sociales—sacerdote de unción religiosa, estudioso profundo, puso el dedo sobre una lacra universal, de carcoma repugnante. Sus labios dijeron sobre la difícil situación de la joven llegada de tierras extrañas y de la realidad de hombres pervertidos. Persuasivo y convincente, se escuchó con respeto su exhortación á combatir la plaga, ya empezada á difundir. Su propaganda halló repercusión ; en torno suyo agrupáronse algunos caballeros—José Luis Cantilo, Luis Beláustegui, Alberto del Solar, Angel Gallardo, Feli-

pe Jacobé, Leonardo Pereyra Iraola, Isaac R. Pearson y otros y cuando el recuerdo de la duquesa de Espoz y Mina, en España, y de Carolina Jones, en Sidney, y de lady Sommerset y Susana Quincey, en Inglaterra, y de miss Clara Barton, en Norte América, de la condesa de Aberdeen, en Escocia, de Paulina de Grand Pré, en Francia, de Florence Lees, en Escocia, y de Margarita Hugherie, en la América del Norte, y de otras mujeres descollantes en su acción de humanidad, retempló el espíritu de nuestras damas, se constituyó la «Liga de protección á las jóvenes» como complemento argentino del «International Home for the protection of young women». Trascurría el año 1903.

¡Qué inspirado movimiento de elevada filantropía! Empezaron los trabajos con el recato de las horrorosas revelaciones, pero fué necesario exteriorizar la iniciativa. La cotización privada no alcanzaba á cubrir todas las necesidades, y debió apelarse al acto público para reunir mayores recursos. Además, estas obras nunca deben ser personales; corresponden á toda la sociedad.

Los diarios propiciaron la campaña con una propaganda bien sostenida para hacer conciencia sobre la necesidad de la nueva institución y los círculos recibieron con simpática inclinación este movimiento de honra para la mujer argentina, á cuyo frente aparecía doña Enriqueta Lezica de Dorrego—dama munificente, de hogar respetable, con sólida vinculación, aris-

tocrática y caritativa, autora de obras propias y presidenta de sociedades prestigiosas.

La acción empezó á desenvolverse sin demora, merced á la contribución de su presidenta y de su hija Inés Dorrego de Unzué, quien se hizo cargo de la instalación del «home» indispensable para la preservación propuesta.

En seguida se realizó el acto público, en el salón del Príncipe Jorge, en una noche de reunión distinguida.

Las damas ocuparon el escenario, formando como un arco de virtudes dispuestas al sacrificio. En el centro la señora presidenta.

Los acordes de la orquesta, de ejecución primorosa y con selección del programa, cedieron en interés ante la palabra de los oradores : el doctor Luis Beláustegui, en nombre de la señora de Dorrego para fijar los lineamientos de la naciente sociedad, y Alberto del Solar que tuvo la felicidad de la velada en un discurso de pureza oratoria, amable, impregnado de erudición y habilísimo en el relato, lleno de interés, de un caso tomado de los archivos de la caridad.

«Los hombres hacen las leyes ; las mujeres las costumbres»—fué su premisa,—y analizó y expuso :

Tierno, afectuoso, el varón moderno, capaz no sólo de abnegación cuando de la mujer se trata, sino hasta de heroísmos increíbles, hallásele, también, violento, egoísta, cobarde.

Los detalles podrán diferir en el caso concreto, pero el fondo será siempre el mismo : una

historia lastimera ó terrible, escrita por la mano brutal del hombre con la sangre ó las lágrimas de una mujer indefensa. La descripción de tales hechos, resultaría el más triste de los cuadros, variado solamente en la intensidad de sus sombras por los múltiples aspectos de su infamia y miseria.

«Cuando se honra y defiende á la mujer, quedan satisfechos los dioses», dice un hermoso proverbio del país de Ganges.

Al enemigo que se oculta en la sombra hay que combatirlo de frente. ¡Buenos Aires, la gran capital, acaba de ser públicamente calificada en el viejo mundo como el centro de civilización que más fomenta el vicio!...

Persuasiva, la oración del señor del Solar resultó una inspirada exhortación. Cada uno de sus períodos reveló su propio convencimiento sobre la ardua materia, muy sutil para tratar en un público formado con damas y niñas:

La miseria y el engaño son los monstruos que hay que combatir. La miseria sobre todo, penosa vía por donde se va directamente al deshonor. El sexo débil es el más expuesto. La joven que se encuentra sola en el mundo, sin amparo ó con apoyo deficiente y á veces con mal ejemplo constante, necesita de protección.

Al releer estos párrafos, salvados de olvido injusto después de algunos años, se recuerda «La fille Elisa» de Edmundo de Goncourt, tan desgraciada y mártir por el ambiente en que meció su cuna—sin castidad, ahogada toda malicia de pudor, inconsciente de la honra propia...

La presentación del caso narrado por la presidenta del International Home, resultó de mano maestra :

—No ha mucho tiempo —refirió al señor del Solar dicha señora,—presentóse en nuestro «home» una joven rusa de diez y seis años. La directora me pidió hablara con ella y mientras se llamaba á la niña—su historia es realmente curiosa,—me dijo.

A poco vi entrar la jovencita de tez sonrosada y grandes y hermosos ojos ; fresca, bella, no muy alta, proporcionada y graciosa. Hizo una profunda reverencia y besó mi mano.

Con cierta dificultad comprendí su narración, larga y difusa, y recién algún tiempo después de hallarse instalada en nuestra casa, pude darme cuenta de que su grande ingenuidad, su ignorancia é inexperiencia, la habían convertido en presa fácil de la sordidez y perversión de un hombre y una mujer sin escrúpulos, que la habían traído engañada desde Europa.

Emilia—que así se llamaba la muchacha,—era allá en Polonia la mayor de siete hijos. Su padre, un pobre zapatero de campo, tenía un hermano casado, residente cerca de Nueva York, quien había ofrecido ayudarlo, tomando á su cargo á alguno de sus sobrinos, con tanta insistencia que llegó á enviarle un pasaje pagado para Emilia, su ahijada.

Así partió la chicuela con un modesto equipaje. ¿Sola? ¡ Sí, aunque parezca increíble !

Al pasar la frontera rusa, algunas dificultades originadas por su pasaporte favorecieron la pre-

sentación espontánea de una pareja, viajera como ella, que le ofreció ayuda.

Y así lo hizo. Su destino, según se lo manifestaron, era también la América. Serían, pues, compañeros de viaje. Emilia no cabía en sí de placer y los desconocidos llegaron hasta ofrecerle compartiera sus comidas.

Una vez en Bremen los extranjeros convencieron á su víctima de que debía acompañarlos al vapor que tomaban, «en vez del otro indicado en las instrucciones recibidas por la última antes de abandonar el terruño», y para el cual tenía ya su pasaje.

«Siempre que llegue á América—se dijo Emilia,—y se adivinará que la del Norte ó la del Sur eran para su absoluta ignorancia idéntica cosa,—siempre que llegue á América me será fácil encontrar los tíos.»

Y tras de esta reflexión, para ella la más racional del mundo, se embarcó con sus improvisados cicerones.

La navegación fué buena al principio; pero pronto comenzaron los padecimientos. A medida que el barco avanzaba en su viaje, el carácter de la pareja parecía hacerse más egoísta y despótico.

Transcurrían los días y las playas de América no aparecían en el horizonte. ¡Agua y más agua! ¡Inmensidad sin fin de cielo y mar! ¿Qué podía ser aquéllo? «¡Cuán largo, cuán inmenso viaje!»—se decía la niña.

—«Pronto llegaremos»—se le contestaba.—Pero el vapor no se detenía. ¡Nunca se habría

ocurrido á la pobre chicuela que pudiera haber tanto océano sobre el globo terrestre!...

Al cabo de diez días, con gran júbilo, al subir al puente una hermosa mañana, divisóse por fin una costa erizada de rocas, que dibujan sus dentellados perfiles en el horizonte. ¡Qué placer! ¿Aquéllo sería América?...

«¡No; ah, no!—le contestaron.—¡Cuidado con aquéllo! Es el país donde mora el demonio. Lo veréis cuando nos aproximemos. Sus habitantes son seres diabólicos: unos negros con cabezas cubiertas por crespa lana, en vez de cabellos humanos; gritan, gesticulan y nadan como pescados...»

Y así sucedió. Emilia, toda temerosa, los vió desde su camarote rodear el navío, gesticular, nadar cual peces, zambullirse y arrebatar de las profundidades del océano monedas de plata que algunos viajeros les arrojaban con alegre desparpajo, desde la cubierta.

La astuta mujer y la aterrorizada Emilia permanecieron abajo, dispuestas á no salir antes que el vapor zarpase de nuevo.

El sitio era uno de los puertos de las costas de Africa — Dakar ó San Vicente, — estación obligada de los buques de Europa á la América del Sud, y los «demonios», los simpáticos negrillos que invaden la cubierta de los trasatlánticos y solicitan con empeño se les dé ocasión de lucir su destreza como zambullidores.

Transcurrieron luego varios días. Los malos tratamientos y amenazas de los verdugos iban en aumento.

Una tarde, Emilia, más afortunada que de costumbre, logró subir sola á cubierta y apoyada sobre la borda, comenzó á llorar.

Una niñita de trece ó catorce años jugaba cerca de aquel sitio y al verla así, aproximósele y preguntó la causa de su aflicción.

Emilia habló, é interrogó. La chica acudió á sus padres, quienes pidieron silencio y disimulo á la joven y la prometieron amparo á su llegada á tierra.

El punto del destino del barco era Buenos Aires, el mismo del matrimonio desconocido.

Fondeado el vapor, Emilia burló la odiosa vigilancia de los cancerberos que la traían destinada á sacrificio infame y se agregó al grupo de sus nuevos amigos. Y por la noche quedaba cuidadosamente alojada en el «home» de la «Unión Internacional» y algún tiempo después, perfectamente protegida, emprendía un segundo viaje para la América del Norte á albergarse por fin en el regazo de sus tíos que la aguardaban con anhelosa inquietud...»

La sala había escuchado muda, conteniendo hasta la respiración para conocer el desenlace del patético relato—y prorrumpió en un sonoro aplauso ante el triunfo de la virtud, tan bien presentado por el orador.

Con este éxito—el auditorio subyugado á influjo de su palabra,—el señor del Solar pudo hacer el pedido :

¡ Y ahora, madres, esposas, intervenid con vuestra irresistible fuerza de persuasión en favor de esta obra nobilísima ; intervenid en apo-

yo de vuestras hermanas en la humanidad, que, víctimas de verdugos infames, tal vez os igualan en juventud, en hermosura y en pureza! Sólo el atraso, el egoísmo y la vanidad de las costumbres pueden hacer que se miren en una sociedad como tareas inútiles ó impropias las que se dedican á la caridad en tal forma ejercitada. Prelados tan sabios como monseñor D'Hulst, director espiritual del instituto católico de París; monseñor Pechenard, el cardenal inglés Vaughan y el ilustre obispo Ireland, católicos todos, han sancionado obras semejantes á las que van á patrocinar aquí respetables damas argentinas.

Si esta hermosa capital ha sido calificada como fomentadora del vicio, debe quedarnos el consuelo de que él nos llega fatal é inevitablemente importado—como entre los granos de la semilla fecunda y germinadora de nuestro suelo se deslizan, entremezclados, los que producen el abrojo que aniquila y la cizaña que envenena.

Y vosotras, señoras, no imitéis el error de creer que esta clase de tareas se hallan reñidas con «las conveniencias sociales». Hay virtudes sencillas y hay deberes graves. Las primeras se practican en medio de los afectos inocentes del hogar, entre las austeras dulzuras de la intimidad, en la penumbra del retiro ó del claustro: los otros exigen valor, abnegación y carácter, y se ejercitan en público y á la luz del día. En éste se engrandece aún más y dignifica la compañera del hombre y evidencia su superioridad moral y la admirable fortaleza de su espíritu—

sin que para ello dejen de justificarse los dos bellos aforismos :

«La mujer es una flor que no exhala todo su aroma sino cuando la entibia un rayo de sol de la caridad», y «el hombre que ha encontrado una mujer caritativa, ha hallado un tesoro.»

Oportuno final. Un eco de triunfo coronó este bello discurso.

Habló en seguida el doctor Indalecio Gómez para cerrar aquella velada de recuerdo perdurable, con una de esas improvisaciones fáciles y galanas de tan justa fama para el gran parlamentarista.

La fiesta terminó en seguida, pero sus ecos no se ahogaron esa misma noche : repercuten aún en un «home» de la calle de Cangallo, donde se evitan desventuras irreparables—presidida hoy la Comisión por la señora Celina Bustamante de Beláustegui, perteneciente á una familia cuyos miembros forman como las hojas de una gran flor de caridad.

II.—¡ Agosto de 1906 ! ¿Ha podido olvidarse la dolorosa fecha?

Chile gimió con estertores de agonía. La «perla del Pacífico», la sonriente y amada Valparaíso, sufrió un sacudimiento colosal. Y sucumbió con veinte pueblos hermanos.

Fué la obra de los elementos complotados á destrucción—el mar y el viento.

Sólo, así, podía desaparecer la seductora del poniente americano. ¡ Cuánta desgracia !

Los edificios tambalearon y cayeron. ¡ Cuadro

horrible! ¡Hombres, mujeres y niños quedaron sepultados en medio de sus escombros; abandonados, sin alivio, semejantes á aquéllos á quienes «la misericordia y la piedad desdeñan ú olvidan mirarles al pasar!» ¡Y á la hora en que las tinieblas lo cubrían todo, esos infelices pedían, como una merced invocada de rodillas y sollozando, el lúgubre resplandor de algún incendio capaz de trocarse en luz amiga! ¡El mar, sonoro y turbulento, hervía á diez pasos, su cresta de espuma blanqueando entre la sombra, con claridades fantásticas de sudario! (1).

Tan pavorosa desgracia hirió á la Argentina en su seno, y nuestro pueblo quiso enjugar las lágrimas de su querida hermana.

El centro del movimiento se estableció en la casa patricia de la familia Alvear. Doña Teodelina Fernández y sus hijas, las señoras de Lezica y de Errázuriz dieron forma á una iniciativa que estaba en todos los corazones: una colecta espontánea en favor de los sobrevivientes de ultracordillera y una fiesta para arbitrar mayores fondos.

Conocido por las damas de Santiago, se reunieron con doña María Errázuriz de Riesco, esposa del presidente, á la cabeza, para expresar su agradecimiento—que en medio de tantas tribulaciones y cuando debían multiplicarse para atender los miles de caídos, no quisieron demorar la nota correspondiente.

---

(1). Sobre un párrafo del discurso del señor del Solar en el teatro de la Opera.

¡ Cuánto consuelan estas manifestaciones de solidaridad entre pueblos hermanos !

Y encargaron al señor Alberto del Solar expresara en público los sentimientos de las matronas chilenas, que «no sólo era la humanidad que sufría sino la patria que lloraba».

Nunca teatro alguno ha congregado concurrencia tan compacta y elegida como el de la Opera en la noche dedicada á este dolor chileno, la sala en un bellísimo apogeo de conjunto, autoridades, diplomacia, familias representativas.

El vocero de la gratitud chilena habló en el entreacto :

¡ Yo veo desde aquí á esas compatriotas mías, jóvenes unas, ancianas otras, pálidas todas de terror, abatidas por el cansancio y la ansiedad, y enrojecidos los ojos, de los cuales han huído, á la vez, el sueño y las lágrimas, porque de estas últimas derramaron tantas durante la horrible «noche triste», que en sus fatigadas pupilas ha quedado agotado por mucho tiempo el manantial del llanto ! ¡ Y las miro vagar, no obstante, por entre las ruinas de las ciudades muertas, pidiendo á las incomparables energías de su carácter, á la abnegación sublime y al sin igual heroísmo, propios tan sólo de su sexo, un esfuerzo más, para emplearlo aún en beneficio del desamparado, del moribundo, del que va á perder toda esperanza !

La presentación del señor del Solar en el escenario sorprendió. No figuraba en el programa esa nota del corazón, pero fué recibida con especiales simpatías. Que si la generosidad argen-

tina esa noche tuvo una de sus más altas manifestaciones, la cultura chilena supo mostrarse digna de los mayores desprendimientos.

El plenipotenciario de esta gratitud conquistó por la sinceridad de su expresión presentada en exquisita envoltura de elocuencia:

¡ Al clamor inmenso, brotado, á la vez, de millares de pechos angustiados, acuden de distintos puntos de la tierra — semejantes á las walkirias de las leyendas septentrionales,—las diosas de la caridad cristiana,—ángeles ó mujeres, torbellino rumoroso de alas que bate el espacio y, bajando en seguida, va á posarse junto á los cuerpos moribundos, hasta los cuales se extienden manos que brindan filtros de vida y de consuelo!

Entre todas esas hadas, una destácase, soberana, por su solícito afán, gentil hermosura y riqueza del ánfora para derramar sus dones: viste blanca túnica y lleva el esbelto talle ceñido con donairosa gallardía, por una faja color de cielo. ¡ Es la diosa de la Caridad argentina!

¡ Brillante gentileza! ¡ Bella manifestación de hidalguía caballeresca!

Del Solar meditó en seguida á raíz del aplauso cosechado:

Se cumple hoy en Chile esa ley natural que hace frágil y deleznable cuanto brota de la mano del hombre, pero al par cúmplese allí mismo—por cruel ironía,—otra ley, injusta, brutal, no dictada por la sabiduría de Dios, que tiene bajo su poder el movimiento y secreto de la

fuerza, sino ante el capricho ciego del destino por el genio malo é iracundo de la destrucción; aquella ley por la cual cae y muere, en torno nuestro, lo más bello y valioso, lo que precisamente amamos más. ¡ Entre los escombros de Valparaíso—la perla del Pacífico, como se la llamaba,—quedan sepultados, á estas horas, sesenta años de esfuerzo paciente, de hermosas aspiraciones, de nobles anhelos !

Mas, para consuelo de cuantos allí sufren, debe cumplirse, también por compensación, á estas mismas horas, en el espíritu de aquel pueblo fuerte y endurecido por la lucha, una tercera ley, igualmente fatal, si bien alentadora: aquélla que hace que en cada alma humana, individualmente considerada, la esperanza vaya constantemente unida al temor.

Para pueblo semejante, la adversidad es como la tormenta para el marinero: le retempla y fortifica; ó como el huracán para el roble, que al arrebatarle sus más hermosas ramas vigoriza y robustece la fuerza germinadora de su tronco, preparándole para el año venidero otras más frondosas y lozanas.

Tan levantado decir alcanzó sanción inmediata en una explosión de aplausos—un saludo al pueblo de Chile, grande siempre á pesar de todas las desgracias.

¡ Valparaíso en ruinas ! ¡ Ya sepultadas todas las víctimas, destruídas sus casas, desiertas sus orillas—el mar abrumador en su eterno, infatigable grito !

Todos los ánimos sintieron renovada la im-

presión de la primera noticia. Y el orador continuó, la voz clara, para entonar como un miserere y formular una amable profecía :

El alma indomable de Chile, alma que ha sabido siempre sufrir en silencio las pruebas de la adversidad, se recoge toda entera dentro de sí misma en estos momentos solemnes, y os dice : ¡ gracias ! ¡ gracias !...

Sea en buena hora este hermoso hogar social el recinto donde estas palabras se escuchen por vez primera pronunciadas de viva voz por labios chilenos.

Y séame permitido formular una predicción.

¡ Así como durante más de cuarenta años han ido los niños de mi tierra, de generación en generación, á la Alameda de Santiago á contemplar, con embeleso en los ojos y gratitud en el alma, la estatua ecuestre del gran capitán argentino que contribuyera en tan alto modo á darnos patria y libertad, así también irán las generaciones venideras á admirar la placa de bronce que está en vísperas de colocarse en el pedestal de la estatua de Buenos Aires, y cuya inscripción dirá, que en cierto aciago día un cataclismo sepultó en el polvo á veinte poblaciones de la patria, y que, entonces, la ciudad generosa de ultracordillera, esa gran metrópoli, cuya efigie embellece el tradicional paseo, acudió, la primera, á enjugar las lágrimas de los sobrevivientes sumidos en el luto y en la miseria !

Y acaso la fantasía de esos niños les trace en la mente, como evocación del pasado, el si-

guiente cuadro : á un lado de los Andes un gran puerto destruído ; al otro, una capital hermosa y espléndida. ¡ Un inmenso arco iris, como gigantesca cinta multicolor encorvada en el espacio, unirá á ambas ciudades, destacándose luminosamente por sobre las montañas, y apoyando uno de sus extremos en los escombros humeantes del primero, y el otro en las opulentas cúpulas y mansardas de la segunda !...

Y en esa cinta de oro inscribirán ellos, con el alma, y en caracteres de luz radiosa, la siguiente palabra : ¡ FRATERNIDAD !

Oculte la pluma el monto de las sumas recibidas ; nada valieron ellas al lado de las palpitaciones de corazón con que fueron acompañadas. Al llorarse la pena de la hermana dolorida se procuró aliviarla con lo mejor del propio sentimiento.

III.—Congregar bajo una bandera todas las señoras católicas de la República, sin excepción, aun cuando pertenezcan á otras asociaciones piadosas, para unir con eficacia todas las voluntades, todas las abnegaciones y todas las energías, en defensa de los sagrados intereses de Jesucristo y de nuestra Santa Madre la Iglesia — es el propósito de la Liga de damas católicas argentinas, constituída bajo los auspicios de Santa Elena, emperatriz madre de Constantino el Grande, emperador de Roma. En su programa entran todas las obras de carácter católico orientadas hacia la defensa de la moralidad y propaganda de las buenas ideas

y sanos principios, para que las costumbres sociales se ajusten al espíritu del cristianismo ó á contrarrestar el mal é impedir sus avances.

Su constitución es reciente, del mes de noviembre de 1907 y está dirigida por dos comités: el consultivo, presidido por doña Enriqueta Lezica de Dorrego, y el ejecutivo á cuyo frente se halla la señora Ana Elía de Ortiz Basualdo — el primero alto cuerpo determinativo de los lineamientos generales de la sociedad; brazo ejecutivo el segundo, encargado de la acción inmediata, reservada á damas jóvenes, pero llamadas también, á participación directiva.

De proyecciones nacionales, hállase difundida en toda la nación: cada capital de provincia y pueblo importante cuenta su comité propio, con autoridades particulares é independientes para muchas funciones, de una organización que tiene identidades relativas con la organización política del país. Diríase un manto de religión extendido por todo nuestro ámbito, desde las alturas escaladas sólo por el pensamiento, hasta el más desierto valle, para derramar bondades por doquiera — la tranquilidad de la religión en las almas y la ayuda material.

Su desarrollo se presenta vigoroso y lozano.

IV.—Al norte de la Provincia de Buenos Aires, camino de San Fernando, en una hermosa loma alzada cerca del Plata, próximo á las residencias veraniegas de familias pudientes, la

munificencia de la señora Enriqueta Lezica de Dorrego ha erigido un asilo á los niños pobres —hogar de los huerfanitos de padre y madre y refugio diurno de hijos de la miseria.

Es una ofrenda á las memorias de su esposo y de un hijo, concebida y ejecutada con el cariño de los grandes tributos, sin ostentaciones y con sobria sencillez.

Este asilo alivia las necesidades de quienes tienen facilidad de vida durante la permanencia de las familias en el verano, pero deben soportar los rigores del invierno con trabajos limitados, consumiendo como la hormiga de la fábula, los pocos ahorros efectuados en los cuatro meses del estío.

Abarca una extensa superficie y consta de dos pisos, con grandes patios.

En uno de sus extremos se alza una elegante capillita, con entrada para público. Su capacidad alcanza á ciento cincuenta asiladas y tiene escuela anexa, con los accesorios consiguientes.

Una comunidad de Hermanas corre con la dirección de esta casa erigida en memoria de Luis Dorrego Indart y Luis Dorrego Lezica, á cuyo frente el señor Alberto del Solar ha inscripto la siguiente expresiva estrofa como lápida de consagración á las virtudes de las dos personas perpetuadas :

Alma piadosa que á este santo templo
Penetras con espíritu cristiano,
Recuerda en tu oración á los que ejemplo
Fueron de esposo y padre, hijo y hermano.

La señora de Dorrego sostiene á sus expensas su escuela-asilo, de costo superior á trescientos mil pesos, y vigila su desenvolvimiento para acudir con dádivas extraordinarias, tan munificentes como ignoradas.

V.—La «Liga de protección á las jóvenes», fundada y dirigida por señoras, tiene como una especie de complemento, aunque del todo in-



Enriqueta L. de Dorrego.

dependiente, en otra insitución de caballeros, de fines idénticos, presidida por el doctor Emilio Condomí.

Esta sociedad ha gestionado la sanción de leyes especiales, demostrando una perseverancia que es augurio de éxito seguro, bien que deberá vencer todos los obstáculos, temores y resistencias que ofrece toda la llamada legislación social.

La acción de estas dos instituciones se ha

hecho notar en el misterio de grandes desastres evitados, cuya divulgación hubiera podido ofrecer fantasías á la novela folletinesca, pero jamás hubiera resultado correlativo con los propósitos que inspiraron las dos fundaciones.

En los dominios «tenebrosos» tienen tendidas redes permanentes y las autoridades policiales concurren á prestarle las necesarias ayudas efectivas.

Y hasta en el viejo mundo ha repercutido su existencia—los capitanes de buque de los primeros propagandistas en su legítimo anhelo de no ser elementos involuntarios de la infamia. Los «homes» cobijan las pobres desgraciadas cuyos peligros ellos denuncian, mientras agentes reservados siguen paso á paso y vigilan los elementos sospechosos.

CAPITULO XVI

GRUPO DE OBRAS

1907

I.—«Stella Maris».—Una obra en Mar del Plata.

II.—Despensa del Sagrado Corazón.

III.—Para los niños de Flores.—Un externado de oficios.

IV.—El Padre Juan Auweiler.

V.—Otras instituciones.

VI.—Consejo Nacional de mujeres.

VII.—Los grandes diarios.—Lo obra de «La Prensa» y de «La Nación».

I.—Mar del Plata, centro obligado de la aristocracia porteña durante los meses más fuertes del verano, tiene, también, una manifestación brillante de nuestra caridad. Doquiera vaya la mujer argentina, brotan las obras de misericordia.

Refugiadas en sus castillos señoriales, dueñas de toda la lomada de las grandes perspectivas al mar—caprichosa fantasía de un ensueño de poeta,—en las aisladas chozas de los pescadores de los contornos,—fecundos en leyendas y con Grazielas aguardando el Lamartine que habrá de inmortalizarlas, — muchos pequeños recogían las migas de los manteles palaciegos,—la madre en las tareas de la playa,—el padre,

—aguerrido y fuerte,—siempre ocupado en sus redes.

El «Castillo del torreón» con su leyenda de monje, se alza en la cumbre dominando todo el cuadro de ventura y de miseria; abajo, las olas rompiendo contra las rocas en su bramar espumoso—el Océano invitando á pensar en Dios.—Y en la tarde, al sangrar en el horizonte los últimos desgarramientos del crepúsculo vencido, la estrella de los mares surge límpida y pura... Entonces, junto á la torre convergen muchos ecos y quiebran los vientos sus furias, y la imaginación del creyente — sobrecogido ante la grandiosidad del conjunto,—parece escuchar la suave letanía de muchas almas pidiendo á la «Stella Maris» el «ora pro nobis» de los esperanzados.

Las olas continúan su rompiente contra las rocas, y llegada la noche la «Stella Maris» enseña su derrotero al viejo pescador.

«Stella Maris»—«ora pro nobis», rezaban las devotas en sus oraciones,—y la «Stella Maris» oyó la súplica. Fué el 20 de febrero de 1908. Algunos vecinos comprendieron la necesidad de levantar un edificio para capilla y escuela en esa bella lomada, y se reunieron en misión caritativa. Fueron muchos y breve la deliberación. Se nombró presidenta á la señora Ana Elía de Ortiz Basualdo y en la comisión á las señoras Felicia Dorrego de Del Solar, Carmen Alvear de Christophersen, Josefina Achával de Cantilo, Mercedes Zapiola de Ortiz Basualdo, María Luisa Martínez Chás de

Leloir, María L. de Bellocq, Josefina Pirán Basualdo de Ferrer, Adela Unzué de Leloir, María Unzué de Blaquier, Felisa Ortiz Basualdo de Alvear y Ana Teresa Ortiz Basualdo de Olazabal, y señores José Luis Cantilo, Alberto del Solar, Bernabé Ferrer, Federico de Alvear, Adolfo Blaquier y Carlos A. de Olazabal.

La capilla é iglesia proyectadas flotaban en el espíritu de todos los veraneantes de Mar



Ana E. de Ortız Basualdo.

del Plata. Don Emilio Viale facilitó su realización ofreciendo en venta un terreno apropiado por una suma fijada por la comisión. Establecida ésta en veinticuatro mil pesos, en marzo siguiente el internuncio monseñor Locatelli realizó la ceremonia fundamental—acontecimiento de nota en la lujosa playa, coronado por un acto hermoso: la distribución de ropas confeccionadas por las mismas donantes.

Abierta la suscripción, las listas arrojaron fuertes cotizaciones : seis mil trescientos pesos, la señora presidenta ; cinco mil, María L. de Bellocq ; dos mil, Mercedes Zapiola de Ortiz Basualdo ; mil, Adolfo Blaquier y señora, Alberto del Solar y señora, Carlos María de Alvear, Luis Ortiz Basualdo, Inés Ortiz Basualdo de Peña, Mercedes Dorrego, Mercedes Baudrix de Unzué, Federico de Alvear y señora, Antonio Leloir y señora, María Unzué de Alvear, Teodelina F. de Alvear, Isabel H. de Pearson y Dámasa Saavedra de Zelaya.

Se dieron fiestas en un centro casi olvidado, —la casa de familia amablemente dispuesta.

Sus balances han arrojado una entrada total de casi setenta mil pesos, habiéndose iniciado construcciones por ciento veinticinco mil.

Cuando estas líneas vean la luz pública, muchos niños pobres de las cercanías del Torreón cursarán las aulas de su escuela

mirando al mar, de frente al Océano,
que sacudiendo en vano
la roca estéril, sin cesar se agita,

como en el celebrado poema de don Gaspar— escuchado y traducido en dones el «ora pro nobis, Stella Maris» de las feligreses veraneantes de Mar del Plata.

II.—El Colegio del Sagrado Corazón, de la calle de Callao y Juncal—establecimiento educacional con la acentuación aristocrática conciliable con su carácter religioso,—tiene una Congregación de Hijas de María formada con mu-

chas de las niñas educadas en la casa. Las afiliadas se reunen temporariamente en romería de piedad ó en retiro de penitencia espiritual.

Al mismo tiempo realizan caridad con su «Despensa de pobres», concepción de la Hermana Emma — Madre Buena, como algunos la llaman.

Dos pequeños cuartos conservan el tesoro de esta despensa, de la cual salen muchos alivios para familias muy necesitadas, elegidas de entre hogares cuyos jefes han estado enfermos.

Hace un año nació á la realidad, constituyéndose una comisión de damas bajo la presidencia de la señora Ernestina Llavallol de Acosta. Con donativos particulares y de casas de comercio, una ayuda del Jockey Club, y las cuotas de algunas suscriptoras, esta institución empieza á extender sus redes protectoras alcanzando ya á cien las familias que benefician de sus mercedes, previa una visita de inspección hecha por las mismas damas para asegurar la procedencia de la ayuda pedida.

III.—El 19 de junio último inauguraba su primera casa de protección para varones, la sociedad Escuelas y Talleres parroquiales de San José de Flores, en edificio propio construído en un terreno donado por don Pascual del Valle.

Fruto remoto de una iniciativa del anterior cura parroquial monseñor Manuel Camaño realizada sobre la base de un colegio más modesto fundado en 1904 por su antecesor el Padre

Carranza — sacerdote de relevantes merecimientos,—este nuevo número de la caridad argentina ha extendido la acción en favor de la infancia desvalida, en un barrio que ansiaba un establecimiento de esta naturaleza.

Verdadero externado de oficios, de clases prolongadas muchas horas, ofrece al niño el complemento de protección no encontrado en su hogar modesto, cuyos jefes deben abandonarlo para entregarse á las tareas del taller ó de la usina. Allí reciben los primeros hábitos de la labor y forman la más sana plataforma de su futuro desarrollo moral. La ciencia de la educación hace radicar toda la virtualidad de sus enseñanzas en este prólogo de la vida del niño pobre, pues sus inclinaciones reciben el oriente de las fuerzas que lo mecen ó lo impulsan. Substraerlo de la calle, ejercitar su imaginación inquieta, regular sus fuerzas, encaminar sus pasos, inculcarles principios puros, ideas elevadas y sentimientos nobles, es el programa general de esta casa. Y como debe ser desenvuelto á base de la atracción propia de todos los protegidos, en un ambiente de simpática generosidad, con tolerancias, de tal suerte que el niño busque salvar sus dinteles, porque al amparo de su techo encuentra un bienestar no alcanzado en su vida de privaciones y de miseria, el flamante instituto ha recibido la aprobación de los mismos pequeños y de sus padres y madres, tan refractarios, por ignorancia, á esta clase de casas, porque á la educación metódica y progresiva de sus hijos pre-



Escuela Taller de San José de Flores.

fieren el provecho inmediato de una industria callejera cualquiera, que sin exigir estudios proporcione algún salario.

La nueva Escuela Taller de San José de Flores cumple una misión importante en una aureola de simpatía extendida por momentos. En menos de dos años ha reunido los ciento cincuenta mil pesos para costear su edificio propio. Las familias pudientes de Flores velan por el desarrollo de la institución, presidida por una inteligencia brillante y una voluntad firme : la señorita Consuelo Ramírez.

Quizá en esta Escuela-Taller se haya recibido una serie interminable de pequeñas generosidades renovadas sin cesar, pero sus archivos registran donaciones importantes : ocho mil pesos adjudicados en la testamentaría de las señoritas Nieves y Azucena Buttler—diez mil de los herederos de la señorita Mercedes Dorrego,—insigne bienhechora de la casa cuyo nombre llevan el salón de fiestas y un aula del segundo grado, pues «sumando las donaciones de la ilustre extinta y las del doctor Luis Ortiz Basualdo, las han costeado superabundantemente» ;—tres salones construídos por la señora Inés Ortiz Basualdo de Peña en memoria de su señora madre doña Magdalena Dorrego de Ortiz Basualdo, Aurelia y Ventura Unzué en recuerdo de su hermana Elvira y por la familia de Marquez para perpetuar el nombre de doña Eulogia Blanco de Marquez ;—otra sala donada por las «Hijas de María de la parroquia» y una última por doña Máxima Morrillo de O'Gorman.

Terminado el edificio y sin recursos para ser habilitado, la familia de Ortiz Basualdo, en sus distintas ramas, y con el sigilo de todos sus actos, proveyó á su mueblaje y hoy cerca de doscientos niños disfrutan los beneficios prodigados por intermedio de Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Los menores aprenden también música en una clase establecida y costeada por el doctor Luis Ortiz Basualdo, como recurso preventi-



Consuelo Ramírez.

vo contra la taberna para el hombre del futuro: quien domina un instrumento, tiene cultivado su espíritu y jamás puede sentir el hastío de grandes ocios.

La memoria de esta sociedad trae una mención de reconocimiento para el doctor Luis Ortiz Basualdo, por sus liberales donaciones, su valiosa influencia y su extraordinario interés, y en páginas que hubiera querido evitar se publicaran, aparece su nombre como adquirente

con la señorita Mercedes Dorrego, de setecientas ochenta varas para el edificio, y costeando el cielo raso del salón de fiestas y los muebles y el seguro del edificio.

IV.—Operario infatigable dedicado al alivio y bien del prójimo, el padre Juan Auweiler lleva treinta y dos años en Buenos Aires ocupado en estas tareas. Hacia 1866 alcanzó la terrible epidemia del cólera, y para combatirla sufrió fatigas y expuso su vida, siendo el más solicitado de los Padres como asistente de enfermos.

De este largo apostolado, continuado aún á pesar de sus setenta y ocho años, no debe preguntarse á los gacetilleros de la prensa, pues no le conocen. Su trabajo carece de todo boato, y lo realiza en los hospitales, casas de aislamiento, conventillos y lugares pobres, donde acude cada día á remediar miserias. Ejercita sus ministerios y está fijo en el confesionario hasta media mañana. Después toma su manteo y va donde hay una necesidad. Y ésa es su ocupación por la tarde.

Penetrado de la urgencia de saber lenguas para socorrer al prójimo, ha estudiado con tenacidad hasta dominar el castellano, inglés, alemán, francés, italiano y árabe. Y pudiera decirse que para hacer el bien y ayudar á las almas se acomodaría á cualquier idioma (1).

Una celda en el Colegio del Salvador sirve de refugio á este Padre silencioso—especie de

---

(1) Ms. del P. Hernández.

sombra viviente, alto y delgado, los cabellos canos, la vista al suelo casi siempre, la voz apagada por los años,—que los alumnos del establecimiento ven cruzar por los patios en sus continuas entradas y salidas de la casa. Pero ni sus superiores conocen los hechos de tan incansable anciano, muy querido en el Hospital Francisco Javier Muñiz, centro de infecciones virulentas que han sabido respetar ese organismo si endeble, con la fuerza de la suavidad y tan alejado de la vida ordinaria del mundo como si hubiera querido reconcentrar su espíritu en una misantropía sacudida sólo para realizar obras gratas.

V.—Para completar el complejo cuadro de la caridad corporativa, debe mencionarse la Sociedad de Beneficencia Austro-Húngara, Francisco José I—el «Victoria Sailor's Home», para marineros, erigido frente al Paseo Colón en conmemoración del jubileo de la Reina Victoria ;—la Sociedad Hermanas de Dolores, de Belgrano, establecida en 1881 y con dos asilos importantes en los cuales se ha distinguido, por su trabajo, la señora Josefina Mitre de Caprile ; —la Protectora de los Pobres de Ntra. Señora de la Merced, meritoria y eficáz, vigilada por nuestras principales familias ; — las escuelas del Divino Rostro, en la parroquia del Socorro, costeadas en gran parte por la señora Dámasa Zelaya de Saavedra y sus hijas María Luisa y Mercedes en donación conjunta de trescientos mil pesos ; — la Villa Paraíso,

sanatorio, en formación, para leprosos, bajo la presidencia de doña Emilia Chopitea de Senillosa ; — la Escuela Taller de Trabajo manual femenino de la calle Charcas y Esmeralda atendido con solicitud por una comisión dirigida por la señora Sara Cané de Drago Mitre ;— la sociedad de Asistencia á domicilio de enfermos pobres no hospitalizados por falta de camas y cuyas afecciones quedarían abandonadas al empirismo de personas oficiosas, y á la cual doña María del Carmen Coni dedica sus mejores horas ;—el hospital «Pedro Fiorito» construído en Avellaneda por sus hijos con un desembolso de trescientos cincuenta mil pesos ;—el Asilo Dulce Nombre de Jesús, establecido el 30 de agosto de 1902 por el dominico fray Alvaro Alvarez y Sánchez en el edificio del antiguo Hospital Italiano, protegido con munificencia por doña Margarita C. de Girado y últimamente enriquecido con un terreno donado por la señora Elena Torres de Muñiz ;—el colegio «Carlos Pellegrini» erigido en el Pilar por los amigos del gran repúblico ;—el hospital holandés, en formación como resultado del «fondo Jongewaard de Boer», establecido por don Jacobo de Boer, antiguo cónsul general de los Países Bajos, y su señora ;—la cocina popular Santa Margarita, en la calle Constitución y Ceballos, sostenida por las Hijas de María Inmaculada del Colegio de la Providencia, no alcanzada á ver funcionar por la Hermana Margarita, en el mundo Laura Vareillaud, su fundadora, en un corolario á su dedicación á

los enfermos pobres — religiosa de ternura y solicitud con los niños desamparados ;—el Colegio Estrugamón en Chacabuco ;—el asilo «Coronel Fraga», en Barracas ;—la escuela refugio de San Camilo Selis en la calle Anchorena ;—la asociación helénica que acaba de colocar la piedra fundamental de un asilo en los alrededores de Palermo, calle San Salvador ;—el acreditado «children's Home» ;—la sociedad Damas Alemanas con un amparo para niños de los dos sexos en la calle General Mansilla, abierto en parte sobre un terreno adjudicado por el señor H. Fremery, para veinticuatro criaturas y doce viejecitos y una sucursal para varones mayores de once años en el Baradero ;—la sociedad Protezione Asili d'infanzia donde los niños «juegan á aprender, aprendiendo á jugar» ; —el asilo de la Sociedad de los Desamparados, en el Caballito, con muchos años de existencia ;—las sociedades de beneficencia, Hijas de Helvecia, Suiza, próximas á su refundición para abrir un gran asilo general ;—la Euskal-Echea con asilos, escuelas y talleres renombrados ;—instituciones caritativas belgas y portuguesas ;—establecimientos de las Hermanas de N. S. del Huerto ;—el Taller del Sagrado Corazón de Jesús, para refugio de criadas, por la calle Paraguay y Talcahuano ;—las Hermanas Mercedarias del Divino Maestro, fundación de la Madre Sofía Bunge, con colegios y costureros en la calle de Córdoba, en la de Florida y en la Floresta ;—y en capítulo aparte el Ejército de Salvador, sostenido con todos los despo-

jos del bienestar general y que en medio de las más grandes estrecheces ofrece comidas á precios ridículos por lo reducidos y albergues tan baratos como para obtenerlos con el más leve de los esfuerzos, y que se multiplica en los barrios paupérrimos para ser colmena de miserias, y otros más colegios y refugios á cargo de colectividades extranjeras señalándose por su carácter superior la Sociedad de Educación Industrial fundada por el doctor Norberto Piñero y que ha tomado importantísimo desarrollo, y la de protección á los niños vendedores de diarios últimamente fundada y que preside la señora Mercedes Elortondo de Alvear.

Suplemento necesario de esta catalogación de instituciones son el Asilo Maternal de Lomas de Zamora y el Hospital «Lucio Meléndez» en Adrogué, y algunos institutos de caridad y protección establecidos en las localidades de veraneo de las familias pudientes, por su iniciativa y bajo su custodia, en un reguero de acciones superiores jamás interrumpidas.

Siendo jefe de Policía el general Rosendo N. Fraga lanzó la idea de fundar asilos parroquiales para niños abandonados, habiendo dado como consecuencia el establecimiento de algunos refugios benéficos.

VI.—El Consejo Nacional de mujeres reune mensualmente á las damas de pensamiento, para velar por la suerte de las mismas. Sus deliberaciones resultan exponentes de intelectualidad, pues estudian las instituciones propias de la

mujer, en trabajos de aliento. Edita una revista, hermoso registro general de institutos y archivo minucioso y prolijo de nuestra acción misericordiosa. En relación directa con el Consejo Internacional, presidido por la condesa de Aberdeen, reune fuerzas dispersas, orienta rumbos, estimula, consagra y desenvuelve energías.

Cada año realiza la «fiesta del libro», en acto público ante la sociedad de Buenos Aires, y distribuye tomos entre las obreras, como propaganda de ideas sanas y con fines de moral educativa. Tres mil volúmenes seleccionados forman su biblioteca, de fácil acceso para la mujer. De ese centro, atendido con solicitud por su presidenta señora Carolina L. de Argerich, salen remesas de libros para los hospitales, presidios, penitenciarías y cárceles de la nación, en ansias de llevar hálitos de regeneración, realizando los ideales de la ilustre Concepción Arenal. En cada casa establece una biblioteca y, madre amorosa, continúa nutriéndola con nuevos volúmenes.

Una oficina central de informaciones caritativas y de ayuda social, establecida por iniciativa de la señora Marcelina I. de Pita, facilita al público el conocimiento y utilización de los diferentes servicios que prestan las sociedades de beneficencia, de ayuda social, de instrucción del hogar, profesionales ó artísticas en la capital, provincias y territorios.

Lanzada la idea de su establecimiento, por la señora Doctora Grierson y reunidas las primeras adherentes, después de una labor pacien-

te de convicción, hasta vencer las desconfianzas propias de la implantación de nuevas sociedades, con proyecciones tan vastas, la señora Albina van Praet de Sala ha sido su única presidenta y á su labor se atribuye la vida del Consejo. De cerebración propia, aplicada, lectora paciente, no rehuye tarea alguna y en todas deja signos indelebles de su personalidad. De carácter suave, hasta su voz pausada atrae



Albina van Praet de Sala.

con simpatía. Presidenta reelegida de la Sociedad de Beneficencia, la gran institución la reconoce autora de iniciativas de progreso, entre ellas el nosocomio para tuberculosas en construcción en General Rodríguez.

VII.—Los grandes diarios tienen conquistado un acápite especial dentro de nuestro cuadro caritativo; son los grandes propulsores de

todo su movimiento; sus columnas están siempre abiertas á las iniciativas elevadas, á las cuales siguen paso á paso para formar á su alrededor la opinión necesaria, presentar la realidad de las obras, demostrar su necesidad y proyecciones y hacerse, en una palabra, su verdadero aliado.

A esta adhesión general de propaganda inherente, en cierto modo, la misión periodística moderna, los grandes diarios han unido una contribución propia de importancia, en primer término «La Prensa», estableciendo unos consultorios médico-quirúrgico cuya clientela mensual pasa de tres mil pacientes, en los cuales el enfermo puede guardar incógnita, y el consultorio jurídico á cargo de letrados que á una tarea de gabinete agregan su concurrencia á los tribunales y archivos para acompañar los clientes gratuitos. Este gran diario posee también una biblioteca pública y sostiene clases de música y de gramática, habiendo establecido sus divulgados «premios á la abnegación» (1).

¡Cuántos actos de arrojo, tiernamente conmovedores, ha registrado la crónica periodística, en pos de cuyos autores, por lo general obreros obscuros de la colmena social, «La Prensa» ha acudido para exhibirlos en su elevado nivel de hombres de gran corazón y de valor!

Junto á estos premios «La Prensa» ha instituído uno anual de mil pesos para la persona

---

(1) Véase Tomo I, Cap. XI, pág. 195.

que haya enseñado á leer en idioma nacional á mayor número de analfabetos dentro del territorio de la República, como estímulo á la educación, y aparte de estos servicios publica anuncios gratuitos á pobres sin trabajo; inicia subscripciones públicas y por todos los medios procura tender la mano á los necesitados.

«La Nación» hállase vinculada á las grandes iniciativas caritativas, por su propaganda incesante y sostenida. Sus páginas aparecen abiertas á la difusión de todas las instituciones: el Instituto Nacional de Ciegos no reconoce otra causa para su evolución actual y la obra de los consultorios y dispensarios de niños tuvo en ellas su incubación realizando la subscripción de setenta mil pesos que perpetúa su nombre en la segunda Sala-Cuna del Patronato de la Infancia.

Todos los otros diarios son acreedores á una mención de reconocimiento á su intervención caritativa: «La Argentina», á base del reportaje impresionante;—«El Diario», cuya «vida social» ha sido el secreto y la base para muchas de las grandes fiestas de misericordia «hechas» con su presentación minuciosa y amable, caldeando el ambiente, obligando á todas las atenciones;—«La Razón», de ediciones que al multiplicarse llevan hasta el infinito su propaganda;—y «Tribuna» y «El Pueblo», católico y, por tanto, con componedores siempre listos para recoger las manifestaciones de la caridad.

CAPITULO XVII

SOCIEDAD DE BENEFICENCIA.—BOSQUEJO DE CONJUNTO

1823-1911

I.—Influencia moral de su fundación.—Paralelo con la Junta de Damas de Carlos III.—Una contestación de la señora de Rivadavia.

II.—Educación de la mujer argentina.—Su verdadera cuna.—Unión ejemplar.

III.—Un decreto de 1835.—Reducción de gastos.

IV.—En la reinstalación.—La ley de municipalidades y sus escuelas.—Don Valentín Alsina.

V.—Entrega de las escuelas al Consejo de Educación.—Interesante nota.—Una carta de Sarmiento.

VI.—Nacionalización de la Sociedad.—Un proyecto del Dr. Gil.—Alegato brillante y triunfo.

VII.—Renuncia de la Casa de Expósitos.—Decreto honroso.—La Facultad de Medicina y los hospitales de la Sociedad.—Opinión del Dr. Gutiérrez.

I.—Todos los padres miraron como en una transfiguración patriótica, iluminada con los rayos de la gloria y las bendiciones del porvenir, á las señoras del grupo oficial congregado en la iglesia de San Ignacio para distribuir los primeros «Premios á la Virtud» establecidos por Rivadavia á cargo de la Sociedad de Beneficencia, que acababa de fundar.

Las compañeras de los héroes y de los prohombres de Mayo — continúa López (1), — to

---

(1) V. F. López, tomo VII págs. 141 y sigs.

maban bajo su amparo la suerte y el adelanto de las generaciones futuras de los patriotas de Mayo. Y ya puede comprenderse la animación general con que las familias corrían alborozadas al magnífico y espléndido espectáculo, en que los colegios de huérfanos y las criaturas de la Casa de Expósitos, vestidas con el blanco y celeste patrio, tenían el puesto de honor al lado de las matronas que las recibían como hijas primogénitas de su amor y de su patriotismo. Inútil será decir la figura que hacía el creador de aquella maravilla en medio de la pompa con que se celebraba una de sus mejores obras.

Momentos de inmensa y merecida satisfacción para Rivadavia debieron ser aquellos en que se veía realizando en Buenos Aires una de las instituciones más atrevidas y de más noble índole del reinado de Carlos III.

La Junta de Damas — dice Gebharht, — fué erigida en 1775 por el rey Carlos III, y en ella entraron las matronas distinguidas de la nobleza, infantas y princesa de Asturias, para tomar á su cargo la dirección de las escuelas y fomento de los ramos industriales adecuados á su sexo... Data, igualmente, del mismo tiempo la fundación de muchas escuelas gratuitas de enseñanza para niños pobres y desvalidos. Y en 1781 estableció premios sobre la manera de ejercer la caridad y virtudes de la mujer.

Con esa trascripción, el doctor López dejó establecida la verdadera fuente de inspiración

de Rivadavia cuando debió resolver la forma de velar por la marcha de los establecimientos á cargo de la disuelta Hermandad de la Santa Caridad. Pero su concepción de 1821 fué, desde luego, de mucho mayor alcance y con bases más sólidas que la institución real de la vieja España, pues su desarrollo ha seguido el desenvolvimiento del país y su vida, lejos de ser efímera y de tener el brillo fugaz de los relámpagos, ha subsistido á través de todas las épocas manteniéndose siempre lozana. Un sentimiento de intenso amor ha presidido todos sus actos, inspirados siempre en el más sano patriotismo y en la más pura caridad.

Las trece primeras damas fundadoras cumplieron su misión dejando ejemplo para el futuro.

Fué una congregación de laboriosas, desenvolviéndose en un marco de altísimo prestigio social. Desde el primer momento se tuvo á honra formar parte de ella, bien que cada señora, antes de felicitarse por el éxito de una elección, jamás codiciada, meditaba con timidez sobre sus condiciones y aptitudes para las delicadas funciones.

Tan así, que la esposa del mismo fundador, doña Juana Pino de Rivadavia contestó su designación con inimitable candor: «La que suscribe ha tenido la honra de recibir una nota datada á 3 del corriente, por la cual se le instruye de que la Sociedad de Beneficencia le ha dispensado la distinción de elegirla para entrar al número de las que componen tan recomenda-

ble corporación; y de que el Superior Gobierno se había dignado aprobar esta elección. A la que suscribe asiste una conciencia que le pone siempre delante y bien en claro su insuficiencia; más ella misma en esta ocasión le ha demostrado sus deberes, á los que ella cree que es de su obligación subordinar el sentimiento de su incapacidad. Pero al hacerlo, aceptando el cargo con que se le honra y separando las órdenes de esa Sociedad, ella se libra con la confianza que le inspira la indulgencia que espera de la bondad de todas las señoras que componen la Sociedad propiamente de beneficencia; á quienes ella tiene la honrante complacencia de protestar su consideración y respeto.»

Y firmó esta contestación con la misma espontaneidad revelada en la repetición de sus vocablos. Y cabe pensar en cierto cuidado puesto en la preparación de la nota, pues no era habitual en la dama de 1823 hacer comunicaciones oficiales. Puede conjeturarse, además, que ni el mismo Rivadavia la conoció antes de ser remitida; en ella hubiera dejado, seguramente, algo de su timbre personal.

II.—Con verdadera decisión y empeño por parte de cada una de las señoras—doña Mercedes de Lasala de Riglos, reflexiva, dirigiendo é impulsando á la talentosa María Sánchez de Mendeville y á la romántica Isabel Casamayor de Luca,—la Sociedad de Beneficencia hizo prodigios en la atención de las casas de caridad puestas á su cargo, pero reconcentró tantos

esfuerzos en la educación general de la mujer como para poder decirse que las escuelas de niñas constituyeron una de sus principales preocupaciones.

La importancia de esta acción podrá juzgarse considerando la dominante pobreza de cultura intelectual femenina : las armas exigían una consagración absoluta, aun no definitivamente consolidada nuestra organización interna ; sólo se pensaba en la guerra y en los caudillos mientras se esbozaban los lineamientos de las nuevas instituciones. Entre tanto, las damas de la beneficencia—compañeras inseparables de los Padres de la Patria,—velaban por la educación con una enseñanza casi intuitiva, mejorada día á día, mas por esfuerzo de doña María de la Concepción Cabrera de Altolaguirre y de Cipriana Viaña de Boneo que por la capacidad de las pobres maestras, muchas de ellas improvisadas, quizá, en la imperiosa necesidad de abrir nuevas escuelas—si nunca reputadas como academias de pedagogía, siempre recordadas como la verdadera cuna de la futura instrucción pública de la mujer argentina. Miles y miles de niñas aprendieron en ellas las primeras letras, y en sus aulas, al contacto de las viejas monitoras—almas llenas de candor en sacos sin fondo, de virtudes,—se fortificaban en los preceptos de moral heredados de sus mayores.

Fueron, también, muy empeñosas en aquellos días doña Justa Foguet de Sánchez, Josefa Gabriela Ramos Mexía y María del Rosario de

Azcuénaga—y puede reverenciarse este desfile de apellidos de honra.

En aquella reunión de esfuerzos no hubo mayores ni menores: si el talento brilló con luz propia sobre la frente de alguna de las damas, su luz jamás encandiló las virtudes de sus compañeras—prudentes unas, laboriosas otras, formando un conjunto homogéneo é indivisible que obraba como una sola cabeza, siempre unidas las señoras, siempre de acuerdo y siempre presente su gran misión de caridad. Y doña Estanislada de Cossio y Gutiérrez, y Joaquina Izquierdo, y Manuela Aguirre de García, y doña Isabel Agüero de Ugalde, y Bernardina Chavarría de Viamonte, y María Martínez, y Lucía Rivera de López y todas las otras compañeras nombradas para atender las nuevas escuelas, cooperaron á la misma unión de principios y de acción.

III.—Así llegó la sociedad con sus expósitos y huérfanas y colegios, hasta el año treinta y cinco. El gobierno de la tiranía redujo sus gastos en 17 de octubre, «en atención al estado de la Hacienda Pública, á sus ingresos y á la enorme deuda que gravitaba sobre el tesoro haciendo indispensable limitar los desembolsos á lo absolutamente necesario y compatible con los recursos del Erario.»

Rozas no procedió por sorpresa para dictar este decreto. Previamente pidió á la Sociedad le pasara un plan de reforma y á él hizo refe-

rencia aunque expresando su conformidad sólo «en parte».

En la desorientación de su omnipotencia y en su raro empeño de ahogar indirectamente la Sociedad, aun cuando debía reconocerse el respeto y consideración que tenía por su presidenta, la señora de Garrigós, otras veces mencionada, Rozas olvidó la alta función social y administrativa desempeñada por las damas, y con pretextos económicos dictó un verdadero reglamento, encerrándola en algo así como un aro de hierro candente que al enfriar la oprimiera y torturase.

En ese decreto se asignó el gasto anual para útiles de cada escuela de campana y ciudad y el monto de alquiler de sus respectivas casas, fijando en cien el número de alumnas de cada una ; rebajó á trescientos los seiscientos pesos acordados como gastos de sala, á quinientos los mil para extraordinarios y á la mitad los cuatro mil de premios á la virtud.

Del primero al quince de cada mes la presidenta debería pasar al Gobierno, relaciones nominales del personal de escuelas, haber de cada una, alquileres de las fincas y gastos realizados, para el decreto de pago y abono por el Habilitado, en manos propias á los interesados.

Redujo á mil quinientos pesos los gastos del Colegio de Huérfanas y fijó en veinticuatro y doce, respectivamente, el total de protegidas por la ciudad y campaña, circunscribiendo su enseñanza á la sana moral, doctrina cristiana, lectura, escritura, cuatro primeras reglas de su-

mar, restar, multiplicar y partir ; y «en costura, aquello que pertenezca saber á una joven pobre, para ayudarse á las necesidades de la vida.»

Suprimió las pensionistas y alumnas del Colegio de Huérfanas por ser su educación gravosa al Erario y pertenecer, por lo general, á padres pudientes, y varió la fórmula de ingreso de las candidatas : La rectora debería preguntar : —¿Prometéis ser fielmente adicta á la causa nacional de la Federación que han jurado sostener todos los pueblos de la República Argentina, y comportaros en el colegio de tal modo que algún día seáis el honor de nuestra patria?—y la candidata responder :—Sí, prometo.

Don Agustín Garrigós refrenda la firma de este decreto.

Sólo el deseo de mantener á costa de cualquier sacrificio los establecimientos de la Sociedad de Beneficencia, y la vinculación oficial de su presidenta, cuando estaba vedado hacer manifestación alguna en desacuerdo con el Gobierno, pudieron decidir á las señoras á continuar en la institución, desvirtuada por el decreto al extremo de limitar el número de sus alumnas y de disponer la entrega de sus fondos por medio de un Habilitado, en mano propia de cada empleada, de cada propietario de casa ó de cada proveedor.

Pero los tiranos no afrentan. La Sociedad de Beneficencia continuó sin rendirse hasta que el 4 de febrero de 1842 Rozas dictó el muchas veces recordado decreto disponiendo la clausura

de los establecimientos impotentes para subsistir por sus recursos propios.

Tampoco este segundo golpe dió en tierra con la Sociedad; las casas siguieron funcionando á ocultas hasta el triunfo del general Urquiza.

IV.—En su aletargamiento obligado, durante la noche, interminable, de la tiranía, las señoras habían seguido confiando en el futuro y la naciente aurora institucional las encontró de nuevo empeñosas. La señora de Garrigós tuvo colaboradoras de valía, María Sánchez de Mendeville en el Hospital de Mujeres, Isabel Casamayor de Luca haciendo los nuevos reglamentos para las escuelas de niñas (1) y este resurgir tuvo mucha analogía con los comienzos de 1823, repitiéndose una acción casi idéntica en su intensidad y proyecciones.

Los establecimientos hasta entonces clausurados hicieron rechinar sus goznes, no enmohecidos porque en tiempos de la mazorca las damas se habían ingeniado para prodigar á escondidas la caridad; fueron distribuídos de nuevo los premios á la virtud, de cuyo espectáculo sólo se sabía el relato repetido en las intimidades de los hogares con esa encantadora fantasía con que la tradición rodea los grandes acontecimientos ya pasados, y la Sociedad de Beneficencia había revivido esplendorosa, al amparo de un Gobierno que tenía á su frente al doctor Vicente López y en un ministerio á don Valentín Alsina.

(1) Véase tomo I.

La ley de creación de las municipalidades, dictada entonces, tuvo relación con la Sociedad de Beneficencia en cuanto disponía que las escuelas quedaban bajo la dependencia de aquéllas—rol secundario rechazado de lleno por las señoras, para sus colegios de niñas.

Y como la libertad de manifestar el pensamiento en el nuevo régimen institucional establecido era un hecho, las señoras se hicieron oir, con tanto fundamento, que los señores Alsina, Villegas y Somellera presentaron un proyecto de ley disponiendo la exclusiva dirección y dependencia del Gobierno de las escuelas públicas de la ciudad y campaña, como un medio de colocar las de niñas á cubierto de la política de comuna, encaminada hacia rumbos diferentes de los educacionales.

Las sesiones de 12 y 14 de agosto de 1856 en el Senado de la provincia, resultaron memorables y en extremo interesantes. El mismo doctor Alsina que había intervenido en la sanción de la flamante ley municipal, la proponía enmiendas antes de entrar en vigencia. En conocimiento del error, el doctor Alsina se apresuró á salvarlo en la mejor forma : en las ideas de rectitud de aquel hombre—rayanas á veces en candidez,—difícilmente entraba la posibilidad de mala fe en los hombres públicos : juzgaba á todos por sí mismo, lo cual era, sin duda, uno de sus nobles defectos (1).

---

(1) Ms. del general Mitre.

intenso y sostenido el debate, la oratoria lo enriqueció con hermosas páginas.

El señor Calvo veló en favor de los derechos adquiridos por la Sociedad de Beneficencia y analizó su obra, historiándola á grandes rasgos:

La Casa de Expósitos—dijo en uno de sus períodos,—la fundó el señor Rodríguez de la Vega, y la Hermandad de Caridad continuó con el Hospital y Colegio de Huérfanos. Nada, absolutamente nada, tuvo que hacer el Cabildo: yo he tomado el trabajo de pasar por la Contaduría y he visto que desde el 1.° de enero de 1826 hasta la fecha, ha vendido el Gobierno bienes pertenecientes á la Hermandad de Caridad y Colegio de Huérfanas, propiedades suyas, cuya lista tengo en mi poder, que montan á seiscientos noventa y dos mil quinientos noventa y dos pesos fuertes, que hacen quince millones moneda corriente aproximadamente. Estos eran bienes legados ó donados á los establecimientos que hoy tiene la Sociedad de Beneficencia; quince millones que con los réditos corridos, subirían á treinta y cinco millones, y quitando la parte que se hubiese gastado, quedarían veinticinco millones. Lo que prueba de una manera concluyente no sólo que nunca fueron municipales, sino que al apoderarse de sus bienes el Gobierno y entregar después á la Socidad de Beneficencia, la dirección de los establecimientos, subvencionándolos, no hizo sino dejarlos continuar por la misma senda en que estaban, cambiando el agente, es decir, promover la ca-

ridad privada por la palabra suave y sentida de la mujer.

La votación final consagró la independencia y diferente origen del comunal para la Sociedad de Beneficencia, que continuó con todas sus originarias prerrogativas.

V.—Años más tarde, en 1876, cuando fué creado el Consejo General de Escuelas, la Sociedad no vaciló en entregar las suyas á ese organismo regular, aunque con el desgarramiento de la madre obligada á separarse de sus hijas. Reconocían las damas la importancia y trascendencia de la nueva repartición, y se inclinaron, respetuosas, ante su misión exclusivamente educacional. Y al entregar sus escuelas, dirigieron al ministro de Gobierno, doctor Aristóbulo del Valle, una nota interesantísima, en la cual las damas analizaron la obra educacional cumplida:

«El objeto principal para que fué creada la Sociedad consta del artículo 4.° de su decreto de fundación: «La Dirección é Inspección de Escuelas de Niñas.» El sabio estadista que así lo dispuso, explanó su idea en documentos notables que honran la memoria de sus virtudes cívicas y de sus talentos administrativos. Quiso levantar el nivel moral de la sociedad dando entrada en su administración al elemento hasta entonces desdeñado, de la mujer; y encomendándole la función de madre para con las hijas del pueblo necesitadas de educación gratuita, dejó á la Sociedad entera libertad para proce-

der en este noble encargo con las luces y el celo que sus matronas creyeran más acertado, haciéndose el Gobierno un deber de facilitar generosamente los fondos pecuniarios del Erario y de manifestar en toda ocasión la más atenta deferencia y agradecimiento.

»El señor Rivadavia contaba con que, á medida que nuevas generaciones se presentaran, iría mejorando también la administración delicada que confiaba á la Sociedad de Beneficencia, de manera que ese progreso fuese positivo y bien arraigado por lo mismo que no venía en un día, trasplantado de fuera, artificial, sino que brotaba y crecía de las entrañas mismas de nuestra sociedad, en vía general de progreso.

»Pocas instituciones se han formado tan sabiamente concebidas, ni tan apoyadas por el pueblo. La rudeza de la tiranía no pudo dar con ella en tierra, mientras destruyó con facilidad todos los establecimientos dedicados á educar é instruir la juventud.»

Revela, en seguida, la nota el sentimiento desinteresado con que se desprendía de las numerosas maestras é infinitas alumnas que poblaban las escuelas fundadas por la Sociedad.

Muchas de esas maestras han sido formadas en la Escuela Normal, creada por la Sociedad, habiendo adquirido una educación tan general y científica como pudiera desearse en los países más adelantados; y como este establecimiento se desenvolvía y perfeccionaba gradualmente, la Sociedad tenía la esperanza de que dentro de pocos años cada una de sus es-

cuelas tendría á su frente una Preceptora digna de ese título por su competencia.

Presenta, luego, paso á paso y jalón por jalón el camino recorrido con las escuelas :

En 18 de febrero de 1823, después de instituída la Sociedad de Beneficencia, se designaron trece damas para administrarla y los trabajos en ese año fueron casi de instalación.

En 1824 se le asignó un presupuesto de cuatro mil doscientos pesos moneda corriente, suma aumentada luego para atenciones de la Sociedad y para costear sus premios anuales á la virtud y á la industria. El número de escuelas en ese año sólo ascendía á seis en la capital, y los ramos de enseñanza consistían en costura, lectura, escritura y cuentas.

En 1824 y 1825 el presupuesto subió á cerca de diez mil pesos moneda corriente. El Colegio de Huérfanas contenía treinta niñas y se ordenó que ese establecimiento costease la educación de una niña pobre por cada partido de campaña. Las materias de enseñanza continuaron siendo las mismas ; las alumnas ascendían á quinientas setenta y una, siendo el mismo el número de sus escuelas y correspondiendo á los distritos de la Catedral, Concepción, Catalinas, San Miguel, Montserrat y Piedad.

Desde 1826 hasta 1833 los establecimientos tomaron gran incremento ; el total de alumnas aumentó, se estableció una pequeña Escuela Normal y se abrieron cuatro de campaña en San Isidro, Chascomús, San José de Flores y San Nicolás de los Arroyos, entre todas con

ciento setenta y nueve niñas. En este año, además de las materias de enseñanza ya enumeradas, se enseñó la gramática, geografía, bordado y otros ramos útiles á la mujer. El presupuesto aumentó considerablemente y la sociedad pudo dar á sus establecimientos mucho mayor desarrollo.

El bloqueo de los puertos argentinos de 1838 y la situación apremiante en que el Gobierno de Rozas se vió para resistirlo, dió por resultado grandes perjuicios á la Sociedad de Beneficencia, pues aquel Gobierno negó los fondos con que el Erario le subvencionaba y ordenó que se cotizaran las alumnas para pagar la casa, maestra y demás gastos de las escuelas, disponiendo que si por este medio no se podían sostener, cesasen inmediatamente, pues el Gobierno les retiraba la subvención. Tan grave medida dió por resultado la clausura de muchas escuelas y contribuyó á agravar aquella triste época por que atravesaba el país. Hasta el mismo Colegio de Huérfanas fué amenazado, en el mismo año, con la clausura y le fueron retirados los fondos con que se le sostenía. Merced al esfuerzo digno y enérgico de las socias de aquel tiempo, que no ahorraron medios ni sacrificios para sostener á su costo el establecimiento, éste pudo salvarse del naufragio general en que el Gobierno había sumergido el progreso y la civilización de la República.

Esta época luctuosa fué fatal para la Sociedad ; ella tuvo que cesar como institución pública y sólo el culto privado é íntimo de sus vir-

tuosas directoras mantuvo vivo el anhelo de practicar el bien y difundir la educación, con la limosna de los buenos y con el celo de sus administradoras.

La Sociedad desapareció de la escena pública hasta que fué reinstalada en 16 de marzo de 1852.

Entre 1852 y 1858 la enseñanza tomó gran desarrollo ; los ramos de educación fueron mucho más vastos ; el total de alumnas aumentó considerablemente y desde el primero de los años hasta el último varió entre un número aproximativo de dos mil doscientos á siete mil, cifra verdaderamente elocuente y que demuestra el desarrollo tomado por la educación. El número de escuelas en esos mismos años tuvo un aumento de setenta, habiéndose elevado este número en una proporción de diez á quince por cada año.

Resulta interesantísima esta trascripción revelando los detalles de aquella ascensión de progreso incesante.

En el Colegio de Huérfanas á los ramos generales de enseñanza se aumentó el estudio del dibujo, de la música y del francés.

Un hecho trascendental ocurrió en esa época ; en 1853 se fundó la Escuela Normal que ha llegado á un grado de adelanto verdaderamente lisonjero para Buenos Aires. La mayor parte de las maestras de la actualidad han sido sus alumnas y ellas honran la educación de la provincia, por la preparación poco común de que es-

tán dotadas en diversos ramos del saber humano.

Entre 1859 y 1874 se trató por cuanto medio eficaz existe, de obtener un cuerpo de profesoras digno é inteligente. El número de alumnas obtuvo un aumento de tres mil trescientos sesenta y una niñas en cincuenta y ocho escuelas de campaña y tres mil ciento setenta y dos en treinta y seis colegios de ciudad, siendo ciento veinticuatro alumnas de la Escuela Normal.

Y continúa aquel brillante inventario presentado con laconismo. Cuando á principios de este año verificó la entrega de sus escuelas al Consejo General de Educación, la Sociedad creyó hacer un depósito digno á esa nueva Comisión, y que constituía su legítimo y verdadero orgullo.

Ella trató de imprimirle una marcha liberal y de adaptarla á la idea del siglo en que vivimos, llenando los deberes impuestos por las exigencias de nuestro estado social.

El Gobierno del señor Castro la había dotado de excelentes Directoras de Escuela Normal y Superior, y la dirección de la señora Inés E. Tregent, dió nueva forma y nuevos elementos á la Escuela Normal de la calle de Lima, para formar un cuerpo docente de primer orden, incorporando los métodos y sistemas de enseñanza más adoptados de los Estados Unidos.

La Sociedad de Beneficencia no debe ocultar que este establecimiento hacía su orgullo más legítimo y que en él cifraba siempre sus

más lisonjeras esperanzas. Había conseguido implantarlo un vasto plan de estudios científicos y literarios, así también como los elementos prácticos de profesiones útiles á la mujer de los tiempos modernos. La física, química, historia natural y matemáticas han sido estudios en que numerosas alumnas han descollado con brillantez. Y la geografía física é histórica, la cosmografía y los principios elementales de los estudios astronómicos han sido, también, estudiados con verdadera dedicación.

La historia nacional ha formado parte de los programas de la escuela, y en el año último más de veinte alumnas han dado prueba de conocerla á fondo y concienzudamente.

Esa nota, compendio de una historia brillante de medio siglo de actuación, y despedida de la Sociedad de Beneficencia á sus queridas escuelas, fué firmada por las señoras Dolores Lavalle de Lavalle como presidenta y Emma van Praet de Napp de secretaria—las actuales decanas de la beneméria institución.

Sarmiento debió leerla con satisfacción íntima: «Bien, oiga usted—escribía desde Nueva York al presidente Avellaneda,—lo que resulta de la experiencia y de los principios. ¡ La Sociedad de Beneficencia es una barrera insuperable á la mejora de la educación ! Fué el escollo en que se estrellaron mis esfuerzos para fundar un sistema de educación que no tiene base.»

El genio de Sarmiento mirando hacia el futuro, llegaba hasta desconocer el pasado. Su

carta encierra un error: tan pronto se estableció la institución correspondiente, las señoras se desprendieron sin resistencia, aunque con dolor, de sus viejos colegios, y hasta puede asegurarse que con los nuevos elementos y orientaciones las señoras hubieran sabido llevarlas á muy grande altura. ¡Tanto hicieron cuando no disponían ni de maestras, que hasta crearon una Escuela Normal!

VI.—Federalizada Buenos Aires, el Gobierno Nacional, representado por el ministro del Interior, doctor Antonio del Viso, y el de la provincia por su gobernador doctor Juan José Romero y ministros Carlos D'Amico y Mariano Demaria, celebraron un acuerdo el 15 de diciembre de 1880 por el cual la Sociedad de Beneficencia pasaba á cargo de la Nación.

Esta nacionalización contribuyó á su mayor desenvolvimiento; las autoridades federales reconocieron la importancia de sus funciones y aumentaron los medios para difundirla como depositaria de la caridad oficial.

Y así continuaba respetada y sostenida por la opinión general, cuando el Departamento Nacional de Higiene, á cuyo frente se encontraba el doctor Juan B. Gil, formuló un anteproyecto de ley sanitaria, de higiene y beneficencia públicas, por el cual la Sociedad pasaba á depender de aquella repartición en su carácter de encargada de la dirección técnica y administración económica de todos los establecimientos públicos de caridad ó beneficencia

costeados ó subvencionados por los tesoros nacional ó del municipio. El proyecto confiaba á la sociedad de damas la inspección de los establecimientos referidos, tanto públicos como particulares «á objeto de velar por la moral y buenas costumbres así como por el buen tratamiento de los enfermos y demás habitantes de dichas casas.» La presidenta tendría asiento con voz y voto en el Consejo Nacional de Higiene y se dejaba á su institución la facultad de promover suscripciones públicas, rifas de objetos, espectáculos ú otras diversiones para fines de caridad, debiendo invertir su producido en la mejora de los institutos bajo su inspección, de acuerdo con el Consejo de Higiene.

El resto del proyecto, en un total de treinta y tres artículos, establecía las demás funciones del consejo, atribuyéndole extendidas facultades técnicas y administrativas, con un rodaje muy vasto, que abarcaba la dirección suprema de cuanto se relacionara directa ó indirectamente con la sanidad y la higiene en la capital.

Ocurría esto en octubre de 1888.

Tan pronto los diarios publicaron el proyecto del doctor Gil, la presidenta de la Sociedad de Beneficencia, señora de Lavalle pidió á la institución resolviera sobre la actitud que correspondía adoptar, pues el ministro del Interior, doctor Eduardo Wilde lo había hecho suyo remitiéndolo al Congrèso con su respectivo mensaje.

En esta forma, el mismo Gobierno provocaba la disolución de la Sociedad. Una sola reso-

lución imponían las circunstancias, pero no se quiso adoptar medida tan extrema, sin antes confiar una gestión especial á su presidenta.

La señora de Lavalle manifestó al ministro, doctor Wilde, que en manera alguna la Sociedad aceptaría el rol deprimente asignado en la ley en proyecto y que su sanción importaría la disolución de la sociedad. Fué una nota bien templada, de fecha 12 de octubre, aniversario de la trasmisión del mando : «V. E. comprenderá cuán justamente ofendida se encuentra esta corporación, creada por el ilustre Rivadavia con fines mucho más nobles y elevados que aquéllos á que pretende reducirla el Consejo de Higiene. El sabio estadista quiso mantener elevado el nivel moral de la mujer confiándole el cuidado de los establecimientos en que se albergan la desgracia y la orfandad y dándole completa libertad para proceder según su propio criterio : así esta institución ha marchado siempre en progreso, respetada por los gobiernos y querida y apoyada por el pueblo.

¿Cómo podría velar por la moral, en establecimientos que no le pertenecerían, cuyo personal no estaría obligado á obedecer sus órdenes y que siendo administrado por hombres podrían tachar de exageradas las ideas de las señoras sobre moral? ¿Ni cómo conocería los hechos inmorales que pudieran producirse, sino por medio de algo como una policía secreta, en establecimientos donde sólo tendría el derecho de espionaje?

Esta Sociedad rechaza ese rol como indigno de ella.

Establecimientos de la índole de los que tiene á su cargo, sólo pueden ser administrados por señoras. Ellas le dedican todo su tiempo é inteligencia y desempeñan con dulce satisfacción el rol de madres cariñosas para con tantos niños que por desgracia la perdieron ó no la conocieron nunca. ¿Puede confiarse á hombres la administración interna de casas donde se asisten niñas de todas edades? ¿Pueden ellos cuidar de la Casa de Expósitos que tiene actualmente mil cuatrocientas criaturas menores de siete años?

La administración de esta casa es la más delicada por su naturaleza; encierra muchos secretos que la Sociedad guarda religiosamente y las desgraciadas que se han visto en la necesidad de recurrir á ella, vienen con frecuencia á confiar á las señoras sus dolores y sus lágrimas, buscando el medio de reparar la falta cometida.

Digna de la inteligencia mejor organizada, esa nota destruyó una por una las disposiciones del proyecto en la parte relacionada con la Sociedad, sin dejar caber á ningún argumento que pretendiera invocarse en su favor.

Publicado por los diarios, el contundente alegato bastó para propiciar una propaganda espontánea y general en favor de que se mantuviera incólume la obra de las damas de beneficencia.

Pero hizo más la señora de Lavalle para de-

fender la causa confiada á su intervención. Conferenció con el Presidente doctor Juárez Célman, y del éxito de su palabra podrá juzgarse sabiendo que el doctor Juárez mandó retirar del Congreso este proyecto—jalón de un plan de conjunto alguna vez expresado por el ministro doctor Wilde.

La sociedad argentina se sintió satisfecha ante la resolución del Gobierno y gracias á ella las señoras pudieron continuar su contribución caritativa oficial.

VII.—Siendo, años después, Presidente de la Nación el doctor Carlos Pellegrini, por el ministerio del Interior se dictó un reglamento para la Casa de Expósitos, algunos de cuyos artículos importaban como una reducción de las facultades de las señoras en la misma. La Sociedad, celosa de su situación, no vaciló en renunciar la dirección de esa casa, pero considerando, el Gobierno, entre otras cosas, que sus antecedentes en el desempeño de las delicadas funciones á su cargo, así como sus reconocidas aptitudes para la administración de asilos de caridad, destinados especialmente á la infancia desvalida, indicaban la conveniencia de la continuación de los servicios al frente del establecimiento de que se trata—el 23 de junio de 1891 resolvió no hacer lugar á dicha renuncia, y autorizarla para presentar todas las observaciones que juzgase oportunas á fin de reformar la administración de aquella Casa de Expósitos é introducir modificaciones en su reglamento.

Al año siguiente, 1892, el Decano de la Facultad de Medicina doctor González Catan pasó al Consejo Superior Universitario un anteproyecto de ley para ensanchar las clínicas de los hospitales á cargo de la Facultad ó crear nuevas si se creyera conveniente.

Fundaba su iniciativa en el elevado número de estudiantes de la escuela de medicina y sus dificultades para presenciar las clases prácticas por falta de salas hospitalarias.

El Consejo Universitario elevó la nota al ministerio de Instrucción Pública, acompañada de un informe y estimando irrealizable la construcción de un nuevo hospital en esos momentos, por los crecidos gastos y demora consiguientes, proponía la entrega de los hospitales de mujeres y de niños á la Facultad de Medicina.

Consultada la Sociedad de Beneficencia, los doctores Samuel Molina y Ricardo Gutiérrez formularon, á su pedido, dos estudios completísimos y muy fundados. Ellos bastaron para ahogar el proyecto : «la señora presidenta debe confiar en el criterio y patriotismo del Gobierno al resolver este caso, no habiendo duda que él ha de dejar á la ilustre Sociedad de Beneficencia libre de asechanzas, á fin de que dé cima á las obras con que va honrando y sirviendo á la patria, á la ciencia y á la humanidad»—terminaba el doctor Gutiérrez, después de declarar con la autoridad de su nombre, que el resto de la exposición inicial no requería el honor de una crítica seria.

CAPITULO XVIII

SOCIEDAD DE BENEFICENCIA.—ORGANIZACIÓN INTERNA

1823-1911

I.—Desempeño de las damas.—Sus consejeros.—Dirección de sus hospitales y asilos.—Cuerpo médico consultivo.—Sus asilos.—Tradición de virtudes.

II.—Presidencia y consejo.—Antecedentes brillantes.—Una elección discutida.—Unión indisoluble.—Elección de socias.

III.—Capacidad jurídica de la Sociedad de Beneficencia.—Opinión de los Procuradores Generales doctor Sabiniano Kier y Julio Botet.

IV.—Establecimientos á cargo de la Sociedad.

V.—Donaciones y legados recibidos.

VI.—Presidentas y socias de la institución.

I.—Orgánicamente compuesta sólo por señoras, con toda la responsabilidad de sus actos, la Sociedad de Beneficencia constituye una de las instituciones públicas de más alta honra en nuestro mecanismo administrativo. Sus hospitales y asilos realizan los pensamientos avanzados de la ciencia, para lo cual las damas saben asesorarse provocando verdaderos torneos intelectuales. Demuéstranlo bien claro el reglamento de la Casa de Expósitos, la organización de cada uno de sus hospitales y la edificación de todos sus establecimientos, de acuerdo siempre con los últimos adelantos.

Jamás las señoras resuelven por precipitación; temperadas y prudentes, agotan primero el consejo de los entendidos y resuelven en presencia de las conclusiones finales de sus asesores. Concebido el hospital de niños, en su realización procedió en esa forma dotando al municipio de un establecimiento señalado muchas veces como un modelo, y otro tanto cabe repetir del Hospital Rivadavia y del de alienadas, catalogado por los psiquiatras entre los primeros del mundo.

Dirigen la parte técnica de todas sus casas hospitalarias facultativos bien preparados y, cuando la Sociedad debe resolver asuntos de trascendencia relacionados con la medicina, reune á sus directores y los constituye en cuerpo colegiado de consulta. Si, todavía, la naturaleza de las cosas indica la conveniencia de conocer nuevas opiniones aisladas, las señoras las piden y obtienen sin demora: se tiene como honra dispensarles cualquier concurso.

Ese es el acierto con que las damas obran al frente de sus grandes hospitales.

Para el cuidado de sus huérfanos, nuestras matronas tienen la dulzura de sus corazones de madres y la bondad de sentimiento tradicional en la mujer argentina. Su Casa de Huérfanas es un santuario de virtud.

Jamás la sospecha de una ligera mancha ha empañado una sola línea de las páginas de su archivo, eucarístico á través de sus casi noventa años de preservación de doncellas. Todas sus asiladas, en su conjunto de miles de miles

han podido lucir siempre con pureza, la simbólica cofia blanca de su uniforme color de cielo.

¿Y los expósitos y huerfanitos?

Las damas de beneficencia conservan muchos secretos de desventuras y misterios sociales, recogidos á manera de confesoras, sin facultades para perdonar faltas, pero con los medios de redimir infortunios.

II.—La sociedad distinguida y los pobres han rodeado á las damas de altísimo prestigio y consideración.

Dentro de la Sociedad no existen emulaciones; los primeros cargos se disciernen porque institución tan importante necesita de una organización bien definida, pero ella no alienta vanidades. Se acepta la presidencia, sin codiciarla, habiéndose dado muchos casos de renuncia, no obstante la alta distinción que comporta—de las más grandes para una dama argentina en su país.

En 1871, á raíz de la terrible epidemia de la fiebre amarilla, doña María Josefa del Pino, en cuya casa tanto trabajó con sus compañeras, renunció la presidencia el 15 de noviembre, eligiéndose para sucederle á doña María Antonia Beláustegui de Cazón que declinó la nueva distinción. Llamadas sucesivamente á ocupar el cargo doña Andrea Almagro de Sacristi y doña Emma van Praet de Napp, tampoco lo aceptaron, actitud que, á su vez, siguió doña Julia Muñoz de Cantilo, habiendo sido necesario ro-

gar á la señora Rosario Peña de Bosch ocupara la preeminente silla.

Para llegar hasta ella se necesita triunfar en una elección especialmente convocada.

La votación del Consejo, compuesto por doce damas con participación directa en todos los asuntos generales de la institución — se hace por medio de cédulas : la Presidenta llama á las señoras según el orden de colocación, para depositar su voto en una urna y los nombres de las cinco consejeras se escriben en una planilla con cinco cédulas perforadas, que la secretaria divide al hacer el escrutinio.

El término de duración es de un año, habiendo establecido la costumbre la reelección de la presidenta por un segundo, sin admitirse la posibilidad de una tercera presidencia sucesiva, cualquiera sean los distingos que se formulen.

No hace mucho—y huelga consignar nombres en este relato que caracteriza y define bien los principios,—una dama, joven y tan bien intencionada como útil y meritoria en la Sociedad, lanzó la candidatura para presidenta, por un tercer año, de una matrona llena de méritos y condiciones, que había llenado su primer año como vicepresidenta en ejercicio por ausencia de la titular.

Propuesta la idea en presencia de la misma candidata y no obstante lo delicado del momento, mereció marcada oposición por parte de una dama de prestigio tradicional dentro de la institución : «eso—hijita,—importaría apartarnos de la práctica establecida, y exponernos á

las mayores desviaciones para el futuro. No podemos perpetuar las presidentas»,—y acompañó sus palabras con el homenaje debido á los grandes merecimientos de la candidata, colocada en una situación bien difícil, pues se la obligaba á escuchar una manifestación con reservas de una amiga de estima.

Y en vano la joven señora invocó cierta uniformidad de opiniones entre muchas socias ya consultadas, y en vano quiso argumentar sobre el primer año de presidencia en sustitución, no logró convencer.

Se entrevió, como consecuencia, como un asomo de mal entendida emulación, hasta hacer muy discutidas las elecciones. Aguardábase con ansiedad la llegada de las señoras para computarse los votos. Era la primera reunión general á que asistía un grupo de socias nuevas. Observando, entonces, la misma dama de vieja tradición en la Sociedad, que los sufragios se sucedían alternativamente para una y otra candidata, con tanta igualdad que no permitía descontar triunfo alguno, pidió la suspensión momentánea del acto para dejar constancia que dentro de la Sociedad de Beneficencia no cabían divisiones y que cualquiera fuese la candidata triunfante, todas las socias habrían de secundarla en su tarea: «las dos reunían las más altas condiciones, las dos sabrían dirigir con inteligencia y patriotismo la institución fundada por Rivadavia.»

Una salva de aplausos cerró las palabras de

la benemérita anciana y puso término á la momentánea ofuscación de las señoras.

El resultado general fué adverso á la tercera reelección de una presidenta, pero puede confiarse en que la distinguida candidata será llamada de nuevo á desempeñar las elevadas funciones.

Conservadora en alto grado y celosa de la tradición, la Sociedad de Beneficencia se halla tan hábilmente organizada como para impedir posibles errores en su marcha general: la presidenta saliente ocupa la vice-presidencia durante el nuevo período, de modo que una acefalía llama á ejercicio de funciones á una dama ya habituada al cargo y la presidencia difícilmente se confía á quien no ha estado en el Consejo.

Cada establecimiento está administrado y dirigido por una Junta Inspectora de número variable y con todas las facultades necesarias.

Para la elección de socias se pasa una circular á las señoras, quince días antes del fijado para la asamblea de elección, pidiendo indiquen el nombre de sus candidatas. Dicha circular tiene una serie de cupones en los cuales se repiten los nombres de las señoras propuestas. Estos cupones llevan el número de orden de la lista de candidatas correspondiente.

La circular se presenta personalmente el día de la elección, reunida la asamblea sólo para presenciar su apertura y proceder al escrutinio.

La secretaria y dos socias que no formen parte del Consejo, designadas por la presidenta,

abren una por una las circulares. Separan cada uno de los cupones en que está escrito el nombre de cada candidata y lo depositan, por orden alfabético de apellido, en una carpeta especial con tantas divisiones como letras tiene el abeccdario. Reunidos los cupones, se cuentan los votos obtenidos por cada candidata y se proclaman las que reunen mayoría.

La elección se hace por el término de vida, siendo práctica no aceptar dimisión alguna después de haberse hecho cargo de su puesto. En 1828 renunciaron á formar parte de la Sociedad por razones particulares y cuya exigencia no podía desconocerse, las señoras Estanislada C. de Gutiérrez, María de la Concepción Cabrera de Altolaguirre, Manuela A. de García y Petrona S. de Larramendi. El gobierno del coronel Dorrego dictó, con ese motivo, un decreto declarando socias fundadoras perpetuas á todas las señoras que componían la Sociedad desde su fundación, y creó la clase de socia benemérita, con asiento y voto consultivo en todos los actos de la Sociedad, para las señoras fundadoras que no pudieran continuar su servicio activo.

Elegida una candidata y aprobado su nombramiento por el Gobierno, se la hace formar parte de alguna de las numerosas comisiones internas.

III.—La Sociedad de Beneficencia, decía el Procurador General de la Nación doctor Sabiniano Kier, en un dictamen de 26 de diciembre

de 1892—á pesar de la grandeza de sus propósitos y de la labor fecunda que dedica á la administración de los establecimientos públicos á su cargo, no ha tenido hasta ahora una constitución que determine con claridad la extensión de sus atribuciones, porque no la ha necesitado ; la limitación de sus facultades podría, quizá, detener su vuelo. Dispensadora de la caridad oficial, todos sus actos son sometidos, en último término, á la aprobación del Gobierno Nacional, que jamás ha desautorizado acto alguno de las señoras, y las autoridades le han concedido siempre todas las facilidades necesarias para extender su acción.

Esta situación, con algo de indefinido, ha cambiado posteriormente reconociéndose como personería jurídica á la institución.

Las cavilosidades del interés particular han intentado levantar obstáculos á la acción conocida y respetada de la clásica y tradicional institución—dijo el Procurador General de la Nación doctor Julio Botet dictaminando en 17 de diciembre de 1908 sobre la petición de la Sociedad para que el Gobierno estableciera su verdadero carácter,—repartición de la administración pública, instituída y consagrada á llenar los objetos primordiales que la tradición ha confirmado y que la ley ha puesto bajo la égida del Gobierno. Administra con toda autonomía, aun cuando dentro de las reglas de contabilidad que gobiernan la inversión de los dineros públicos, los fondos del tesoro de la Nación. Es depositaria de la confianza, caudales

y bienes, que la generosidad de los particulares pone en sus manos para los mismos fines, administrándolos por voluntad de ellos mismos, en la fiel aplicación que quisieron darles. En uno y otro concepto, la Sociedad de Beneficencia tiene y debe tener la libre acción que necesariamente suponen las indicadas funciones.

El mismo alto funcionario confirmó estos principios en 9 de marzo de 1910.

Hermoso espectáculo el de esta institución de señoras colaborando con toda eficacia en el rodaje administrativo del país, en la dificilísima función de la asistencia general caritativa realizada con mano de mujer, pero no con ciego sentimentalismo—ya sustituída la época de la limosna depositada en la primer palma tendida, para dar entrada el examen de cada situación. Las señòras proceden con acabado conocimiento.

IV.—El conjunto general de la Sociedad de Beneficencia, ofrece ocho mil personas en amparo en sus distintos establecimientos, todos ellos ya historiados, y con un gasto mensual de ciento cuarenta y dos mil pesos :

Casa de Huérfanas, en la calle Reconquista entre Cuyo y Cangallo, orfelinato para doscientas diez y ocho niñas de diez á diez y seis años de edad. Tiene establecidos los cinco primeros grados de instrucción primaria, clases especiales de contabilidad y de preparación para enfermeras, y talleres de confección, bordados, costura, planchado, dulces y pastelería ; en su enseñanza

práctica es una verdadera escuela profesional de mujeres. Cuenta con una sección para la instrucción intelectual é industrial de niñas ciegas. En 12 de enero de 1904 se le abrió una sucursal en la calle de Vieytes para ciento diez asiladas de siete á diez años, con los primeros grados de instrucción primaria y clase de labores.

Hospital Rivadavia, calle Bustamante y bulevar General Las Heras, para asistencia de mujeres exclusivamente, hasta el número de quinientas veinte. Además de los servicios comunes cuenta con uno especial de maternidad organizado por la Sociedad en 1853, y consultorios externos.

Casa de Expósitos en la Avenida Montes de Oca, oficina de recepción de niños, asiento de su inspección y hospital para la asistencia de las enfermedades de la primera infancia, con capacidad para trescientos enfermitos y cien amas de leche. La estrechez de su local indujo á las señoras á dotarla de una primera sucursal en la calle de Vieytes, cerca de Barracas, el 28 de marzo de 1888, con trescientos niños de los dos sexos, de dos y medio á cinco años de edad y su respectivo kindergarten y una segunda sucursal, el Asilo General Martín Rodríguez, en Mercedes, provincia de Buenos Aires, el 27 de diciembre de 1901, al cual pasan hasta trescientos cincuenta niños expósitos de cinco á siete años de edad.

Hospital Nacional de Alienadas, en terrenos de la antigua Convalecencia, sobre la calle General Brandzen, para el tratamiento de mil se-

tecientas enfermas. Creación de la Sociedad, de 28 de marzo de 1854, desde 1908 cuenta con una sucursal en Lomas de Zamora, para cuatrocientas enfermas tranquilas, reunidas en un open-door, de hermosísimos jardines.

Asilo de Huérfanos, en la calle Méjico y Saavedra, amparo de niños sin padres y expósitos varones. Su capacidad general alcanza á cuatrocientos setenta asilados divididos en dos departamentos : para doscientos niños de siete á diez años, uno ; y el otro para doscientos setenta, de once á diez y seis años. Como la Casa de Huérfanas, tiene una sección especial de ciegos ; enseña los cuatro primeros grados y posee talleres de carpintería, zapatería, herrería, mecánica, alumbrado eléctrico, imprenta, encuadernación, talabartería, sastrería, escobería y canastería.

Hospital de niños, calle Gallo próximo al bulevar Córdoba. Destinado á la cura de niñitas de dos á catorce años y á varones menores de doce, sus camas alcanzan para quinientos enfermos y tiene consultorios externos gratuitos.

Hospital y consultorio oftalmológico calle Arenales y Paraná, para ochenta y cinco niños de ambos sexos, con consultorios externos gratuitos para hombres, mujeres y niños.

Hospital y Asilo Marítimo de Mar del Plata, habilitado para ciento ochenta enfermitos de ambos sexos, abierto por la misma Sociedad el 30 de septiembre de 1893, como gran sanatorio infantil del mundo de criaturitas á su cuidado.

En estos momentos construye en General Ro-

dríguez un hospital para mujeres y niños tuberculosos, con un legado de seiscientos mil pesos dejado por don Juan J. Ravenna.

Al colocar su piedra fundamental el doctor Samuel Molina esbozó sus lineamientos generales: estará emplazado en el centro de 135 hectáreas que serán transformadas en parques y bosques. Formará dos secciones completamente separadas, una para enfermos incipientes y otra para graves.

Sus pabellones estarán orientados de modo que el sol los bañe por sus cuatro costados; tendrán amplias terrazas cubiertas y al aire libre; comunicarán entre sí por galerías semisubterráneas que permitan al mismo tiempo la comunicación abrigada cuando sea necesario, y no impidan la libre circulación del aire.

Será un edificio especial donde se conseguirá en primer término el aislamiento perfecto, y en segundo, la alimentación y el aire puro para la multitud de desgraciados que hoy circulan vacilantes, de un lado á otro, sembrando el terrible mal donde se detienen un momento.

Finalmente, se tiene el proyecto de construir una casa para ancianas, en Mercedes, contigua á la sucursal de niños expósitos y otra de vacaciones, para débiles, en General Rodríguez, sin perjuicio de levantar nuevos pabellones y terminar sus actuales establecimientos.

V.—Desde el 1894 la Sociedad de Beneficencia ha recibido legados por más de dos millones de pesos, figurando entre las personas que

más han beneficiado á la institución, además de las muchas ya mencionadas, el doctor Bernardo de Irigoyen con trescientos mil pesos y veintidós hectáreas en General Rodríguez ; Concepción Orgeira de San Martín, ciento veintitres mil ; José Federico Moreno, ciento cincuenta mil ; Juana Cazón de Almeida, cien mil ; Alejandro y Ricardo J. Cernadas, ochenta mil ; la misma suma Isabel de Eguren Guerrico ; Felisa Dorrego de Miró, sesenta y cinco mil ; Luis Tamini, cincuenta y ocho mil ; Angel Roverano, cincuenta mil ; Dolores Pizarro de Olivera, cincuenta mil ; Pastor Castillo, cincuenta mil ; Isabel Millán, treinta y ocho mil ; Isabel Hale de Pearson, treinta mil, é igual suma, en un terreno doña Domitila González de Cazón ; Carlota Thorne, veinticinco mil ; Angela Alzaga de Lezama, igual cantidad ; Raúl Videla Dorna, veinte mil ; amigos del doctor Francisco Ayerza, diez y seis mil ; Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez de Estrada, en otra oportunidad mencionada, catorce mil ; María Robustiana Garate, trece mil ; Hortensia Aguirre de Leloir, trece mil ; diez mil Laura Gómez, Laura Atucha de los Santos, Alberta B. de Fagés y Huego y Villar, en máquinas de coser ; siete mil Manuel Naveira ; seis mil quinientos Enrique S. Quintana ; seis mil Micaela Ugalde de Aristizábal y Francisco Miró ; Tomás Drysdale cinco mil é igual suma Agustín de Basabe ; cuatro mil la Infanta de España doña Isabel de Borbón. En 19 de noviembre de 1873 el doctor Eduardo Wilde dió

cinco mil pesos moneda corriente destinados á establecer una imprenta para huérfanas.

Sólo durante el último año ha recibido cerca de medio millón de pesos.

Como adjudicaciones mayores figuran las de aquel misántropo sin nociones de bienestar personal que se llamara Federico Garrigós. Pasó una rara existencia de privaciones y miserias hasta acumular cuantiosos bienes, realizando negocios de tiranía judaica, bajo las más extremadas exigencias, para legar sumas elevadísimas con pretendidos fines de caridad. Su adjudicación, aun no liquidada, á la Sociedad de Beneficencia, suma varios millones de pesos. El pabellón Cobo en el Hospital Rivadavia, de casi trescientos mil pesos, ha sido costeado por Manuel J., Héctor, César y Luis Cobo.

El ministro Ramón Larrea y los diputados nacionales doctores Lúcio Vicente López y Leandro N. Alem les donaron sus sueldos y también los suyos, de profesor del Colegio Nacional, el doctor Hipólito Irigoyen.

Entre los donantes de diversas oportunidades, el Jockey Club alcanza á casi medio millón de pesos; á doscientos mil el Banco Español del Río de la Plata; cien mil la señorita Victoria Aguirre, sin computarse muchas donaciones que hace en efectos y de modo que no figuren en registro alguno; veinte mil en pasajes del ferrocarril del Sud; el Hipódromo Nacional, quince mil; trece mil la señora Rosa A. de Tornquist; diez mil, en pasajes, el ferrocarril del Oeste; diez mil en vales de «La Martona»;

casi seis mil María Unzué de Alvear y cinco mil el Banco de Galicia y Buenos Aires.

Fiel á su tradición de 1823, el 26 de mayo de cada año las damas de la beneficencia repiten su hermoso acto de distribución de «Premios á la Virtud» en una de las ceremonias más edificantes (1) de nuestra sociedad para entregar un total de treinta mil trescientos pesos, divididos en treinta y nueve adjudicaciones, cuatro oficiales y las restantes por institución particular.

Y así presentado el conjunto general de la institución fundada por Rivadavia, si feliz en su concepción, excepcional en su desarrollo, correspondería develar la acción personal de todas las damas que han formado parte de ella.

En su resolución de hacer bien á los pobres, cada señora ha dejado ó el sello de una dedicación personal, ó un recuerdo de bondad, ó una irradiación de inteligencia. Si fuera posible recoger sus detalles, podrían trazarse páginas no sospechadas. Cada hospital ó asilo tiene una historia brillante y dentro de cada casa, el más nimio detalle, el progreso más lento, la organización más secundaria en apariencia, representa un esfuerzo, quizá una resistencia vencida, muchas veces una dificultad salvada.

VI.—La presidencia de la institución ha sido cuidadosa, sabiamente dispensada, habiéndola desempeñado las señoras Mercedes de Lasala de Riglos, Estanislada de Cossio y Gutiérrez, Jo-

---

(1). Tomo I, capítulo XI.

sefa Gabriela Ramos Mejía, María Josefa Sosa de Marín, María Sánchez de Mendeville, María del Rosario de Azcuénaga, Pascuala Beláustegui de Arana, Isabel Casamayor de Luca, Casilda Igarzabal de Peña, Crescencia Boado de Garrigós, Agustina Rozas de Mansilla, Ignacia Beláustegui de Zelis, Manuela Gómez de Calzadilla, María de las Carreras, María Josefa del Pino, Domitila González de Cazón, Petrona Gutiérrez de Nouguier, Micaela Cascallares de Paz, María Antonia Beláustegui de Cazón, Petrona Villegas de Cordero, Emma van Praet de Napp, Dolores Lavalle de Lavalle, Rosario Peña de Bosch, Angela Villegas de Lahitte, Isabel Hale de Pearson, Ana del Campillo de Perdriel, Luisa Muñoz de Cantilo, Etelvina Costa de Sala, Elena Napp de Green, Carolina Lagos de Pellegrini, Albina van Praet de Sala, Manuela Suárez de Figueroa, Leonor Quirno Costa de Terry y Sofía Arning de Bengolea

Además de las nombradas en todo este capítulo, han formado ó forman parte de la Sociedad de Beneficencia las señoras Petrona Sarratea de Larramendi, Josefa Rondeau, Lucía Riera de López, María Pérez del Puerto de Arroyo, Antonia Azcuénaga de Lozano, Juana Castro de la Iglesia, Francisca Vivar de Marcó, Manuela Vivar de Rozas, Cipriana Obes de Bonavia, Juana Rosado de Ibarra, Concepción Lahitte de Rodríguez, Tomasa Vélez Sársfield, Pilar Spano de Guido, Candelaria Somellera de Espinosa, Joaquina Rubín de Rivarola, Josefa Díaz de Calvo, Pastora Botet de Senillosa, Rosa Buxó de Mier, Juana Manuela Maciel de Rolón, Manuela Villarino de Insiarte, Cipriana Bonavia de Lahitte, Carmen Marcó de Rebollar, María Antonia Segurola de Ramos, Josefa Sáenz de la Cárcoba, Rufina Herrero de Ramírez, Magdalena Hurtado de Fonseca,

Dorotea Yáñez de Nazar, Pastora Soca de Cárdenas, Felisa Dorrego de Miró, Rosa Lezica de Larroudé, Benita Guerrico de Eguren, Mercedes Poroli de Elortondo, Ignacia Martínez de Casares, Antonia Maza de Alsina, Carmen Zelaya, Rosa Alvarez de Botet, Justina Quesada de Pinedo, Dolores Bosch de Acuña, Mercedes del Sar de Terry, Andrea Almagro de Sacriste, Luisa Sánchez de Arteaga, Francisca Ocampo de Iraola, Cipriana Lahitte de Sáenz Peña, Isabel Armstrong de Elortondo, Adela Delgado de Galván, Laurentina Ocampo de Alsina, Jacinta Castro, Máxima Rubio de Urioste, Eulogia Lezica de Acuña, María Eugenia Lawson, Julia Nóbrega de Huergo, Dolores Pacheco, Aureliana Sacriste de Cazón, Mercedes Oromi de Casares, Nicolasa Pita de Serantes, Carmen Miguens de Montes de Oca, Adela Blaye de Peña, Celina Bustamante de Beláustegui, Adela Ocampo de Heimendahl, Manuela Leal de Elizalde, Artemia Albarracín, Agustina Casares de Somoza, Carolina Lavalle de del Campo, Julia Sáenz Rosas de Roseti, Mercedes Serantes de Argerich, Carmen Olascoaga de Irigoyen, Clara Funes de Roca, Elena Gowland de Hoevel, Luisa Barbosa de Vernet, Valentina Costa de Kier, Emilia Paz de Aguirre, Ventura Barros Pasos de Urioste, Josefina Castellanos de Chapeaurrouge, Elvira Pacheco de Alvear, Amelia Cugnet de Somellera, Irene Darregueira de Olivera, Elena Holterhoff de Pizarro, Rosa Botet de Villate, Martina Bernal de Torres, Vicenta Escalada de Escalada, Luisa Bustamante de Zaldarriaga, Edelmira Darregueira de Cabral, Elina Muñoz de Videla Dorna, Dolores Lavalle de Haymes, Mercedes Urioste de Terrero, María Luisa Castro de Torres, Adela Napp de Lumb, Ana Velázquez de Carranza, Nicolasa Díaz de Terrero, Josefa Aguirre de Vallissicós, Alcira Tallaferro de Elía, Luisa Cantilo de Gelly, Rosa Altgelt de Tornquist, Elisa Uriburu de Castells, Julia Muñoz de Arteaga, Josefa de Ezcurra, Elisa López de Aranda, Julia Zumarán de Olmedo, Elisa Funes de Juárez Celman, Mónica Torromé de Mansilla, Enriqueta Quirno Costa de Lastra, Ana Pellegrini de Galeano, Angela Cullen de Castellanos, Sofía Beláustegui, María Ayerza de Buxáreo, Carlota Beláustegui, Margarita Hoevel de Mackinlay, Rosario Videla Dorna de Amadeo, Julia Moreno de Moreno, Ana Paravicini de Insiarte, Mercedes Elortondo de Alvear, María

Unzué de Alvear, Inés Dorrego de Unzué, Blanca Zumarán de Botet, Victoria Aguirre, Hersilia Lynch de Casares, Susana Casares de Llovet, Celina Huergo de Estrada, Susana Rodríguez de Quintana, Concepción Unzué de Casares, Elisa Alvear de Bosch, Fernanda Lastra de Terrero, Carmen Macó del Pont de Rodríguez Larreta, Eleonora Pacheco de Quesada, Atalia Sumdblad de Fresco, Elvira Elizalde de Jacobé, Dolores Anchorena de Elortondo, Angélica Ocampo de Elía, Ernestina Llavallol de Acosta, Ana Elía de Ortiz Basualdo, Lucrecia Guerrico de Ramos Mexía, Mercedes Bullrich de Casares, Magdalena Barreto de Beazley, María Carmen Sala de Demaria, Josefa Bouquet de Figueroa Alcorta, María Emma Green de Vedoya, Ana Zumarán de Cárcano.

Cada presidenta merece un homenaje especial y los anales de la institución consagran sus nombres, para señalar detalles de su acción. La última correspondió á la señora Albina van Praet de Sala. Actualmente la desempeña la señora Sofía Arning de Bengolea, perteneciente á una familia de tradición porteña, de brillante figuración social, inteligente y con descollantes antecedentes en la secretaría de la sociedad.

CAPITULO XIX

RECURSOS DE LA CARIDAD CORPORATIVA

I.—Dineros fiscales.—Fiestas.—Beneficios que producen.—Cuotas y contribuciones.

II.—Lotería Nacional.—Antecedentes.

III.—El Jockey Club.

I.—Contemplando el colosal conjunto ofrecido por la caridad en Buenos Aires con su prodigiosa multiplicación de asilos, escuelas, amparos, talleres, refugios, hospitales, sanatorios y demás establecimientos organizados para mejorar el infortunio en sus infinitas manifestaciones, invita á estudiar las fuentes de recursos para sostener un andamiaje tan completo y vasto, y cuya población oscila entre treinta y cinco y cuarenta mil personas que por uno ú otro concepto reciben una protección caritativa — no menos de veinte mil extranjeros y alrededor de doce mil en asilos,—sin incluirse los establecimientos exclusivamente educacionales.

¡Cuánto infortunio! Pero al mismo tiempo, ¡cuánta misericordia y cuánto ingenio para socorrerlo!

La caridad espontánea, pura, manifestación elevada de las almas y, por tanto, reservada sólo á los espíritus muy elegidos, no podría, seguramente, concurrir por sí sola en su ayu-

da; las exigencias materiales reclaman la actividad del pueblo. Pero las autoridades, interpretando sus sentimientos y en aras de la solidaridad social, acuerdan recursos para ello, procedentes del pueblo que asiste con simpatía á esta dulce aplicación de algunas sumas pagadas por impuestos.

Por otra parte, elementos piadosos llamados á suavizar desdichas en todo momento, tienen el secreto de obtener la contribución privada, con peticiones algunas veces, casi siempre asociando á festivales, cuyos ecos son de consuelo para la desgracia.

Pedir en persona ó solicitar por esquela, son procedimientos desconocidos en nuestras prácticas caritativas; la invitación se hace, siempre, anónimamente, de modo que nunca arranque un rubor la negativa. Pero tan distinguidos resultados los llamados, que á veces se los llega á extrañar: tienen el privilegio de provocar las más brillantes reuniones y de realizar lucidos festivales. Nuestro gran mundo le debe sus mejores páginas—y podría pensarse que las familias no descuidan asociar sus alegrías al alivio del mal ajeno.

El producido de las fiestas suma cantidades fabulosas—parte de ellas para las obras de misericordia, en porcentaje elevado, el resto para pago de los preparativos, á los cuales concurren numerosísimos obreros, cargados, casi siempre, de familias, que, por causa de esas ferias reciben nuevos rayos de bienestar. Y los gastos personales de los concurrentes repercuten, á su

vez, en las moradas de las infinitas operarias del fausto. Movilizar los capitales, importa impedir la ociosidad del obrero y dar trabajo es levantar barreras á la miseria.

La cuota de contribución periódica y la donación extraordinaria completan el concurso general de la clase pudiente para las instituciones de caridad, en ayuda de las cuales acuden las autoridades públicas, nacionales ó de la comuna, subrogadas por aquéllas en su altísima función de asistencia social.

II.—De la lotería nacional procede el resto de los recursos en un aporte de primera fila—una moralización de la inmoralidad del billete.

Por decreto de 10 de abril de 1812 el Triunvirato, que acababa de prohibir los juegos, estableció una Lotería Nacional como recurso permanente del Erario y al año siguiente la Intendencia de Policía concedió permiso exclusivo á un señor Pedro de la Rosa para abrir una casa de lotería, pero el 9 de abril se declaró á esa concesión de carácter exclusivo, enteramente opuesta al orden liberal de principios que debe reglar la industria pública y entretenimientos sociales (1).

En consecuencia se permitió á cada individuo la libertad de abrirla, debiendo contribuir á los fondos del Estado y pagar cien pesos mensuales á la Policía, no pudiendo establecer ni exigir otro premio que el de un medio por peso.

---

(1) German Wernicke.—Lotería Nacional, de donde tomamos los datos pertinentes.

Pueyrredon, como Director Supremo, dictó en 19 de agosto de 1816 un bando disponiendo medidas contra el juego y en 10 de mayo de 1821 el general Rodríguez autorizó al Regidor Juez de Policía para perseguirlo con la mayor eficacia. Rivadavia, á su vez, en 15 de abril de 1826 restableció todas las disposiciones dictadas.

Caído Rozas, el general Urquiza, Director Provisorio de la Confederación Argentina, firmó un decreto en 12 de agosto de 1852, en el cual consideraba á la lotería como juego de azar y por lo tanto contrario á los principios de moral pública. «Cuando él es consentido por la autoridad y aun establecido por su apoyo, hace recaer sobre ésta todas las malas consecuencias que aquél trae consigo. La autoridad pública es la que en tal caso viene á proteger el vicio, la malversación del fruto del trabajo y excitar esperanzas que nunca pueden ser satisfechas.»

Deseando evitar estos gravísimos males, prohibió en absoluto el juego de la lotería pública, cualquiera fuese su denominación, y declaró disueltos todos los contratos celebrados entre el gobierno y particulares sobre este objeto, debiendo devolverse las sumas que hubiesen entrado en las arcas del Estado.

Este decreto, tan bien inspirado como claro y preciso, no establecía sanciones, y no pudo tener aplicación alguna.

En 22 de septiembre de 1872 la provincia de Buenos Aires dictó una ley suprimiendo las loterías y rifas periódicas ó que tuvieran por ob-

jeto la realización de negocios comerciales, y la municipalidad de Buenos Aires creyó necesario darle más fuerza, no obstante provenir de un Gobierno del cual dependía, y en 22 de abril de 1876 sancionó una ordenanza prohibiendo el expendio, en su radio, de billetes de lotería alguna, aun cuando fuesen de las consentidas por las municipalidades de campaña.

Con la federalización de la ciudad de Buenos Aires, la ley de 1872 quedó en ella sin efecto y vino á ser reemplazada por otra nacional de 23 de septiembre de 1885 que prohibió la lotería en la capital y territorio nacionales y derogó una facultad concedida á la municipalidad por el Presidente de la Nación, en acuerdo general de ministros de 28 de febrero de 1882, para establecer una lotería de beneficencia á fin de crear recursos destinados á sostener los establecimientos caritativos á su cargo: Sociedad de Beneficencia, Hospicio de Dementes y asilos y demás institutos de esta clase, existentes ó que se fundaran.

La ley orgánica municipal creó una lotería y autorizó la circulación de billetes extranjeros mediante el pago del cincuenta por ciento de su valor.

Todas estas disposiciones fueron derogadas por la ley, ya citada, de 1885, cuyo primer resultado fué terminar con las emisiones oficiales y hacer agonizar las clandestinas.

Posteriormente el Congreso autorizó el juego de loterías especiales á beneficio de las Damas de Caridad, la primera, á pedido de su pre-

sidenta doña Constanza Ramos Mexía de Bunge, para la Sociedad de Misericordia, la segunda, y en favor de las Conferencias de Señoras de San Vicente de Paúl y de la Cruz Roja, la tercera, pero sólo llegó á jugarse la primera por haberse refundido las otras dos en el decreto reglamentario de la Ley de Lotería Nacional de 5 de octubre de 1893, aun vigente.

Los recursos de esta ley, teóricamente tan combatida por los peligros morales y perjuicios materiales de que puede ser causa, han dado regularidad á las entradas de los institutos caritativos y á mejorar su anterior vida, á veces muy precaria, y en algún tiempo á base de cedulillas vendidas en los días de la Patria ó como resultado de los beneficios y fiestas de caridad no siempre tan lucrativas.

Tan extendida la acción caritativa, necesitaba de esa estabilidad, de mayor seguridad en los recursos : la miseria no da tregua ; el mantenimiento personal no admite esperas.

La entrada que proporciona la lotería nacional, resulta elevadísima, y toda ella se aplica misericordiosamente, la parte principal á la Municipalidad y á la Sociedad de Beneficencia como ejecutores de la caridad oficial (1).

---

(1) La adjudicación del resto, con pequeñas variantes, se hace de acuerdo con la siguiente distribución mensual : Damas de Caridad, 50.000 ; Patronato de la Infancia, 30.000 ; Damas de la Misericordia, 40.000 ; Asilo del Buen Pastor, 10.000 ; Taller del Sagrado Corazón de Jesús, 9.000 ; Asilo del Pino, 7.000 ; Asilo Pobres Vergonzantes, 4.000 ; Consejo general de las Conferencias de San Vicente de Paul,

III.—Cabe mencionar, por último, como otra fuente de recursos de las instituciones de caridad al Jockey Club. La munificencia de nuestro

---

48.000; Colegio de Artes y Oficios, Maldonado y León XIII, 8.000; Colegio de Niños Pobres, Maldonado, 4.000; Hermanas de Dolores de Belgrano, 2.000; Sociedad Madres Argentinas, 5.000; Hermanas Pobres de San José, 3.000; Asilo de Siervas de Jesús Sacramentado, 2.000; Asilo de San Ildefonso, 1.500; Asilo Naval, 10.000; Asilo de Huérfanos Militares, 10.000; Hermanas Pobres de los Desamparados, 1.500; Colegio de la Anunciación de las Hermanas de Misericordia, 6.000; Asilo de la Inmaculada Concepción, 4.000; Asilo de las Hermanas Terciarias Franciscanas, 4.000; Asilo y Orfanatorio de la Guardia de Honor de Nuestra Señora del Rosario, 10.000; religiosas del Buen Pastor en el Asilo de Nuestra Señora de Luján, 2.000; Asilo-escuela de la Misión de San Francisco que dirige el padre Iturralde, 6.000; Asilo de Villa Devoto de San Vicente de Paul, 15.000; Asilo de Niños Desvalidos de Flores, 2.000; Hijas de María de la capital, 17.000; Asilo Económico para Niños Pobres de la sección 28.ª, 1.000; Caja de Socorros de la Policía y Bomberos de la capital, 10.000; Talleres de Niños Pobres, 9.000; Asilo-escuela de Niños en Nueva Pompeya, 2.700; Congregación de P. P. del Verbo Divino, 5.000; Comisión de señoras Cooperadoras Salesianas para el mantenimiento del Asilo-colegio de Niños Pobres, 4.000; Sociedad Sagrada Familia, 6.000; Asilo Perpetuo Socorro, 15.000; Sociedad escuela y talleres parroquiales de San José de Flores, 15.000; Círculo Central de Obreros, 4.000; Asilo-escuela Carlos Pellegrini, 10.000; Asilos, escuelas é institutos evangélicos fundados por el señor Williams C. Morris, 10.000; Hospital Alemán, 10.000; Asilo del Sagrado Corazón de Jesús, á cargo de las Hermanas Dominicas, 3.000; Asilo de Villa Ortúzar, atendido por la comisión de señoras de la Sociedad Escuelas y Patronatos, 2.000; Asilo Colegio de San José, dirigido por la comisión de Damas Católicas de Belgrano, 2.000; Cocina Económica de Pobres, de la Asociación Colegio de la Providencia, 2.000; Taller Profesional de Mujeres, de la Sociedad Corte de San José, 2.000; Sociedad Protectora de la Infancia de

primer centro oficial es grande, correlativa con su facilidad para reunir dineros. En 1890 distribuyó más de cincuenta mil pesos entre las Damas de Misericordia y de Caridad, Sociedad de Beneficencia, hospitales extranjeros, Asilo de Nuestra Señora del Carmen y Dâmes de la Providence; en 1903, esta cantidad no llegó á veinticinco mil pesos, para elevarse á cerca de cincuenta mil al año siguiente, á ciento cincuenta mil en 1906, á cuatrocientos cincuenta mil en 1907 y tomar á su cargo la construcción del gran pabellón doctor Carlos Pellegrini en la Casa de Expósitos y regularizar sus donaciones, destinando doscientos mil pesos por año para la Sociedad de Beneficencia y una cantidad relativamente elevada en «el día de los niños pobres» del Patronato de la Infancia.

San José de Flores, 2.000; Orfelinato Regina Cœli del mismo punto, 2.000; Asilo Colegio de los Angeles, dirigido por los Misioneros del Sagrado Corazón, 2.000; Asilo Colegio de Nuestra Señora del Huerto, establecido por Sor Cecilia Menesera, 2.000; Escuelas Gratuitas del General Urquiza, para ayudar á la terminación de la escuela-taller que se construye en la calle Triunvirato, 2.000; Escuela Doméstica Central, 12.000; Liga de Protección á las Jóvenes, 3.000; Escuela Argentina Nuestra Señora de Lourdes, dirigida por la señora Villegas de Basualdo, 2.000; Asilo de la Sociedad Dulce Nombre de Jesús, 10.000; Huerfanato del Carmen, 5.000 pesos.

CAPITULO XX

CARIDAD PRIVADA Y ACCIÓN PÚBLICA

I.—Casa Felisa Ocampo de Carabassa.

II.—Plácido Marín.—Sus grandes institutos.

III.—Tomás Devoto.—Angel Roverano.—Mercedes Castellanos de Anchorena.—Carlos Casares.—Mercedes Baudrix de Unzué.

IV.—Victoria Aguirre.—Nicanor Ezeiza.

V.—El legado de José Federico Moreno.

VI.—Mariano Miró.—Parmenio T. Piñero.—Señoritas de Buttler.—Carlos Durán.

VII.—Generosidad de acción.—Feliciano de Vita.—Edelmiro Franco.—James Smith.

VIII.—Acción pública municipal.—El médico.

I.—Formada la fortuna particular, han empezado á realizarse en Buenos Aires obras individuales de verdadera importancia.

La señora Felisa Ocampo de Carabassa, edificó y costea desde 1900 una casa de ciento veinte piezas para viudas pobres, con hijas mujeres, en la calle de Victoria, contigua al Once, invirtiendo más de un millón de pesos.

Cada protegida paga diez pesos mensuales por su departamento con cocina separada, y esta suma se aplica á gastos de conservación del edificio. La casa no ha sido inaugurada con fiesta alguna; la señora de Carabassa no admite exteriorización para sus caridades: no

forma parte de instituciones y su nombre jamás aparece en listas de subscripción, cualquiera sea su objeto. Hace la caridad privadamente.

En el Pilar, donde posee su valioso establecimiento de campo «El Recreo», ha invertido más de cien mil pesos para hacer una segunda casa análoga á la de Buenos Aires, con cincuenta piezas, que aumentará poco á poco. Viuda de un banquero español, el hospital de la calle



Felisa O. de Carabassa

Belgrano y General Urquiza la contó como organizadora de su comisión de señoras, como acto de especial consideración á su esposo.

Su cuota de treinta mil pesos fué considerada como uno de los puntos de partida para la pintura de nuestra Catedral. Cuenta 71 años.

II.—El doctor Plácido Marín ha hecho donación á las Hermanas de la Merced del Divi-



Casa Felisa Ocampo de Carabassa.

no Maestro de su antigua morada de la calle de Florida y Tucumán para taller de niñas, en un costo superior á medio millón de pesos, y ha construído el asilo para ancianos «Andrea Ibáñez de Marín», en La Plata, de valor más elevado, á cargo de las Hermanitas de los Pobres. A éstas agrega en esos momentos una tercera donación de mayor importancia, en San Isidro, para los Hermanos de La Salle.

El asilo de La Plata es grandioso : toda una manzana, con subsuelo y dos plantas. En el centro del piso bajo se halla una capilla que finaliza en un hueco poligonado, donde se alza un altar á San José, de la especial devoción de la comunidad religiosa encargada del asilo.

A sus lados se hallan los refectorios de los huéspedes y Hermanas, unidos por pasillos con los cuartos de guardia y locutorios.

El primer piso alto está reservado en su casi totalidad á los enfermos é impedidos. Dos enfermerías para mujeres y hombres separadamente ; dos farmacias, dos salas de curaciones, depósito de lencería, oratorio, cuarto de enfermeras, salas de baño, dos comedores, lindando con cada enfermería para que los enfermos cuyo estado no les impida abandonar el lecho, puedan asistir á los oficios religiosos de la capilla, al comedor y al salón de fumar.

El segundo piso, dormitorio de los asilados, permite recibir hasta doscientos diez, más ó menos. Allí hay salones muy amplios, perfectamente aereados, que responden á las exigencias de la higiene.



Interior de la Casa Felisa Ocampo de Carabassa.

Varias salitas de fumar y departamentos de trabajo contribuyen á hacer menos lentas las horas del crepúsculo de esas ancianidades derrotadas en la lucha por la existencia.

Las Hermanas habitan una modesta casita levantada en uno de los ángulos de la manzana. Visten hábito sencillo: especie de capucha negra, prolongada en forma de capa larga y flotante, que recuerda la indumentaria de las viudas de San Servando, Bretaña, pueblo origen de la orden, en 1840.

III.—Don Tomás Devoto ha erigido y sostiene un asilo para doscientos niños en la villa de su nombre; don Angel Roverano remite desde Europa frecuentes sumas; doña Mercedes Castellanos de Anchorena edifica cuatro casas para mujeres en desamparo y las dota de renta propia para su sostenimiento; Carlos Casares no alcanza á ver su hermoso asilo de «Huetel» para niños, pero lo deja realizado y hoy lo cuida y atiende su viuda, señora Concepción Unzué de Casares, y la señora Mercedes Baudrix de Unzué aplica un millón de pesos para un asilo y escuela de los Padres Agustinos, en el bulevar General Las Heras. La familia de Pereyra Iraola ha enriquecido el patrimonio de los P.P. Bayoneses del Colegio San José, construyéndoles un colegio y capilla en la calle Vélez Sársfield, cerca del Riachuelo, valor de dos millones de pesos, en memoria del joven Rafael, fallecido cuando lo educaban los religiosos de Betheram.



Colegio construído por la familia de Pereyra Iraola.

IV.—La señorita Victoria Aguirre multiplica sus donaciones sin aceptar exteriorización alguna: cien mil pesos á la Sociedad de Beneficencia, sumas elevadas al Patronato en varias ocasiones, veinte mil pesos para una escuela agrícola en Ezeiza, y acostumbra mandar ropas y juguetes para las criaturas de las Escuelas Patrias. La carrera caritativa de la señora Victoria Aguirre, y su desprendimiento verdaderamente cristiano, sin disimulos egoístas, porque tiene la suerte de poseer el espíritu en que aparece inspirado el evangelio, han rodeado su personalidad del más alto y justiciero respeto. Es dama de consejo de la Sociedad de Beneficencia y fué secretaria de la Comisión Auxiliar de Damas del Patronato de la Infancia.

La caridad argentina reconoce en la señorita de Aguirre una de sus más distinguidas personalidades de conjunto. Muy inteligente y prolija estudia con detenimiento las instituciones para formar el juicio propio que habrá de impulsar su acción.

Nicanor Ezeiza fundó antes de morir una Escuela Práctica de Industrias Rurales en Mar Chiquita, á una hora de Mar del Plata, con un coste superior á ciento cincuenta mil pesos.

V.—Entre los autores de legados figura en primer término don José Federico Moreno, viñatero de Mendoza y azucarero de Tucumán. Hombre de probados sentimientos y de magnanimidad en la vida, dispuso por testamento la distribución de su fortuna entre las institu-

ciones de beneficencia de esta capital y de la provincia de Tucumán.

Ha sido uno de los legados más importantes hechos en nuestro país, y su adjudicación fué practicada con sabiduría por el albacea señor Narciso Ocampo en ejercicio de amplias facultades para disponer de los fondos en cumplimiento de la voluntad, no concretada, del testador.



Victoria Aguirre.

La liquidación del legado arrojó un millón doscientos mil pesos:

Para los hospitales de Buenos Aires á cargo del Gobierno Nacional, 50,000; para los hospitales de la municipalidad de la capital, 50,000; para los hospitales y establecimientos de otro orden de la Sociedad de Beneficencia, 140,000; para el Patronato de la Infancia, 50,000; para el asilo de huérfanos militares, 5,000; para el asilo naval de huérfanos, 5,000; para los hos-

pitales de la provincia de Mendoza, 150,000; para los hospitales de la ciudad de Tucumán, 75,000; para el de Villa Monteros, en la misma provincia, 75,000, y para edificaciones escolares en la capital de la República, 300,000 pesos.

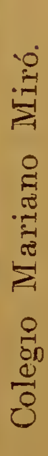
Recuérdase del señor Moreno supo hacerse querer y respetar por sus numerosos obreros, á los cuales ayudaba, conquistándose el califica-



Mariano Miró.

tivo de generoso. Labró su fortuna con la intuición del trabajo y la perseverancia del convencido, y al morir la distribuyó entre los pobres, para ayuda de instituciones. Su nombre tiene derecho á un recuerdo y se halla dignamente perpetuado.

VI.—Don Mariano Miró, protector de la Casa de Huérfanas de la Merced, del Hospital de



Colegio Mariano Miró.

Mujeres, del Asilo de Mendigos, del Hospital Oftalmológico, miembro de la benemérita Sociedad Filantrópica, y de cuanta buena iniciativa surgía, fundó por testamento una escuela para huérfanos en la calle Talcahuano y Córdoba, con renta para sostenerla.

El señor Miró fué uno de los propulsores de nuestro progreso, hallándose vinculado su nombre al establecimiento de nuestra primera línea férrea, en una época en que pocos se arriesgaban en estas aventuras comerciales. Formó parte de numerosas comisiones accidentales de filantropía y trabajó con entusiasmo y desprendimiento en las grandes obras de caridad.

Don Parmenio T. Piñero, obrero del Patronato de la Infancia, legó un millón de pesos para un hospital, cincuenta mil para los niños y otras sumas;—Nieves y Azucena Buttler vincularon sus nombres, después de sus días, á construir el primer barrio obrero de Buenos Aires, habiendo hecho otros legados de importancia;—otro tanto ha hecho el doctor Carlos Durán, disponiendo la construcción de un hospital frente al parque Chacabuco con dos millones y medio de pesos y capacidad para doscientas camas, con instalación completa perfeccionada.

VII.—La generosidad de acción personal tiene figuras culminantes en el P. Feliciano de Vita, apóstol caritativo de Flores, eje de todas las obras buenas de su curato, pródigamente enriquecido por sus virtudes, de conquistadora persuasión, de bondad para convencer hacia fines

nobles y elevados; espíritu delicado, activo, de labor extraordinaria, que parece flotar aún entre los muros del templo levantado por su inspiración y energía;—el doctor Edelmiro Remigio Franco, fundador del primer consultorio médico parroquial: falleció el 30 de enero de 1889 infeccionado con difteria para salvar una criatura, en una absorción temeraria por la cánula, sacrificio rememorado en un monumento



Feliciano de Vita.

de gratitud; y James Smith, centro protector de los escoceses de la capital y del Sur: afable, de tacto exquisito dominó durante treinta años con simpatías muy extendidas, conquistadas doquiera llegase, muriendo en Suiza á los cuatro años en 1906.

VIII.—Constituída definitivamente en Buenos Aires la Capital Federal en el año 1880, las autoridades comunales se han preocupado de

establecer los servicios oficiales necesarios, figurando en primer término la creación, en 1883, de la Asistencia Pública por el intendente Torcuato de Alvear, á iniciativa del doctor José María Ramos Mejía, y como dirección superior de la administración sanitaria con servicios tan adelantados como en las capitales europeas más progresistas, y los siguientes hospitales: San Roque, establecido en 1868; doctor Guillermo Rawson, primitivo Hospicio de Inválidos; Doctor Juan A. Fernández, abierto en 1888; Doctor Ignacio Pirovano, en Belgrano, cuya iniciación correspondió á la señora María Larroque de Fonrouge con las señoras Elena B. de Sánchez, Ana B. de Billinghurst y Rita C. de Balcarce, quienes suspendieron sus trabajos al federalizarse aquel antiguo pueblo, y junto al cual prestan meritorios servicios auxiliares las Damas de Caridad de Belgrano presididas por doña Victoria Casares de Gradín; el Teodoro Alvarez terminado en Flores en 1896; el doctor Juan A. Argerich, de 1897; el doctor Enrique Tornú, para tuberculosos, cerca de la Chacarita, establecido en 1910, por iniciativa del doctor Emilio R. Coni; el Intendente Crespo, librado al público en 1907 y el Torcuato de Alvear en vísperas de ser terminado.

A todos estos hospitales del Municipio hay que agregar otro con el nombre del Doctor Francisco Javier Muñiz, puesto á la Casa de Aislamiento en homenaje á la memoria de aquel facultativo eminente caído durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871. Uno de sus pabe-



Hospital Carlos Durán

llones ha sido costeado por donación particular en memoria de doña Ana Arroyo, habiendo construído otro don Angel Roverano.

Visitando Juan Cruz Varela esa casa, por la virulencia de sus enfermedades reservada sólo á médicos capaces de una temeridad continuada y sin reatos—expuestos á los más terribles contagios—escribió tres estrofas :

Yo creía á las lágrimas,
Joyas de mercaderes,
¡ Bella invención, preciosa,
De los ojos de amor de las mujeres !

Pero llegué á ese mundo que enclavado
Gime en su Cruz, bajo doliente palma,
Y hoy creo que en la tierra corren lágrimas
Que son jugo del alma.

¡ Ah, que la Caridad seque ese llanto
Que es un flúido tormento !
¡ Que sea el Cristo de ese eterno Lázaro
Que yace en el no ser del Aislamiento !

La Comuna invierte actualmente más de medio millón de pesos en ampliar, mejorar y conservar estos hospitales, sin contar con los dos millones y medio que emplea de los legados del doctor Carlos Durán para el hospital de su nombre, y del de Parmenio F. Piñero para reedificar el Teodoro Alvarez.

Pero Buenos Aires cuenta con otras casas hospitalarias ; las á cargo de la Sociedad de Be-

neficencia ; el Hospital de Clínicas, erigido en 1880 y dependiente de la Facultad de Ciencias Médicas y todos los consultorios, clínicas y maternidades de esta corporación ; y el Hospital Militar creado en 1889 por las autoridades respectivas. En su totalidad forma un cuadro de protección oficial bien amplio, de mejoras progresivas, atendido con filantrópica dedicación. Nuestro médico rinde valioso tributo á la gran causa caritativa, trabajando anónimamente en los hospitales y consultorios, sin remuneraciones casi siempre y sujeto á la severa disciplina impuesta en obsequio á las exigencias imperiosas del estado de los enfermos.

Consuela contemplar el colosal conjunto de obras examinadas, con que la generosidad y sentimientos de Buenos Aires concurren á aminorar las desgracias propias de los grandes conglomerados humanos. Todas ellas son atendidas con palpitaciones íntimas del corazón. Los cincuenta mil seres que á diario reciben el cuidado de Hermanas, ó sopas de conventos, ó ropas, ó enseñanzas de madre, ó sanos ejemplos, ó ayuda, tienen fundamento para prodigar sus gratitudes.

Hijas de inspiraciones elevadas todas ellas, podemos confiar en la indulgencia por las omisiones de este hermoso catálogo, más hermoso, quizá, por razón misma de ser incompleto, como consecuencia del misterio con que se realizan nuestras más proficuas caridades. Ni el ojo del investigador alcanza á penetrarlas.

Todos los dolores públicos han inspirado movimientos de filantropía, y las autoridades prestigian, estimulan ó dan vida á esas grandes manifestaciones de piedad, acordándoles sumas accidentales ó subsidios permanentes. Nuestra caridad pública tiene, en el hecho, una organización característica ; el Estado provee los fondos, pero ellos son administrados con alma de mujer. Así la benemérita Sociedad de Beneficencia, en tanto las otras instituciones comple-



